Laura de los Santos

BAJO UN CIELO DE TRES LUNAS

Bajo un cielo de tres lunas

Laura de los Santos

Este libro está dedicado a mis padres: Graciela y Aníbal.
No solo me dieron la vida, sino que me inculcaron la pasión por el conocimiento, la ciencia y las letras.

Y a mis hermanas: Claudia, Valeria y Florencia.
Son mundos en sí mismas, fascinantes y únicas.
Soy quien soy gracias a sus ejemplos, enseñanzas y eterna paciencia.

A Gabriel, mi cable a tierra, mi compañero de ruta.
Su presencia hace que todo siempre sea mejor.
Y es, además, el primer lector de esta novela.

Y a Kiki y el Negrito, por estar a mi lado en todo el proceso de escritura, a veces complicando las cosas al dormirse unas siestas sobre el teclado.

Capítulo 1
Lily

Un día más… Solo un día más… Es lo único que pido. Un día más como cualquier otro. Uno de esos que se olvidan fácilmente. De esos que se vuelven uno con el resto del pasado, con el resto de los recuerdos que en la memoria pierden la noción del tiempo. Pero no. Y ¿por qué? Si el sol que quema mi rostro esta mañana, perseverante como el despertador, que jamás se cansa de cumplir su tarea, es el mismo de ayer. Las horas son las mismas. El tiempo pasa igual de rápido, igual de lento. Ayer, al igual que antes de ayer y, tal vez, al igual que mañana, deseaba que las cosas fueran diferentes. Deseaba más. Hoy, no. El hoy de hoy jamás será igual al hoy de mañana, ni será el mañana del ayer ni el ayer de mañana. El hoy de hoy está programado, educado y domesticado para que no existan jamás dos como él. Así se hizo durante generaciones y así deciden que funciona mejor. ¿Quién decide?

Lo que sea mejor para la mayoría. Lo que nos mantenga ocupados. Tranquilos y ocupados. Nos enseñan que la rebelión de las masas está más cerca del mito que de la realidad. Que fue cosa del pasado. Que con los nuevos mecanismos y las nuevas estrategias ya no es posible. ¿A qué le temen, entonces? ¿Por qué nos siguen enseñando las mismas tonterías en el colegio? Cada día lo mismo. Cada mañana el sol en el rostro, el despertador, el pinchazo en el dedo, la lista de valores proteicos, vitamínicos, calóricos. La programación de mis actividades diarias y la aburrida espera de la impresión de los resultados probabilísticos y estadísticos de mi alimentación. Siempre lo justo y necesario.

Nunca más. Nunca menos. Control.

Recién hoy me doy cuenta de que hay algo peor que no poder elegir nada: tener la posibilidad de elegir solo una vez en la vida y que esa

decisión sea la más importante de todas. ¿A quién se le ocurre? No nos preparan para esto. Si cada día, al despertar, lo único que tengo a mi alrededor es control. Máquinas que informan lo que debo saber según el clima, la temperatura, la época del año, el momento del día, la cantidad de gente que me cruzaré, el tiempo estimado hasta llegar al colegio, el grado de evolución en mi aprendizaje que tendré mañana por la mañana, y hasta los sueños más probables que tendré esta noche.

Todo. Control.

Sin embargo, hoy es ese día. El único en el mes, en el año y en mi vida que se me da la posibilidad de elegir. ¿Y es una elección? Es decir… si fuera cualquier decisión, si las opciones fueran infinitas, entonces, bueno… una podría tomarse el tiempo de pensar, analizar, comparar y probar. O quizás… si una pudiera probar y, en tal caso, decidir con base en la experiencia y, si luego no está convencida, cambiar de parecer, quizás… tal vez… sería una verdadera decisión. Pero esta ni siquiera es tan… riesgosa. Como siempre, está basada en probabilidades, testeos genéticos, estadísticas y demás cosas altamente complejas y perfectamente aburridas. ¿Por qué me invade este miedo repentino, entonces? No quería pensar en este día. La máquina empezó a modificar sus valores rutinarios cada vez más. Leí siete libros más que en este mismo momento el año pasado. Me bañé más veces. Dormí más horas. Hice todo lo que estaba a mi alcance para no pensar en este día. Tal vez, si tuviera al menos una amiga, podría contarle acerca de mis miedos, acerca de esta nefasta sensación de sentirme empujada hacia la adultez. Hice preguntas, claro. Pregunté e investigué. Y siempre obtuve la misma respuesta. “No te preocupes tanto; yo lo hice y al final fue en vano. Es lo mejor que me ha pasado en la vida”. “Es el momento más esperado. Lo vengo soñando hace tres años”. Lo mismo. Una y otra vez. Y mi madre, ¿para qué considerarla siquiera? No hay nadie más feliz de vivir en esta nefasta realidad que ella. Imposible que me ofrezca otro punto de vista.

¿Por qué me siento atacada? Es como si hubiera sido víctima de una de esas violaciones que cuentan los libros de historia. Tomada por sorpresa, agredida y ultrajada. Bueno. No es en realidad una sorpresa.

Me vienen preparando para esto desde el día en que nací. Estudio tras estudio. Estadísticas que, año a año, acotaban las posibilidades más y más.

Al comienzo son alrededor de tres mil posibilidades. Un absurdo, si se considera que al nacer uno es puro potencial, 100% probabilidad y cero experiencia. ¿Cómo es posible que la máquina ya ofrezca valores, así sea un número tan irrisorio como tres mil? Y la respuesta, en el mismo lugar que hace cientos de generaciones: la genética. No es verdad que un bebé es puro potencial al nacer. No, al menos, en el mundo como lo conocemos hoy. Y lo que más asusta de los hechos es que estos aparatos aciertan en un 99,9% de los casos. Desde el primer día, las sorpresas están controladas, atajadas, reducidas. Llegar a los dieciocho años con la capacidad de sorprenderse aún intacta es casi un milagro. Todo comienza con el nacimiento. No. Miento. Es anterior. Lo más temprano que se pueda. Eso es cerca de las dos semanas de vida dentro del útero materno. Ahí comienzan a generarse los datos que luego serán trasladados a la máquina que empezará a trabajar con el primer llanto de ese bebé. La que estoy mirando en este momento, hoy cumple conmigo dieciocho años de funcionamiento. Hoy mis posibilidades se redujeron a tres, como ocurre con toda mujer que alcanza el día de su cumpleaños número dieciocho. O como ocurre con toda niña, no sé bien. Hoy son tres, aunque el año pasado eran setecientas ochenta y cuatro. Mamá estaba preocupadísima. Son raros los casos en los que cerca de los dieciséis o diecisiete años las posibilidades siguen siendo tan altas. Mi caso era raro. Y hasta ayer, tenía el ferviente deseo de que la máquina, por una vez, no alcanzara el resultado deseado y tuviera que seguir esperando, seguir retrasando este momento absurdo.

De todas formas, algo positivo tiene esto de depender tanto de ellas. Las sorpresas a veces pueden ser encantadoras, mas en esta realidad suelen ser temibles. A casi nadie le gustan. La gente prefiere enterarse de las malas noticias y prevenirlas, más que vivir lo suficiente para comprobarlas. Existen casos en los que las máquinas avisan a las madres, a las dos semanas de embarazadas, que su gestación no será fructífera o que la criatura no va a vivir más de dos o tres años. Y la

ley protege la decisión de esas mujeres de abortar si así lo desean. Depositan el 100% de su fe en ellas porque ya han visto los terribles casos en los que el amor puede más y la madre decide seguir adelante con el embarazo. Todas lo hemos visto. Nos enseñan en la escuela estos casos a los doce años de edad. Para que sigamos confiando. Para seguir sembrando y cosechando el control. Yo siempre lo tomé con pinzas, aunque no quisiera ser esa madre que vive todos los días con una bomba de tiempo, con un aparato que le dice lo acertada que está y los pocos respiros que le quedan a su hijo. Y hemos visto las crisis y las separaciones de los padres y las depresiones. Y la locura. También hemos visto la locura que genera la frustración de no tener el más mínimo albedrío. De vivir condicionada por un artefacto sabelotodo que nos va dictando al oído lo que ocurrirá dentro de los próximos cinco segundos y dentro de los próximos cinco minutos y dentro de las próximas cinco horas y dentro de los próximos cinco días y así y así y así. *Ad eternum*.

Sin embargo, todos nos hemos vuelto, en mayor o menor medida, adictos a las máquinas. Ya ni recuerdo la cantidad de veces que traté de desprenderme de ella. De no prestarle atención más que para lo mínimo que establece la ley. De dejarme llevar por las experiencias cotidianas del día a día. No obstante, cada noche, la necesidad de comprobar si las cosas habían ocurrido tal como el aparato lo había predicho por la mañana se volvía urgente. Poco a poco, comenzaba a invadir el espacio de mis pensamientos, a elevar la ansiedad, a influir en mis cambios de humor hasta límites insospechados. Y ¿para qué? Para llegar agonizando a ese odioso e infame botoncito y presionarlo con tanta cantidad de dolor y frustración como de placer. Y al final, comprobar que no solo había predicho lo que ocurriría en el día, sino también mi deseo de no corroborarlo y mi posterior rendición ante ella.

No valía la pena pelearse con las máquinas. No vale la pena. No creo que valga alguna vez la pena. ¿Para qué luchar contra la perfección? El progreso ha logrado un mundo sin guerras, sin amotinamientos, sin decepciones, sin tristezas, sin sorpresas, sin descontrol. Sí. Un mundo sin vida.

El aparato está a punto de imprimir el listado con mis tres posibilidades. Hará un escándalo grotesco que va a despertar a toda mi familia. Aunque mamá seguro ya está despierta, esperando detrás de la puerta con los globos. Qué estupidez. Me urge el deseo de arrojarme por la ventana. Sin embargo, el hecho de que la máquina lo haya predicho como una alternativa, luego de ver la lista, hace que se pierda toda la gracia.

Tres nombres. Tres opciones. Tres caminos seguros para un futuro preciso y sin sobresaltos. Se me están acabando los suspiros y los cambios de tema. Se me acaba el tiempo. Adiós a mi vida tal como la conozco.

"Presione el botón verde", dice la pantalla. Y el cursor espera, intermitente. ¿Cuánto más podré retrasar este momento? Sí. Mejor le abro la puerta a mamá. Tratar de calmar su ansiedad va a hacer que gane al menos otro par de minutos.

Caminé hasta la puerta y giré el picaporte. Mamá casi se cae adentro. No necesité un aparato para predecir a mi madre. ¿Qué significará eso? ¿Seré aún capaz de pensar por mí misma? ¿De hacer algo que la máquina no pueda predecir? Y entonces, la paradoja: la máquina anuncia que no va a poder predecir algo y vuelve a tener razón.

—¿Y? ¿Qué esperas? ¿Has apretado el botón? ¿Qué ha dicho? ¿Cómo se llaman? ¿De dónde son?

La voz de mamá me taladraba la cabeza, aunque al menos me distraía una vez más, retrasando el momento. Si de ella hubiera dependido, ya hubiese apretado el botón, ya hubiera hecho las valijas para salir de viaje a buscarlos y ya hubiera elegido por mí. Sin embargo, la máquina solo responde a mis órdenes. A mis huellas. A mi sangre. De haber podido, quizás la hubiera dejado. Si total ya anticipa todas mis decisiones, haciendo que se vuelvan obsoletas y paradójicas, ¿por qué no lo hace también con esta? Si me dice: "Decidirás tomar jugo de naranja en lugar de café esta mañana", ¿sigue siendo mi decisión?

Los exiliados las llaman "oráculos de la locura". Y, al igual que yo,

no terminan de entender el propósito de esto. A veces pienso en contactarlos. Sin embargo, no mantengo esa idea en mi mente por mucho tiempo porque a la máquina le tengo más miedo que confianza. Tratar de comunicarse con los exiliados es ilegal y ella siempre lo predice. También predijo las veces que quise atentar contra ella y tirarla por la ventana. Fue en vano. Están intercomunicadas y los que están arriba lo saben. Saben quién, saben cuándo, saben cómo. Saben todo. Mejor dejarse llevar por esta vida pacífica y sin sobresaltos. Mejor resignarse a no pensar y dejar que el aparato tome nuestras decisiones por nosotros. Mejor…

—Ya te he dicho que este momento no se va a seguir retrasando por más que lo desees. Ni entiendo tampoco por qué te haces la indiferente. Sabes, como todas nosotras, que lo vienes esperando desde el día que naciste —seguía taladrando mi mamá.

¿Cómo responder a eso? Esperar este día es una manera de decirlo. Que me lo recuerden cada minuto de mi vida, con frecuencia exponencial a medida que se acerca, es otra manera de verlo. Y bueno. Se acabó el tiempo. La máquina comenzó a avisar que iba a enviar señales de advertencia con las que no quería tener que lidiar. El momento había llegado, así que al demonio con esto.

Miré el objeto cuadrado y ostentoso y, con un golpe seco y rápido, apreté el botón. La música era, a mi entender, lo más odioso del momento. Una melodía de violín antiguo que intentaba ser romántica comenzó a acaparar todo el cuarto, volviéndose cada vez más meliflua y más aguda. A mamá le caían lágrimas mientras esperaba que se imprimiera la bendita lista. Luego de unos instantes, apareció el pequeño papel. Lo observé aún colgando y, cuando fui a tomarlo, mamá se adelantó y lo arrancó. Entonces, ocurrió algo que jamás hubiera imaginado: su rostro se transfiguró. No sabía que eso era siquiera posible. Pensé que mamá había perdido su capacidad de asombro al menos ocho años atrás, cuando papá murió. No podía terminar de entender si era eso lo que veía en su cara. La seriedad, más la creciente tensión de sus músculos, así lo inducía, aunque era difícil de corroborar, al ser algo tan nuevo.

—¿Qué pasa, mamá?

No me contestó. Tenía la vista clavada en el monitor. Entonces, también llevé mis ojos a él y vi cómo, una tras otra, iban apareciendo las letras E, R, R, O, R. Formaban la palabra, desaparecían y reaparecían de a una. En ese momento lo que más me asustó fue, sin lugar a duda, la expresión de mamá. Todo ocurrió a gran velocidad y no pude terminar de definir nada. La luz de la pantalla comenzó a perder intensidad hasta que se apagó. Mamá lloraba cada vez más desconsolada. Me quedé atónita, sin saber qué hacer. Le arrebaté el papel de la mano y pude leer dos nombres que, por supuesto, no conocía, y, en lugar del tercer nombre, una serie de letras y números que formaban algún tipo de código del que jamás había oído hablar ni había visto alguna vez.

—¿Qué es esto, mamá?

Pero ella solo me respondió con lágrimas.

—Me asustas —insistí—. ¿Qué está pasando?

Se quedó en silencio. Sus ojos clavados en la pantalla me obligaron a mirar también. Y por primera vez, en la suma de momentos que dan por resultado mis dieciocho años, vi la frase “Presione el botón rojo”. Lo único que nos habían enseñado en el colegio acerca del botón rojo era que no debíamos jugar con él ni presionarlo, a menos que la máquina lo indicara. Aquel día, por supuesto, lo primero que hice al llegar de la escuela fue presionarlo. Nada ocurrió. Ella solo mostró un mensaje de “Botón fuera de servicio” y esa fue toda la duración del misterio. Ahora, por primera vez, era la máquina quien me solicitaba apretar el botón. Y si me había generado miedo apretar el verde, el rojo desató la furia estática del pánico.

—¿Qué hago, mamá?

Mi voz salió entrecortada. No le hacía esa pregunta desde que tenía diez años.

—Obedécele —fue lo único que dijo.

Temblando sin poder controlarme, hice lo que mamá me ordenó. Llevé mi mano al botón rojo y lo presioné, lentamente esta vez. El aparato soltó un “gracias”, tan gentil que me sonó absurdo y hasta peligroso. Me alejé unos pasos y, de pronto, todo quedó en silencio. El tenue ruido que había escuchado durante dieciocho años al punto de

conseguir olvidarlo se extinguió. La máquina… se apagó. Me quedé dura, sin saber qué hacer. De pronto, deseé con todas mis fuerzas que mi padre estuviera vivo. Comencé a extrañarlo con locura. Él me había dado siempre las respuestas a las preguntas complicadas que nadie quería contestar. Él era mi mentor, mi luz y mi compañero. Comencé a sentir de golpe toda la tristeza que la máquina no me pudo evitar con sus predicciones aquella vez. Y, una vez más, me sentí sola y desamparada.

Por un instante que pareció eterno, todo quedó en silencio. Y luego, el teléfono empezó a sonar. Las dos llevamos la mirada hacia la pared en la que estaba incrustado el aparato, sin movernos. Nadie llamaba nunca a nuestra casa. Para los vecinos éramos como fantasmas. No entendía nada. Ya había superado mi límite de desconcierto, así que, violentada por el instinto de obtener respuestas, tomé el aparato y atendí.

—¿Lily Fénix Brick? —dijo una voz de hombre que por su seriedad me erizó la piel.

—Sí —contesté, sin poder agregar nada más.

—En veintidós minutos pasará un auto a buscarla. Prepare su bolso y sus papeles personales para viajar a Bélgora.

—¡¿A Bélgora?!

Miré a mamá justo cuando se desmoronaba en el suelo. La puerta de mi cuarto se abrió y mi hermano Nabuk entró decidido, en el instante preciso, para evitar que mamá se golpeara la cabeza.

—¿Qué está pasando? —dijo—. Mi máquina se ha vuelto loca.

Yo seguía al teléfono, sin poder hablar, incapaz de moverme.

—No hay más tiempo que perder —continuó la voz robótica y gélida—. No llame a nadie. No salga de su casa. Prepare sus cosas y reanime a su madre.

—Pero…

Fue demasiado tarde. Ya había cortado. Y luego de eso, el teléfono también se murió. Volví mis ojos al monitor. Era extraño no tener ninguna expectativa de futuro, ninguna instrucción, ninguna predicción. Había odiado a la máquina durante mucho tiempo. Sin embargo, ahora sentía su falta y comencé a necesitarla con

desesperación. Igual que a mi padre. La necesitaba tanto como a mi padre. Por primera vez en mi vida, estaban en el mismo nivel para mí una máquina y un humano.

—¡Nabuk! Corre a tu cuarto y dime qué ves en tu pantalla.

Me arrodillé al lado de mamá cuando mi hermano salió del cuarto y traté de reanimarla. Me costó dos cachetazos de cada lado traerla de vuelta.

—¡No veo nada raro! —gritó Nabuk desde el otro cuarto.

Senté a mamá en el suelo y, antes de que alguna pudiera decir algo, el aparato se volvió a encender, escupió una lista y se apagó. Corrí desesperada hasta ella, un poco sorprendida de mi actitud. Por un momento, imaginé que imprimiría a mi padre. Tomé la lista y se la entregué a mamá. Lo primero que decía era que quedaban diecisiete minutos y luego había un listado de cosas que sería conveniente que llevara a mi viaje. Eso decían siempre estos artefactos. Todo era *conveniente*. Aunque, al final, no era conveniente para nada. Conveniente significaba que, si no hacías lo que la máquina decía, por un motivo u otro, lo lamentarías. Y yo nunca sabía si la sensación era de fastidio por no haber agarrado algo que iba a necesitar más adelante ese día, o culpa por haberla desobedecido. Esta vez no había tiempo para pensar en nada. Mamá miró el papel, lo leyó una sola vez y empezó a obedecer como robot. Tomó la valija y, uno a uno, fue poniendo dentro los artículos que figuraban en la lista. Era mi valija, mi ropa y mis cosas lo que ella estaba guardando, pero yo la miraba sin poder reaccionar.

Bélgora...

Jamás en mi vida había salido de mi país, ni de mi provincia, ni de mi ciudad. Jamás había hecho un recorrido distinto del más "conveniente", excepto un par de veces para tratar de fastidiar a la máquina. Sin embargo, al llegar a casa, veía que ella lo había predicho justo unos momentos antes de que yo lo llevara a cabo. Ese aparato era una versión perversa de mi cerebro; como si me hubieran operado y me hubiesen extirpado los sesos para ponerlos dentro de esa cosa cuadrada y darle vida. Y ahora que de pronto las cosas habían cambiado sin aviso y sin preparación, me sentía morir.

Mamá seguía frenética preparando la valija mientras lo único que yo podía hacer era controlar mi respiración para no desmayarme. Ay, papá… ¿Dónde estarás?

Mamá me entregó la lista con los nombres, salió del cuarto a buscar no-sé-qué cosa y me dejó sola con lo que había sido mi mundo privado durante toda mi vida. Aún en estado de shock, sosteniendo el papel con los nombres como si fuera lo único que me ataba a este mundo, recorrí el lugar con la mirada. Las paredes que tan bien conocía. Las fotos, los posters, las pinturas, los libros. Quería llevarme todos los libros conmigo. Me sentía incompleta sin ellos. Sin pensarlo dos veces, agarré mi ejemplar de lo que los antiguos llamaban Biblia y lo sostuve entre mis brazos. Quizás no podría llevarme todos, pero supongo que uno solo estaría permitido. Y de ser alguno, ese era el indicado. Era el libro de papá. Agarré el papel con los nombres y lo escondí dentro de la Biblia. Mamá entró apurada al cuarto y me hizo pegar un salto.

—Tenemos que prepararte. Ya están llegando. No podemos retrasarlos.

Al verla caminar agitada y hablando no menos rápido, me di cuenta de que ella estaba ocupadísima armando mi valija y que… eso era todo.

—¿Y tu valija? —pregunté.

Mamá se detuvo un instante y me miró. La respuesta estaba dibujada en su rostro como si fuera lo más evidente del mundo, como si todos supieran la obvia verdad menos yo. Se acercó unos pasos a mí y, antes de tocarme, se arrepintió. Otra vez comenzó a llorar, esta vez en silencio. Negué con la cabeza. No podía creerlo. No podía aceptarlo. ¿Cómo podía mandarme sola a Bélgora y estar tan tranquila al respecto? Salí de mi cuarto casi corriendo. Mamá estiró el brazo para frenarme y no lo consiguió. Fui derecho a su habitación y en su pantalla estaba corriendo el tiempo que marcaba la llegada de ese auto que vendría a buscarme. Me coloqué delante del aparato y escribí: “Probabilidades de reencuentro con mi hija”. La máquina se quedó pensando un momento y luego mostró la frase más terrible que esos aparatos tenían: “Por el momento, la información solicitada no se encuentra dentro de los parámetros de búsqueda. Por favor, ingrese

una nueva pregunta".

—¡No! —grité, sin poder contenerme.

Eso era lo que estos artefactos siempre decían cuando no estaban autorizados a dar malas noticias. Porque las malas noticias anticipadas volvían paranoicas a las personas. Si a uno le decían que probablemente sufriría un accidente de tránsito, ese iría por la calle tan preocupado que provocaría el choque él mismo. Si predecía una plaga, el pánico de las personas por no salir de sus casas ocasionaría hacinamiento y enfermedades masivas.

Comencé a llorar y a negar sin poder creer nada de lo que había vivido desde que abrí los ojos a este día nefasto. Mamá entró al cuarto y me abrazó. Sin embargo, yo sentía bronca y frustración y tristeza. Me solté violentamente.

—¿¡Cómo puedes hacerme esto!? ¿¡Cómo puedes quedarte tan tranquila sabiendo que me llevan a un lugar del que ni siquiera tu maldita máquina sabe si voy a volver!?

—Lo lamento —me respondió—. No creo que puedas comprenderlo ahora, pero lo lamento.

En ese preciso instante, vi el 00:00 en la pantalla y escuché ruidos de coches que frenaban en la puerta de casa. Miré por la ventana y vi a cuatro hombres que se bajaban de dos autos. Uno de ellos levantó la mirada y se encontró con la mía, como si supiera dónde me encontraba yo en todo momento. Me agaché y me acurruqué en un rincón.

—Tengo miedo, mamá. No dejes que me lleven. No he hecho nada malo.

—Lo sé, cariño. Lo sé.

Hipócrita.

—¿¡Cariño!? ¿Cariño, me dices, y sin hacer preguntas dejas que me lleven?

—No depende de mí. No se puede desobedecer a las máquinas.

—No… yo… haz algo, mamá. Por tu hija, por favor.

Le tembló el labio inferior. Se quedó un instante en silencio y luego:

—Lo lamento.

Miré la pantalla de mamá, que se había congelado con el

cronómetro en cero, y luego volví a mirarla a ella.

—¿Cuánto hace que sabes de esto? —la indagué.

—No sabía nada —respondió—. O sea…

—¿Qué?

—No, nada. No sabía nada, lo juro.

Dos de los hombres abrieron la puerta de entrada a casa, ingresaron en el cuarto de mamá y se quedaron esperando en la puerta. De reojo, vi a otro que ya tenía mi valija en la mano. No hicieron ni dijeron nada, aunque eran bastante menos que amigables. Pasé por al lado de mi madre y, antes de salir, me di vuelta para mirarla por última vez y le dije:

—Si volvemos a vernos algún día, no será como madre e hija.

Nabuk y Dórbot estaban parados en la puerta de mi cuarto. Mis adorables gemelos. Si tan solo pudiera hacerle una pregunta más al oráculo de la locura, sería si ellos dos iban a ser felices. Era todo lo que me importaba en ese momento. No había nada en el mundo que yo amara más que a mis dos hermanos. Bueno, mis caballos tal vez, aunque sabía que ellos iban a estar bien cuidados. Lo que me aterraba eran dos menores a la merced de una madre como la mía. Abracé a mis hermanos con todas mis fuerzas y les dije que cuidaran bien a los caballos, y que algún día volvería por ellos. Luego, los tres hombres me escoltaron hasta la puerta. Antes de cruzarla por última vez, recordé la Biblia y fui desesperada a buscarla. Ellos me observaron desconcertados cuando volví aferrada al libro. Solo el cuarto hombre, el que se había quedado junto a los autos, me dijo:

—Vaya libro…

Yo lo miré y apreté la Biblia con más fuerza. Me subieron al asiento trasero del primer auto y, escoltada por el segundo, me alejé sin animarme a echar un último vistazo a lo que había sido mi vida. A lo que, de ahora en adelante, pasaría a llamar recuerdos.

Capítulo 2
La piedra

Dentro de ese vehículo desconocido no sabía qué hacer. Comencé a mirar por la ventana, aferrada a mi libro. No tardamos mucho en atravesar la ciudad. Al pasar por la puerta de mi colegio, pensé en mis compañeras. ¿Qué les dirían a ellas? ¿Y a mis profesores? ¿Y a los demás? Supongo que a todos lo mismo. Que la máquina imprimió una lista de hombres que vivían demasiado lejos, y que yo había salido a buscarlos uno por uno al mundo. Quedarían conformes. Y no harían comentarios. Una vez más, quisiera tener alguna amiga que sospeche de esto. Que se pregunte por qué no la llamé luego de obtener la lista, para contarle los resultados. Una amiga que le hubiera dado significado a mi presencia dentro de ese colegio. Ahora me doy cuenta de que soy y siempre fui un fantasma. Nadie se enteró nunca de mi existencia ni llegué a tocar la vida de alguno como para modificarla al menos un poco.

Dentro de este auto, cruzando por primera vez los límites de mi ciudad y de mi mundo, no tenía otra pertenencia que me importara o me identificara más que el libro que llevaba en mis manos. La valija estaba en el baúl, aunque su contenido no era mío. Ahí estaba la voluntad del aparato; lo que analizó que sería más conveniente para mí y para mis necesidades físicas y biológicas. Sin embargo, nunca mencionó el libro. No sabe lo que es para mí ni los recuerdos que acarrea. No sabe nada. Creyó gobernarme y dominarme. No obstante, aquí estoy, de alguna manera libre al fin de ella. Y aún sigo respirando.

Repasé con las yemas de mis dedos el relieve de las letras que formaban el título del libro. Había mucho viaje por delante, pero no me animaba a abrirlo delante de estos hombres. Tenía en mi interior una mezcla de emociones y sentimientos, casi todos negativos y en

contra de mi madre. Dos cosas pensé en ese momento. La primera, que ese libro había ganado de pronto mucho más protagonismo en mi vida al darme cuenta de que no significaba nada para ella, mientras que en alguna época lo había sido todo para mi padre. La segunda, que volvería a buscar a Nabuk y a Dórbot. Era lo que más me dolía en ese momento. Recordarlos y pensar cómo podía afectarles toda esta violencia repentina que se habían visto obligados a vivir. Sentí las lágrimas llenar mis ojos mientras me venían a la mente las imágenes de nosotros tres haciendo largas cabalgatas por la playa. Entregados al instinto animal del galope, sintiendo los cascos chapotear contra las pequeñas olas de la orilla. Los mágicos momentos de la más extrema libertad. Porque las máquinas no predicen a los caballos, ni a los animales en general. Por eso la gente ya no les presta tanta atención. Andar a caballo se considera una de las actividades más peligrosas para realizar porque las máquinas no pueden asegurar los buenos resultados. Está fuera del control total y, por ello, dentro de la categoría de “mal visto”.

Papá me enseñó a andar a caballo. Fue él quien me mostró el milagro de su existencia y, antes de morir, me hizo prometer que enseñaría a los gemelos a montarlos. Así que eso hice. Les enseñé a montarlos y a cuidarlos y a entenderlos. Y, por sobre todas las cosas, les enseñé que las máquinas pueden saber mucho, mas no pueden decirnos quiénes somos.

Los minutos dentro de ese vehículo se volvían eternos. Resultaba abrumador ver por primera vez el mundo que me mostraron en hologramas en la escuela. Al no tener la menor idea de lo que ocurriría con mi vida de ahora en adelante, me sentía desvariar. Mis deseos, mis expectativas, mis sueños; todo se vio de pronto desvanecido. El futuro incierto que imaginé durante años ahora se aparecía frente a mí y, en lugar de estar emocionada por ello, solo tenía ganas de llorar. De pronto, sentí que jamás volvería a mi hogar. Cada kilómetro que me alejaba fortalecía más mi motivación de volver por los gemelos, aunque más débil hacía ese hilo de Ariadna que me mantendría para siempre atada a ellos.

Comencé a pensar en los nombres de la lista. Si habían aparecido en

mi máquina, tenían que aparecer también en las de aquellos desconocidos que tan solo unas horas atrás iban a ser mis alternativas de futuro. Quizás podían inventarles cualquier explicación a mis compañeros de colegio; sin embargo, ¿qué les dirían a ellos? ¿Que me decidí por el tercero y que dejasen de esperarme? ¿Quiénes serían? ¿Cómo serían? Si eran alternativas ideales para mí, tan distintos de mí no debían ser. ¿Y qué significaba ese código que apareció como tercera opción? ¿Era realmente un error? Por más inverosímil que fuera creer en la posibilidad de un error, las acciones de estos hombres que me acompañaban parecían confirmarla. Sí. Debía de ser eso. Un error. No pueden permitir ningún error porque esa sería la puerta de entrada a la desconfianza de la gente y al caos. Hay que mantener el orden. Hay que mantener el control. ¿Por qué tenía que pasarme a mí? El único error hallado alguna vez, ¿por qué tenía que ser en mi máquina? ¿Y por qué tenía que ser yo la víctima de algo en lo que jamás creí?

Sonó un celular dentro del auto y el ruido agudo me hizo volver a la realidad de repente. El hombre que iba en el asiento del acompañante lo tomó y entre los dos se miraron antes de atenderlo. El conductor me buscó por el retrovisor y, por un segundo, nuestras miradas se encontraron.

—Sí, señor —dijo el acompañante, cortando el silencio que veníamos transportando hacía más o menos una hora—. Claro, señor… No, señor… Desde luego, señor.

Y cortó. El hombre apartó el celular de su oreja y se lo quedó mirando un instante. Me pareció que soltaba una gran cantidad de aire acumulado. Por un lado, eso me calmó un poco, ya que, por lo visto, había gente a la que ellos también le temían, lo cual me ponía en igualdad de condiciones y, al menos ellos dos no iban a hacerme daño. Aunque, por otro lado, eso era aún peor. ¿Quién era el hombre que estaba al otro lado del teléfono? ¿Qué clase de persona sería, para que estos dos hombres de hielo le tuvieran miedo? De pronto me di cuenta de la única alternativa posible que tenía en ese momento. Ahora que sabía que ellos tenían jefe y, por ende, instrucciones, y que no me iban a tocar, tenía que salir de ahí. Tenía que librarme de ellos.

Mi cerebro comenzó a planear estrategias. Rápidamente caí en la cuenta de que ya no había una máquina controlándome y diciéndome lo que tenía que hacer. En el auto tampoco había y era más que evidente que ninguna iba a prever nada de lo que ocurriera con mi vida, al menos durante este día. Estaba… desconectada. Custodiada, pero libre. Y estos hombres, acostumbrados a obedecer a las máquinas, tampoco debían de ser muy violentos. Aunque sabía que debía cuidarme de ellos. Papá me había dicho que jamás me confiara de ninguna realidad que atentara contra la naturaleza de los instintos del hombre porque, tarde o temprano, esa realidad perecería. Nada que requiera esfuerzo gobernará por mucho tiempo a aquello que sale naturalmente. Papá lo creía. Los exiliados lo creían. Y yo lo incorporé como hice con todas sus enseñanzas, aunque jamás consideré que la realidad fuera a cambiar. La gente se veía tranquila y cómoda. A nadie le costaba obedecer en lugar de ponerse a pensar si eso era lo que querían hacer o no. Al menos, eso era lo que veía en las personas con las que me cruzaba. Las charlas banales. El constante chequeo de la lista impresa cada mañana. Las miradas apagadas y las sonrisas perennes. Algo dentro de mí me decía que eso no era normal, a pesar de haber sido lo único que conocí en mi vida. Y mi padre me lo decía una y otra vez. Que no iba a durar. Que ya llegaría la revolución. Y ¿para qué se me ocurrió preguntarle a los ocho años qué significaba esa palabra? Me llevó a la biblioteca de casa, me sentó en una silla, colocó siete tomos de más de tres mil páginas cada uno sobre mis piernas y dijo que eso era lo único que tenía que aprender. Antes de que pudiera hacer nada, mis piernas ya palpitaban por la presión que le generaba el peso de los libros. Cuando miré la tapa del primero, el título decía *Historia de las Revoluciones Antiguas*. Suspiré y, haciendo un gran esfuerzo, coloqué los libros en el suelo.

—Esto es absurdo, papá —le había dicho en aquel momento—. Me voy a retrasar en la escuela. Y esto ni siquiera está en el programa.

—¿Tú crees que es casual que este tema no esté en el programa? ¿Y que le den tan poca importancia a la Historia Antigua en general?

Por aquel entonces, me quedé en silencio. No había entendido lo que había querido decir, ni lo comprendí sino hasta varios años

después, cuando pasé la última página del último tomo, a los catorce años.

Recuerdo aquel día como si fuera ayer. No fueron las palabras de papá lo que me inspiró a leer esos tomos, sino su muerte. Una enfermedad repentina que ni las máquinas pudieron prever se lo llevó para siempre. Y la tristeza que sentí entonces solo pude expresarla en forma de bronca. Dos años, durante dos años había perdido el tiempo con esos estúpidos libros. Me aburrían, me fastidiaban y me hacían doler la cabeza. No los comprendía. Eran difíciles. Demasiados datos, demasiados números. Él insistía en que era importante que aprendiera todo eso. Pero yo quería andar a caballo, hablar de otras cosas, vivir la vida de la niña que era.

—No le hables a nadie en tu escuela de estos libros, nunca —me había dicho un día.

—No te preocupes, papá. Nadie quiere hablar conmigo. Ya ni se esconden para criticarme. Dicen que soy rara y que me vaya a conversar con los caballos.

—No les des importancia, Lily. Tú estarás preparada cuando el día llegue.

Y yo suspiraba, aunque no le creía. Me quedaba a su lado, leyendo sus aburridos libros, porque lo amaba y era la única persona que respondía a mis preguntas fastidiosas. Jamás llegué a entender cómo fue que se casó con mi madre. Eran agua y aceite. Incompatibles en todo sentido. Más de una vez había pensado que la máquina se había equivocado al decidir que eran el uno para el otro. Y un día se lo pregunté a papá.

—Puede ser —me dijo, con una sonrisa pícara en el rostro.

—¿Puede ser que se equivoque?

—Sería un dolor de cabeza para tu madre, ¿no? —me respondió.

Cuando yo tenía diez años, mi padre falleció. Lo había visto por última vez una semana atrás, antes de ir a la escuela, y sus palabras finales fueron: “Enséñales a montar a los gemelos y termina de leer los libros de historia”.

Papá solía viajar muy lejos y por largos períodos. Yo odiaba esos viajes. Lo extrañaba demasiado. Tres meses. Ocho meses. Una semana

antes de morir, había vuelto a irse. Recuerdo ahora que esas últimas palabras me habían helado la sangre. No tanto por lo que significaban, sino por el tono. Como si de alguna manera él supiese que no iba a volver. Me había mirado como si lo hiciera por última vez, y yo no había errado en mi sospecha. Él me había enseñado a mirar a las personas a los ojos y a hacer uso de mi intuición. Lo previ entonces y no pude creerlo. No pude aceptarlo. Mi padre sabía que se estaba muriendo y eligió decirme nada menos que eso. Y hoy puedo comprender que lo hizo porque sabía lo que le pasaba. Sin embargo, ¿cómo iba a entenderlo entonces? Mi madre me había ocultado la noticia porque no quería verme sufrir. Y gracias a eso, no pude aprovechar los últimos instantes que pasé con mi padre de la manera que hubiera querido. De haber sabido que estaba enfermo, le habría dicho que no viajara o, al menos, que me llevara con él. Lloré durante semanas y a ella no le hablé durante meses. Lo que mamá quería saber de mí se lo preguntaba al aparato. A partir de entonces, esa fue nuestra relación. Yo seguí leyendo los libros de historia, yendo a la escuela y andando a caballo con los gemelos. Solo a ellos dos les hablaba efusivamente y casi todo el tiempo les contaba acerca de papá. Ellos tenían cuatro años cuando él murió, y a mí me aterraba que llegaran a olvidarlo alguna vez. Llené sus cuartos de fotos de papá y, además de enseñarles a montar, les transmití el amor por los libros y por la literatura que él me había inculcado. Sentía que era una manera de mantenerlo vivo y así me dediqué a vivir mi vida.

Dentro de este auto, con la Biblia en mi mano, de pronto, comprendí dos cosas: que mi padre sabía que esto ocurriría, y que esa Biblia me iba a dar el valor necesario para escapar.

—Tengo que ir al baño —dije.

—Qué curioso… —respondió el conductor, el mismo que había hecho el comentario sobre mi libro—. Tiene voz.

Me molestó que dijera eso, porque me recordó a mis compañeras de colegio y sus absurdos juegos verbales. No obstante, si iba a escapar de ese auto, tenía que tener el factor sorpresa de mi lado. Debía mantener un perfil bajo.

—Por favor —insistí—. Tengo… un problema femenino.

El hombre que estaba sentado en el asiento del acompañante me miró con cara de asco. No importa cuántos años tuviera la Humanidad en Letradia, había algunas cosas que se mantendrían siempre. Una de ellas era que los hombres siempre iban a huir de nuestros asuntos biológicos.

—¿Es urgente? —preguntó el conductor—. Ya casi estamos llegando.

—Sí, por favor.

No sabía dónde era ese lugar al que "ya casi estábamos llegando", aunque sí sabía que no quería llegar.

Frenamos en una estación de carga. Los vehículos entraban y salían en todas las direcciones. Había más del triple de la cantidad que yo había visto alguna vez. Por lo visto, nos dirigíamos a una ciudad muy grande. Miré hacia arriba y vi, una encima de la otra, hasta 9 vías de transporte, que iban en todas las direcciones. En mi pueblo solo había dos. En esta ciudad, todo a mi alrededor gritaba control. Había mucho más de todo lo que conocía. Más gente, más máquinas, más construcciones. Y mucha menos naturaleza. Era cuadriculada. Todo, orden y control.

Tres de los cuatro hombres se bajaron conmigo. Me quedé parada sin saber qué hacer, un poco meditando una rápida estrategia, otro poco obnubilada por la cantidad de información visual y auditiva. La única manera de lograr escapar de ahí sería a través de caos. Aunque no sabía cómo generarlo. Sentí una mano en mi hombro y pegué un salto. El hombre la retiró y me dijo:

—Es por ahí.

—Necesito sacar cosas del baúl —le respondí.

Si mi padre hubiese sido quien armara mi valija, habría colocado dentro un kit de supervivencia para deportes extremos. Ahora, habiendo sido mi madre la encargada, no creí que hubiera incluido nada más que las cosas que la máquina le ordenó. Me sirvió igual para ganar un poco más de tiempo mientras pensaba una estrategia.

El hombre abrió el baúl y se quedó a mi lado mirando lo que contenía la valija. Puse la Biblia bajo mi brazo y busqué productos femeninos. No era lo que quería agarrar. Por como venían mis planes,

quizás esa sería la última vez que vería esa valija, así que tal vez hubiera sido más pragmático agarrar una muda de ropa interior y un abrigo. No, levantaría demasiadas sospechas. Cerré la valija y me alejé unos pasos para que el hombre pudiera cerrar el baúl. Y entonces me dijo lo último que quería escuchar en ese momento:

—¿Por qué no dejas el libro en el auto?

Tenía toda la razón del mundo. ¿Para qué querría llevarme un libro a un lugar en el que no iba a estar más de dos minutos? Ya no era tan común ver libros impresos en papel dando vueltas por el mundo. Sin embargo, de ahí a que el hombre no supiera lo que era y pudiera mentirle que lo necesitaba para algo… había un gran trecho. Estaba asustada y la adrenalina que recorría mi cuerpo no me dejaba pensar bien. Lo último que quería era que sospecharan de mí, así que no quise contradecirlo. Miré el libro, sabiendo que lo haría por última vez, y se lo entregué. El hombre, aburrido, lo arrojó en el asiento trasero. Luego, me señaló el baño con el brazo. Caminé hacia donde él me indicó. No quería que me vieran el rostro para no revelar ninguna de mis intenciones, así que miré hacia abajo y me hice la deprimida. Dos de los hombres me estaban escoltando. Escuchaba sus pasos cerca de mí y me hacían temblar. Entré en el baño y comencé a mirar hacia todos lados. La mejor estrategia era el caos, sí, pero… ¿cómo generarlo? Tenía que hacer cosas impredecibles. Me deshice de lo que había sacado de la valija, abrí todas las canillas, saqué el papel de los baños y lo desparramé por el lugar. Había visto hacer eso a unos chicos en mi colegio y habían logrado hacer bastante ruido. Sin embargo, dos minutos más tarde, no solo todo seguía igual, sino que no iba a faltar mucho para que los hombres comenzaran a sospechar. Sin pensarlo dos veces, abrí la ventana y me escapé por atrás. Comencé a correr sin saber hacia dónde. Enseguida escuché un sonido de alarma bastante agudo y entendí que no tendría demasiado tiempo. Así que corrí. Corrí, corrí y corrí.

No conocía el lugar, ni la ciudad, ni la gente. Había vehículos, artefactos, robots, locales de ropa con vidrieras inteligentes. No tardé mucho en comenzar a llamar la atención. Sabía que no estaba haciendo las cosas bien y que era muy probable que terminara de

vuelta dentro del auto en pocos minutos.

Al ver que la gente me miraba pasar corriendo desesperada, decidí que esa no era una buena idea. Dejé de correr y continué caminando rápido. No había instrucciones a seguir en caso de caos. A la gente no se la educaba para prevenir el caos, porque eso atentaba contra la perfección de las máquinas. El secreto había sido erradicar la duda de las mentes promedio. Hacerles creer que siempre habría tranquilidad y control y que podían confiar en la perfecta seguridad que ofrecía ese estilo de vida. ¿Qué habrán pensado al verme pasar? ¿Habrán hecho algún tipo de asociación? La costumbre de no pensar había vuelto haraganes a los habitantes de Letradia. Supongo que habrán encontrado en sus cerebros alguna explicación simple, no importa qué tan poco verosímil, y habrán seguido con sus vidas.

Continué mi caminata veloz, tratando de pensar si sería más conveniente generar más caos o mantener un perfil bajo. Pensé en los exiliados. Sería una gran idea contactar a alguno de ellos en ese momento, pero los exiliados eran seres invisibles. No se reunían en grupos porque a mayor número, mayor vulnerabilidad. Se hacían pasar por cualquier cosa. Eran vagabundos, profesionales, vendedores, compradores, lo que fuera. Según el momento del día, se hacían pasar por algo diferente. Papá tenía siempre una historia nueva para contarme acerca de ellos. Se notaba que sentía por esa gente una gran admiración que, por supuesto, me transmitió. Nadie sabía con seguridad si se había cruzado alguna vez en su vida con una de estas personas. La mayoría ni pensaba en ellos y los consideraban mitos aburridos. A mí me gustaba observar a la gente y tratar de descubrir si alguno de ellos era un exiliado. Sin embargo, jamás sospeché de ninguno. Aun así, creía. Aun así, seguía esperando. Y en ese momento, más que una espera era una necesidad imperiosa.

Comencé a mirar a las personas a la cara y solo conseguí generar expresiones de sospecha y más atención. Así que seguí caminando. Cada vez sentía más pánico, cada vez más desesperación. Y encima no tenía conmigo el libro de papá, que al menos me brindaba cierto apoyo como amuleto. Doblaba por las calles, buscando algo que con cada paso parecía más fantasmal, más onírico. Quería mantener el

foco, aunque el cansancio, el estrés, la desesperación y la tristeza poco a poco comenzaban a apoderarse de mí.

Cada tanto miraba hacia atrás, pero no veía a los hombres. Y por hacer eso, sin darme cuenta, tropecé con una piedra y me fui al suelo. Tenía la costumbre de ser atolondrada en mi vida cotidiana, y eso me jugó en contra. No tardé más que un segundo en levantarme y, cuando miré la piedra que me había hecho caer, de pronto quedé como hipnotizada. Era un objeto rarísimo. Una piedra negra como el ónix, brillante en medio de un callejón oscuro. Por un momento me quedé anonadada mirándola. No podía definir si el brillo era un reflejo o si, de alguna manera imposible, salía de adentro. Sin poder controlarme y sin tener en cuenta que no había ni un minuto que perder, me agaché y tomé la piedra. Fue algo instintivo, algo por fuera de cualquier decisión mental. Algo que estaba experimentando en base a las enseñanzas de mi padre: por primera vez en mi vida, el instinto estaba prevaleciendo por encima de mi mente. Y me di cuenta de que tenía razón: el instinto siempre prevalecería sobre la mente.

Al tomar la piedra, ocurrió lo más extraño. En un instante me vi transportada a otro lugar. Un lugar insólito. Por la cantidad de construcciones y de gente que pasaba a mi lado, pude comprender que se trataba también de una ciudad. Las personas eran iguales a cualquier humano, aunque sus miradas revelaban una vida diferente. En los ojos de esta gente, lo primero que pude apreciar fue *variedad*. Nada que ver con la gente de Letradia. Acá, las personas caminaban a diferentes ritmos, haciendo diferentes cosas. Observé mis manos y aún tenía conmigo la piedra. Una señora se acercó a mí, me apoyó una mano en el hombro y dijo algo en un idioma que no comprendí. Al principio me aparté, asustada. Sin embargo, al verle el rostro, vi que estaba sonriendo, esperando que le dijera algo. Hablé, aunque solo salieron de mi boca palabras en letradiano. La mujer torció un poco la cabeza y frunció el ceño. Yo negué y me encogí de hombros, como para que se diera cuenta de que no comprendía lo que me decía. Otro hombre se acercó y me preguntó algo que tampoco entendí. Luego, se pusieron a comentar entre ellos y lo próximo que vi fue cómo ese mundo desaparecía a mi alrededor y otra vez era trasladada al callejón

de Bélgora. Desde una posición extraña, me encontré mirando el suelo. La piedra había desaparecido y, cuando me quise mover, me vi imposibilitada por unos brazos que me sujetaban. No tardé en darme cuenta de que me habían capturado. Miré para todos lados buscando la piedra, sin éxito. Entonces llegué a la conclusión de que había tenido una alucinación, presa del estrés. Rápidamente me alejaron de ese lugar. El auto en el que había llegado a la ciudad estaba esperando al final del camino. El hombre que me llevaba a cuestas me tiró en el asiento trasero como lo había hecho con el libro de mi padre. Lo miré un instante a los ojos y su mirada era más amenazadora que nunca. Antes de que pudiera reaccionar, sentí un pinchazo en el brazo y, acto seguido, me desplomé en el asiento, súbitamente soñolienta. Lo último que sentí antes de perder la consciencia fue la Biblia de mi padre debajo de mi cabeza.

Capítulo 3
La sala blanca

Cuando abrí los ojos, me encontraba sobre una cama dentro de una jaula. No entendía nada. Me quedé quieta un instante tratando de recordar qué había pasado, chequeando que mi cuerpo estuviera entero y que no me doliera nada. Al llegar a mis brazos, sentí un leve dolor en la línea de pliegue de ambos. Giré la cabeza y noté que la cama estaba ubicada en el medio de una habitación enorme, con máquinas y artefactos eléctricos diversos. La luz del lugar era pareja, tenue y neutra. Volví la atención a los brazos para ver por qué me dolían y justo en esa área estaban tapados por una especie de goma pegajosa. Me incorporé y comencé a raspar una de ellas con mi mano. En ese momento apareció de la nada un hombre del otro lado de la reja.

—No te lo toques —dijo.

Una descarga de adrenalina me recorrió el cuerpo al escucharlo. Miré para todos lados para tratar de entender de dónde había salido y cómo había hecho para pararse delante de mí sin que lo viera. El hombre me estudió un instante largo. Le sostuve la mirada en silencio y luego comencé a intercalar mis ojos entre él y la habitación. En ninguna de las paredes que envolvían ese lugar había puertas. Llevé mis ojos hacia arriba y hacia abajo: era hermético. Una puerta secreta, pensé. De esas que se funden con la pared, como había visto en algunas revistas de diseño de interiores. Eso estaba de moda en las viviendas modernas. Sí, supuse que esa tenía que ser la explicación.

—Es un cicatrizante —dijo el hombre, y no sabía a qué se refería.

Sus palabras llamaron mi atención. Había algo extraño en su mirada. Era más fría que las de los otros hombres, y sin embargo, parecía esconder algo. Era joven, altísimo y estaba vestido con un traje que lo hacía parecer mayor. Lo observé en silencio, extrañada

por sus palabras. Él señaló mi brazo y miré hacia donde él me indicó. La cosa gomosa era un cicatrizante. Y lo que me pregunté a continuación fue por qué habría de necesitar cicatrizante. ¿Qué me habían hecho estos hombres? Y este que estaba parado delante de mí, ¿habría sido el que había llamado al otro en el auto?

—¿Cómo te sientes? —me preguntó, aunque no parecía preocupado por mi respuesta.

No hablé. Miré mis brazos y luego a él. Si había alguien que tenía que hacer preguntas era yo. Quizás, un poco por capricho, otro poco por la falta de respeto que había sufrido, decidí que no respondería. Le sostuve la mirada, tratando de no mostrar ninguna expresión. Lo extraño fue que a él pareció no sorprenderle mi actitud. Como si, de alguna manera, ya estuviese esperando que reaccionara así. Comencé a sentirme otra vez incómoda. En mi mente se agolpaban las conclusiones más obvias. Sin duda, todas las cosas que sabía de mí mi máquina era información que ellos tenían. No sería raro que ese hombre conociera más de mi vida que yo misma. Sin embargo, algo extraño estaba ocurriendo. Él me miraba demasiado. Escaneaba mi cuerpo como si yo fuera una rata de laboratorio. Y en realidad, al recorrer el espacio que me rodeaba, pulcro, blanco y parejamente iluminado, más la jaula que me contenía y el ridículo mameluco blanco que llevaba puesto, concluí que, en efecto, eso era yo: una rata. Y que lo que ahora estaba cicatrizando debajo de esa sustancia gomosa eran las marcas de los experimentos que habían realizado conmigo. Entonces, supuse que ya me habían asignado una nueva máquina y ya me habían reinsertado en el sistema. Con lo cual, si había algo que ese hombre sabía, era cómo me sentía yo.

Me puse de pie y me acerqué a él. Lo vi retroceder unos pasos y enderezarse como si se estuviera poniendo en guardia, y entonces me di cuenta de que aún podía ser impredecible. O quizás el nuevo aparato le había dicho que yo me violentaría en cualquier momento, aunque no me sentía capaz de hacerlo. Las máquinas, siempre ocupando los pensamientos; siempre presentes en la vida de las personas, aun sin estar físicamente cerca. Y todas las conclusiones a las que llegaba me demostraban que estaba en inferioridad de

condiciones. Si era o no era impredecible, de todas formas, no había razón para violentarme. Así que volví a sentarme en la cama. Él se acercó a la reja, y por uno de los huecos, me alcanzó un pañuelo. Lo observé, sin moverme.

—Te recomiendo que agarres esto —dijo—. De un momento a otro, lo necesitarás.

Y como si sus palabras fueran generadoras de realidad, justo después de que las pronunció, comencé a sentir un extraño dolor en el pecho. No era un dolor físico. Era algo más relacionado con una emoción. Me asusté de repente al ver la precisión con la que ese hombre había hablado y, a la vez, la frialdad de la expresión que lo acompañaba. La sensación horrible de mi pecho comenzó a expandirse por mi cuerpo, haciendo que respirar fuese cada vez más difícil. En un momento, lo único que pude hacer fue pensar en mi padre. Y más específicamente, en el día de su muerte. Porque solo en aquel entonces había sentido una angustia similar a la que experimentaba ahora. Sin poderlo evitar, comencé a llorar, mientras miles de pensamientos y emociones se confundían dentro de mí. No entendía por qué estaba sintiendo de pronto toda esa angustia sin razón. Mi cerebro trató de asociarla con lo que había vivido hasta ese momento, intentando ponerles un rótulo a los sentimientos que, uno tras otro, iban ocupando el lugar del anterior, aplastándolo y haciéndome doler hasta los huesos. Quizás, de no haber escuchado el consejo del hombre, me habría dejado convencer por mi cerebro. No obstante, él, con toda su frialdad, me había anticipado lo que ahora estaba viviendo. Me acerqué hasta la reja y casi le arrebaté el pañuelo de las manos. Luego quise volver a la cama y, como la angustia me dominaba por completo, lo único que llegué a hacer fue dejarme caer en el suelo. Bronca, tristeza, dolor, vergüenza, ira… no había manera de explicar lo que me estaba ocurriendo. Y no, me había equivocado. Los hombres que me habían sacado de mi casa y de mi vida no eran de hielo. Al menos, ellos habían demostrado temerle a alguien al otro lado de un teléfono. Este, sí. Este hombre era de hielo. Podía sentir su mirada gélida a través de la reja, estudiando mi ataque de angustia como si fuera parte de un experimento perverso. No sé cuánto duró, ni qué

cantidad de lágrimas me hizo llorar. Lo que sí sé fue que él no se inmutó. Estaba ahí parado sin pronunciar palabra, esperando. Y como suele ocurrir con todas las emociones profundas, la angustia poco a poco fue cediendo. Los espasmos de mi cuerpo se fueron volviendo más y más esporádicos y lentamente volví a recuperar el aire y la calma. Un instante después, fue como si nunca hubiera sucedido nada. La angustia, como todos los dolores intensos, pasó derecho al inconsciente y comencé a tener dificultad para recordarla, como si se tratara de un dolor del pasado, de algún momento olvidado en el tiempo que ya no pertenecía a mis experiencias, sino a las de algún otro que me las estuviera contando. Entonces me levanté del suelo y me senté en la cama. Aún estaba confundida y aturdida, aunque la tranquilidad habitual volvió a hacerse cargo de la situación. La tranquilidad y un cansancio esperable. Limpié el resto de las lágrimas de mi rostro con el pañuelo y luego levanté la vista hacia él. Sabía que lo estaba mirando con bronca. Me había molestado muchísimo que presenciara ese terrible momento, que me lo hubiera anticipado, y que no hubiera hecho nada más. Y no sé si fue por la manera en que lo miré o por qué motivo, pero de pronto, por primera vez, bajó la mirada al suelo. Por fin una expresión. Había llegado a creer que era un robot. Pero ahora sentía más bronca todavía. Porque *si fuera* un robot, entonces comprendería su actitud. No obstante, esa pequeña reacción demostraba que aún era humano. Un humano perverso. Porque ningún otro podría ver a una persona sufrir como lo había hecho yo y mantenerse firme como una roca.

—Lo que acabas de experimentar son los efectos secundarios de una de las drogas que te dimos —dijo, volviendo a ser el mismo hombre de piedra que antes.

Y ya no me pude controlar. Me levanté llena de ira y me acerqué a la reja.

—¿Quién demonios crees que eres? ¿Quiénes son ustedes? ¿Con qué derecho me sacan de mi vida, me traen a este lugar, experimentan conmigo y no me dan ningún tipo de explicación?

Él volvió a dar un paso hacia atrás. Quizás sí, quizás una nueva máquina había predicho que me agarraría un ataque violento. De

todas formas, lo sentía justificado y obvio. No necesitaba un estúpido aparato para informarme que reaccionaría así.

—Respóndeme —lo amenacé, con una seguridad de la que no me convenía hacerme cargo, estando dentro de esa jaula—. ¿Quiénes son ustedes? ¿Por qué me hacen esto? ¿Qué necesitan saber?

En tanto más emociones revelaba mi cuerpo, más me miraba este hombre como si me estuviera estudiando. Y se mantuvo en silencio todo el tiempo. Suspiré y me tranquilicé un poco.

—¿Cuánto tiempo me van a tener acá?

Nuevo silencio.

—¿Tiene algo que ver con lo que pasó en mi casa?

Nada. Ni una palabra. Me seguía mirando como si no comprendiera mis palabras. Como si no le *importaran* mis palabras.

En un arranque de capricho, golpeé la reja que nos separaba. Y entonces, sucedió algo imposible: El hombre… desapareció. Sí, exacto. Eso fue lo que pasó. No fue que caminó velozmente, ni que se abrió un agujero en el suelo que se lo tragó. Desapareció. En el aire. Se esfumó. Caminé hacia atrás, más asustada que sorprendida por lo que acababa de ver. Sentí mis piernas chocar con la cama. Perdí el equilibrio y caí sentada sobre ella. Al instante, me incorporé y continué mirando para todos lados.

—¡Hola! —grité—. ¿Hay alguien ahí?

Estaba sola. Y permanecí de esa forma durante algún tiempo que no pude terminar de definir. No me gustaba quedarme sola en ese lugar inhóspito. Por más temible que fuera ese hombre, su presencia era mejor que la soledad. Me senté en la cama, tratando de tranquilizarme, aunque sabía que no lo lograría.

—¡Hola! —volví a gritar, luego de un rato, mientras sentía el pánico subiéndome desde los pies—. ¡Por favor! Alguien que me…

—Deja de gritar —dijo el hombre detrás de mí.

Me di vuelta y vi que otra vez estaba en la habitación. Tenía las manos detrás de la espalda y me estudiaba en silencio.

—¿Quién…? ¿Cómo hiciste eso? —le pregunté—. ¿O lo que estoy viendo es un holograma?

No obstante, sabía la respuesta de antemano. Era demasiado real

para ser holográfico, demasiado espeso.

—No —dijo, sin expresión.

—¿Cómo lo hiciste? —volví a preguntar.

Él se acercó a la jaula y me miró a los ojos. No sabía qué buscaba, así que me quedé esperando. Luego, se alejó unos pasos y asintió.

—Estás diciendo la verdad.

—¿Qué? ¿Qué verdad?

—Tu sorpresa es genuina.

—¿Mi sorpresa? Disculpa, pero de donde yo vengo, la gente no se dedica a hacer actos de magia como el tuyo.

—Evidentemente, no tienes idea de dónde vienes.

Me quedé en silencio un instante. Por la forma en que había pronunciado esas palabras, noté que me estaba probando, a ver si escondía algo más que lo que sabían de mí gracias a las máquinas.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

El hombre se acercó, sacó la Biblia de mi padre que tenía oculta detrás de su cuerpo y la pasó entre las rejas. Al verla, perdí el control de mí misma y me abalancé sobre ella. Sin querer, le rocé uno de los dedos y él retiró su mano con violencia, como si yo quemara o estuviera infectada con alguna enfermedad contagiosa. Me sorprendí más de su actitud que de volver a ver el libro. Por su expresión, noté que su respuesta había sido involuntaria. Por un segundo, había perdido el control. Tomé el libro y lo apreté contra mi pecho, más feliz que nunca de volver a verlo. Una vez más, recorrí las letras en relieve de la tapa con las yemas de mis dedos. Me relajaba hacerlo. Volví a recordar a mi padre y me sentí tranquila y en paz. Me conecté tanto con él que dejé de pensar en el hombre al otro lado de la jaula. Sonreí y cerré los ojos para revivir las cabalgatas junto a él. Me acordé de un día en el que el sol ya estaba bajando y nos habíamos adentrado en el bosque. Nos bajamos de los caballos y nos quedamos acampando ahí por la noche. En medio de un lugar inhóspito, a su lado encontraba la manera de sentirme segura y en paz. Ahora, con el libro de mi padre entre las manos, me sentía tranquila y bien. Cuando abrí los ojos, seguía sonriendo. Miré al hombre con su expresión de piedra y le dije:

—Gracias. Pensé que no lo volvería a ver.

Él se mantuvo inexpresivo. Se acercó a la reja y me soltó:

—Tu padre te enseñó muchas cosas. Todas ellas inútiles.

Al oír esas palabras me quedé en silencio sin saber qué decir, de repente atravesada por un dolor en el pecho que me quitó el aire en un segundo. Miré el libro que llevaba en las manos y pude sentir la lágrima cayendo por mi rostro y terminando en una mancha circular sobre la tapa. Volví a mirar al hombre en silencio y ocurrió algo de lo más extraño. De pronto, dejó de importarme cuánto sabían ellos de mí, o qué cosas les había revelado la máquina. No me importaba qué estaba haciendo en ese lugar extraño. No me importaban las amenazas de ese hombre ni sus palabras. Lo único que ocupó mi ser en ese momento fue compasión. Tenía que sentir bronca y desprecio y comenzar a sembrar en mí un rencor hacia él que me hiciera odiarlo para siempre. Sin embargo, en lugar de eso, solo sentí pena. Y no pude comprender de dónde salían esas emociones. No entendía nada. Solo me di cuenta de que el miedo que había sentido por esa persona despreciable se había desvanecido. Lo más sorprendente era que no sabía cómo había sido posible que pasara todo eso y de esa manera tan rápida. Quizás tenía que ver con el hecho de que él se había metido con la única persona en toda Letradia con la que jamás se tendría que haber metido. Quizás, porque mi padre ya estaba muerto y sabía que no podría hacerle daño, fue que mi emoción derivó hacia ese lado y no hacia el miedo que tal vez me habría provocado si hubiera mencionado a los gemelos. Por Nabuk y Dórbot aún estaba preocupada y los tenía presentes todo el tiempo, aunque no pensara en ellos. Aún seguía firme mi deseo de volver a rescatarlos, o al menos de volver a verlos alguna vez. Sin embargo, de mi padre no tenía más que recuerdos y, por más dolor que me hubieran generado las palabras de este hombre, a él no podía tocarlo.

Lo miré y, por un momento casi imperceptible, pude ver que una angustia voraz lo estaba consumiendo. La traía muy bien escondida debajo de su expresión de hielo. Y creo que fue eso lo que me hizo sentir esa compasión, a pesar de que sus palabras aún me taladraban la memoria. Me levanté de la cama y me acerqué a él, sin dejar de

mirarlo. Nuevamente, vi cómo se alejaba unos pasos hacia atrás. No obstante, esta vez, aunque él no quisiera admitirlo, sus piernas estaban temblando. Ya no era esa persona firme y decidida que había aparecido de repente dentro de esta habitación. Sentí que un pedazo de hielo se le había caído.

—¿Por qué estás tan triste? —le pregunté.

Y noté en ese instante que mi pregunta lo había tomado por sorpresa. Él abrió un poco los labios, para decir algo tal vez, aunque se arrepintió a medio camino y los volvió a juntar con fuerza. Yo sonreí, con un poco de sarcasmo, debo admitir.

—¿Ya lo ves? —dije—. No todas las enseñanzas de mi padre son inútiles. Fue él quien me enseñó que las máquinas jamás podrán decirme quién soy. Y que jamás podrán saber lo que significa que dos miradas se encuentren.

El hombre me estudió en silencio. Luego pestañeó y bajó la cabeza. Cuando me volvió a mirar a los pocos segundos, ya había recuperado su expresión de piedra. Era evidente que se estaba peleando consigo mismo.

—Muy poéticas tus palabras —dijo—. Sin embargo, terminaste en una jaula. ¿Para qué te sirvieron?

Sí. Era el hombre de piedra otra vez. Y seguía insultando a mi padre. Yo quería odiarlo. Era lógico que me invadiera la bronca al escuchar sus palabras. No obstante, por algún motivo que desconocía, cada vez que intentaba odiarlo, no podía. Volvía a recordar su angustia escondida y me generaba compasión.

—No lo sé —respondí, luego de un largo silencio, y agregué—: ¿Cuánto tiempo me van a tener acá?

Él no respondió. Suspiré y negué con la cabeza. Probablemente, iba a ser bastante. Un poco triste, un poco exhausta, volví a la cama y me senté, con el libro entre mis manos. Si iba a tener que permanecer ahí por tiempo indefinido, lo peor que podría hacer era contar los minutos. Ya tenía bastante experiencia en encierros. Gracias a mi madre y a mis constantes desobediencias mientras crecía, mi habitación se había convertido en el único lugar en el que podía estar la mayor parte del tiempo. Para ella era un castigo. Para mí, un lugar

de descanso. Mi padre me había enseñado a viajar a través de los libros, por lo que mi dormitorio no era una cárcel, sino una nave. Sentada dentro de la jaula, me di cuenta de que este hombre, quizás sin saberlo, me había dado lo único que necesitaba para no enloquecer. Ahí estaba, la puerta de acceso al mundo de los antiguos que tanto me fascinaba. Sabía que él seguía allí, pero poco a poco dejé de prestarle atención. Abrí la Biblia en cualquier parte y me puse a pasar las páginas, viendo y releyendo las anotaciones que mi padre le había hecho a los costados, tantos años atrás. La caligrafía era un arte de los antiguos. En la actualidad ya no se veía gente que la practicara. Eran muy pocos los que sabían qué era un bolígrafo; mucho menos una pluma. Papá decía que cuantas más cosas hiciéramos que las máquinas no pudieran, más humanos nos mantendríamos y más fácil sería mantener el foco y no dejarnos engañar. Por eso me había enseñado lo que era una pluma y cómo fabricar tinta con plantas y un mortero. Por eso, también, me había enseñado a andar a caballo. Y por eso me había enseñado a leer a las personas con la mirada. Las máquinas no podían hacer ninguna de esas cosas. A partir de un pinchazo en el dedo tiraban una lista interminable de datos, mas no podían asegurar el estado de ánimo de una persona al despertar y sentir el olor fresco del rocío, o al tocar a un ser querido, o al viajar con la imaginación a través de un buen libro. Esas cosas no podían saberlas y creo que fue eso lo que llevó a este hombre a bajar sus defensas sin querer y permitirme ver lo que estaba sintiendo. Sí. Quizás tenía razón y mi padre no había logrado enseñarme todo lo que yo tenía que saber antes de que muriera. Sin embargo, no era cierto que lo demás era inútil.

Este ejemplar tenía más de dos mil años. Luego de las inundaciones a comienzos del siglo XXI, pocos pensaron que fuera más importante imprimir libros que sobrevivir. En la escuela me enseñaron que casi tres cuartos de la población total de la Tierra perecieron con el cambio climático. Los que quedaron fueron agrupándose y encontrando la manera de sobrevivir. Por los problemas de radiación que sufrió el planeta debido a los cortes violentos de suministro eléctrico a las plantas nucleares, los pocos sobrevivientes se vieron obligados a vivir

bajo tierra y bajo el agua durante casi dos siglos. Luego, poco a poco, volvieron a asomar a la superficie y se encontraron con un planeta que, gracias a la falta de humanos, se había reciclado a sí mismo. Era un planeta virgen, hermoso y habitable. Las nuevas civilizaciones de la superficie fueron implementando tecnologías para volver a conectarse a lo que llamaban internet. Se hicieron viajes alrededor del globo para ir rescatando y uniendo civilizaciones y, en pocos años, quedaron conectados. Fue entonces que decidieron que esta nueva era debía ser renombrada. Lo que quedó atrás pasó a llamarse "antiguo" y le pusieron al planeta su nombre actual de Letradia. Quedaban alrededor de doce idiomas en el mundo. Los demás se perdieron con las inundaciones, junto con las costumbres, tradiciones y culturas. Algunos intentaron recuperar el pasado y se dedicaron frenéticamente a escribir nuevos libros, a subir toda la información a las nuevas máquinas. Aun así, no pudo recuperarse demasiado y, como casi no había pruebas, mucho eran recuerdos, mucho eran inventos y casi todo pasó a considerarse mítico.

Levanté mi mirada del libro y la llevé a los ojos de ese hombre que aún me seguía estudiando. Nuevamente, vi cómo se ponía firme y en guardia. No sabía qué estaba haciendo allí. Si me estaba vigilando, si me estaba investigando o qué.

—¿Cómo hiciste para desaparecer y aparecer de esa manera? —volví a preguntarle.

Mi voz retumbó un poco en las paredes del lugar y rompió el silencio perezoso que se había instalado. Él se quedó callado un momento y luego dijo:

—Si sabes más de lo que muestras, te conviene decírmelo.

¿Qué le pasaba a este hombre? ¿Por qué me veía como una amenaza?

—¿Por qué me tratan como si fuera peligrosa? —pregunté—. ¿Por qué, en lugar de encerrarme, no me preguntan abiertamente? ¿Por qué habría de esconder algo? ¿Acaso las máquinas no dicen todo lo que quieren saber? Creí que era una pérdida de tiempo tratar de engañarlas.

—¿Qué clase de problema tienes con el sistema?

Lo miré y sonreí, casi sin poder creer lo que estaba oyendo. Levanté mis brazos y señalé toda la jaula.

—Evidentemente, es el sistema el que tiene un problema conmigo.

Él se acercó decidido a la reja y dijo:

—¿Qué fue lo que te enseñó tu padre?

Por algún motivo, cada vez que lo mencionaba me hacía estremecer.

—Cosas inútiles, tú lo has dicho —le escupí.

—No entiendo por qué nunca te habló de…

Y se arrepintió.

—¿De qué?

—Nada. No importa.

—¿Cuánto tiempo me van a tener acá? —insistí.

—Hasta que estén los resultados.

—¿Qué resultados?

Me volvió a estudiar con la mirada, como si yo estuviera ocultándole algo, y se quedó en silencio. Suspiré, resignada. Bajé la vista al libro, comprendiendo que no iba a obtener respuestas. Ya estaba acostumbrada a hacer preguntas que nadie quería responder. Continué explorando el libro, a pesar de conocerlo casi de memoria.

—¿Por qué tienes tanto interés en ese libro? —me preguntó.

—Porque tiene el secreto para escapar de acá.

—Estás mintiendo.

—Qué perspicaz —dije, irónica.

—¿Por qué tienes tanto interés en ese libro? —repitió.

—¿Por qué tengo que contestar a tus preguntas si tú no respondes a las mías?

Nuevo silencio. Y, luego:

—Te recomiendo que colabores voluntariamente —amenazó.

Sonreí. Con cada minuto que pasaba junto a este hombre, me daba cuenta de que mi padre tenía más y más razón.

—Qué molesto debe ser que las máquinas no lo sepan todo, ¿no?

Y en ese preciso instante, vi cómo a su mirada la atravesaba una tristeza y, luego, una bronca que lo endurecieron más que antes. Al mencionarle la limitación de los aparatos, me di cuenta de que lo había tocado en algún lugar profundo, como lo había hecho él cuando

mencionó a mi padre. Algún lugar que tenía que ver con ese dolor que intentaba esconder sin éxito. Quizás, él también había perdido a algún ser querido. ¿Quién mejor que yo podría entender eso? Nadie sintió jamás por una máquina la rabia que sentí yo el día que mi padre murió. Quizás, su pérdida había sido mucho más reciente. No. No podía preguntarle eso. No podía correr el riesgo de que se pusiera violento. Me quedé en silencio y pensé que quizás, cuanto más me abriera y más rápido contestase a sus preguntas, antes me iban a dejar ir. Así que, mirando el libro, comencé.

—Papá solía decir que este libro explicaba la historia de las religiones antiguas mejor que cualquier otro. —Levanté la mirada para ver si el hombre todavía seguía ahí. Pude ver que, aunque recto y duro como una estatua, me estaba prestando atención. Así que proseguí—: Traté de leerlo muchas veces, aunque siempre me pareció demasiado simbólico para ser un libro de historia. Él me decía que no era por su contenido, sino por su significado como objeto, que explicaba la religión. Que lo único que se necesita para creer en algo que no existe es una prueba visual y mucha gente que crea lo mismo.

»Siempre decía que las máquinas eran la religión de hoy. Que la gente les atribuía condiciones mágicas para no tener que pensar en el miedo que les ocasionaría que alguna vez se equivocasen.

»Me explicó que los antiguos hacían dueños de sus vidas a seres invisibles. Y que lo habían hecho a lo largo de toda la Historia. Que era inherente a nuestra especie hacerlo.

»Yo nunca le creí demasiado, ya que había mucho de la Historia de los Antiguos que no eran más que anécdotas míticas inventadas. Sin embargo, al analizar el funcionamiento de las personas de hoy en día, y al escuchar a más de uno decir que por esos cables no corre electricidad sino un ente maestro y sabio capaz de aconsejar a cada habitante de Letradia lo que mejor le conviene hacer, comencé a darme cuenta de que papá tenía razón.

Hice una pausa y me quedé mirando el libro.

—¿Qué más te contó? —me preguntó el hombre, acercándose un paso a la reja.

Por un momento, me dio la sensación de que lo hacía por genuina

curiosidad. No sabía si era conveniente decirle todo lo que sabía, aunque no me sentía una amenaza ni un potencial revolucionario como decían los libros, así que le seguí contando.

—Papá estaba convencido de que la única manera de vivir una vida honesta era tratando de depender de la tecnología lo menos posible. Que ni los dioses antiguos ni las máquinas modernas deberían saber jamás más que uno mismo acerca de sí.

»Tenía ideales muy fuertes y mucha pasión por los libros. No obstante, se murió cuando yo tenía diez años, como seguro ya sabes. ¿Qué más podría haberle enseñado a una niña de esa edad?

El hombre se quedó en silencio, asintiendo. Luego, dijo:

—No te va a servir de nada que grites. Mucho menos que trates de escapar. Ninguna de las leyes físicas que conoces te va a servir en este lugar.

Sabía que me decía eso porque iba a desaparecer otra vez de un momento a otro.

—Espera —le dije.

Se quedó en silencio, mirándome. No sabía bien qué decirle, pero menos me gustaba la idea de quedarme sola otra vez.

—¿Cómo te llamas? —arriesgué.

Él me miró un segundo y sus ojos parecieron brillar, aunque se mantuvo serio.

—Yem —fue todo lo que dijo.

—Gracias, Yem —le dije, mostrándole el libro.

—No presenta ningún peligro y no valía la pena quemar una reliquia.

Tragué saliva, al imaginar por un momento el libro de mi padre en una pira. Y luego me di cuenta de que él también lo conocía.

—¿Qué sabes tú de él? —le pregunté.

—No mucho más de lo que te contó tu padre. Las religiones fueron y serán siempre absurdas.

Dicho eso, se esfumó otra vez. Sin quererlo, me volví a quedar sola con mis pensamientos y mis recuerdos. Me acosté en la cama y, pensando en los gemelos, me quedé dormida.

Capítulo 4
Yem

Taylor. Tiene que ser el teorema de Taylor. Este tipo tiene un problema conmigo. Si pudiera, resucitaría de su tumba y vendría a darme con un diario enrollado en la cabeza por mi progresiva estupidez. ¿Por qué trato de buscar caminos alternativos, si sé que la respuesta es él? Matemático insoportable.

Tiré el lápiz sobre el escritorio y suspiré, algo cansado. Toda una noche en vela era razón más que suficiente para estarlo. Sobre todo, si el motivo para ello eran ejercicios matemáticos. Hay un cierto placer en este cansancio. El placer de la satisfacción posterior al esfuerzo. Todas esas hojas desparramadas sobre el escritorio me producen más placer. Teoría del caos. Aunque hoy lo que es teoría es el caos en sí. Funciones, polinomios, aproximaciones, certezas. Me das dolor de cabeza, Taylor.

Volví a suspirar y me levanté de la silla. Caminé hasta la ventana y corrí la cortina para ver el amanecer. ¿Por qué solo se disfruta el amanecer luego de una noche en vela? Me acerqué a la máquina y apoyé el dedo para el examen rutinario. Proteínas: ok. Vitaminas: ok. Carbohidratos: ok. Cansancio. Falta de sueño. Recomendación: deja de pelearte con Taylor.

—Es él quien me pelea. Díselo a él.

Qué absurdo. Ya le estoy hablando a un aparato. Necesito irme a dormir.

Apoyé la cabeza en la almohada, mirando al techo. Un segundo después de que cerré los ojos, escuché el pip pip pip de la máquina. Tres eran para noticias del trabajo.

—¡Quiero dormir! —dije en voz alta, tapándome la cara con la almohada.

Pip pip pip… Pip pip pip… Pip pip pip…

Ok. Ok. Ya voy.

¿Será demasiado pedirle al mundo que deje de girar? Sí. Terminaríamos incinerados en un espiral violento contra el sol. O bueno… que se detenga el tiempo por un rato. ¿Es mucho pedir? ¿Para qué me necesitan todo el tiempo? Me la paso sentado en ese escritorio noche tras noche, viendo la manera de lograr mayor eficiencia en las máquinas; estudiando, analizando. Son perfectas. Yo se lo dije. Y ya lo saben. Nadie en Letradia cree que vayan a dejar de funcionar o a equivocarse. Nadie tiene miedo ya. Aun los mismos exiliados se conforman con que no los molestemos. La única cura es la prevención, dicen. No hay espacio para el error, ni para el caos. Yo no sé dónde ven caos. Como si un abismo de más de mil quinientos años entre los antiguos y nosotros no fuera suficiente para terminar con esa absurda paranoia. Quieren más. Más cálculos, más conclusiones, más demostraciones matemáticas de una realidad verosímil en papel, pero casi imposible de corroborar en la práctica. No les importa. Letradia confía en las matemáticas para definir la realidad tanto como los antiguos confiaban en ella para determinar la física cuántica. La realidad ya no es realidad para nada. La realidad está sobre mi escritorio en un montón de ecuaciones y en las impresiones que día a día escupe la máquina. Ese sol que está ahí afuera, que se encapricha con seguir apareciendo en contra de mis deseos, nada tiene que ver con las ecuaciones, y hoy ha pasado a ser parte de una maqueta tan lejana como ilusoria. El firmamento es todo lo meteorológicamente predecible que necesitamos. Lo demás, no importa. Lo que no es predecible no importa. Y acá sigo yo, aún tratando de sumarle a los hilos de esta marioneta perfecta la mayor cantidad de atributos posibles. Más. Siempre más. Ayer fue Hawking. Hoy es Taylor. Mañana será algún otro. Resulta irónico el hecho de que nos jactemos tanto de ser la mejor civilización que pasó por este planeta a lo largo de la Historia y, sin embargo, para seguir demostrando nuestra perfección, tengamos que recurrir siempre a los antiguos.

Pip. Pip. Pip. Suspiré. Me levanté de la cama tan rápido que la sangre bajó de golpe y me mareé. Estúpido. Tienes que frenar. Tienes que descansar. Se lo oía decir a Adhara tanto como a la máquina. Las

dos tenían razón, aunque ahora solo sea una la que me lo siga recordando.

La palabra “urgente” que titilaba en la pantalla no me generó ninguna ansiedad. Siempre eran urgentes los pedidos de estas personas. Apreté el botón. La máquina soltó el papel y lo único que cruzó por mi mente fue que ojalá uno, tan solo uno de mis deseos cotidianos se hiciera realidad: de mis entrañas salió el deseo de que se detuviera el tiempo.

No. Imposible. Lo que estaba viendo era imposible. Un día como cualquier otro. Un sol radiante como el día anterior y como el que vendría. Un día nada distinto a cualquier otro día. Eso era lo que este día tenía que ser. No lo fue.

Me quedé mirando el papel con un desconcierto que hacía rato no sentía. No me gustan las sorpresas. Odio cualquier tipo de cosa impredecible. Cuando acerqué mi mano para cortar el papel, el aparato hizo un ruido violento que me hizo saltar hacia atrás. Empezó a imprimir una serie de datos que no tenían nada que ver con el idioma letradiano oficial. Esos datos eran códigos y ecuaciones matemáticas que solo yo conocía. Datos que había cargado en la máquina central de comunicaciones. Datos que nadie comprendería ni en cien años de estudio. Para eso me habían contratado. Porque yo era el único capaz de manejar semejante cantidad de datos en una sola vida. Era mi don y mi maldición: mi coeficiente intelectual. A los trece años ya había aprendido todas las cosas que se enseñan en la escuela y ya estaba terminando de aprender los últimos teoremas matemáticos de los que se tenía noción en Letradia. Y ya tenía seis teoremas nuevos de mi autoría que nadie podía verificar. No obstante, por más grandioso que suene esto para el resto de la Humanidad, vivirlo desde adentro no es atractivo en lo más mínimo. Tener este nivel de comprensión de las matemáticas, de la física y del mundo conlleva una enorme soledad con la que me vi forzado a lidiar desde que tengo uso de razón. Debe haber otros por ahí. Supongo que se mantendrán ocultos para no convertirse en experimentos científicos. A mí nunca me molestó que me hicieran estudios. Ni me molestó tampoco empezar a trabajar en el perfeccionamiento de la tecnología que hoy

lleva adelante la paz de Letradia. Lo que estoy haciendo es un trabajo digno y promotor de la paz y la seguridad en todas las ciudades del planeta. Así lo hice durante muchos años y, por fin, descubrí la razón de mi existencia. Mantener esas máquinas en funcionamiento perfecto era todo lo que ocupaba mi tiempo y lo único que me importaba hacer. Por eso, cuando vi lo que empezó a imprimir, supe que, en contra de mis deseos, no se trataba de ningún error. El "error" no era posible en esos aparatos. Yo mismo le había ingresado esa palabra al sistema para dejar tranquilos a los habitantes de Letradia. Así que no. No era ningún error. Era lo único en esta vida que podía arrebatarle el sentido a toda mi obra y mandarla a la basura. Años y años de investigación continua, deseando y rogando que el día en que sucediera esto me encontrase dos metros bajo tierra. Hoy. Hoy iba a ser ese día. Pero de ninguna manera iba a permitir que Letradia entrase en el caos por un caso excepcional. No, mientras yo esté vivo. Por fortuna, nadie sabe lo que está pasando. Aunque no quería que llegase este día, tan idiota no soy y me vi en la obligación de tomar las precauciones necesarias. No voy a dejar que un simple caso arruine mi vida y la de todo el mundo. No. Hoy no va a ser ese día.

Mientras seguía imprimiendo datos codificados frenéticamente, llamé a la central.

—Señor Rodz, estábamos esperando su llamado —dijo una operadora del otro lado.

—Comuníqueme con el laboratorio —le ordené.

Hoy no tenía paciencia para los buenos modales.

—¡Señor Rodz! ¡Va a tener que venir de inmediato! ¡La máquina central se ha vuelto loca! —me gritó por el auricular uno de los científicos de turno.

—Ya lo sé —contesté—. Encienda la teleportadora y preparen todo para mi llegada.

—La telep… —dudó el hombre—. Señor, no estoy autorizado a entrar en esa área.

Suspiré. Hoy iba a ser uno de esos días en los que la incompetencia cotidiana de la gente me iba a afectar más que nunca.

—Haga lo que le ordeno. Conoce los códigos, ¿verdad?

—S… sí, yo…

—Si se los entregamos cuando comenzó a trabajar en la central fue porque existía la posibilidad de que tuviera que usarlos en algún momento. Tiene mi autorización verbal y enseguida se la transmito por la máquina.

—Sí, señor —dijo. Y cortó.

Me quedé pensando en la teleportadora. No había demasiadas cosas que me movilizaran o lograran sorprenderme hoy en día. Sin embargo, esta era, sin duda, una de ellas. El odio que me producía pensar en ella me había provocado insomnio en más de una ocasión. La teleportadora era ese objeto que me recordaba todo el tiempo que, por más sentido de pertenencia al que lograra acceder alguna vez, siempre sería diferente. Odiaba la teleportadora tanto como a mi pasado y mis orígenes. Odiaba lo que no tuviera que ver con el presente y el trabajo por un futuro ordenado y predecible. Odiaba lo que no tuviera que ver con Letradia. Y justamente, en esa categoría entraban mi pasado y mi ascendencia. Los gobernantes tardaron varios años en dejar de verme como una amenaza. Una y otra vez, les expliqué que yo no deseaba nada más en mi vida que ser uno de ellos. Que por algo había nacido en Letradia y que por eso mismo también llevaba con tanto orgullo como desgracia mi nivel de comprensión intelectual. Mi devoción por Letradia y su Historia siempre habían hecho de mí un habitante modelo. Quizás, por no ser letradiano, era que más me perturbaba este mundo, a la vez que me fascinaba. Yo *quería* ser de acá. Siempre lo quise. Y siempre luché para lograrlo. A pesar de que puedo llegar a la central en un segundo saliendo y entrando en el tiempo, siempre preferí viajar esos 45 minutos de ida y de vuelta a casa. Porque eso hacen los letradianos y eso haré siempre yo. Porque yo también soy letradiano. Sin embargo, hoy no había tiempo que perder. Hoy no contaba con esos 45 minutos rutinarios. Hoy existía la posibilidad de que mi vida, tal y como la conocía, llegara a su fin. Hoy, más que nunca, tenía que hacer uso de todas las herramientas que tuviera a mi favor, aunque eso significara abandonar mi identidad elegida por un momento y hacer uso de mi deshonrosa identidad heredada.

El silencio repentino que se generó en mi casa cuando la máquina

terminó de entregar toda la lista de datos me hizo volver al presente. Escribí en el teclado la autorización para el uso de la teleportadora y la envié a la central. Acto seguido, me dirigí hacia ese sector de la casa que no quisiera haber tenido que pisar nunca: mi réplica de la teleportadora. Y sí. Si quería engañar a los gobernantes y hacerles creer que yo no presentaba ningún peligro, tenía que mentirles que, para usar mis habilidades especiales, necesitaba complejas máquinas que ellos mismos pudieran controlar. Que *solo ellos* pudieran controlar. En realidad, yo no necesitaba ningún tipo de aparato para moverme de un lugar a otro, saliendo y entrando en el tiempo. No era ni siquiera algo extraño en el lugar del que yo provenía. No obstante, me generaba tanto rechazo ese lugar, su historia, sus tradiciones y costumbres, que jamás sentí el deseo de usar esos poderes, ni los consideré tales. Solo a los letradianos les generaba intriga conocerlos y yo me dejé estudiar durante meses para que ellos pudieran ver si lograban descifrarlos. Todos los resultados habían sido siempre negativos y sus frustraciones me habían jugado una mano peligrosa. Lo único que pude hacer por aquel entonces fue mentir acerca del verdadero poder que yo tenía y dibujárselo dentro de un contexto que ellos pudieran comprender y controlar: una máquina, por supuesto. Así que la teleportadora era grande como un edificio, llena de botones y materiales de construcción dificilísimos de conseguir, y consumía una gran cantidad de energía, que a mí me servía de pretexto para dejarlos a ellos tranquilos con la idea de que jamás podría teletransportarme sin su ayuda. Y encima tuvieron que construir dos, que debían encenderse a la vez, consumir el doble de energía inútil y hacer de cuenta que gracias a ellas yo me movía de un lugar a otro sin la dependencia mundana del tiempo. Sí. Era una mentira demasiado grande. Sin embargo, el fin altruista era aún mayor. Yo quería ser letradiano y ayudar al mundo a vivir una vida tranquila y pacífica, sin temor. No tenía ningún interés en hacer uso de mis poderes y, si para eso necesitaba construir semejante fachada, lo iba a hacer; de hecho, ya lo había logrado. Aun así, no me gustaba mentir. Nunca me gustó. Y esa teleportadora absurda no hacía otra cosa que recordarme todos los días que por más esfuerzo que hiciera por pertenecer, mi vida en

Letradia siempre estaría basada en una mentira. Estaba agotado. Porque esta era una lucha sin fin. No habría un descanso para lo que yo quería ser. Y hoy, luego de estos años, cuando comenzaba a acostumbrarme a esta vida, tenía que pasar esto. La verdad revelada sin ningún tipo de compasión: nunca llegaríamos a tener el control total del mundo.

Yo no voy a dejar que un caso me tire a la basura tantos años de esfuerzo. Si tengo que elegir entre un caso que desequilibre la balanza o la posibilidad de erradicarlo para que todo siga siendo perfecto, no tendré dudas al respecto. Y no creo que me tiemble el pulso cuando todas las miradas se vuelvan hacia mí en busca de respuestas y yo deba señalar al culpable. ¿Un humano contra toda la paz de Letradia? No. El pulso no me va a temblar.

Toqué el botón de la puerta de acceso a la teleportadora. Hizo un chirrido perezoso, como el genio que se despierta dentro de la lámpara mágica luego de diez mil años. Solo la había probado una vez, cuando la terminaron de construir, mientras me hacían los estudios, y nunca más. No tenía recuerdos precisos de la sensación que generaba salir y entrar en el tiempo. Tampoco quería ir a ese sector de mi memoria. Cuanto menos estuviera fuera del tiempo, menos hipócrita me sentiría con toda esta fachada.

La puerta se abrió y la presurización del ambiente hizo que se metiera en la teleportadora un montón de aire de golpe. Dentro de ese lugar hermético y macizo, de pronto recordé a mi mujer y sentí que ese espacio no era más que una proyección de mi propia alma. Le había puesto punto final. Le había dado la espalda a ella y a todo lo relacionado con mis orígenes. Y ahora, cada detalle me azotaba la memoria con furia.

Sin pensar. Un instante. Tan solo un abrir y cerrar de ojos y todo habrá terminado. El poder de la voluntad es infame. Quisiera, tan solo por una vez, dejar mi destino a merced de la voluntad de las máquinas que día a día lucho por perfeccionar. Quisiera, por una vez, aplacar mi consciencia y dejarme arrastrar por el camino de la locura. No está loco quien quiere, sino quien puede. Sí. Lo sé. Eso me decía Adhara y siempre me dolió tener que darle la razón. Maldita consciencia que me

tiene atado a la razón y que no me deja escapar de mí mismo. Odio a mi consciencia. La odio casi tanto como a mi maldita memoria. Porque salir del tiempo no sirve para nada. Ni siquiera puedo ir al pasado y revivirla. Solo puedo salir y entrar. Nada más. Ni hacia adelante, ni hacia atrás. Presente puro. Salir y entrar no es más que un nuevo carril de autopista. Acorta distancias, pero no devuelve el tiempo perdido. No puede devolverme a ella. No sirve para nada.

Capítulo 5
El espectro enloquecedor

Llegué a la central en un poco más de dos segundos. Al menos, eso decían los relojes letradianos. En realidad, yo podría haberme ido a pasear fuera del tiempo si lo hubiera deseado, y luego haber vuelto a introducirme en él de manera tan precisa que ningún letradiano hubiera notado jamás mi ausencia. Sin embargo, no me lo permitía a mí mismo porque, si quería comprender y ayudar a esta humanidad, iba a tener que comportarme como ellos, aprender de ellos, *ser* como ellos. Y lo deseé. Juro que lo deseé. Aquella vez, estuve a punto de mandar todo a la mierda. Detener para siempre el tiempo, irme junto con ella a algún lugar lejano y no regresar jamás. Pero ella no podía. Día a día, se iba desvaneciendo frente a mis ojos sin que yo pudiera hacer absolutamente nada para remediarlo. Me lo anticiparon las máquinas. Aquellas que, a través de complejas fórmulas matemáticas y estadísticas, yo mismo me había encargado de perfeccionar eran las que me decían día a día que su enfermedad no tenía cura. Que era demasiado débil para esta vida y para este mundo. Ahí sí que deseé con todas mis fuerzas poder hacer uso de esas cualidades especiales que me diferenciaban de cualquier letradiano. No pude. Mi soledad era solo mía. Ella era letradiana y, cuando me vino a buscar un día después de haber cumplido los dieciocho años, yo no pude resistirme. Porque una máquina letradiana le había arrojado mi nombre como opción posible y eso era algo que no podía dejar pasar. Sus dos candidatos anteriores la habían rechazado porque ella estaba enferma. No obstante, a mí no me importó ser ni el tercero ni su última elección. Para las máquinas, yo era tan letradiano como cualquier otro y esa era una oportunidad que jamás ocurriría dos veces. Los otros dos se sentarían a esperar mejores candidatas. En mi caso, ella era mi única opción, por lo que no era una opción en absoluto.

Todo fue perfecto desde que Adhara apareció en la puerta de mi casa. Era hermosa y llegué a amarla como nunca antes había amado a nadie. Los gobernantes dejaron de sospechar de mí en el momento en que las máquinas dijeron que yo era tan letradiano como cualquier otro. Porque ellas no mienten. Todo mi esfuerzo y mi lucha se estaban viendo reflejados en maravillosas consecuencias. Por fin tenía acceso a una vida letradiana como cualquier otro habitante del planeta. Por fin estaba dentro del sistema.

Compartimos juntos una vida corta, pero muy feliz. Los dos sabíamos que el destino estaba escrito y que cada momento iba a ser irrepetible, y así nos dedicamos a vivir. Ella nunca supo que yo no era en verdad letradiano y no creo que le hubiera importado tampoco. Los dos nos necesitábamos y eso fue siempre suficiente. Adhara tampoco sabía que la mitad de las noches que yo pasaba en vela lo hacía tratando de aliviar su condición o extender su tiempo sobre este planeta, a través de mis poderes. Aunque, de alguna manera, sabía que no lo lograría. Si los científicos no habían podido, usando todas sus complejas herramientas en sus más que sofisticados laboratorios cuando me habían hecho los estudios a mí, menos podría hacer yo con una simple computadora en casa.

El día que murió, ese fue el día en que juré que nada ni nadie me haría volver a usar mis poderes. Porque si no podían servir para salvar lo único que me importaba en este planeta, no servían para nada. Desde entonces, me dediqué a ser un letradiano más. Y jamás rompí esa promesa. Hasta hoy. Por eso, al salir de esa teleportadora absurda, sentí una mezcla de emociones con las que no quería lidiar. Me sentía hipócrita y mentiroso y una vez más me dolió el recuerdo del día en que mi mujer murió.

No quería ver a nadie y hubiera deseado poder quedarme en mi casa, durmiendo una semana entera. Mucho menos quería ver al hombre que me encontré del otro lado de la puerta.

—Señor… —lo saludé, haciendo una reverencia con mi cabeza, y nos estrechamos las manos.

—¿Qué tal el… viaje? —preguntó con interés.

Los letradianos quedan siempre fascinados con la teletransportación.

—Rápido —dije, casi aburrido.

El emperador asintió y no hizo más preguntas. Los dos sabíamos que había cosas más urgentes que contar la experiencia de salir y entrar en el tiempo.

—Estás pálido, Yem —comentó, luego—. Ve al laboratorio y tómate un Complexus. Esto viene para largo.

—Sí, señor —le contesté.

—Te espero en mi oficina —me dijo, y se fue.

Lo vi alejarse y luego me fui al laboratorio. Odiaba esos medicamentos letradianos porque no tenían ningún efecto en mí. Otra de las mentiras que tenía que soportar para pasar como un habitante común y corriente.

—Se lo ve muy pálido, señor —dijo el mismo hombre que me había atendido el teléfono.

Me quedé en silencio y asentí.

—¿Complexus? —me preguntó.

—Sí.

El hombre se retiró por una puerta lateral y me quedé un instante observando el laboratorio que había sido fruto de mis investigaciones y de mis planos. Las cosas que yo había hecho por Letradia ahora parecían ajenas y distantes. Amaba ese edificio porque era la proyección más cercana a la complejidad de mi cerebro. Cada uno de los microscopios, las computadoras y los elementos habían sido creados y perfeccionados por mí. Sí. Yo era imprescindible para el correcto funcionamiento de este planeta. No. No iba a dejar que un caso excepcional deshiciera todos mis esfuerzos.

El hombre volvió con el Complexus y me lo tomé. Sentí cómo mi sistema lo destruía antes siquiera de poder tragarlo.

—Gracias —le dije. Y me fui a ver de nuevo al emperador.

Llegué a la oficina y lo encontré solo, sentado al extremo de una mesa gigante de conferencias. Me senté a su lado y abrí la carpeta que me estaba esperando, algo aburrido, quizás debido a mi creciente cansancio. Sin embargo, todo lo que mi cuerpo expresaba se puso en pausa cuando leí el nombre de esa persona que pretendía deshacer todos mis años de investigación. No fue tanto su nombre el que me

descolocó, sino su apellido. Me quedé estupefacto con la vista clavada en él. Una palabra. Cinco letras. “Brick”. No podía ser.

—Tiene que haber un error —dije, sin poder sacar mis ojos de la hoja.

—No. No hay ningún error —me contestó el emperador.

—Pensé que este hombre había muerto antes de tener hijos.

—Lo sé. Todos pensamos lo mismo. Se ve que de alguna manera consiguió engañar a las máquinas.

Ese era un insulto que me tomé instantáneamente como algo personal.

—Eso es imposible —dije, ahora levantando la vista y mirando al hombre que tenía al lado.

—Imposible o no, la persona existe —comentó, sin hacerse cargo de mi inútil amenaza—. Y no es la única. Tuvo tres.

—¿Cómo pude ser que esto haya ocurrido? Y que tenga… —Miré la carpeta para ver la edad de la mujer—. ¡¡Dieciocho años!! ¿Cómo es que durante dieciocho años estuvimos corriendo este riesgo?

—La chica no parece ninguna amenaza —me respondió el emperador—. Las máquinas lo hubieran revelado.

Me acomodé en mi asiento, haciendo acopio de toda mi paciencia para no faltarle el respeto a la eminencia. Suspiré y le dije:

—Si este hombre consiguió, de alguna manera, engañarnos, ¿no puede ser posible que le haya enseñado a esta mujer a hacerlo también?

El emperador se quedó en silencio. No había considerado la obvia alternativa. Me levanté de la silla y caminé hacia la ventana. Desde la altura en la que estábamos, se podía ver toda la ciudad de Bélgora. Tanta belleza. Tanto orden. Tanto control. Todo iba a ser destruido. Lo sabía. Podía lidiar con cualquier cosa, menos con algo que tuviera que ver con ese hombre. Me perseguía desde la tumba. Lo habían atrapado justo a tiempo antes de que desmoronara el sistema, y se había convertido en un héroe mítico entre los exiliados. Todo lo que yo había logrado a favor de Letradia tenía que ver con algo que él había intentado destruir. Conocía su vida y su obra de memoria y era, sin lugar a duda, el hombre al que más temía. No dejaba de amenazarme

nunca. Era un espectro enloquecedor. Todos los miedos que me habían invadido respecto de la posibilidad de que mi vida se viniera abajo en picada, de pronto se convirtieron en certezas. Esa chica sí era una amenaza. Una amenaza que había que tratar con extrema cautela. Dieciocho años. Dieciocho años en la oscuridad. Dieciocho años eludiendo la perfección de las máquinas; de *mis* máquinas. Definitivamente, era una amenaza. Me di vuelta y miré al emperador, que se había quedado pasmado desde mi último comentario.

—¿Cómo la descubrieron? —pregunté.

El hombre pestañeó, tragó saliva y se fijó en la carpeta.

—Hoy es su cumpleaños número dieciocho —dijo—. Como todas, recibió sus tres candidatos, solo que en su caso fueron dos nombres y un código bosoniano.

Me acerqué a la carpeta y la abrí.

—¿Ya averiguaron a quién pertenece el código?

—La máquina no arrojó resultados satisfactorios.

—Hay que mandar al menos cinco unidades a buscar a esta persona —dije de repente—. Es un peligro potencial y hay que asegurarse de que llegue acá cuanto antes.

—La chica ya está en camino, Yem.

—¿Qué? —pregunté desconcertado.

Si Alva Brick había transmitido sus conocimientos a su hija de manera tal que ella había podido evadirnos durante dieciocho años, con seguridad le habría enseñado que ante la menor duda debía salir del tiempo y pedirles socorro a los exiliados. ¿Qué demonios estaba pasando?

—¿Cómo que ya está en camino? —insistí.

—Así como lo oyes —dijo el emperador, despreocupado—. Cumplieron el protocolo. La llamaron, le dijeron que preparase sus cosas y la pasaron a buscar.

—¿Y no se resistió?

—Al menos, no informaron ninguna anomalía.

—¿Quién fue a buscarla?

El emperador miró la carpeta y dijo:

—Los que estaban más cerca eran Dukstor y Moravian. Fueron en

dos autos.

Levanté el teléfono y marqué el número de Moravian. Ambos eran unos perfectos incompetentes, que no iban a conseguir mantener custodiada a esa chica mucho tiempo.

—Sí, señor —dijo Moravian, del otro lado de la línea.

Sentí el pánico en su voz y me aproveché de eso.

—Buenos días, señor Moravian. ¿Sabe quién le habla?

—Claro, señor.

—Bien. No hay tiempo que perder. Quiero que sepa que la persona que lleva custodiada en su auto es de extrema importancia. Necesito que llegue hasta la Central lo antes posible. ¿Presenta esto para ustedes algún tipo de inconveniente?

—No, señor.

—Cuento con que su capacidad para acatar una orden es elevada, ¿verdad?

—Desde luego, señor.

—No contará con tiempo suficiente para explicar errores —amenacé.

Y le corté antes de que siguiera dándome respuestas idiotas. Estos hombres no iban a poder controlarla. Eran incompetentes.

—Necesito todos los datos que tengamos de esta mujer hasta la fecha. De ella, de su relación con su padre, su madre, sus hermanos y su entorno —le dije al emperador.

Tenía que mostrar un poco más de respeto, yo lo sabía. Tenía que hacerle creer que todas las ideas eran suyas, como siempre. Pero no había tiempo para nada. De pronto, comenzó a fastidiarme no poder hacer uso de mis habilidades especiales. El hombre más poderoso de Letradia no era más que otro de los tantos incompetentes, hábil solo para la corrupción y para salvar sus propios intereses. No tenía la menor idea del riesgo que estaba corriendo su vida en ese momento. Y yo no tenía tiempo de explicárselo. Él asintió, notablemente más preocupado que cuando entré en su oficina.

—Discúlpeme, señor —agregué—. Estoy un poco alterado y necesito pensar. Solicito su permiso para retirarme a mi oficina.

—Sí, sí. Desde luego —me contestó.

Le hice una pequeña reverencia y salí caminando de prisa. Ningún paso iba a ser lo suficientemente rápido, considerando que tenía la habilidad para salir y entrar en el tiempo como mejor lo considerase oportuno. Sí. Este iba a ser el fin de mis días tal como los conocía. Ya ni siquiera tenía que ver con lo que ocurriera con esa mujer de ahora en adelante. Lo que me estaba sucediendo era interno. Me estaba costando más que nunca mantenerme dentro de los parámetros de conducta letradiana. De pronto, comencé a sentir una voraz necesidad de liberar a mi verdadero yo y resolver en un instante lo que ahora me veía obligado a dejar en manos de hombres inoperantes.

Llegué a mi oficina y no pude sentarme. Caminé de un lado a otro, tratando de pensar. Bronca. Era bronca lo que sentía. Y el cansancio acumulado no me dejaba razonar. Me acerqué a la máquina y volví a escribir el nombre de esa persona que me perseguía desde el más allá. Nada nuevo me iba a entregar, por supuesto. Y lo que imprimiría, ya lo sabía de memoria. Aun así, la dejé seguir. Ahora que sabía que él había logrado eludirlas, tenía que leer con mucho más cuidado los resultados. Comenzó a imprimir la misma lista de siempre:

*Alva Lucien Brick.

*Nacido el 10 de enero de 3592 en Baiser.

*Hijo de Alva Brick Sr. y de BF3544/12/6-3

*Estudios en colegio local de Baiser. Finalizados en 3604.

*3611. Doctor en Física por la Universidad Comunal de Letradia.

*3628. Doctor en Historia de los Antiguos por la Universidad Comunal de Letradia.

*3643. Emparejado con Sibella Lutz. Sin descendencia.

*3643-44. Publicaciones liberalistas asociadas a la comunidad exiliada.

*3646. Intento de acceso forzado a la Sede Central de Comunicaciones de Letradia. Prisión - tres meses.

*3648. Insurgencia revolucionaria. Nuevo ataque a la Central. Prisión - ocho meses.

*Posible creador del virus Aquiles. Sin confirmación.

*3654. Nueva insurgencia revolucionaria. Nuevo intento de acceso

forzado a la Central. Prisión. Intento de escape luego de una semana. Defunción.

Era siempre la misma lista. Por un momento, imaginé el grave problema en el que nos meteríamos si esta información fuese accesible para el mundo. No obstante, en ese momento, no me importaba lo que supieran los demás. Lo único que me importaba era que mi máquina estaba funcionando mal. La que yo había construido para mi uso personal había sido descaradamente violada. Y el hombre que lo había logrado era el mismo que me superaba en todo. Yo había terminado el colegio a los trece; él, a los doce. Yo terminé mi doctorado en Física a los veinte; él, el suyo a los diecinueve. Era un eterno fastidio y lograba acecharme desde el más allá. Y lo que más me molestaba era que él ni siquiera sabía de mi existencia. Su perfección intelectual era así aun sin la motivación extra de la competencia. Lo llevaba en los genes, igual que yo. Ya lo expresaba el código. Ese código que tienen los que no son originarios de Letradia, todos siempre exiliados. Este hombre había logrado mentirle al sistema para poder ir a la universidad y educarse, para pasearse entre letradianos como uno más. Y así también, había podido esconder a su familia. El padre de Alva se había emparejado con una originaria de Bosonia y le había transmitido a su hijo los beneficios que ello acarreaba. Igual que me ocurrió a mí. Yo también tenía ascendencia bosoniana por parte de mi abuela. Y mi padre me había transmitido los genes. Algo que siempre había odiado. Y una razón más que me hacía parecerme a este hombre que en todo me superaba. A él, como a mí, la máquina le había arrojado la opción de formar pareja con una letradiana. De alguna manera, logró mentirnos tan eficientemente como para que sus hijos pudieran incluso portar el apellido sin levantar sospechas. Había muchos Brick en Letradia. No era un apellido tan raro, era cierto. Pero la ascendencia bosoniana salta en cada examen rutinario de sangre. ¿Cómo demonios hizo este hombre para lograr que sus hijos pasaran las pruebas? Porque, además, no era algo que la gente supiera. Esos datos aparecían solo en la central. Era nuestra manera más eficaz de descubrir potenciales exiliados.

Algo extraño estaba ocurriendo. Porque si él había logrado mentirnos para proteger a sus hijos, ¿cómo no se había fijado en la posibilidad más obvia? Si una máquina tiene delante de sí a una mujer con ascendencia bosoniana, es nada menos que lógico que entre sus opciones de emparejamiento aparezcan también hombres bosonianos. Porque así piensan: 1 + 1 = 2. Le arrojó a esta chica una opción bosoniana, pero nunca nos informó a nosotros que ella tenía ascendencia bosoniana. ¿Cómo fue posible? Sí. Este hombre terminaría enloqueciéndome desde el más allá. Escribí el nombre de la muchacha y pude ver cómo la máquina comenzaba a hacer un ruido extraño y tardaba más de lo habitual en imprimir el resultado. Era una porción extra de tiempo casi imperceptible, aunque yo la reconocía a la perfección, como un padre reconoce el llanto de su propio hijo. Me quedé observándola mientras pensaba, y lo primero que me vino a la mente se relacionó con uno de los datos del listado anterior: el virus Aquiles.

Por un momento cerré los ojos y sonreí, al darme cuenta de la obviedad. Dieciocho años de vida tranquila había tenido esta chica, y todo gracias a la total y absoluta incompetencia de los científicos con los que me veía obligado a lidiar cada día. Una sola prueba necesitó este hombre para que yo lo descubriera. Y una vez más, se me había adelantado: a él sí lo había encontrado su juicio dos metros bajo tierra.

*Lily Fénix Brick

Fue lo primero que soltó la máquina. Y no pude evitar volver a sonreír con la ironía del destino. Fénix… la reencarnación de las cenizas.

*Nacida el 3 de abril de 3644 en Baiser.

*Estudios en colegio local de Baiser. En curso.

Entonces se detuvo un instante. En la pantalla apareció la frase “Actualizando datos” y luego:

*Opciones de emparejamiento:
-Antoine Jaures
-Soren Michel Planck
-BM3627/5/20 - 1

Y eso era todo. La aparición de ese pequeño y simple código bosoniano en la lista de parejas posibles para esta mujer era lo que había desatado este día de furia. Coloqué el código en la máquina, aunque no esperaba más resultados que los que el emperador había obtenido de la central. Gracias al virus Aquiles, la información con la que contábamos de cualquier habitante o descendiente de Bosonia era escasa. La máquina pensó un instante y luego imprimió un listado de hombres posibles que se correspondieran con ese código. Hombres que hubieran nacido el 20 de mayo de 3627. Sin embargo, yo sabía que era un resultado aproximado, porque esa lista se basaba en datos letradianos, no bosonianos, con lo cual era tan posible que alguno fuera en efecto el poseedor de ese código, como que no. Las chances de acertar eran mínimas. Coloqué entonces los nombres de la lista de la chica, en orden, para obtener sus datos personales, y vi que no eran más que letradianos saludables, jóvenes y listos para formar una familia normal. No era "normal" lo que yo necesitaba. Tenía que encontrar algo fuera de serie. Algo que me revelase un poco más de información. Tal como venía el asunto, sabía que cada vez estaba más cerca de comenzar a utilizar mis verdaderos poderes. La tentación de hacerlo estaba codo a codo con la ansiedad que me generaba este problema. Quería tener ya frente a mis ojos a la hija del hombre que, aún después de muerto, seguía intentando hacer pedazos mi vida y mis esfuerzos.

Sonó mi teléfono, y cuando vi que era la misma persona a quien había llamado yo un rato antes, supe que la chica se había escapado. Y ni siquiera me sorprendí. Era el resultado más esperable, considerando la ecuación.

—Espero que tenga buenas noticias, Moravian —le dije, seguro de antemano de que no sería así.

—Eeeh… lo siento… yo… eeeh… —tartamudeó el inútil, sonaba

agitadísimo.

Me quedé en silencio, esperando a que me dijera las malas noticias. Luego de una pausa, prosiguió:

—Lo siento muchísimo, señor. La chica tuvo que ir al baño y… luego… salió por la ventana… y ahora estamos… tratando de encontrarla.

Ahora sí que no había más tiempo que perder. Ahora sí que la única solución iba a ser que yo utilizase mis poderes y le pusiera un punto final a esto.

—¿Dónde están? —pregunté.

—En la entrada de Bélgora, señor. En la estación de carga 7.13.

—Sigan buscando —le dije a Moravian—. Y no me vuelva a llamar si no tiene las noticias que espero.

Corté el teléfono y, haciendo uso de mi capacidad para teletransportarme, llegué al baño de mujeres de la estación de carga 7.13. Me resultó extraño ver los rollos de papel desparramados y los grifos abiertos. Abrí la puerta y salí caminando como cualquier letradiano. Di la vuelta, la ventana estaba abierta. Miré hacia los costados: nada raro. Sabía que existía una posibilidad muy grande de que Alva le hubiera enseñado a su hija a hacer lo mismo que estaba haciendo yo, por lo que quizás solo la encontraría fuera del tiempo. Así que, una vez más, salí de él y, por un momento, me sorprendió ver cómo se detenía todo a mí alrededor. En la teoría, sabía que esto tenía que ocurrir. Lo había estudiado durante años y lo había confirmado con ecuaciones diferenciales y álgebra. No obstante, mi promesa de no llevarlo nunca a la práctica estaba haciendo que me desconcentrara. Aunque no quería admitirlo, lo que tenía frente a mis ojos era belleza pura, como una maqueta holográfica. Comencé a caminar entre la gente estática. El silencio repentino que se había generado también me sorprendió. Y sí. El sonido también necesita del tiempo para manifestarse. Comencé a recorrer las calles tratando de ver si encontraba algo extraño o fuera de lugar. La maqueta perfecta era abrumadora e intentaba desconcentrarme, aunque no la dejé. Continué mi recorrida, filtrando solo lo importante.

De repente, al doblar en una esquina, vi a lo lejos una luz brillante

que titilaba, como saliendo de un callejón. Otro imposible, ya que la luz también necesita del tiempo para desplazarse. El hecho de que brillara no era lo que me hacía ruido, sino el *cambio* en la intensidad que la hacía vibrar. Eso era lo imposible. Yo sabía de qué se trataba antes de llegar hasta el lugar de donde provenía la fuente. Era otra de las tantas cosas que estaban expresadas como realidad sobre mi escritorio en fórmulas matemáticas, pero que no aplicaban a la ley física de Letradia. Casi conmovido por lo que estaba viendo, me acerqué hasta el lugar y me quedé atónito al confirmar con mis ojos lo que en efecto había sospechado: una piedra bosoniana. No sabía de qué manera había llegado hasta aquí. De pronto, lo que me abrumaba por su belleza comenzó a preocuparme. Porque no era solo que desconocía la razón de la existencia de ese objeto en este lugar, sino que, además, por las diferencias físicas y químicas entre los dos planetas, no existía manera de que hubiera llegado por sus propios medios. La atmósfera la hubiera deshecho, sin importar su tamaño original. Solo había un modo de hacer llegar estos objetos: las teletransportaciones. Los exiliados estaban encontrando maneras de romper nuestras barreras y viajar libremente de un planeta a otro. Eso era algo que iba a tener que corregir con urgencia.

A medida que me acercaba a la piedra, noté que algo raro estaba pasando. Una figura holográfica comenzó a titilar a su alrededor. Otro de los imposibles fuera del tiempo. En tanto más me aproximaba a ella, más nítida se hacía. Esto sí que era algo que jamás había visto ni sospechado. Cuando quedé a unos escasos metros, logré ver que se trataba de una mujer. Ella estaba estática como el resto de los habitantes letradianos. Tenía en su mano la piedra y brillaba sincronizada con ella. ¿Qué demonios estaba ocurriendo? Sospeché que podía tratarse de la hija de Alva Brick y no le di tiempo a esa sospecha de volverse incorrecta. Aun si no fuera la chica que estábamos buscando, esta mujer iba a ser analizada en el laboratorio de la central. Y también la piedra. Entré en el tiempo y miré a mi alrededor, buscando algo con qué sacársela de la mano a la chica. Si ella tenía genética bosoniana, ese objeto provocaría en mí un efecto similar, sin duda.

Agarré un palo con una mano y me cubrí la otra con la manga del saco. Por fin tendríamos acceso a los genes femeninos de Bosonia e íbamos a poder experimentar con los masculinos que ya teníamos con base en los estudios que yo me dejé realizar. Miré a la chica y sonreí, desbordado de placer. Luego, le pegué en la mano con el palo y la piedra se soltó. Antes de que tocara el suelo, ya la había agarrado con mi otra mano recubierta por el saco. Acto seguido, la joven se desplomó desmayada en el suelo. Con uno de los artefactos que solían tener los guardias de seguridad para tomar muestras urgentes de ADN, le pinché el dedo. Instantáneamente, apareció en la pantalla su nombre completo: Lily Fénix Brick. Este era el error de Alva Brick. Quizás el único que cometió en su vida, aunque tal vez el único necesario.

Con mi mano aún recubierta, metí la piedra con cuidado en el bolsillo de mi saco y desaparecí.

Capítulo 6
El encuentro

Volví a mi oficina, dejé la piedra sobre el escritorio y me dediqué a observarla sin animarme a tocarla. Todo el tiempo, en contra de mis deseos, me venía a la mente esa mujer. Se la había dejado servida en bandeja a los incompetentes y necesitaba tenerla ya en el laboratorio para hacerle estudios cuanto antes. Ok. Me ocuparía de eso más adelante. Por el momento, lo único certero era la piedra sobre mi escritorio como prueba concreta de que los exiliados estaban avanzando en sus investigaciones. Los exiliados eran descendientes de bosonianos, por lo que tenían un coeficiente intelectual muy similar al mío. Su único problema era que no contaban con la tecnología que teníamos nosotros, porque no se lo permitíamos. Si ellos tuvieran el control sobre Letradia, convertirían al planeta en un gran caos que conduciría a su destrucción. De la misma forma en que ocurrió con este lugar a comienzos del siglo XXI. Las grandes mentes de aquel entonces habían generado más problemas que soluciones para un planeta que, si se lo hubiera dejado por un tiempo en paz, se habría reciclado a sí mismo, como hizo luego del cambio climático que terminó con los antiguos. Estos hombres de gran intelecto lo sabían. Eran conscientes de que no podían tenerlo todo sin graves consecuencias a cambio, y, sin embargo, siguieron adelante con sus ambiciosos planes. Lo único que detiene a esta nueva humanidad de caer en las mismas tentaciones es la fe que depositan en las máquinas. Aun sin tener acceso a Bosonia, puedo concluir que también está atravesando una inmensa crisis; datos que por supuesto ya confirman mis cálculos matemáticos y estadísticos. Sabemos lo que va a pasar. En cuanto aquel planeta sea destruido, querrán volver a este para destruirlo de nuevo como los virus que son. Tan inteligentes que creyeron ser al escaparse a otro planeta, dejando atrás la inminente

destrucción… Se adularon entre ellos durante cientos de generaciones, creyendo que las experiencias del pasado los habían hecho más inteligentes. Jamás se detuvieron a analizar el nivel de radiación que tenía ese nuevo planeta. Un tipo de radiación diferente de cualquiera conocido y estudiado en la Tierra. Incluso, diferente de cualquiera que se hubiera teorizado. Era una radiación muy sutil, aunque más poderosa que la de los rayos gamma. El efecto que tenía era el de mutar el ADN para crear una especie de coraza alrededor de las células, volviéndolas más fuertes para poder sobrevivir en condiciones bosonianas. ¿Qué tan inteligentes pueden ser unos hombres a los que las respuestas más obvias se les escapan como tortugas rengas? No considerar ni por un segundo que fue una mutación genética lo que los hizo más fuertes y más inteligentes, y no sus propios esfuerzos, es obra de la estupidez. Estupidez humana. Pura y dura. Ya destruyeron este planeta una vez. La historia de los antiguos ha demostrado que fueron precisamente el conocimiento y el progreso los que condujeron a la destrucción en todos los casos. La ignorancia de las masas es necesaria para que puedan vivir una vida tranquila y en paz. Los letradianos saben lo que tienen que saber. Se preocupan por sí mismos y por sus vecinos y viven sus vidas de la mejor manera posible. No. Esta mujer no va a destruir lo que yo supe construir, no importa la hija de quién sea.

Dos golpes en la puerta de mi oficina me hicieron saltar y volver a la realidad de repente. Caminé hasta allí y la abrí. Del otro lado, estaba una de las secretarias con una pila de carpetas en sus brazos. Sin dejarla entrar, le saqué todo y le cerré la puerta en la cara. No tenía tiempo para perder en protocolos. Coloqué los archivos sobre el escritorio y, al abrir el que estaba más arriba, lo primero que vi fue una foto de Alva Brick sonriendo y mirando a la cámara. Se me heló la sangre. Sentí que me miraba y me sonreía personalmente, como sabiendo que siempre iba a estar un paso adelante y disfrutando cada segundo con ello. Cerré la carpeta con violencia y me fui directo a la que tenía el nombre de la chica. El archivo era bastante grueso para una mujer tan joven. Comencé a pasar las hojas, deteniéndome en las fotos. Había algunas de ella andando a caballo sola y con los que

supuse que eran sus hermanos. También había fotos de ella de pequeña con su padre. Parecía desbordar de felicidad a su lado y por un momento pensé que quizás Alva era parecido a mí en un aspecto más: quizás él también había buscado que su familia viviera una vida digna.

Debía tener cuidado. Todo lo que viera podía ser parte de otro de sus planes maestros. Jamás debía subestimar a este hombre. Quizás, él sabía que yo iba a conseguir estos documentos tarde o temprano y los había envenenado para tenderme una trampa. Siempre se me había adelantado. No iba a dejar que lo hiciera en esto también.

Seguí pasando las hojas y vi el archivo que el satélite de la central había hecho de la habitación de la chica. Lo coloqué en el medio de la oficina y lo encendí. En unos segundos, el lugar fue invadido con una imagen holográfica de 360 grados. Estaba dentro de su dormitorio. Lo primero que llamó mi atención fue la biblioteca. Era casi imposible ver una de esas en Letradia. La de mi casa tenía la mitad de tamaño y me había costado varios años llenarla. Me acerqué para ver qué tipo de libros había. Vi la colección completa de la *Historia de las Revoluciones Antiguas* que yo mismo había leído en la universidad y me pregunté qué hacía una joven de su edad con esos libros. Una vez más, el pensamiento que ya se estaba convirtiendo en mantra: *No subestimes a este hombre ni a esta chica, Yem.* ¿Qué cosas le había enseñado a su hija? ¿Sería cierto que incluso a su familia mantuvo en la ignorancia acerca de su verdadera vida? Solo había una manera de comprobarlo y esa era hablando cara a cara con la chica. Continué recorriendo la habitación y vi que sobre su escritorio había algunos papeles de colores desordenados. Muchos de ellos tenían dibujos, en su mayoría de caballos, mientras que otros tenían frases escritas a mano; otra de las cosas que llamaron mi atención. Escribir a mano hoy en día en Letradia era aún más raro que encontrar bibliotecas. La tecnología siempre emergente, siempre innovadora, había hecho que ya no se enseñara ni en las escuelas de arte. Y jamás había visto una caligrafía tan prolija. De pronto, sentí unas inmensas ganas de teletransportarme por un rato a esa casa para ver esos papeles en vivo y en directo. Sabía que nadie lo notaría. Así y todo, no lo iba a hacer. No era el peligro de

ser descubierto lo que me frenaba, sino mi propia promesa. Otra vez me acordé de Adhara. Cerré los ojos y suspiré. Me estaba costando mantener el foco.

Sonó el teléfono y la pantalla decía Moravian. Otra vez. No era posible que estos hombres cometieran dos actos de extrema incompetencia en menos de veinte minutos, ¿o sí?

—Lo escucho, Moravian —dije, al atender.

—Estamos entrando al laboratorio, señor —dijo con tono de autosatisfacción; como si hacer bien el trabajo mereciera un premio—. La tenemos controlada.

—Los encuentro ahí en cinco minutos —dije, y corté.

Cerré el programa holográfico y salí caminando de prisa. Pude sentir la adrenalina recorriendo mi cuerpo. Llegué al laboratorio justo a tiempo para ver entrar a Moravian con la chica en brazos.

—Colóquela en una camilla —le dije—. Con cuidado.

Detrás, llegaron los dos científicos de turno con la camilla y los elementos listos para comenzar a hacerle los estudios.

—Tuvimos que administrarle un sedante, señor —dijo Dukstor—. Estaba demasiado nerviosa.

Uno de los científicos asintió y yo me quedé con las ganas de decirle que solo a un par de inútiles como ellos se les podía complicar tanto lidiar con una sola persona indefensa. Caminé con los científicos de vuelta adentro, siguiendo de cerca la camilla, sin poder sacarle los ojos de encima a la mujer. No podía creer que por fin tenía en mi poder los genes de Alva Brick. Ahora sí se estaría retorciendo en su tumba. Por primera vez en mi vida, me sentí un paso delante de él.

—Vamos a la sala blanca —les dije a los hombres.

Ellos me miraron desconcertados.

—La sala blanca no tiene cámaras ni seguridad, señor.

—Lo sé —respondí—. Por favor conéctenla a la teleportadora y habiliten el sistema de sellado.

Vi cómo se miraban entre ellos, algo confundidos, y luego asintieron en silencio.

—Esta persona tiene ascendencia bosoniana —les expliqué—. Puede ser muy riesgoso para ustedes estar cerca de ella por la radiación

congénita. Lógicamente, si ese es el caso, no va a afectarme a mí. Prefiero asegurarme, antes de hacerles correr el riesgo.

Los dos volvieron a asentir, ahora más seguros, al escuchar mi explicación. No me gustaba mentirles. Todo lo que sabían de Bosonia lo habían aprendido de mí y, como mentor, me daba lástima enseñarles cosas incorrectas. Sin embargo, no tenía más paciencia ni tiempo que perder. Había esperado un momento como este por años y necesitaba estar solo con ella para poder trabajar a mi ritmo en los experimentos.

Ingresé a la teleportadora y esperé a que la puerta se sellara. Acerqué mi mano al brazo de la chica, y me detuve a un centímetro. Necesitaba tocar su piel para poder teletransportarla dentro de la sala, pero demasiadas cosas estaban pasando por mi mente y me frenaban; todas relacionadas con Alva Brick. Tomé aire y la toqué para continuar. En ese preciso instante, una descarga eléctrica me invadió de tal forma que me hizo caer hacia atrás. Me levanté sobresaltado y revisé mi cuerpo. Estaba bien. La chica no se había inmutado. Volví a acercarme a ella, esta vez cauteloso, y continué mirándola. Supuse que esa descarga había tenido que ver con la piedra. ¿Por qué no había descargado la energía acumulada en Moravian o Dukstor cuando la capturaron? ¿O en el científico que le colocó el suero? Mi cerebro comenzó a hacer rápidas asociaciones, relacionadas con el hecho de que los dos fuéramos en parte bosonianos. Estaba lidiando con un montón de experiencias nuevas, que no hacían otra cosa que arrojar más y más datos desconocidos. Tenía que pensar. Tenía que hacer esto por partes. Tenía que sacar de mi interior al científico y trabajar de manera empírica. Sabía que tendría que tocar yo mismo esa piedra en algún momento y, luego, hacérsela tocar a cualquier letradiano y sacar conclusiones.

Aún había tiempo. Si bien no sabía si alguien iba a intentar rescatarla, su madre era letradiana, por lo que tardaría mínimo una hora en llegar hasta aquí, y sus hermanos eran demasiado jóvenes. Incluso si entendieran cómo utilizar sus poderes, no iban a llegar demasiado lejos una vez que se encontraran cara a cara conmigo. La sala blanca estaba protegida por un campo magnético y solo se podía

acceder a ella después de hacerlo por primera vez acompañado de alguien que la conociera. Los campos magnéticos interferían con la voluntad de la teletransportación, confundiendo al cerebro. Solo había un recorrido mental posible para acceder, como si se tratara de una receta de cocina que hubiera que seguir paso a paso. Y el cerebro solo la entendía una vez que estaba dentro. Así también se enseñaba a los niños en Bosonia a salir y entrar en el tiempo. La primera experiencia tenía que ser guiada, de lo contrario, el cerebro no encontraría jamás la combinación exacta, al tener que lidiar con las infinitas posibilidades sinápticas. Mi padre me había enseñado a hacerlo. Él decía que era importante saberlo para el futuro, mas no para la vida en Letradia. Y nunca más hablamos del tema. Mi madre, mi padre y yo vivíamos una vida letradiana modelo y a ninguno de los tres nos importó modificar alguna vez esa pertenencia.

Sí o sí tenía que tocar a la chica para meterla dentro de la sala y no quería perder más tiempo. La tomé del brazo, decidido a soportar la carga eléctrica una vez más, aunque nada ocurrió. Mi cerebro quiso sacar mil conclusiones y no lo dejé seguir. Entré a la jaula con la joven y la solté de inmediato. Me puse los guantes, le saqué sangre y la inserté en la máquina. Además de su nombre completo y los datos que ya me había arrojado antes, comenzó a imprimir la información de rutina de su alimentación, etc. Volví a sentir ese chirrido extraño que le había oído la vez anterior y, una vez más, pensé en Alva Brick y el virus Aquiles. De alguna manera, estaba logrando censurar a la máquina y esta solo imprimía datos obsoletos. No había forma de que me revelase que la chica tenía ascendencia bosoniana. Gracias a que la sala blanca no tenía cámaras, yo podía entrar y salir del tiempo como me viniera en gana. Había convencido al emperador de su extrema importancia tan solo dos meses después de que Adhara llegara a mi casa. Aproveché que habían dejado de considerarme una amenaza y me mandé a construir este tipo de facilidades absurdas, que me permitían estar más tranquilo y teletransportarme algún día si así lo necesitara. Esta sala me gustaba porque gracias al sellado solo podían entrar y salir de ella personas con genes bosonianos. Y a pesar de que nunca la había utilizado, de pronto me sentía demasiado cómodo ahí

adentro. Como si un pequeño trozo de Bosonia hubiera sido construido para mí en Letradia. Un… descanso de esta eterna lucha por pertenecer. Ahora que ya había violado mi promesa de no utilizar mis poderes, en tanto esta situación estuviera fuera de control, lo iba a tener que seguir haciendo.

Coloqué otro poco de sangre en un tubo de ensayo y me teletransporté a mi oficina, donde tenía un modelito precario de un microscopio hecho a mano, basado en un modelo de los antiguos. Para algunas cosas, todavía eran mejores los sentidos y la intuición que la ciencia y sus avances tecnológicos. La máquina ultramoderna no me iba a decir nada acerca de la sangre de la chica, pero un simple análisis con el microscopio la iba a hacer saltar a la vista en un instante. Y así fue. En menos de treinta segundos tenía ante mis ojos una vista ampliada cien veces de la sangre de esta joven. Era igual a mi propia sangre bosoniana. La sangre de la descendencia de Alva Brick, igual a la mía. Eso me generaba una mezcla de bronca con asco y con… sí, debo admitirlo: satisfacción.

Volví a la sala blanca y observé a la chica dormida sobre la camilla. Parecía demasiado frágil como para tener que lidiar con el peso revolucionario de su padre. Así, acostada, parecía tan solo una mujer letradiana más. Aproveché para hacerle algunos estudios de rutina: tiempo de cicatrización, electrocardiograma, electroencefalograma, etc. Los mismos estudios que había permitido que me hicieran a mí, un tiempo atrás. Todos los resultados eran similares. No había demasiado que extraer de esta chica que no supiéramos ya. Sabía que lo que tenía que hacer era otra cosa. Tenía que ir a mi oficina y sentarme a teorizar. No obstante, por algún motivo, hora tras hora, encontraba una excusa nueva para quedarme allí. Todavía me costaba creer que fuera la hija de Alva Brick.

Me senté en una silla a descansar un momento y, dos segundos más tarde, me encontré cabeceando. Estaba a punto de cumplir cuarenta horas sin dormir. No quería dejar a esta chica sola, en manos de los científicos, aunque iba a tener que suceder en algún momento. Afortunadamente, ya le había hecho casi todos los estudios yo, así que solo les restaría la aburrida tarea del monitoreo.

Le toqué el brazo, salimos y entramos en el tiempo y la solté dentro de la teleportadora. Hacía mucho tiempo que no sentía el contacto físico de otro ser humano, mucho menos de uno que me diera una descarga eléctrica. La observé antes de abrir la puerta, pero estaba demasiado cansado para seguir tratando de entender qué me hacía sentir.

Los dos hombres que había dejado afuera unas horas atrás estaban esperando ansiosos. Les entregué los datos impresos, obviando la parte de la electrocución. Les dije que no había nada nuevo que ya no supieran gracias a los estudios realizados en mí, que la monitorearan y que me avisaran acerca de cualquier cambio. Ellos la colocaron en otra camilla y se la llevaron al laboratorio. Me quedé un instante más observando el recorrido de la camilla que se alejaba y me fui a mi oficina.

Por el cansancio a duras penas me mantenía despierto, pero no podía dejar de admirar la piedra que estaba sobre mi escritorio. Aún brillaba. ¿Qué clase de atributos tendría ese objeto para lograr transmitir energía tanto dentro como fuera del tiempo? ¿Es que existía en Bosonia una nueva dimensión temporal? Tan extraño, en teoría, no era. Si teníamos tres dimensiones espaciales, ¿por qué no podríamos tener también tres temporales? ¿O más? En teoría había cientos de dimensiones. No obstante, en la práctica, jamás se había podido corroborar la existencia de más de tres espaciales y una temporal. Hasta ahora. De pronto, me pregunté si los bosonianos sabían acerca de este fenómeno. Quizás, allí, ya se estaban realizando los estudios pertinentes. Quizás, incluso, ya era información vieja. Por un momento deseé trasladarme hasta allá y averiguarlo.

Bosonia giraba alrededor de nuestro sol con una rapidez tan cercana a la de la luz que siempre había sido imposible de encontrar. A la vez que la Tierra sufrió el cambio de polaridad que generó los trastornos climáticos a fines del siglo XXI, todos los planetas sufrieron algún tipo de modificación también. Para Bosonia, eso significó reducir su velocidad a casi la misma que la de la Tierra, lo que generó que su órbita se acercara demasiado a la nuestra. Hubo momentos, en los primeros años luego del cambio climático, en que Bosonia estaba casi

tan cerca de la Tierra como la Luna. Fue entonces que varios humanos, en la desesperación ante un inminente apocalipsis, se fueron a probar suerte allí. Lo que ellos no pudieron prever fue que Bosonia, por algún motivo inexplicable, luego de esos años de estabilidad, volvió a ganar velocidad y poco a poco se fue alejando de la Tierra, perdiendo todo tipo de comunicación y contacto. Los papeles sobre mi escritorio indican que en este momento ya debe de haber alcanzado velocidades cercanas a la de la luz, lo que provoca el efecto en sus habitantes de poder entrar y salir del tiempo a voluntad. Sus masas y sus energías están casi al mismo nivel. Lo que no se termina de comprender es por qué nosotros, descendientes de ellos, podemos hacer lo mismo aquí. Si bien es cierto que no se puede lograr de la misma manera y que, hasta donde yo sabía, no había comunicación entre los dos planetas, las cosas, por lo visto, estaban comenzando a cambiar. La prueba brillaba frente a mis ojos sobre el escritorio. Recordé el efecto que había causado en la chica tener esa piedra entre las manos y no me animé a tocarla. Quizás lo más conveniente iba a ser hablar primero con ella.

Un sonido reiterativo comenzó a meterse en mi mente. Sonaba absurdo y desencajado. Me di cuenta de que estaba soñando y, por supuesto, me desperté. El teléfono seguía sonando sobre el escritorio. Me levanté sobresaltado y fastidiado. Agarré el aparato y atendí. Era el científico.

—Disculpe que lo moleste, señor. La chica se está despertando.

—Colóquenla en la teleportadora. Voy para allá —contesté y corté.

La piedra sobre mi escritorio estaba más brillante que antes. De hecho, era la única luz del lugar. Afuera estaba oscuro y el contraste la hacía aún más hermosa. Abrí uno de los cajones del escritorio y con una de las carpetas la empujé adentro. Salí de la oficina y fui a hacer de nuevo el absurdo camino de entrar a la sala blanca a través de la teleportadora. Coloqué a la chica dentro de la jaula y me alejé para esperar a que terminasen de hacer efecto las drogas. Al cabo de unos instantes, ella se sentó y comenzó a tocarse uno de los cicatrizantes. Fue impactante verla despierta. Tenía la mirada desafiante de su padre. Y el hecho de que fuera tan bosoniana como yo me puso la piel

de gallina. Por un momento, temí que me viera y desapareciera. No sabía cuánto le había enseñado su padre acerca de su origen y cuánto estaba entrenada para mentir. Cuidado, Yem. Mucho cuidado. Por las dudas, desaparecí y aguardé unos instantes en mi oficina. Aproveché para tomarla de sorpresa con mi repentina reaparición. Si algo sabía ella sobre su origen, su sorpresa no sería genuina.

—No te lo toques —le dije, apareciendo de golpe en la sala.

Pude ver cómo la chica se ponía tensa de un salto. Su expresión no mostró más que desconcierto, y miró hacia todos lados. Era la reacción que estaba esperando, por supuesto. Aunque aquello no significaba que no estuviera fingiendo. Si estaba actuando o si estaba descolocada, de cualquier forma, esa iba a ser su reacción. No. No podía confirmar nada. Tenía que manejarme con extrema cautela. Ella no era un exiliado más de los que capturábamos cotidianamente. Ella era la hija del revolucionario Alva Brick. El fénix de Alva Brick. Eso me ponía a la vez nervioso y ansioso. Quería hacerle mil preguntas, pero no podía confiar en ninguna de sus respuestas.

—Es un cicatrizante —le dije, retomando mi comentario anterior.

La chica me miró en silencio de arriba abajo. Era obvio que me estaba estudiando. Por un momento, deseé poder leerle la mente y sacarme de una vez todas las dudas que me atormentaban desde que me había enterado de su existencia. Su mirada ilegible me ponía aún más nervioso. Le señalé su brazo para mantenerme encarrilado en la conversación banal. Ella lo miró un segundo y luego volvió a mí. Nada parecía distraerla ni sacarla de su foco.

—¿Cómo te sientes? —le pregunté.

Enseguida me di cuenta de que no era la pregunta que quería hacerle. Entendí demasiado tarde que no me importaba cómo se sintiera. O peor… que no *debería* importarme. Había estudiado a exiliados antes. Rebeldes que atrapábamos queriendo meterse en la Central. Sin embargo, toda la experiencia que tenía se volvía de pronto obtusa frente a esta joven que ahora me miraba con recriminación. Y no me contestó. Se quedó un instante en silencio, recorriendo el lugar con la mirada, y luego se levantó y se acercó a mí.

Sin poder controlar mis actos, retrocedí unos pasos. Qué idiota. La

chica está en una jaula, encerrada, indefensa, y yo soy el que se siente amenazado por ella. Aunque, en realidad, no podía asegurar que ella estuviera indefensa. ¡Es más! No podía garantizar que no desaparecería de un momento a otro. Tenía que salir de ahí. Tenía que irme a seguir estudiando la piedra y en todo caso volver con ella para analizar mejor sus efectos bosonianos al contacto con la chica. Tenía que alejarme. Esta mujer me ponía demasiado incómodo, y, sin embargo, no encontré la voluntad para alejarme de ella más que dos pasos.

Por suerte, pude ver cómo su piel comenzaba a cambiar de color, pasando de un rosado natural a un amarillo verdoso. Eso era el efecto de una de las drogas que ya habían probado en mí los científicos. Una de las pocas drogas que tenían efecto en nosotros. Era violentísima, por supuesto. Un combinado de sedantes para animales grandes con antidepresivos para enfermedades mentales agudas. La contradicción en los efectos hacía que nosotros, los que teníamos sangre bosoniana, primero cayéramos en un sueño letárgico y, luego, al despertar, nos agarrara un desesperado ataque de angustia. Y todo era acompañado por extraños cambios provisorios en la coloración de la piel. La chica que tenía delante de mí estaba a punto de sufrir esa crisis.

—Te recomiendo que agarres esto —le dije, entregándole un pañuelo—. De un momento a otro lo necesitarás.

No tenía una particular predilección por ver a la gente sufrir. Yo había experimentado el efecto de esa droga y había sido, sin lugar a duda, unas de las peores torturas que me tocó vivir. Y ahora que sabía lo que le ocasionaría a la chica, tenía que quedarme a ver cada una de sus reacciones. No iba a poder mentir estando drogada. Si ella tenía algún tipo de conocimiento respecto de sus poderes especiales, sin duda, los iba a utilizar ahora.

Enseguida, vi cómo comenzaba a entrar en pánico. Uno a uno, vi manifestarse los síntomas en su cuerpo. La presión aguda en su pecho, el posterior traslado del dolor hacia las extremidades, las lágrimas involuntarias, todo. Por un momento, al ver semejante despliegue de emociones, me sentí invadido por ellas y comencé a recordar a mi mujer. Sus dolores, su agonía y su muerte. Y me sentí igual que

entonces. Parado delante de ella, sin poder hacer nada para evitarle el sufrimiento.

No sé de dónde sacó la fuerza para levantarse. Se acercó a la reja y me arrebató el pañuelo de las manos. Era una muchacha obstinada, no había duda de ello. No obstante, la fuerza le duró hasta ahí. Con el pañuelo en la mano, se dejó caer en el suelo y siguió retorciéndose de dolor. Algo dentro de mí comenzaba a hacer ruido. La desesperación que me agarró por intentar librarla de su dolor fue casi insostenible. Quería detener el tiempo. Agarrarla y llevármela lejos de ahí. Tomar su mano y decirle que todo iba a estar bien. Ella no era mi mujer, mas no quería ver sufrir a nadie lo que le había visto padecer a ella.

Fue entonces cuando me di cuenta de que esta chica que ahora agonizaba dentro de la jaula ya había pasado antes por un dolor similar al que estaba sintiendo. Porque no había manera de sentirlo por primera vez sin gritar. Sin embargo, ella lloraba en silencio, vaya uno a saber recordando qué. Su archivo había mostrado que nada era más importante para ella que su familia, por lo que concluí que había sido la muerte de su padre lo que la había llevado a semejante angustia. No. No tenía derecho de hacerla atravesar de nuevo este dolor. Porque yo lo conocía. Porque yo también lo había vivido. No tenía derecho a juzgarla por ser la hija de Alva Brick.

Tenía que recuperar el foco. Era obvio que esta chica no estaba mintiendo. Que Alva Brick no le había enseñado nada de su pasado y de su ascendencia. Era una pobre inocente que había llorado por la pérdida de un hombre al que no conocía en lo más mínimo. Eso me hizo sentir aún más bronca por él. Instantáneamente, me tomé sus años de viles falacias como algo personal. Ella no tenía idea de nada. Había vivido dieciocho años en la ignorancia y ahora ni siquiera yo sabía si viviría lo suficiente como para revertir eso. Inocente o no, seguía siendo bosoniana; es decir, una potencial amenaza para Letradia. Y no importaba ya lo que yo opinara o de qué manera me afectase el padre de esta mujer. Letradia, su sistema y su orden, eran más importantes que ella y también que yo. Me dio pena. Su padre se había encargado de mantenerla en la ignorancia. Y ¿para qué? Para que al final terminase igual capturada y estudiada en nuestro

laboratorio.

La chica comenzó a recuperarse y enseguida se levantó y se sentó en la cama. Me miró con odio. Otro símbolo de obstinación. Cualquiera en su lugar se hubiera tapado el rostro con vergüenza. Sin embargo, ella estaba ahí, firme, clavándome su mirada justiciera. Era una muchacha fuerte. Inocente, pero fuerte. Y tenía toda la razón en juzgarme. Seguro estaría pensando que yo era un monstruo insensible. Y no sé qué tan alejada de la realidad estaría. Bajé mi mirada al suelo. Quizás, tendría que haber hecho algo más por ella. De cualquier modo, no importaba ya. No valía la pena comenzar a cultivar sentimientos por una persona a la que no volvería a ver después de estos estudios. Ni yo, ni nadie.

Algo sabía seguro, luego del reciente episodio: la chica no mentía acerca de sus poderes. Me costaba mucho considerar la idea de que hubiera sido tan bien adiestrada por alguien que no fuera su padre. Y si él había intentado entrenarla, no llegó más lejos que a sus diez años. Sí. Me daba pena.

—Lo que acabas de experimentar son los efectos secundarios de una de las drogas que te dimos —le dije, tratando de remediar mi falta de respeto.

La chica se levantó de la cama y, con toda su bronca, me gritó:

—¿Quién demonios crees que eres? ¿Quiénes son ustedes? ¿Con qué derecho me sacan de mi vida, me traen a este lugar, experimentan conmigo y no me dan ningún tipo de explicación?

Eso me hizo retroceder, aunque más llevado por el desconcierto en su actitud que por temor. Luego de haber sufrido los efectos de las drogas, se había convertido en un ser mucho más transparente. Había mostrado de manera involuntaria actitudes y reacciones que, frente a situaciones extremas, revelan el verdadero carácter. Ahora la veía y no era más temeraria que un cachorro de tigre. Tenía la fuerza y la voracidad de su padre, eso seguro. Sin embargo, no era más que una niña. Intentó amenazarme insistiendo en sus preguntas, al ver que no le contestaba. No sé de dónde habría sacado la idea de que eso la conduciría a obtener mejores resultados. Pude ver cómo se iba poniendo cada vez más y más nerviosa, preguntando cosas sin parar.

Decidí que ya había estado demasiado tiempo dentro de la sala blanca con esta chica. No había mucho más para decir y necesitaba bajar a papel todas las cosas que habían sucedido. Lo único y más importante que necesitaba averiguar, ya lo sabía: ella no se iba a ir a ningún lugar. Así que le eché un último vistazo y desaparecí.

Cuando abrí la puerta de la teleportadora, del otro lado me encontré con Dukstor y Moravian. Los dos me miraron y se pusieron firmes y en guardia.

—Lo estábamos esperando, señor —dijo Dukstor.

Lo observé en silencio, esperando su explicación.

—Queríamos entregarle esto —agregó, y me mostró un ejemplar de la Biblia de los antiguos.

No pude evitar abrir mis ojos como platos ante la sorpresa. Se lo arrebaté de las manos. Era una reliquia de más de dos mil años, y solo de pensar lo que estos dos incompetentes podrían hacerle sin querer, se me tensaron los músculos.

—¿Dónde consiguieron esto? —pregunté, sin poder sacarle la vista al libro.

—Lo trajo la chica —dijo Moravian—. Había quedado en el auto.

—Gracias —les dije, y me dirigí mi oficina.

Me senté delante del escritorio, encendí la lámpara móvil y abrí el libro por el medio. Era fascinante estar ante la presencia de un libro que había sobrevivido el cambio climático, la radiación, las inundaciones y la ignorancia de los primeros que volvieron a salir a la luz. Al pasar las hojas, vi que algunas tenían anotaciones a los costados y, solo de imaginar que podían ser de Alva Brick, me dio una descarga de adrenalina. Pensar que quizás estaba tocando algo que tenía sus huellas digitales, algo que él había sabido apreciar tanto como yo, me estaba poniendo nervioso. Yo sabía que él era un erudito, amante de los libros y de la Historia de los antiguos. Y, evidentemente, él había sido quien le había inculcado a su hija estos mismos valores. Lo único sincero que le debe haber transmitido jamás. Seguí pasando las páginas y leyendo alguna que otra anotación al margen. Todas tenían que ver con algún tipo de crítica hacia el libro y hacia la religión como institución. Sí. Compartíamos muchos de los

valores más intrínsecos. Al igual que yo, él odiaba las religiones y cualquier tipo de ortodoxia. Peleábamos por los mismos valores, pero el destino nos había llevado a enfrentarnos en nuestros caminos. Y comienzo a creer que dejó su tarea en manos de alguien demasiado inocente.

Cerré el libro y me dirigí a la teleportadora y a la sala blanca, llevándolo conmigo. De todo lo que la chica había podido agarrar a las apuradas cuando la fueron a buscar, esto fue lo que había elegido. Tenía que saber por qué. Seguramente me daría más pistas este libro que la piedra.

—Deja de gritar —le dije.

Ella se dio vuelta asustada y volvió a mirarme con el mismo desconcierto con que lo había hecho la primera vez. Y aunque le creía, me parecía insólito que su padre no le hubiera enseñado a salir del tiempo.

—¿Quién? ¿Cómo hiciste eso? —me preguntó—. ¿O lo que estoy viendo es un holograma?

—No —respondí.

—¿Cómo lo hiciste? —insistió.

Me acerqué a ella y la miré a los ojos.

—Estás diciendo la verdad —confirmé.

—¿Qué? ¿Qué verdad?

—Tu sorpresa es genuina.

—¿Mi sorpresa? —dijo, con asombro—. Disculpa, pero de donde yo vengo la gente no se dedica a hacer actos de magia como el tuyo.

Sí. Esta chica nadaba en la ignorancia.

—Evidentemente, no tienes idea de dónde vienes —le dije. Y pude sentir la bronca del tono con el que pronunciaba mis palabras.

En realidad, no era para ella esa bronca, sino para su padre. Aunque sabía que no iba a servir de nada atacarla, de repente, me resultaba imposible dejar de hacerlo. Vi cómo fruncía el ceño y me preguntó qué significaban mis palabras. No obstante, para responderle eso, ella tendría que escuchar también cosas acerca de su padre que sin lugar a duda la iban a terminar destruyendo. No necesitaba terminar los pocos días de vida que le quedaban con semejante sentimiento de desilusión.

Mostré el libro que ocultaba a mi espalda y se lo pasé por las rejas. La muchacha se abalanzó de forma tan desesperada sobre él que me tomó desprevenido. Sin querer, me rozó la mano y yo, recordando la descarga eléctrica que me había provocado antes, la retiré enseguida. Miré a la chica y presté detenida atención a la reacción que le estaba provocando recuperar el libro. Se sentó en la cama y comenzó a acariciarlo como hipnotizada; como si fuera, de pronto, lo único que le daba sentido al mundo. Otra vez, volví a pensar en su padre y en su patética actitud. Me lo imaginaba enseñándole a leer y a escribir a esta niña, contándole los encantos de Letradia, mientras que se dedicaba a intentar destruirla. Era un hipócrita. No había sido otra cosa que injusto con la chica, y allí estaba ella, admirándolo a través de un libro.

—Gracias. Pensé que no lo volvería a ver —me dijo, luego de unos instantes.

Y con toda la bronca que yo sentía por ese hombre, no pude soltarle más que un insulto.

—Tu padre te enseñó muchas cosas. Todas ellas inútiles.

Me arrepentí enseguida. Supe que mis palabras le habían dolido en el alma y lo confirmé cuando la vi comenzar a llorar. Me sentí un canalla. Vil e irrespetuoso. Otra vez recordé a mi mujer y su sufrimiento. Jamás me había podido librar de la culpa que me había generado mi impotencia ante los hechos y ahora sentía que volvía a herir a otra persona injustificadamente. Quise pedirle disculpas. No obstante, así como no servía de nada que maldijera a su padre a través de ella, tampoco tendría valor alguno que intentara disculparme con mi mujer pidiéndole perdón a esta chica. Ella no tenía la culpa de mi vida ni de la vida de su padre. Solo era una pobre víctima del tiempo y del espacio. Así y todo, que alguien viviera una injusticia tan grande como la que yo había vivido no la hacía menos injusta.

—¿Por qué estás tan triste? —la escuché decir, y de pronto me di cuenta de que me había perdido en mi propio pensamiento. Ni siquiera la había visto levantarse y acercarse a mí.

Y había dado justo en el blanco. Sentí su mirada compasiva perforarme el alma. Yo la había insultado con lo peor que podía

decirle, y ella me estaba devolviendo compasión. Me quedé en silencio. No sabía qué hacer. Por primera vez en mi vida, había quedado desnudo ante alguien que no era mi mujer.

—¿Ya lo ves? —dijo la chica con bronca—. No todas las enseñanzas de mi padre fueron inútiles. Fue él quien me enseñó que las máquinas jamás podrán decirme quien soy. Y que jamás podrán saber lo que significa que dos miradas se encuentren.

Me quedé en silencio. No quería seguir hablando. No quería estar más en ese lugar. No quería volver a ver a esta mujer en mi vida. Me sentía cansado. Ese cansancio de lucha perenne y absurda. Ese agotamiento emocional que provocan las cosas para las que no hay respuestas. Otra vez me invadió la bronca. Cada día que pasaba me veía enfrentado con una injusticia nueva. Sentía odio por esta lucha, y la chica del otro lado de la reja me estaba diciendo todo lo que no quería escuchar. De pronto, me di cuenta de que el que estaba atrapado era yo, no ella.

—Muy poéticas tus palabras —le dije, con la poca fuerza que me quedaba para discutir—. Sin embargo, terminaste en una jaula. ¿Para qué te sirvieron?

Y otra vez, las palabras eran para su padre, no para ella.

—No lo sé —respondió.

Y pude notar que no era el único agotado. Me preguntó cuánto tiempo más la íbamos a tener allí. ¿Qué responderle? Me quedé en silencio y vi cómo negaba y volvía a prestar atención al libro. Yo necesitaba descansar. Salir de ahí, antes que nada, y descansar. Ya había vivido demasiadas emociones para un solo día y esta mujer no dejaba de provocar que saliera de mí lo peor.

Levantó la vista y otra vez me preguntó:

—¿Cómo hiciste para desaparecer y aparecer de esa manera?

Y el hecho de que volviera sobre *ese* tema me hizo sospechar que quizás me estaba engañando. Y si era así, lo estaba logrando. Me puse firme y en guardia otra vez y la miré a los ojos. De alguna manera, tenía que amenazarla.

—Si sabes más de lo que muestras, te conviene decírmelo —le dije.

Su respuesta fue una sonrisa sarcástica. Me estaba llamando

paranoico, sí.

—¿Por qué me tratan como si fuera peligrosa? —preguntó—. ¿Acaso esas máquinas no dicen todo lo que quieren saber? ¿Por qué, en lugar de encerrarme, no me preguntan abiertamente? ¿Por qué habría de esconder algo? Creí que era una pérdida de tiempo tratar de engañarlas.

—¿Qué clase de problema tienes con el sistema? —le pregunté.

Señaló la jaula y dijo:

—Evidentemente, es el sistema el que tiene un problema conmigo.

Y tenía razón. Era lista. Supe enseguida que sabía mucho más de lo que estaba mostrando, aunque no tuviera nada que ver con su origen bosoniano.

—¿Qué fue lo que te enseñó tu padre? —le pregunté.

—Cosas inútiles, tú lo dijiste —me respondió.

—No entiendo por qué nunca te habló de…

Y dejé la frase a medio terminar. Tenía que controlarme. Tenía que tener cuidado si no quería revelarle a esta chica la verdadera identidad de su padre.

—¿De qué? —preguntó.

—Nada. No importa.

Ella me miró y bajó los hombros, resignada. Volvió a preguntarme hasta cuándo la íbamos a tener encerrada, aunque esa era otra respuesta que no podía darle. Le mentí que estábamos esperando resultados y no le aclaré nada más.

Asintió y luego se volvió a zambullir dentro de su libro como una autista.

—¿Por qué tienes tanto interés en ese libro? —le pregunté.

—Porque tiene el secreto para escapar de acá.

—Estás mintiendo.

—Qué perspicaz —dijo, sonriendo por la obviedad.

—¿Por qué tienes tanto interés en ese libro? —insistí.

Ella me miró con tanta seguridad que, por un momento, me incomodó.

—¿Por qué tengo que contestar a tus preguntas si tú no respondes a las mías?

Y otra vez, tenía razón. No obstante, yo no podía dejar que me pasara por encima así de fácil.

—Te recomiendo que colabores voluntariamente —la amenacé.

Ella se quedó en silencio un instante y luego me dijo:

—Qué molesto debe ser que las máquinas no lo sepan todo, ¿no?

Y me dolió en lugares que ya había olvidado que existían. Ok. Me lo merecía. Yo también la había herido. Ella no sabía que era esa la pregunta que yo lamentaba hacer cada día de mi vida desde que Adhara se había muerto. Me quedé en silencio, invadido por una tristeza que ya no tenía fuerzas para esconder. La chica me miró y, sin que pudiera comprender el motivo, comenzó a contarme por qué era tan importante ese libro para ella. Escucharla hablar de Alva Brick como si fuera un hombre y no un mito capturó mi atención como hacía rato nada lo hacía. Había además algo en su voz que me tranquilizaba y, a pesar del cansancio que sentía, no quería dejar de escucharla. Me dijo que su padre le había enseñado sobre las religiones y la forma en que los antiguos hacían dueños de sus vidas a seres invisibles. Yo también lo había estudiado. Yo también sabía el poder que las religiones tenían sobre la gente ignorante. Cómo, también, los letradianos hoy creían que Dios estaba dentro de las máquinas. Absurdo. Lo sabía Alva Brick y lo sabía yo también. La estupidez humana es infinita.

—¿Qué más te contó? —le pregunté cuando dejó de hablar.

Y ya no sabía si lo que más me interesaba era la historia oculta de Alva Brick o la voz de la mujer que la estaba relatando. En el momento en que le escuché decir que su padre se había muerto cuando ella tenía diez años, de pronto la vi delante de mis ojos como la inocente e indefensa niña que era. Esto se estaba saliendo de control. Tenía que salir de ahí.

—No te va a servir de nada que grites —le dije, ya listo para huir—. Mucho menos, que trates de escapar. Ninguna de las leyes físicas que conoces te va a servir en este lugar.

—Espera —me dijo.

Y una vez más, la voluntad de desaparecer se desvaneció.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó.

Una respuesta podía darle, ¿no?

—Yem —le dije.

—Gracias, Yem —dijo ella, mostrándome el libro.

—No presenta ningún peligro y no valía la pena quemar una reliquia —le respondí.

—¿Qué sabes tú de él? —me preguntó.

Me di cuenta de que me estaba sacando temas de conversación porque no quería quedarse sola. Y yo quería quedarme. Y esa era una mala señal.

—No mucho más que lo que te contó tu padre —le dije—. Las religiones fueron y serán siempre absurdas.

Y ahí sí. Sin esperar respuestas, desaparecí.

Capítulo 7
La perra suerte

¿Qué me pasaba? Estaba perdiendo la cordura. Sabía todo acerca de esa mujer. De ella y de su padre. Sabía que estaban entrenados para esconder cualquier cosa, incluso de ellos mismos. No tendría que haberme quedado tanto tiempo. No tendría que haberla dejado que me preguntase nada. ¡Peor! No tendría que haberle contestado sus preguntas. ¿Y qué había hecho? Le había revelado hasta mi nombre. Fui un estúpido. Estaba perdiendo el foco y el rumbo y más vale que me vuelva a ubicar en mi lugar antes de que sea demasiado tarde.

Era como la octava vez que hacía ese absurdo camino entre el laboratorio y mi oficina. Cada paso delante de otro era más obsoleto que el anterior. Cada acción que implicara mantenerme dentro de los límites letradianos me hacía perder más y más la paciencia.

Llegué a mi oficina, cerré de un portazo y nuevamente me sumergí dentro de su habitación holográfica. Tenía que haber algo ahí dentro que me mostrase un poco más, una pista, un camino. Algo. Me coloqué bien en el centro de la sala, para tener una perspectiva pareja de 360 grados. Ese lugar ficticio me calmaba, aunque no quisiera admitirlo. Me tranquilizaba su habitación y me irritaba el hecho de no poder ni siquiera mentirme a mí mismo. De un golpe brusco, apreté el botón y el dormitorio de la chica desapareció. Suspiré. Sí. Tenía que recuperar el foco. Me senté en la silla detrás del escritorio y me froté los ojos. Cuando los volví a abrir, lo que quedó delante de ellos fue el cajón en el que había guardado la piedra. Llevé mi mano hasta él y la duda me duró lo que un suspiro. Lo abrí y pude ver cómo la piedra brillaba y decía *tócame*, *agárrame*. Sentí que quería meterse en mi mente para hipnotizarme. Y lo estaba logrando. Me coloqué uno de los guantes y puse la piedra sobre el escritorio. Agarré del maletín una pinza y un bisturí. Me acerqué, la sostuve con la pinza y traté de

cortarle un pedazo, sin éxito. Era como tratar de cortar un diamante con un trozo de papel. Intenté varias veces y no logré dejarle ni una marca. En no más de treinta segundos, el bisturí quedó desafilado. Dejé a un costado esos elementos y continué mirándola. ¿Cuántas cosas iba a hacer antes de aceptar de una vez por todas que lo que quería era tocarla? La miré un instante más y llevé mi mano libre hasta ella. En tanto más me acercaba, más fuerte era el poder que ejercía sobre mi voluntad. Me detuve a unos escasos centímetros y luego… una fuerza inexplicable me unió a ella como un imán a otro. Me mantuve estático, y todo a mi alrededor comenzó a desvanecerse. Las paredes se volvieron translúcidas y pude ver el exterior del edificio a través de ellas. Comencé a flotar sobre un lugar que se deshacía rápidamente. Me sentí invadido por un temor que se peleaba en mi cerebro con la tranquilidad incomprensible de que todo iba a estar bien. No podía moverme. Las cosas ocurrían a una velocidad imposible y, sin embargo, mi cuerpo y mi ropa se mantenían quietos. Antes de que todo quedara en blanco, otro escenario se empezó a dibujar. Era un lugar extraño, como un campo abierto y llano en toda su extensión. Me vi parado en medio de ese terreno sin fin, verde e inmaculado. No tuve que hacer demasiadas asociaciones para entender que me encontraba en Bosonia. Los cambios intermitentes en la luz y las tres lunas que mostraba el firmamento así lo comprobaban. Sin embargo, la sensación nada tenía que ver con mis fórmulas matemáticas. Había predicho teóricamente los paisajes de Bosonia según sus posibilidades meteorológicas, más los datos que los primeros habitantes habían detallado en sus observaciones. Este era uno de ellos; sin duda, uno de los más hermosos. No obstante, estaba solo. El paisaje era abrumador, y la confirmación de que no había desperdiciado ni un solo segundo de mis noches en vela me produjo una enorme satisfacción. Todavía me costaba trabajo entender qué relación metafísica existía entre la piedra y Bosonia. ¿Cómo era posible que, solo con tocarla, uno pudiera hacer un viaje de millones de años luz sin desintegrarse, manteniendo todas y cada una de las propiedades físicas cotidianas, pero encontrándose de pronto en un lugar cuántico? ¿Cómo era posible que los dos universos físicos,

siempre a un abismo incomprensible de distancia, pudieran convivir en este lugar? Todas las fórmulas y las ecuaciones que habían quedado con un signo de pregunta en mis hojas se estaban confirmando aquí y ahora, y, sin embargo, no podía relacionarlas con ninguna de mis teorías. El más grande de todos los misterios alguna vez investigados por los antiguos se revelaba ante mí de una manera que era a la vez lógica e incongruente. Una vez más, la Realidad se estaba mostrando en toda su objetividad y no hacía otra cosa que hacerme sentir un idiota por no poder comprenderla y, a la vez, muy pequeño en mi inviolable subjetividad. Nunca esa maldita se dejaría ver completa ante los humanos y nuestro obstinado intento de comprenderlo todo.

No sabía muy bien qué hacer, aunque sí sabía que quedarme parado ahí no iba a ser una buena idea. Sentía miedo de cruzarme con algún humano desquiciado. No sabía si estaban todavía en guerra. No obstante, quedarme solo tampoco era una opción. Y lo más importante: no tenía la menor idea de cómo iba a hacer para volver a casa.

Sostuve la piedra en mi mano con fuerza, para no dejarla caer. Sin embargo, la chica había vuelto a Letradia luego de que yo, en el callejón, se la sacara de la mano. ¿Por qué podía un bosoniano entrar y salir del tiempo, desapareciendo del lugar de origen, pero al tocar la piedra se mantenía en los dos lugares? Para eso no tenía más respuesta que las eternas paradojas que se dan en el universo cuántico. Lo que es y lo que no es, conviviendo en armonía. El gato de Schrödinger, dentro de una caja, vivo y muerto a la vez. Los sucesos más extraños, que no hacían otra cosa que fastidiar a la lógica, eran de lo más normales aquí. Intenté salir del tiempo, como lo hacía en Letradia, y no pude. Relacioné eso con la piedra que estaba sosteniendo, que de alguna manera me mantenía en los dos planetas a la vez. Evidentemente, ya no había más posibilidades. Las dimensiones temporales eran solo dos y las estaba superponiendo por culpa de la piedra. Aun así, no era algo que iría a corroborar. De ninguna manera iba a soltar la piedra. ¿Si desaparecía? ¿Si no encontraba la forma de volver a casa? No. No iba a soltarla. Tendría que esperar a que alguien entrara a mi oficina y me la sacara de la mano, rompiendo esta doble

realidad superpuesta. Por otra parte… sin la posibilidad de teletransportarme, llegar caminando a cualquier lado en este escenario de 360 grados de llanura iba a volverse complicado.

Comencé a caminar sin rumbo definido y no tuve que hacer ni dos pasos para que lo que había aparecido ante mí me hiciera frenar de golpe. Era imposible. Era un espejismo, una alucinación. Sí. Eso era. Sin embargo, se estaba acercando a mí, caminando con su acostumbrado andar en el que siempre parecía flotar. Llevaba un vestido largo y blanco, hermoso como el que usó en nuestra boda. Me quedé mirándola estupefacto, sin poder moverme. Estaba alucinando, claro. Pero habían sido tantos los años de silenciosa agonía que ya no me importaba. Había deseado volver a verla, aunque sea una vez. Era todo lo que quería. Ya me daba igual si estaba soñando o si me había vuelto loco o si me había muerto. Ella estaba ahí y venía caminando a mi encuentro. ¿Qué más podía pedir? Cuando llegó hasta mí, yo ya estaba llorando. Adhara me miraba con su serena expresión. Comencé a temblar. No creía en la posibilidad de una vida después de la muerte, aunque miles de veces me había quedado mirando el horizonte imaginando qué le diría si la volviera a ver del otro lado. Ahora que mi deseo se había hecho realidad, no tenía nada para decir. Se acercó más y me tocó el rostro. Era tan real…

Cerré los ojos y me apoyé contra su mano.

—Lo siento tanto… —le dije, con la voz entrecortada.

Ella no respondió.

—Lo intenté todo. De verdad que lo intenté —seguía disculpándome.

—Sssshhhh… —dijo ella—. Estás cansado, amor mío.

Era un ángel. Y yo había muerto. ¿Qué otra explicación podría haber para este momento surreal, en este escenario magnífico? Nada me importaba ya. Estaba con ella. Lejos del mundo. Y lloraba. Porque había dejado todo en Letradia, pero la culpa me la había traído conmigo. Y era lo único que podía sentir al mirarla. Abrí los ojos y la vi sonreírme. Llevé mi mano hasta su rostro y, un instante antes de llegar a él, todo desapareció y volví a aparecer dentro de mi oficina.

—Oh, lo siento tanto, señor Rodz —dijo una de las secretarias—.

Estaba desmayado. No sabía qué hacer.

Me incorporé del suelo de un salto, abrumado y desquiciado. Estaba transpirando y no podía dejar de llorar. Vi que la mujer me observaba asustada y yo miré en todas las direcciones buscando la piedra.

—¿Busca esto, señor? —dijo ella, sosteniéndola en su mano letradiana, que no tenía ningún efecto sobre la piedra.

Me puse el otro guante y se la arrebaté con furia. Salí casi corriendo de la oficina, aún llorando, mientras la escuchaba seguir disculpándose. No podía entender lo que había vivido. Sentía una enorme bronca por esa maldita secretaria que me había sacado la piedra de la mano y me había hecho volver de mi gloriosa muerte. No había ni llegado a acariciar la piel de mi mujer. ¿Por qué demonios tenían que meterse en mi vida? ¿Quién la autorizó a entrar en mi oficina sin golpear? ¿Por qué no me dejó morir en paz?

Nunca voy a poder escapar de esta realidad. Nunca voy a poder deshacerme de todos estos problemas. Odio mi vida. Con cada pestañeo, la imagen de mi mujer me azotaba la memoria. Y se mezclaba con la fotografía del insolente Alva Brick, a quien también había creído vencer al poder morir.

Esa chica me iba a escuchar. Me estaba mintiendo. Lo sabía. De alguna manera tenía que lograr que me explicara qué demonios me había pasado. No me entraba en la mente que su padre jamás le hubiera contado nada acerca de este material. Tenía que saber. Ella sabía.

Entré al laboratorio con violencia y los científicos de turno me miraron sin comprender. No les presté atención. Pasé a la teleportadora y luego a la sala blanca. La chica estaba durmiendo. Eso me dio más bronca. Si sabía todo lo que yo sabía que sabía, no iba a dejar que me siguiera mintiendo. Solo una persona que sabe lo que le espera del otro lado de la piedra puede vivir esa experiencia y volver de ella tan tranquilamente como lo había hecho esta chica. Me iba a decir la verdad. De una forma u otra lo iba a lograr.

Le pateé la jaula con furia y el ruido resonó en toda la sala. Me hubiera dolido mucho el pie, de no ser por la bronca con la que estaba lidiando. Ella se sentó de golpe en la cama.

—¡Despiértate! —le grité, golpeando la jaula.

Su mirada adormecida me hacía sulfurar aún más. No podía dejar de llorar. Estaba fuera de mí. Sentí su mirada compasiva estudiándome otra vez. La misma expresión con la que Adhara me había mirado un instante atrás.

—¿Qué te pasó? —me preguntó con esa inocencia falaz.

—¿Qué es lo que sabes? —le grité, sin poderme contener.

Su mirada cada vez más desconcertada me seguía insultando. Era obvio que me mentía; que me había mentido todo el tiempo.

—¡Dímelo! ¡No me engañes más! —le ordené, aunque ya sentía que era más un ruego que una orden—. ¡No puedo más! Ya no puedo más… —dije, mientras me sostenía de la reja para mantenerme en pie.

Apoyé mi cabeza en los barrotes. Estaba a punto de desmayarme del cansancio. No podía dejar de pensar en mi mujer y la culpa que me invadía me hacía sentir el peor de los dolores. Ni siquiera había llegado a tocarla. Después de todos estos años. Solo una vez. Aunque sea una vez. Era lo único que quería. Entonces, sentí que la chica me tocaba el brazo; esa infeliz farsante que no hacía otra cosa que mentirme.

—¡No me toques! —le grité y me separé de la reja—. ¡Tú y tu padre y los que son como ustedes me tienen harto! ¡Me van a volver loco!

—¿Qué? ¿Qué tiene que ver mi padre? —preguntó.

Ya no me importaba responderle. Me estaba volviendo loco. Tenía que salir de ahí. Tenía que decirle al emperador que ya habíamos extraído de esta mujer todo lo que podíamos y que ya podían tirarla a basura. Pero no. Yo había muerto por un instante y había logrado hacer realidad el mayor de mis sueños. Había “visto la luz” como dicen esos ingenuos que creen haber visto a Dios en un momento así. Quizás, era eso lo que me había pasado. Quizás, esa piedra sí era asesina y, quizás, habría muerto para siempre si la hubiera sostenido por más tiempo. Esta mujer no tenía derecho a morir y pasar por tan sublime experiencia. No lo merecía. Iba a tener que conformarse con haberla vivido una vez. Aunque su entrenamiento lograra hacer que me ocultara lo que había experimentado.

Tenía que saberlo. Tenía que verificar de una vez por todas si lo que

yo había visto era real o no; si había muerto o si no era más que una alucinación. Y la única que podía darme esa respuesta estaba delante de mí, dentro de una jaula, mirándome con ingenuidad, como si todo en la vida fuera digno de sorpresa.

La volví a mirar y caminé hacia ella con furia. Saqué de mi bolsillo la piedra y se la mostré entre las rejas.

—¿Qué viste? ¿Qué te mostró? —le grité—. ¡Respóndeme!

Ella se quedó mirando la piedra como una idiota. La misma expresión que tuve yo cuando la vi por primera vez. Era una actuación. Era obvio. Me seguía mintiendo.

—No lo sé. No sé lo que vi.

—¡No me mientas más!

—Te lo juro. No sé qué decirte para que me creas. Pensé que había alucinado.

Me quedé un instante pensando en su última palabra. Una alucinación. Seguramente era lo que su padre le había enseñado a decir para disimular.

—¿Qué es esto? —le grité.

—No lo sé… Una piedra…

—¿Qué clase de piedra?

—No sé. No lo sé. Te lo juro.

—¿Qué viste? —le seguí insistiendo, cada vez más impaciente—. ¿Qué viste cuando la agarraste?

—No lo sé. Yo… Fue un sueño. Una alucinación.

—No fue ningún sueño. Fue muy real. ¿Qué viste?

—Había gente… distinta. Era un lugar extraño. Una mujer… hablaba en otro idioma. La gente era diferente. Sus miradas… sus actitudes. No sé qué era. Juro que no sé qué era.

Dudaba como una persona que no sabe qué más inventar. Mi paciencia estaba llegando a su límite.

—Agárrala —le dije.

—No —respondió.

—No me hagas obligarte —amenacé—. Agárrala.

Vi cómo sus ojos se clavaban en la piedra, como hipnotizada. Pestañeó y me miró.

—No voy a tocarla —dijo.

Le arrojé la piedra para que la tomase al menos por instinto y la esquivó de una forma tan hábil que terminó de confirmar que estaba entrenada. Esos reflejos no podían ser naturales en una chica de su edad que hubiera vivido una vida normal en Letradia. Agarré la piedra del otro lado y me teletransporté dentro de la jaula, quedando a centímetros de ella.

—No me lastimes —dijo, dando un paso hacia atrás, cayendo sobre la cama.

Me acerqué a ella. No tenía escapatoria.

—Quieras o no, vas a hacer lo que te diga —amenacé.

Comenzamos a forcejear; yo, tratando de hacerle tocar la piedra y ella, tratando de evitarlo, tomándome la muñeca. Continuamos así por unos instantes hasta que logré que tocara la piedra, aunque su otra mano me seguía agarrando. La perra suerte.

Y como sucedió la vez anterior que nuestras pieles entraron en contacto, sentí una poderosa descarga eléctrica. Solo que esta vez no me hizo volar hacia atrás, sino que me mantuvo pegado a ella como un enchufe. Entonces, volví a vivir lo que había experimentado un rato antes: el escenario comenzó a modificarse a nuestro alrededor, en tanto que nosotros nos manteníamos estáticos. Y no tardamos mucho en llegar a Bosonia. De hecho, no tardamos nada. Fue instantáneo. Pude ver de reojo cómo la chica soltaba la piedra y los dos caímos al suelo, afectados por la repentina gravedad. Y eso fue todo. Tres días seguidos casi sin dormir, una experiencia de muerte en vida y una descarga eléctrica fueron suficientes para vencer mi cansancio. Eché un vistazo a mi alrededor y, al ver que al menos nos encontrábamos en un lugar cerrado, me dejé llevar. A la mierda con todo. Quedaré satisfecho si no vuelvo a despertar.

Capítulo 8
Bosonia

—No intentes ganarle a la fuerza de un caballo, Dórbot —le dije a mi hermano.

De alguna manera, sabía que estaba soñando. Que me encontraba sumida en una hipnagogia entre el sueño y el recuerdo. No quería salir de ahí. Podía sentir la lucha entre mi anclaje a la terrible realidad que me perseguía y la desesperada necesidad de encontrar un refugio en algo que los hombres que me tenían encerrada no pudieran tocar.

—Él no va a entender jamás tus razones ni tu lógica —continué diciéndole a mi hermano—. Solo conoce tus emociones y se guía por ellas. Tienes que entregarte a ese idioma si quieres que colabore.

—Es que es tan obstinado —había dicho él—. Siempre me hace lo mismo. Lo único que quiero es limpiarle el casco.

—Es una proyección, hermanito. Está reflejando tu obstinación. Si siempre intentas lo mismo, los resultados no van a cambiar.

Dórbot se enderezó y suspiró.

—Empieza por el de adelante —le dije—. Va a ser más fácil.

Él se acercó al cuello del caballo y comenzó a acariciarlo para tranquilizarse. Era una bestia enorme y blanca, de crines lacias y largas. Sin embargo, era tan joven como mi hermano, y los dos estaban aprendiendo a lidiar con una realidad que no comprendían. Así me había enseñado también papá a mí. Aprender enseñando.

El caballo giró su cuello y empujó un poco a Dórbot, casi sugiriéndole que probara de nuevo; que ahora, en la tranquilidad, haría lo que él le estaba pidiendo. Dórbot miró al caballo y luego a mí. Sin decir palabra, deslizó su mano por el cuello hacia atrás y bajó por el pelaje hasta el casco. No necesitó más que un leve empujoncito para tirar el peso del cuerpo del animal sobre la pata delantera y se la levantó como si fuera de lo más liviana. Me miró con una sonrisa de

satisfacción y comenzó a limpiarle el casco.

—El lenguaje de las emociones, Dórbot. Nunca lo olvides. Será siempre lo que te diferencie de una máquina.

Él asintió y siguió con la tarea.

Abrí los ojos y lo primero que hice fue ver si estaba entera. Lo mismo que había hecho dentro de la jaula. Revisé mi cuerpo y, excepto esa sensación de náuseas en el estómago y en mi cabeza, lo demás estaba bien. Me incorporé y me senté en el suelo. Cuando me acostumbré a ese malestar y dejé de prestarle atención, mi mente hizo un espacio para asimilar nueva información. Y fue entonces cuando vi el lugar que me rodeaba. Era oscuro, no muy diferente del callejón de Bélgora. Parecía un edificio abandonado, una oficina o una tienda. Las paredes y el techo estaban arruinados. La puerta de entrada no estaba y era lo único que habilitaba ver hacia el exterior, por donde se filtraba una luz intermitente extraña. Entonces, vino a mi cabeza la pregunta obvia: ¿dónde estaba? De pronto, recordé el episodio recientemente vivido y creí que me estaba volviendo loca. Sin embargo, a mi lado vi a Yem. Estaba desmayado. Sospeché entonces que quizás todo había sido real. Enseguida me puse de pie y caminé unos pasos hacia el lugar de donde provenía la luz. Lo que vi entonces me hizo estremecer. El mundo que se abrió ante mis ojos no podía pertenecer a nada más que una historia de ciencia ficción. Tenía que ser un holograma. Una película. Un dibujo. Un sueño. Una alucinación. Tenía que ser alguna de todas las cosas que mi cerebro todavía entendiese como posible.

Un sueño. Sí. Era un sueño. Porque solo en un sueño era posible un cielo de esos colores tan brillantes y variados. Solo en un sueño era posible ver desde Letradia no una luna, sino tres. Solo un sueño podía mostrar el grado de belleza que mis ojos veían. Me quedé mirando al cielo, anonadada. Sentía el aire entrar y salir de mis pulmones y los músculos de mis piernas temblando para mantenerme en pie. No tenía más que decir. Semejante belleza no era posible. Comencé a llorar sin razón y casi sin emoción. Estaba desbordada por tanta belleza. Parada sobre un suelo desconocido y, de pronto, sin sentido. No podía sacar mis ojos de ese cielo. Sentía la luz del sol dándome en el rostro de

forma intermitente, como si estuviera pasando por una carretera nocturna, iluminada solo por faroles sucesivos. Me pregunté qué era lo que estaba haciendo interferencia, como una rama de árbol que se estuviera moviendo con el viento. Aunque este tipo de iluminación tenía la constancia de un reloj. Mantenía un patrón. La misma luz que me daba en el rostro de esa forma era también la que hacía que el cielo cambiara sus colores, como una bola de prisma que echa rayos de arcoíris en todas las direcciones. Y yo no podía dejar de admirar lo que estaba soñando. Sí. No podía ser otra cosa que un sueño. Y me daba igual si no despertaba nunca más. Toda la belleza del universo que solo había imaginado a través de los hologramas que me mostraron en la escuela estaba rodeándome y ya nada me importaba. Me sentía feliz y con una repentina y extraña sensación de haber pertenecido siempre a este lugar.

De pronto, una fuerza que no pude prever me tomó de la cintura y me arrastró de vuelta adentro. Quise liberarme echando patadas furiosas al aire, sin éxito.

—Quédate quieta —dijo Yem.

Le obedecí y él me soltó. Me di vuelta para mirarlo. Todavía tenía esa expresión angustiada y enojada. Su actitud era confusa. Como si se estuviera peleando consigo mismo. Me quedé en silencio, estudiándolo. Él paseaba su mirada nerviosa entre mis ojos y el suelo. ¿Qué estaría pensando? ¿Qué estaría pensando que yo estaba pensando?

—Perdóname por agarrarte así —me dijo, con la voz entrecortada, como si hubiese llorado por horas.

—¿Cuándo? ¿Recién? ¿O dentro de la jaula?

Quería ser más cordial. Quería tratarlo con la compasión que sentía por él. No obstante, la sumatoria de experiencias extrañas que me estaba obligando a vivir sacaba de mí lo peor. Y yo sabía que estaba en mi derecho de estar enojada; él no me había dado nunca una sola explicación. Sin embargo, me daba lástima. Lo veía tan frágil que parecía que una simple brisa lo iba a convertir en polvo.

—Las dos veces —dijo, mirando al suelo.

Me acerqué a él.

—¿Qué fue lo que pasó?

Él retrocedió. Me detuve y levanté los brazos, resignada.

—Lo siento —volvió a decir.

—Deja de disculparte y explícame qué pasa —le dije, virando rápidamente de la resignación a la indignación.

Se quedó en silencio.

—¿Dónde estamos? —le pregunté.

Nuevo silencio. Suspiré, negando con la cabeza. Me di vuelta y volví a caminar hacia la salida.

—¡No! —gritó él—. Por favor…

Lo volví a mirar en silencio. Él suspiró y dijo:

—Nadie puede vernos.

—¿Qué quieres decir?

—Que tenemos que mantenernos ocultos.

—¿Por qué? —pregunté, cada vez comprendiendo menos.

—Es… es complicado —dijo.

—No puede ser más complicado que no entender nada.

Él se mantuvo en silencio, como sacando cuentas.

—¿Dónde estamos? —insistí.

Él me miró y, con una especie de solemnidad eclesiástica, dijo:

—En Bosonia.

Sin poder evitarlo, solté una carcajada.

—Eso es imposible —dije.

—Yo también lo creía —me respondió, aunque sin reír.

—Bosonia es un mito.

—No solo es un mito. Es también imposible acceder a él. Sin embargo, acá estamos.

Pensé que estaba bromeando. Tenía que estar bromeando. Solo faltaba que dijera que en cualquier momento iba a pasar un carro tirado por unicornios a buscarnos. Sin embargo, lo que yo había visto con mis propios ojos hacía no más de dos minutos era la viva confirmación de que estábamos en un sueño, en un mito.

—¿Por qué tenemos que escondernos? —le pregunté.

—Es… yo… no sé por dónde empezar.

—Bueno. Mejor salgo y le pregunto a alguien afuera —dije, aunque

los dos sabíamos que era algo que no pensaba hacer.

—No van a entenderte —dijo.

De repente, recordé la experiencia que había tenido al tocar la piedra. Y recordé a la señora y a su idioma extraño. Suspiré. Me acerqué de vuelta a él y vi cómo otra vez se ponía en guardia.

—Lo siento —dijo.

Y parecía que no sabía hacer otra cosa que disculparse.

—No es personal —agregó—. Es un acto reflejo.

—¿De qué?

—Cuando te toqué después de tu episodio con la piedra en Bélgora, sufrí una descarga eléctrica.

No recordaba ese momento.

—Estabas dormida —dijo, respondiendo a mi pensamiento.

—Sin embargo, la segunda vez que la toqué ya te estaba agarrando —le dije. Y recordé que él me había empujado de vuelta al callejón—. Recién, cuando…

—Solo se transmite por contacto directo —me interrumpió.

Y vi que él aún tenía puesta la misma ropa que en la jaula, aunque solo uno de sus guantes. Yo también tenía puesto ese mameluco blanco absurdo que hacía juego con la jaula. Y estaba descalza, aunque no sentía la temperatura del suelo. Comenzaba a entender por qué había dicho que no sabía por dónde empezar. Todo era raro en este lugar. Toqué una de las paredes, que por simple asociación tendría que haber sentido fría, y sin embargo no pude percibir un cambio de temperatura. Me asusté pensando que había perdido la sensibilidad y me pellizqué. Sin embargo, eso sí lo sentía. El problema no tenía que ver conmigo sino con el escenario. Él me estaba mirando y dijo:

—No hay percepción de temperatura en Bosonia.

—¿Qué?

—Las leyes físicas de Letradia no aplican aquí de la misma manera.

Me quedé en silencio. Sabía que no me estaba mintiendo. Sin embargo, no podía dejar de pensar que estaba dentro de un sueño. Me senté en el suelo, a una distancia prudencial de él. Era evidente que sabía de Bosonia mucho más que yo y concluí que no valía la pena

desobedecerlo. Si nos íbamos a tener que quedar escondidos, lo mejor era ponerme cómoda. Él me miró un instante y luego se sentó también. Por su expresión, noté que estaba reviviendo la angustia que había sentido dentro de la jaula.

—Yem —dije.

Levantó de golpe su cabeza y me miró. Le sonreí. Él se mantuvo serio, sus ojos clavados en los míos.

—¿Qué fue lo que te pasó? —pregunté.

Él cerró los ojos y apretó los labios.

—Tuve una experiencia muy… movilizadora —dijo.

Las palabras pedían permiso para salir. Me quedé en silencio, esperando.

—¿Qué fue lo que viste cuando tocaste la piedra? —quiso saber, mirándome.

Yo negué con la cabeza.

—Creo que… estuve acá —respondí, sin poder creer mis palabras—. Aparecí en una ciudad desconocida, con mucha gente, pero muy diferente de Letradia. Una mujer… me vio y… me habló en un idioma extraño. Después, apareció otro hombre que tampoco comprendí qué me dijo. Y se pusieron a hablar entre ellos. Y luego todo desapareció. Incluso, la piedra en el callejón. Yo… pensé que lo había alucinado.

Me quedé en silencio, negando. Él me miraba y asentía con el ceño tan fruncido que parecía que sus cejas se iban a tocar de un momento a otro. Era como si no estuviese delante de mí, sino de un pizarrón con una ecuación matemática complicadísima. Tenía la expresión de un científico delante de un experimento y fue entonces cuando me di cuenta de que él también había tocado la piedra, aunque su experiencia no había tenido nada que ver con la mía.

—¿Qué viste tú… cuando la tocaste? —le pregunté.

Se quedó un momento en silencio y luego dijo:

—A mi mujer.

Entonces lo supe. Que era ella. La causante de toda su angustia. Y también, que había fallecido.

—¿Cuánto hace que murió?

Él me miró y entendí que su mente había hecho el mismo recorrido

de asociación que había hecho yo. Asintió y dijo:

—Tres años.

—Lo siento…

Y por un momento nos quedamos los dos en silencio. El dolor de este hombre me recordó a mi padre. Comprendí que él había sentido por su mujer un amor igual de grande. Y que así también le había dolido perderla. Supuse que era por eso que lograba conectarme tanto con sus sentimientos.

—Tenemos que buscar algún lugar donde podamos refugiarnos —dijo él, luego de una pausa.

—¿Por qué tenemos que escondernos? —le pregunté, por segunda vez.

Él abrió la boca y, por su expresión, comprendí que iba a tratar de eludirme una vez más.

—Inténtalo —le dije—. Me sobra el tiempo. Podría entenderte.

Él sonrió de golpe y sus ojos brillaron.

—Es gracioso —dijo.

—¿Qué cosa?

—Que digas que te sobra el tiempo.

—¿Por qué?

—Porque el tiempo acá… tampoco funciona de la misma manera que en Letradia.

—¿Cómo funciona el tiempo acá?

Él volvió a sonreír, con algo de sarcasmo.

—¿Cómo te explico…?

Se detuvo, negando con la cabeza.

—Es evidente que el tiempo transcurre diferente —arriesgué—. No hay forma de que lleguemos, en un instante, desde Letradia a un planeta que tiene tres lunas. El tiempo es diferente, y nosotros también.

Yem se quedó en silencio, mirándome. Quizás era cierto que le iba a costar explicarme todo, pero yo tampoco era idiota y tenía que mostrarle que iba a hacer mi mejor esfuerzo.

Él asintió.

—Según mis cálculos… —comenzó— Bosonia está girando

alrededor del Sol a una velocidad cercana a la de la luz.

—Eso es imposible —dije, y me arrepentí enseguida—. Lo siento —agregué.

Él se mantuvo un instante en silencio, mostrando una leve sonrisa. Luego, preguntó:

—¿Por qué sería imposible?

—Porque estaría lidiando con una gran cantidad de energía, en relación con tanta cantidad de masa. Aparte, no podría mantenerse en órbita a esa velocidad.

Él me estudió de arriba abajo y asintió.

—Una chica que hace su tarea —dijo.

Yo bajé la mirada, un poco avergonzada. Probablemente, no habría sido tan buena estudiante, de haber tenido más amigos.

—Me gusta la física —le dije, para disimular.

—Ya veo… Y lo que dices es correcto… según el sistema físico de Letradia. Sin embargo, en Bosonia… las cosas son de otra manera.

»Los primeros habitantes que llegaron a este planeta le pusieron su nombre basándose en lo que en física cuántica se conoce como "bosón".

»Un bosón es uno de los tipos básicos de partículas elementales de la naturaleza. No hay elemento más pequeño, por decirlo de alguna manera. Y le pusieron ese nombre porque en Bosonia se respetan más las leyes de la física cuántica que las de Letradia.

Se detuvo un momento y me miró. Yo asentí.

—Entiendo —le dije, para que no dejara de hablar.

Él también asintió y otra vez pude ver que comenzaba a expresar esa sonrisa de satisfacción, como si nada en el mundo le importase más que hablar de física.

—Los antiguos habitantes del mundo descubrieron que las cosas que pasaban en la cotidianeidad comenzaban a verse modificadas a velocidades cercanas a la de la luz y a temperaturas cercanas al cero absoluto; que había otro universo diferente del que conocían.

»En papel y en fórmulas matemáticas, ya lo habían teorizado. Aunque eran pocas las aplicaciones prácticas. Así que, aparte de comprobar datos, no se podía hacer mucho más. Porque además,

nunca se pudo saber por qué funcionaban de esa manera las cosas en el universo cuántico, ni cómo se relacionaba con el mundo cotidiano.

»La relación existía. De eso no había duda. Porque en algún momento se pasa del estado cuántico al cotidiano. Las partículas más pequeñas van creciendo en tamaño al punto de convertirse en visibles y comienzan a respetar las leyes de física letradiana. No obstante, nunca se supo qué era lo que ocasionaba ese cambio ni por qué.

Yem hizo una nueva pausa. Yo no podía sacarle los ojos de encima. La pasión que mostraban sus palabras me hacía perderme en su relato como jamás lo había logrado ninguno de mis profesores en el colegio.

Él ya no me miraba. Hablaba mirando a un punto perdido. Su pausa ya no era para ver si yo seguía escuchándolo, sino para sí mismo, como si durante años se hubiera estado haciendo los interrogantes que ahora soltaba al aire.

—Al parecer, Bosonia es el planeta más antiguo del sistema solar —continuó—. No hay manera de corroborarlo, ya que al tener otra dimensión de tiempo, las cosas aquí no… envejecen de la misma forma que en Letradia. La teoría dice que tendría que ser casi tan viejo como el mismo Sol, por su concentración energética y el tipo de onda que tiene la radiación que emite.

Yem se detuvo y me miró. Yo estaba asombrada con sus palabras, a pesar de que ahora tenía que admitir que me había perdido. Había algo hipnótico en su voz que me hacía imposible dejar de escucharlo, sin importar qué estuviera diciendo. Él bajó la mirada al suelo, un poco avergonzado.

—Perdóname —dijo—. No estoy acostumbrado a hablar de esto con nadie.

Me quedé en silencio, esperando más.

—No importa —agregó—. No tienes que saber todas esas cosas. Lo importante es que, por algún motivo, en el momento en que la Tierra estaba a punto de sufrir el cambio de polaridad que iba a hacer desaparecer a casi la totalidad de sus habitantes, Bosonia apareció de la nada en el sistema solar. Es decir… no de la nada. Estaba girando tan rápido que nadie lo había visto nunca. Los telescopios más avanzados, que lograban sacar fotos a altísimas velocidades, a veces

habían capturado a Bosonia. Sin embargo, cuando volvían a mirar, ya no estaba ahí. Y siempre lo entendieron como un error del telescopio, una mancha imperceptible y sin importancia.

»Cuando Bosonia redujo su velocidad y quedó a escasos años luz de la Tierra, pudieron investigarlo mejor y comprendieron lo que te dije antes: que siempre había estado ahí.

»Nadie nunca comprendió, ni aún hoy, por qué Bosonia apareció justo cuando la Humanidad lo necesitaba. Creo que es lo único que me lleva a pensar que hay algo más… grande… en algún lugar.

Nos quedamos los dos en silencio. Sus últimas palabras quedaron resonando en el aire como algo místico. Papá también creía en algunas cosas que no podía explicar. No estaba de acuerdo con las religiones, aunque tampoco creía que las casualidades pudieran llegar a existir. La palabra "coincidencia" le gustaba más. La co-incidencia como dos eventos que inciden mutuamente sobre el otro en un espacio-tiempo en común. Así entendía lo que Yem me estaba contando.

—Cuando las primeras investigaciones demostraron —continuó— que Bosonia era un planeta tan apto para vivir como la Tierra, en vistas del posible apocalipsis, muchas personas se fueron a vivir ahí… aquí.

»Lo que no supieron fue que uno de los motivos que hacía de Bosonia un planeta cuántico era el nivel y tipo de radiación que generaba. Era un tipo de radiación tan extraño que los medidores letradianos no la percibían. Eso ocasionó muchas mutaciones en los nuevos habitantes. Algunas positivas, como un organismo mucho más resistente a enfermedades, la posibilidad de entrar y salir del tiempo, un coeficiente intelectual más elevado, etc.

Yem se quedó en silencio un instante y miró al suelo.

—¿Y las negativas? —pregunté, ya comenzando a asustarme por estar en este planeta extraño. Él me miró con algo de preocupación en su rostro.

—El funcionamiento del tiempo aquí hace que, como te había dicho, todo envejezca más lentamente. No sé cuál es el promedio de vida de una persona en Bosonia; calculo que debe andar alrededor de

los trescientos años.

—¿Y por qué es algo negativo?

—Cuando Bosonia comenzó a ganar velocidad y a alejarse de la Tierra, durante algún tiempo todavía fue posible el intercambio de información. Los nuevos habitantes estaban fascinados con la novedosa experiencia de sentirse más fuertes y más capaces; uno de los primeros efectos que produce vivir acá.

»Después, ocurrió el cambio polar en la Tierra y las inundaciones. Las comunicaciones se perdieron.

»Cuando los primeros habitantes volvieron a salir a la luz, descubrieron que los viejos aparatos habían seguido captando información y datos acerca de Bosonia durante bastante tiempo. Y fue entonces cuando se enteraron de la locura que la posibilidad de una pseudovida eterna estaba ocasionando en las personas.

—¿Por qué?

Él levantó las cejas, algo preocupado.

—Hay una razón existencial por la cual la gente no vive más de lo normal. La naturaleza sabe. Vivimos deseando tener más tiempo, quejándonos de que no nos alcanza para nada, y después no sabemos qué hacer en un día de lluvia.

»La posibilidad de una vida eterna viene de la mano de la locura de no saber si alguna vez vamos a morir. Le tememos a la muerte porque la sabemos segura. Pero, ¿y si no supieras?

Asentí. Comprendía lo que me estaba diciendo. Señalé la salida y dije:

—Ahora no está ese problema. Se ve que se adaptaron.

—No lo sé —respondió.

—¿Por eso dices que tenemos que escondernos? —le pregunté.

Él se quedó en silencio.

—No podemos quedarnos acá para siempre, Yem —agregué.

Y otra vez volvió a mirarme extrañado cuando pronuncié su nombre.

—No es para siempre. Solo hasta que me asegure de que…

Y se quedó callado.

—¿De qué?

—De que estés a salvo.

Tragué saliva y me quedé en silencio. Sentí la adrenalina recorrerme el cuerpo.

—No estoy seguro de que algo te pueda pasar. No tengas miedo de antemano. Solo… quiero considerar la mayor cantidad de variables posible, antes de arriesgar.

—Cuando la piedra me trajo acá y vi a esa mujer, no parecía una amenaza. No entendí lo que me dijo, pero me dio la sensación de que estaba tratando de ayudarme.

Él negó con la cabeza y dijo:

—Y yo vi a mi mujer. Es evidente que no podemos confiar en las cosas que nos muestra la piedra.

Luego, hizo una pausa antes de continuar, como si su mente fuera más rápida que su capacidad para explicar. Me di cuenta de que no tenía facilidad para comunicarse con las personas. De pronto, me pregunté cuánto hacía que no conversaba tanto con una.

—Ya en Letradia —continuó—, cuando todavía la habitaban los antiguos, se hicieron estudios que mostraban que cuanto más larga es la vida de una especie, más tarde se reproduce y en menor cantidad. Y eso se aplica también a la especie humana.

»Al comienzo de la Humanidad, la esperanza de vida era de treinta o cuarenta años y las mujeres se reproducían a los diez o doce. Luego, el promedio se fue a sesenta años y empezaron a reproducirse a los veinte. Después la relación fue ochenta/treinta. Imagínate lo que ocurrió en un lugar en el que la esperanza de vida alcanzó los trescientos años.

Yem hizo una pausa y yo me quedé dura, anonadada con lo que estaba oyendo.

—Una de las máquinas que siguió capturando datos de Bosonia luego del cambio climático —continuó él, solemne— informó que se había desatado una especie de guerra biológica por los vientres maternos, que repentinamente habían comenzado a escasear. Lo que a comienzos del siglo XX en la Tierra lo había ocasionado la lucha por el dinero, en Bosonia lo comenzó a generar la posibilidad de dar vida.

—¿No crees que mil quinientos años después no hayan podido

llegar a algún tipo de acuerdo o que la costumbre les gane?

Él negó con la cabeza.

—Recuerda que el tiempo no pasa acá igual que en Letradia. Y además… y esto ya es mera opinión personal… yo creo que el instinto siempre va a ganarle a la costumbre.

Me quedé helada. De pronto estaba escuchando las palabras de mi padre a través de él.

—¿Pasó algo? —preguntó.

Me costó reaccionar. Bajé la mirada, pestañeando varias veces.

—No, no. Es solo que… mi padre solía decir lo mismo. Que era el instinto lo que iba a lograr vencer a las máquinas que gobiernan la vida de Letradia.

—¡Las máquinas no gobiernan Letradia! ¡La REGULAN! —gritó Yem, poniéndose de pie de un salto.

Me quedé atónita al verlo reaccionar así. No pude pronunciar palabra.

—¡No van en contra de los instintos! —seguía gritando él, desquiciado—. ¡Ayudan a que la gente pueda vivir una vida digna, en paz!

—¿Qué te ocurre? —le pregunté—. ¿Por qué me gritas así?

—¡Porque son las personas como tú y como tu padre las que amenazan la paz de Letradia! ¡No el instinto!

Entonces me levanté también. Otra vez volvía a criticar a mi padre sin tener el más mínimo fundamento.

—¿Qué problema tienes con mi padre? Desde el primer momento que apareciste en esa jaula no haces otra cosa que criticarlo. ¿Por qué?

—Porque él es el responsable de todos mis dolores de cabeza. Es su culpa que yo pase noche tras noche en vela tratando de mejorar esas máquinas para mantener la estabilidad. Es su culpa que tengamos que lidiar con los exiliados y sus constantes amenazas. Y es su culpa que tú hayas terminado en mis manos.

—¿Cómo puedes decir eso? No lo conociste. No sabes quién era.

—Eres tú la que no sabe nada —dijo, acercándose tanto a mí que creí que iba a golpearme.

Me alejé un paso hacia atrás. Luego, me paré firme y respiré hondo.

—No tienes la menor idea de lo que estás diciendo —le dije—. Te estás equivocando de persona.

—¡¿Ah, sí?! —gritó—. ¡¿Por qué piensas que te hizo leer todos esos libros de historia y de revolución?! ¡¿Por qué crees que desaparecía de tu casa por períodos de tiempo tan largos?!

Yo negué con la cabeza. Estaba a un instante de comenzar a llorar.

—No. Él se iba de viaje. Viajaba por trabajo.

Yem soltó una carcajada macabra e insólita.

—¿Eso fue lo que te dijo? Bueno. Te mintió. No estaba de viaje. Estaba preso en nuestras instalaciones.

Y fue suficiente. Me quedé estática mientras mi vista se nublaba por las lágrimas. No quería creerle. No podía creerle. Sin embargo, por algún motivo que desconocía, sabía que me estaba diciendo la verdad. Una verdad que no quería aceptar. Una verdad con la que una niña de diez años no hubiera podido lidiar jamás. Así me sentía. Otra vez pequeña. Otra vez una niña de diez años que por segunda vez tiene que enterarse de la muerte de su padre. Porque Yem me estaba mostrando una versión de mi padre que nada tenía que ver con el que me había criado. Las palabras del hombre que ahora tenía delante me atravesaron el alma de una manera que logró cortar el flujo de aire entre mis pulmones y el exterior. Tuve que apoyarme contra la pared para poder sostenerme en pie. De pronto, en mi mente dejó de sonar esa pregunta eterna que jamás me dejaba en paz. Ya no pensaba "¿Dónde estás, papá?" sino "¿*Quién eras*?". Otra vez, esa espantosa angustia. Otra vez, su muerte. Y la traición. Y la mentira. Y lo que me había enseñado a rechazar. Y lo que había formado mis principios y mis ideales. Todo. Todo. Todo. Hecho añicos en un instante violento.

No podía quedarme ahí. No podía asimilar nada más que este hombre dijera. Era demasiada la información que estaba absorbiendo y este era el límite. Hasta aquí llegaba la línea de la sanidad. Una palabra más y enloquecería para siempre. Caminé trastabillando hacia la salida y sentí que su brazo me agarraba. Me invadió tal indignación que no hubiera existido fuerza que me frenara en aquel momento. Con un solo movimiento me solté de su mano con violencia y me di vuelta para mirarlo.

—No me toques —le dije, llena de furia—. No vuelvas a tocarme nunca más.

Él apartó su brazo y se quedó mirándome. Otra vez tenía esa tristeza avasalladora en su mirada y por un instante casi me arrepentí de ser tan agresiva con él. No obstante, enseguida recordé a mi padre y otra vez me llené de indignación.

—¿Con qué derecho vienes a echarme en cara semejante verdad? ¿Quién crees que eres?

El hombre de hielo se quedó en silencio. Bajó su mirada avergonzada al suelo.

—No sé cómo llegué hasta acá —le dije—. No sé qué va a pasar de ahora en adelante. Pero sí hay algo que sé y es que no quiero volver a verte nunca más.

Me acerqué a él hasta casi rozarlo y agregué:

—Ya no soy tu prisionera.

Dicho eso, di media vuelta y salí de ahí.

Capítulo 9
El monumento de piedra

No era el mismo lugar que había visto cuando toqué la piedra. Este era un sector de Bosonia distinto, sin gente. Era una ciudad, no había duda de ello. Aunque parecía una ciudad fantasma. Eso me tranquilizó un poco, ya que aún seguía pesando en mi mente el miedo de que alguien me secuestrara para obligarme a procrear. No había sido la mejor idea alejarme de Yem; eso era evidente. Sin embargo, solo ahora, lejos de él y de todo, podía sentarme a asimilar lo que estaba viviendo. A duras penas lograba hacer pasar el aire que, de golpe, se había vuelto espeso con mi angustia. Un pensamiento se repetía sin parar: es mentira. Es mentira. Es mentira. Y también: no puede ser. Es imposible. No obstante, la única razón por la que lo estaba negando era porque, en el fondo de mi ser, sabía que era verdad. Todas las asociaciones lógicas en relación con mi padre se agolpaban en mi cerebro. Las máquinas. Mi madre. Sus viajes. Mis hermanos. Yo… ¿Qué sabía mi madre? ¿Qué sabían esos aparatos? ¿Cómo era posible que nunca nadie hubiera sospechado nada, que no hubieran podido descubrir a mi padre? Y los exiliados. Con razón les tenía tanto respeto. Con razón sabía tanto de ellos. ¡Él era uno de ellos! Un exiliado en mi propia casa. Una de esas personas que siempre había deseado conocer. Tenía razón. Los exiliados eran invisibles. El mejor escondite es el que está a la vista. No lo había visto porque no lo había entendido jamás como posible. Qué ilusa… Sin embargo, estaba en su mirada. Esa chispa cómplice de quien esconde un gran secreto. Me había hablado de los exiliados durante años. Me había explicado cómo funcionaban, qué hacían, cómo lograban pasar inadvertidos. En realidad, no estaba haciendo otra cosa que describirse a sí mismo. ¿Por qué, papá? ¿Por qué no me dijiste nunca la verdad?

Continué caminando por las calles de esa ciudad fantasma de

Bosonia, aún sin poder creer ni la mitad de las cosas que estaba viendo. Parecía mentira que estuviera parada sobre un planeta que estaba girando a una velocidad cercana a la de la luz. No obstante, era la única explicación posible para ese sol que aparecía y desaparecía intermitentemente. No sabía cuál era la relación de tiempo con Letradia ni si alguna vez iba a poder volver a casa. De pronto, pensé en los gemelos y volví a llorar. Y en mi madre. Por primera vez en diez años, ese pensamiento dejó de estar acompañado de una brusca indignación. Porque ahora que existía la posibilidad de que mi padre fuera un exiliado y que hubiera estado organizando actos revolucionarios y que hubiera estado en… la cárcel… ahora comenzaba a mirarla con otros ojos. Porque ahora me daba cuenta de que ella sabía todo y que era tan prisionera de su secreto como él. Qué difícil debe ser vivir una vida al lado de un hombre al que una no sabe si va a volver a ver una vez que cruce la puerta de salida. Y qué difícil debió haber sido criarnos a nosotros tres con una máscara de continua tranquilidad, que no hacía más que esconder una silenciosa desesperación. Era demasiado. Demasiada información toda junta. Sentía que la cabeza me iba a estallar.

Vi a pocos metros una plaza abandonada con un monumento en el medio y caminé hasta él. Me apoyé en las escalinatas y me senté, agarrándome la cabeza entre las manos. De la nada apareció alguien y dijo:

—¿Lily Brick?

Me quedé de pronto helada, sin moverme, sin revelar mi rostro. Era una voz de hombre, aunque ese hombre no era Yem; él no me hubiera hecho esa pregunta. Una descarga de adrenalina se apoderó de mí. En mi mente comenzaron a sonar las palabras de Yem. Vientres maternos. Guerra biológica. Vida eterna.

Sin levantar la vista, vi que solo había un par de piernas delante de mí, así que haciendo uso de la sorpresa y del vago recuerdo que tenía de la plaza, me levanté de golpe y comencé a correr. Sin embargo, esto no era Letradia. Aquí la gente no solo no dependía de las máquinas para tomar sus decisiones, sino que también se estaba confirmando otra de las aseveraciones de Yem: aquí la gente aparecía

y desaparecía como le había visto hacer a él. Y eso fue lo que hizo el hombre. En un instante, se materializó delante de mi camino y lo choqué sin querer. Él me agarró para que no me cayera y, al segundo, me soltó. Ese pequeño gesto, distinto a la manera en la que yo venía lidiando con los hombres, fue el que me dio a entender que este que ahora me miraba estático, con las manos aún en el aire luego de haberme agarrado, no iba a hacerme daño. Rápidamente, hice lo que mi padre me había enseñado a hacer mejor: traté de estudiarle la mirada. Me quedé en silencio, con los ojos clavados en él. Me sostuvo la mirada y por un instante pareció que estábamos jugando a ver quién pestañeaba primero. Sabía que él también me estaba examinando. La única diferencia fue que yo me mantuve seria y él comenzó a sonreír. No era la sonrisa macabra que había visto en el rostro de Yem. Esta era diferente, como… fascinada. Me dio una sensación de seguridad momentánea. Sin embargo, la saqué de mi mente, tratando de convencerme de que él estaba actuando y que, en realidad, disimulaba sus imperiosas ganas de robarme el útero. Qué absurdo sonaba. Nada en este hombre indicaba que debía temerle. Sin embargo, la realidad era que yo no conocía a los habitantes de Bosonia y no tenía la práctica suficiente como para leerlos a ellos a través de la mirada, de la misma forma en que lo hacía con los letradianos.

Comencé a correr para el costado. En tanto tuviera la duda de la posible confianza en este hombre, sentía que estaba en peligro. Sin darme cuenta, me choqué con otro hombre que apareció de repente. Al igual que el anterior, me agarró cuando el choque me hizo perder el equilibrio y, en cuanto quedé parada, me soltó.

—No vamos a hacerte daño —dijo, en mi propio idioma.

Vi que tanto él como el otro estaban vestidos con ropas viejas y rotosas.

—¿Cómo puedo saberlo? —le pregunté.

El pasó su mano por el costado de mi hombro y me señaló la estatua en medio de la plaza. Miré en esa dirección y vi que el monumento tenía dos hombres, cada uno encima de un caballo, que se miraban, sonriendo y estrechando sus manos como grandes amigos. Y que el

material del que estaba hecho brillaba como la piedra que yo había encontrado en el callejón de Bélgora. Entre tanta confusión, no me había fijado en él. Sin embargo, ahora que lo estudiaba mejor, otra vez comenzaba a sentir esa desesperación por tocarlo, aunque no comprendía qué tenía que ver la piedra o ese material o el monumento con estos hombres ni conmigo.

Volví a mirar al segundo hombre, confundida.

—Acércate y obsérvalo mejor —dijo él.

Tenía en su tono de voz tal expresión de paz que me transmitió pura seguridad. Volví a mirar el monumento. Sentí ganas de tocarlo, como si otra vez una fuerza magnética involuntaria me obligara a hacerlo. No obstante, solo me quedé observándolo con detenimiento. No era una buena idea que yo lidiara con ese material, teniendo tan pocos conocimientos al respecto. Los caballos tenían un nivel de detalle en sus figuras, poses y expresiones que parecía que iban a cobrar vida de un momento a otro. Las figuras de los hombres también parecían calcadas, como si alguien hubiera agarrado un holograma y lo hubiese llenado de ese material extraño, conservando hasta el brillo de los ojos. Era un diseño escultural imponente; no había duda de ello. Mi cuerpo no debía llegar ni a los cascos de los caballos. Sin embargo, más allá de la calidad artística, no encontraba nada en la estatua que tuviera relación con esos hombres ni con sus razones para que yo prestara atención a ella.

Miré al hombre una vez más. Él me pasó la mano por la espalda y yo me alejé, aún recordando la violencia de los hombres de Letradia. Él volvió a levantar las manos en señal de tregua y me indicó que caminara unos pasos. Lo obedecí y observé la escultura desde otro ángulo. Fue entonces cuando comprendí lo que él me estaba queriendo mostrar. Uno de los rostros de piedra me había quedado de espaldas, y el otro me había parecido una figura más. Ahora que lo veía de frente, no podía creerlo. Parecía que ya había alcanzado el límite de cosas que podía asimilar. Sin embargo, había más. Y este era el límite. Si el material negro y brillante que formaba la escultura me había generado una leve sensación de hipnosis, el rostro del hombre que ahora miraba de frente se robó el resto de voluntad que aún me

quedaba. Era… increíblemente… la viva imagen… de mi padre.

Sin poder evitarlo, comencé a caminar hasta él. Estaba demasiado alto como para alcanzarlo. Aun así, me acerqué todo lo que pude para verificar con mis ojos lo que mi cerebro no terminaba de procesar. Y otra vez, como taladro en mi cerebro: No puede ser. No puede ser. No puede ser. Me acerqué cada vez más y más, con la mano extendida, aun sabiendo que no alcanzaría a tocarlo. Cuando estuve a un centímetro de la pata del caballo, una fuerza me empujó hacia atrás. Volví a la realidad, pestañeando, y miré al hombre que me había agarrado, sin comprender su actitud.

—Perdóname por eso —me dijo—. Te recomiendo que no toques ese material.

Yo me quedé quieta y en silencio. Volví a mirar el rostro de mi padre. Hacía años que no veía una imagen tan nítida de él. Ni las fotos ni los hologramas habían expresado jamás lo que ahora veía tallado en piedra. Mi mente había llegado al límite de la incomprensión. Estaba en blanco, sin saber por dónde comenzar a preguntar para entender al menos algo.

—¿Lily…?

Escuché al hombre llamarme y no podía responderle. Estaba en algún lugar cercano al shock, sin poder reaccionar ni volver de ahí.

—Lily… ¿estás bien? —dijo.

Su voz estaba lejos, en otro lugar, en otro tiempo. O quizás era yo. Sí. Era un sueño, aun si se tratara del más extraño de mi vida. Era obvio. Era lógico. Sí. Un sueño delirante, más parecido a la locura que a la cordura. Estaba muy claro. Un sueño… Un sueño fue lo último que escuché dentro de mi mente, antes de caer desmayada en los brazos de ese hombre.

Capítulo 10
La desgarradora verdad

Mi estupidez es infinita. Le dije lo único que prometí no decirle nunca y no le dije lo único que necesitaba saber, que era cómo moverse en Bosonia. Bien hecho.

Golpeé mi mano contra la pared, descargando en ella toda la furia que tendría que haberme depositado en la cara. Y sí, en Bosonia la sensación de temperatura no existía, pero el dolor aún era posible y lo estaba confirmando. De no haber sufrido mis antepasados la mutación genética, ahora me habría quebrado al menos tres dedos. Por suerte, solo me arañé los nudillos. Suerte para mi recuperación, mas no para la desesperación que tenía en ese momento por canalizar la angustia hacia algún lugar. Sin embargo, se quedó ahí, firme en mi pecho, dispuesta a no dejarme nunca más.

Me agarré de la pared y me obligué a respirar para no desmayarme. Traté de no pensar en la mirada penetrante de Lily ni en sus palabras. Sabía que tenía que respetarla. Ella podía hacer lo que quisiera y tenía razón: no era más mi prisionera. No obstante, aún estaba en peligro y yo era la única persona que podía ayudarla. No podría perdonarme jamás que algo le ocurriera, porque yo había sido el causante de todo. Tenía que encontrarla, explicarle cómo salir del tiempo y los posibles peligros con los que se iba a encontrar; luego, sí, si no quería verme nunca más, me iría y la dejaría en paz.

Encontré la piedra que nos había traído a Bosonia debajo de unos escombros. La guardé en mi bolsillo y salí. La luz brillante intermitente me hizo doler los ojos. No iba a tener demasiado sentido salir del tiempo ahora que sabía que Lily me había dicho siempre la verdad y que no sabía cómo hacerlo. Pensé en gritar su nombre. Aunque, a pesar de que no veía gente a mi alrededor, no podía confirmar que estuviéramos solos. ¿Para dónde habría ido? ¿Cómo

encontrarla en este lugar inmenso?

Continué caminando por las calles, viendo algunas vidrieras rotas y metales oxidados. Parecía mentira que, en un lugar cuántico, se utilizaran materiales de construcción letradianos. Otra vez, mi mente empezó a trabajar, haciendo asociaciones, realizando cálculos, recordando los papeles sobre mi escritorio. Cómo los deseaba en este momento. Cada paso que daba aquí era una nueva ecuación matemática que no estaba teorizando.

Al doblar en una esquina, vi una luz brillante a lo lejos, que nada tenía que ver con el firmamento caleidoscópico. Una luz singular y única, muy parecida a la que había emitido la piedra cuando la vi en el callejón de Letradia por primera vez. La única diferencia era que esta brillaba demasiado, como si estuviera saliendo de mil piedras juntas. Caminé hasta allá. Quise convencerme de que quizás a Lily también le hubiera llamado la atención y allí estaría. Sin embargo, la verdad era que esa luz brillante me llamaba como un farol nocturno a un insecto.

Cada paso que daba afectaba más mi voluntad y me obligaba a caminar hacia ella. Sí. Tenía que ser algo del material de la piedra. Era la única que lograba jugar con mi albedrío de manera tan hábil. Llegué a la nueva esquina y, al doblar y enfrentarme con la fuente de luz, quedé petrificado. Aún a doscientos metros de distancia de ella, la veía sin interrupciones. Era un espectáculo de luces de colores. La brillante e inmaculada luz blanca que emitía la piedra se mezclaba con los rayos del sol, que se chocaban con ella y salían en todas las direcciones. Era lo más bello que había visto en mi vida. Mi mente seguía haciendo cuentas y cálculos y sacando conclusiones, aunque cada vez se separaba más y más de mi voluntad. Sentía el cerebro apagarse mientras caminaba hacia la magnífica estatua gigante de piedra, como si estuviese sobre una cinta transportadora. Y la paz… La paz que sentía de pronto en mi interior era irresistible. Como un abrazo de mi mujer, como una cobija tibia, como un canto. Una paz que mucho tenía que ver con el anhelado descanso de esta lucha perenne y absurda. Continué caminando hacia la luz y a medida que me acercaba, me di cuenta de lo que era. El rostro de Alva Brick me

miraba amenazante desde arriba de un caballo espléndido, que parecía que en cualquier momento cobraría vida y saldría al galope. La expresión del hombre era alegre y triunfante, mientras se estrechaba la mano con el otro, también montado en otro caballo brioso. Era obvio. Se estaba riendo de mí. Me lo tomé como algo personal. Como si toda esa magnánima construcción en piedra hubiese sido creada con el único propósito de que yo la viera y me sintiera más miserable que nunca. Era el triunfo de algo que, solo de imaginar como posible, ya me estaba helando la sangre.

Algo había ocurrido. Algo muy feliz para los habitantes de Bosonia. Algo que, viniendo de las manos de ese hombre, seguramente había sido grandioso. Y el monumento que estaba viendo, ahora a unos escasos metros, lo confirmaba. ¿Qué había sucedido? ¿Cómo era posible que este hombre, que tan ocupado estaba en arruinarlo todo en Letradia, tuviese tiempo para venir a ser un líder aquí también? ¿Qué clase de triunfo había ocurrido? De pronto, me vinieron a la mente miles de posibilidades, todas relacionadas con la doble temporalidad, los lugares fuera del tiempo, la facilidad que ofrecía la piedra para estar allí y aquí a la vez. Lo que para mí había sido una novedad, para este hombre era ya algo conocido que había aprendido a usar a su favor. No sabía qué relación temporal había entre Letradia y Bosonia; no sabía en qué momento de la Historia estábamos aquí en Bosonia. Sin embargo, quizás algo les había dado a entender a estos hombres que sus planes iban a dar resultado, como si se tratara de una perversa bola de cristal. Y después dicen que las máquinas de Letradia son oráculos de la locura. ¿Qué pensar, entonces, de esta piedra y de este planeta y de la posibilidad de jugar a la pitonisa con el tiempo? No. Era cierto. No se podía viajar ni al pasado ni al futuro. No obstante, el solo hecho de poder salir de él, más la extraña conexión entre los dos planetas, permitía, al menos, barajar probabilidades. Alva Brick había cursado los mismos estudios que yo y se había interesado en las mismas materias. Y, dado que me superaba en todo, quizás ya había llegado a estas mismas conclusiones mucho antes que yo y había descubierto la manera de acabar con la vida de Letradia tal y como la conocemos, aun sin estar todavía en ese momento temporal.

O, quizás, el triunfo que este monumento expresaba tenía que ver con que habían encontrado el modo de alcanzar la paz en Bosonia. Aquí también se habían dado grandes conflictos sociales capaces de llamar la atención revolucionaria de este hombre. No me entraba en la cabeza que él fuera capaz de lidiar con la solución de dos mundos, no importa qué tan grandioso fuera. Por el momento, me convenía convencerme de que su logro había sido en Bosonia y no en Letradia. Eso me brindaba, al menos, un poco de esperanza.

No obstante, algo me hacía ruido… Porque Alva Brick había luchado por liberar a Letradia de la regulación de las máquinas hasta el final de sus días. ¿Podía utilizar la piedra para congelarse en Letradia un tiempo y venir a luchar a Bosonia? Era posible. ¿Solo? No. Debía estar rodeado de gente de confianza que lo ayudara. Nadie ha llevado adelante jamás una revolución sin la ayuda de otros. Y el monumento que ahora tenía delante de mí así lo expresaba. Porque el homenaje era a dos hombres que estaban en igualdad de condiciones y de tamaño, y se estrechaban las manos dando a entender un triunfo compartido.

Me acerqué más a la estatua y bajé la mirada buscando las referencias. Me parecía extraño que este lugar estuviese desierto. Semejante construcción artística era digna al menos de turismo. ¿Existiría el turismo en Bosonia? Y si sus habitantes podían ir a cualquier parte del planeta como les viniera en gana utilizando el transporte gratuito de entrar y salir del tiempo, ¿por qué nadie venía a apreciar esto? ¿O era que ya todos lo habían visto? ¿Qué tan vieja era esta escultura? No podía saberlo, porque la verdad era que no conocía más que una de las propiedades de ese material extraño con el que estaba construida. Lo único que sabía era que no tenía que tocarlo. Lo demás era un completo misterio.

Continué rodeando la estatua, para buscar la acostumbrada chapa referencial, hasta que la vi… Y entonces mi mente quedó en blanco. Tenía que ser un error. Era un error. Los errores son parte de la realidad, ¿verdad? Solo tenía que avisarle a alguien que se habían equivocado, corregir el problemita y listo, ¿no? Era simple. No había necesidad de entrar en pánico por un pequeño error, ¿verdad? Levanté

mi vista, buscando a mi alrededor a alguien a quien pudiera explicarle el error. Y cuando llevé mis ojos de nuevo hacia la estatua, me quedó de frente la cara del hombre que le estaba estrechando la mano a Alva Brick. Un error en una referencia era posible. Sin embargo, ¿un error en semejante monumento? El nombre podía estar equivocado, pero ¿el rostro? No. No era mi padre. No era él. Era imposible. Mi padre me había educado para ser un letradiano más, para encajar, para pertenecer. No podía ser un líder revolucionario. Y además… mi padre… ¿mi padre? ¡¿Un líder revolucionario?! No. ¡No! No mi padre. No así. Con esa expresión tan nítida. Con esa luz que emitía la maldita piedra. Sus ojos parecían brillar. Congelados para siempre en piedra, brillando eternamente.

¿Por qué? A él le gustaba la vida de Letradia. Yo estaba siguiendo su ejemplo. ¿Por qué? ¿Por qué…? No. No importaba la respuesta. No había sido un error. Yo era el ingenuo que durante tantos años se había dedicado a creer una mentira. ¿Qué digo creer? Creer y nada más hubiera sido mucho, pero al menos tolerable. Creer y nada más me hubiera permitido vivir todavía una vida solo mía. Como ella. Como la hija de este farsante que ahora estrechaba la mano de mi padre con tanta vehemencia. Había basado mi vida entera en el ejemplo que él me dio, en lo que me enseñaron él y mamá, en lo que me mintieron que era: un ejemplar modelo de habitante letradiano. Toda mi existencia era una mentira. Creada y avalada por sus principios y llevada adelante por un intelecto privilegiado que no condujo a nada. ¿Quién eras, papá? ¿Por qué me mentiste así? Preguntas sin respuesta, por supuesto. Preguntas que jamás le importó hacerse.

Me quedé mirando el rostro de mi padre, sintiendo una enorme y profunda contradicción. Porque, a la vez que no quería tener ya nada que ver con él ni con este mundo ni con seguir viviendo, esa maldita piedra me estaba hipnotizando otra vez. No me dejaba apartar la vista y atentaba contra la poca voluntad que aún me quedaba. Estaba cansado. Estaba destruido física y moralmente. Solo había resabios del hombre que intenté y que jamás logré ser. Comencé a acercarme a la pata del caballo de mi padre, que era lo más alto que podía tocar con

mi mano. Estaba a tan solo centímetros de ella cuando sentí que alguien me agarraba y me tiraba hacia atrás. Presa del instinto, salí del tiempo. No obstante, esos brazos que me sujetaban vinieron fuera del tiempo conmigo. Intenté liberarme de ellos entrando y saliendo del tiempo cada vez con más violencia. Quería tocar el monumento y, cada vez que me obligaban a detenerme, sentía la necesidad apoderarse de mí más y más.

—¡No lo toques! —gritó el hombre.

Y aunque me sorprendió que hablara en mi idioma, la voluntad ya no era mía sino de la piedra.

—Por fav…

Y dejé de escucharlo cuando volvimos a salir del tiempo. Otro hombre apareció e intentó ayudar al primero a frenarme. Volví a entrar en el tiempo y escuché:

—¡Te matará!

Si eso era lo que iba a pasarme al tocar la piedra, entonces más que nunca quería hacerlo. Ya estaba harto de una vida mentirosa y ajena. Quería morir. Quería irme lejos, a algún lugar en el que por fin pudiera estar para siempre con mi mujer. Ya nada me importaba. No valía la pena mantener esta hipocresía. Seguí luchando con los hombres, tratando de eludirlos, aunque eran mucho más fuertes que yo y, además, mucho más habilidosos para entrar y salir del tiempo. Lo único que yo quería era tocar la piedra y morir. ¿Por qué no me dejaban? ¿A quién iba a molestar si moría? ¿Cuál era el propósito de mantener esta falacia?

La última vez que entré en el tiempo, solo me alcanzó la conciencia para entender que un puño se estaba dirigiendo a mi rostro con gran velocidad. Y que ya era demasiado tarde para tratar de eludirlo. Me sacudió la mandíbula y el cerebro y sentí que los ojos se me iban a salir. Déjenme morir. Por favor. Es lo único que quiero, pensé. Sin embargo, no era un golpe mortal. Solo alcanzó para dejarme inconsciente.

Capítulo 11
Los vasos llenos de tiempo

—¿Te acuerdas de esa vez que nos quedamos a acampar en el bosque?

La voz de mi padre vibraba en mi consciencia. Yo estaba sentada frente a mi escritorio, trazando una a una las líneas que dibujaban las crines de un caballo sobre el papel. Y estaba llorando.

—Sí, me acuerdo —le dije.

¿Cómo iba a olvidar aquella noche? Aun estando al lado de la única persona que me hacía sentir siempre segura, la había pasado temblando de terror.

—Le tememos a la oscuridad como tememos a lo desconocido —estaba diciendo, igual que lo había hecho aquella vez en el bosque para tranquilizarme—. Por eso les cuesta acercarse a ti.

—No quiero ser especial, papá. Estoy cansada de estar sola, de que me miren mal, de que se rían de mí.

—No puedes culparlos por ser ignorantes, hija. Todos necesitamos tiempo. Algunos más que otros.

Diez años para mí era tiempo más que suficiente para aprender a lidiar con una persona. Había tenido a los mismos compañeros durante toda la vida. Excepto alguno que se iba o llegaba, éramos los mismos, año tras año. Sin embargo, yo sentía que era un fantasma. Más de una vez, hasta los maestros me ponían ausente en las listas. Y siempre me había sentido partida, como dentro de una realidad a la cual no pertenecía. Solo los caballos me comprendían y me aceptaban sin juzgarme. Ellos, que no hablaban mi idioma, me conocían mejor que cualquiera de esos con los que me veía obligada a compartir ocho horas cada día, todos los días de mi vida.

—No quiero ir más a esa escuela, papá. Es aburrida y me tratan mal.

—Ojalá pudiera decirte algo que te haga sentir mejor. Tu camino es solitario. Siempre lo fue y siempre lo va a ser.

Pero sí había algo que me pudo haber dicho. ¿Qué tal… la verdad? Me pudo haber dicho quién era. Me pudo haber contado la verdadera razón por la que me hacía tragar esos libros incomprensibles. Me pudo haber dicho que era uno de ellos. Me pudo haber enseñado a ser yo también una exiliada. Porque entonces, habría estado orgullosa de ser diferente. Habría tenido un secreto que guardar, igual que él. Habría tenido una motivación para seguir siendo como era. No. Se quedó callado y solo me recordó que mi camino solitario no tenía remedio. ¿Y qué tan solo se habrá sentido él, teniendo que esconderle su verdadera identidad a los que más amaba? Sí. Mi camino fue y será siempre solitario. Aunque me hubiera gustado que confiara en mí…

Las palabras del recuerdo resonaban ahora dentro de la habitación en la que estaba acostada. Me había despertado hacía un buen rato, descolocada por el abanico de colores que se dibujaba en las paredes gracias a la luz que entraba por la ventana. Estaba sola, mirando al techo, sintiendo las lágrimas caer hacia los costados de mi rostro. Sola. Sin mi padre, ni mi madre, ni mis adorables gemelos. Ni siquiera estaba él; la única persona fuera de mi familia con la que había cruzado más de dos palabras. Ese hombre que me había escupido la verdad más dolorosa de mi existencia era también una forma de compañía que ahora no tenía. Sola. En una habitación llena de colores que no hacían más que insultar mi estado de ánimo. Siempre iba a estar sola. Siempre sería una incomprendida. Y ahora ni siquiera los recuerdos de mi padre me servían de apoyo.

Alguien golpeó la puerta y, sin esperar respuesta, la abrió. El primer hombre con el que me había encontrado en la plaza se asomó. Yo seguía con la vista clavada en el techo, interpretando sus movimientos de reojo, con una indignación tan grande hacia el mundo, la verdad y la existencia que no me dejaba reaccionar.

—Permiso —dijo, y entró con una bandeja.

La dejó en una mesita que estaba a mis pies y me acercó todo junto.

—¿Cómo te sientes? —me preguntó.

No le contesté. Ni a mí me importaba esa respuesta ya. Se quedó estudiándome en silencio. Yo lo miré, luego a la bandeja con comida, y de nuevo al techo.

—Tengo que pedirte disculpas —dijo.

¿Por qué todo el mundo me pedía disculpas?

—No era esa la manera en que se tenían que dar las cosas —agregó —. No era lo que tu padre quería.

Cuando lo escuché nombrar a mi padre, la indignación que estaba sintiendo se elevó exponencialmente. Cerré los ojos y apreté los labios con furia.

—Él… no quería esto para ti —continuó el hombre.

Estaba buscando que lo golpeara. Y si seguía hablando, lo iba a terminar consiguiendo. No estaba acostumbrada a tener pensamientos violentos ni a resolver las cosas por la fuerza, pero aún tenía dentro de mí demasiadas emociones encontradas y este hombre estaba diciendo algo que merecía que le diera una trompada.

—Te estaban yendo a buscar cuando apareciste de repente acá y…

Se calló. Justo cuando empezaba a decir algo interesante.

Lo miré, intrigada por sus palabras. Parecía nervioso. Intercalaba su mirada entre mi rostro y la habitación. Comenzó a mover la pierna y a gesticular con los labios sin decir palabra.

—¿Qué quieres decir con que estaban yendo a buscarme? —le pregunté, aún sintiendo la indignación recorrer mis venas—. ¿Quiénes? ¿Adónde?

Se quedó en silencio, de repente tímido.

Me incorporé y me senté en la cama. Él se movió un paso para atrás y siguió mirando hacia todos lados. Su silencio me estaba poniendo nerviosa.

—Hoy es tu cumpleaños, ¿no? —dijo, casi en un susurro.

Me puse a sacar la cuenta del tiempo que hacía que había dejado mi casa.

—No —le contesté—. Fue hace unos… tres o cuatro días.

El hombre cerró los ojos y suspiró, negando con la cabeza. Comenzó a caminar furioso por la habitación, hablando consigo mismo. En un momento golpeó la pared con el puño y luego se lo agarró con la otra mano, dolorido.

—¡¿Cómo puedo ser tan estúpido?! —gritó al aire—. Era una fecha. Una sola.

Me quedé atónita. Él me miró, mostrando una culpa que no pude comprender de dónde venía.

—Yo… la verdad que lo siento tanto —comenzó a decir, y no dejaba de caminar de un lado a otro de la habitación—. El peligro que te hice correr. Solo de pensar que pudieron haberte agarrado… Yo…

—Me agarraron —le dije.

Él se detuvo en seco y me miró espantado.

—¿Qué?

—Que me agarraron. Y me metieron dentro de una jaula.

¿Para qué? Se puso peor. De nuevo se fue contra la pared y comenzó a pegarle con furia cuatro, cinco, seis veces.

Me levanté de la cama, corrí hasta él y lo separé de la pared.

—¡Basta! —le grité.

Quedamos parados en el medio de la habitación, a unos escasos centímetros el uno del otro. Era muy alto. Me sacaba más de una cabeza. Respiraba agitado mientras negaba. Miró su brazo, que yo aún estaba sosteniendo. Entonces, lo solté y bajé mi mano. Él siguió el recorrido y luego se detuvo en mi rostro. Otra vez parecía que estábamos jugando a ver quién pestañeaba primero. Fue él quien se separó y me dio la espalda.

—Pasaron tantos años… el virus, la confianza que depositamos en él… —dijo, con vergüenza. Yo no entendía nada de lo que estaba diciendo—. Me dejé estar. Pasaba la responsabilidad de boca en boca… Qué idiota. Qué riesgo.

Se dio vuelta y me escaneó de arriba abajo.

—¿Cómo estás? ¿Estás bien? ¿Qué te hicieron?

—Algunos experimentos; nada grave —le contesté con cautela. Tenía miedo de que se volviera a desquiciar.

Él se quedó en silencio.

—¿Por qué dices que mi padre no quería esto? —arriesgué. Y luego le hice la pregunta para la que no sabía si estaba preparada—: ¿Quién era él?

Suspiró y luego, con solemnidad, dijo:

—Nuestro líder. Él y Franz eran nuestros líderes, nuestros maestros, nuestros… padres. Padres de una lucha que perdimos. Maestros de

una guerra que nunca llegamos a pelear.

—¿Qué pasó?

Él me miró, sin hablar. Su expresión era de extrema compasión. De pronto, me recordó a mi madre el día que me dijo que papá había muerto. Habían pasado ocho años desde aquel entonces y, sin embargo, una vez más volvía a sentirme como una niña pequeña.

Suspiré y, juntando fuerzas de donde no tenía, insistí:

—¿Qué pasó?

Hizo una larga pausa y luego dijo:

—Lo mataron.

Cerré los ojos y negué con la cabeza. Caminé unos pasos hacia atrás y me dejé caer en la cama, sosteniéndome la cabeza entre las manos.

—¿Cómo fue? —le pregunté, sin mirarlo.

—No es necesario que tengas que…

—¿Cómo fue? —casi le grité, mirándolo esta vez—. Era mi padre. Tengo derecho a saberlo.

Asintió.

—Estábamos organizando una revolución contra el imperio —comenzó a decir—. Sabíamos que corríamos un riesgo muy grande, porque, aunque lográbamos eludir a las máquinas la mayor parte del tiempo, dentro de la Central había otras, más poderosas y con un grado de precisión muchísimo más alto que las que uno veía cotidianamente en las casas de los habitantes.

»Alva no sabía con qué se iba a encontrar del otro lado.

»Todos le dijimos que tenía que esperar, que no era el momento, que la desesperación por lo que había ocurrido le había hecho perder el foco. Pero él estaba fuera de sí, alienado. No quería escuchar a nadie.

—¿Qué había pasado? —pregunté.

—Ven. Acompáñame —dijo.

—¿Adónde?

—A la plaza.

Me levanté y él volvió a mirarme de arriba abajo el mameluco blanco que llevaba puesto.

—Si quieres cambiarte de ropa, ahí en el armario tienes algunas

prendas limpias. Te espero afuera —agregó, y salió.

Vi que había camisas, pantalones y faldas. Todo era viejo y ninguna prenda combinaba con otra. Aunque… eso tampoco me había importado demasiado nunca, así que agarré algo que me entrara y las únicas sandalias, que eran un poco grandes. Me vestí y, antes de salir, volví a echar un vistazo al mameluco blanco que había quedado sobre la cama. Pensé en Yem. ¿Dónde estaría? Seguramente, buscando algún lugar más cómodo para refugiarse mientras encontraba la manera de volver a Letradia.

Me acerqué al hombre y nos fuimos caminando a la plaza. Tenía un andar lento y pacífico, en nada parecido a la actitud desesperada que había mostrado dentro de la habitación. Caminaba a su lado y lo miraba de reojo cada tanto, tratando de descifrarlo. Venía sumido en un mutismo que lo hacía verse lejano. Volví a prestar atención a la ciudad abandonada. Los edificios eran altos y similares a los que había visto en Bélgora. No obstante, por el silencio y la quietud, parecían parte de una maqueta o un holograma.

—¿Qué pasó acá? —le pregunté, y vi cómo pestañeaba varias veces, como volviendo de sus pensamientos lejanos—. ¿Por qué está abandonada la ciudad?

Y con cada pregunta que le hacía, más se parecía él a mis maestros, siempre incómodos al tener que responder interrogantes molestos.

—No está abandonada —dijo—. La humanidad bosoniana está… extinta.

—¿Qué? —pregunté, sin poder creerlo.

Luego de las explicaciones de Yem acerca de una guerra biológica inminente, no me entraba en la cabeza esta nueva información. ¿Habría sido esa la causa?

—Somos muy pocos los que quedamos. Y ninguno nacido acá.

—¿Qué pasó? ¿Fue por la guerra?

El hombre me miró de repente.

—¿Qué sabes de la guerra? —me preguntó.

Estaba a punto de comenzar a hablarle de Yem, pero decidí esperar a tener un poco más de información para involucrarlo. Este hombre me había hablado maravillas de mi padre y se refería a él como si

fuera el suyo, mientras que Yem no hacía otra cosa que insultarlo. Sin embargo, había llegado a Bosonia junto con él y no sabía qué tan importante era para que yo pudiera volver a casa. No. Preferí guardarme esa información.

—Algo me contó mi padre… —dije.

Él se quedó en silencio y me pareció que no me creía.

—¿Qué te contó?

—Que hubo una guerra biológica por los vientres maternos, a causa de la prolongación de la esperanza de vida.

Miré al hombre a los ojos. Estaba sospechando algo.

—En realidad, nunca creí demasiado las cosas que me contó —mentí—. Era muy chica y él hablaba como si todo lo relacionado con Bosonia fuera un mito. Ahora que estoy acá, veo que hablaba en serio.

Por fin lo vi asentir y me tranquilicé un poco.

—Sí —dijo—. En parte fue por la guerra. Otro tanto fue por el solo hecho de considerar una vida tan larga. Muchos murieron en la guerra; muchos más se quitaron la vida. Sobre todo, las mujeres, que eran las que más sufrían. Una de las mutaciones genéticas bosonianas hizo que las mujeres —que eran cada vez menos— solo pudieran dar a luz varones. Y la población femenina se extinguió mucho antes de que tu padre descubriera la forma de viajar entre Bosonia y Letradia gracias al mineral cuántico.

—¿Mi papá descubrió eso?

—Él y Franz —dijo asintiendo—. Los dos juntos.

—¿Quién era Franz?

—Su mejor amigo. Su compañero…

El hombre apretó los labios con furia. Algo en su memoria le seguía haciendo daño. Decidí guardarme el resto de las preguntas y cambié de tema:

—¿Y qué descubrieron?

—Encontraron una piedra de ese material en Letradia y se dieron cuenta de que, al tocarlo, podían viajar a Bosonia.

»Comenzaron a hacer experimentos para conocer mejor la piedra. Era obvio que alguien, antes que ellos, había encontrado esa u otra manera similar de viajar de un planeta a otro, ya que hay humanos en

Letradia con ascendencia bosoniana. —Me señaló como evidencia al decir esas palabras y luego se señaló a sí mismo—. En algún momento, la generación de tu bisabuelo descubrió la forma de viajar y algunos bosonianos volvieron a Letradia. Por supuesto que lo primero que hicieron fue reproducirse allí, ante la desesperación de extinguirse. Y entonces, aparecimos nosotros, una "subespecie" que solo conserva algunas de las propiedades bosonianas. Las mejores, creo yo.

»El secreto de esa generación murió con ellos. Y Alva y Franz volvieron a descubrirlo, solo que esta vez no quisieron que el conocimiento se perdiera.

»Sin embargo, cuando le explicaron a la gente que el mineral podía ser la salvación de la especie humana en Bosonia, nadie quiso escucharlos. Ya nadie quería vivir aquí.

»Les dijeron que no era necesario irse para siempre, que podían reproducirse y volver, que, además, en Letradia estaba todo gobernado por los oráculos de la locura y que tenían que ser precavidos. No obstante, la gente estaba desesperada. El pánico los había vuelto necios.

»El problema o la… curiosidad del mineral cuántico es que solo funciona de ida. Es decir, si uno toca el mineral acá, no viaja a Letradia. Sin embargo, si uno toca una piedra en Letradia, aparece aquí, como una paloma mensajera que solo sabe volver al lugar donde nació. La única manera que tiene un bosoniano natural de ir de aquí para allá por primera vez, es con alguien que haya venido primero para acá.

»Eso fue lo que hicieron Alva y Franz. Por ejemplo, Alva viajaba para acá, le daba la mano a un bosoniano, en Letradia Franz rompía la conexión y entonces Alva volvía a aparecer con el bosoniano en Letradia.

—Espera —lo interrumpí.

De pronto, eso de "romper la conexión" me llamó la atención, ya que me afectaba directamente. ¿Qué quería decir? ¿Que yo todavía estaba conectada a Letradia? ¿Que conocía la forma de hacerme volver?

—¿Qué quieres decir con eso de "romper la conexión"? —le

pregunté.

—Cuando uno toca la piedra en Letradia, abre una nueva dimensión temporal y pasa a estar en Letradia y en Bosonia a la vez. En Letradia queda como si estuviera congelado y solo se puede romper esa doble dimensión si otra persona, desde Letradia, le saca la piedra a ese que está tocándola.

Entré en pánico. De pronto me di cuenta del verdadero peligro que yo estaba corriendo. Podía desaparecer de un momento a otro. Si alguien llegaba a entrar en la jaula y me sacaba la piedra de la mano, no solo yo, sino también Yem, desapareceríamos de Bosonia. No sabía qué hacer. No sabía si decirle la verdad a este hombre, si contarle la forma en que habíamos llegado hasta aquí. No sabía si no era lo mejor correr a buscar a Yem y explicarle esto. Necesitaba saber más.

—¿No hay otra forma de romper la conexión? —le pregunté agitada, tratando de esconder mi ansiedad.

Al mirarlo, noté que esa pregunta le había dolido. Por un momento me distrajo de mi paranoia.

—Así fue como Franz murió —dijo, mirando al suelo.

Me quedé atónita. Él levantó la mirada al monumento que ahora estaba a unos pocos metros de distancia y yo hice lo mismo. Continuamos caminando hacia allí. Cuando llegamos, él me señaló una placa en la base de la escultura que decía:

PARA ALVA LUCIEN BRICK Y FRANZ JOHANN RODZ.
SUS DISCÍPULOS LOS RECUERDAN PARA SIEMPRE.
EN LA ETERNIDAD NOS REENCONTRAREMOS
Y ALLÍ CELEBRAREMOS EL TRIUNFO.

Me quedé en silencio leyendo y releyendo las palabras mientras alternaba mi vista entre la placa y los rostros de los hombres que en la estatua se estrechaban las manos gloriosamente, montados sobre caballos briosos.

—Iban a perpetrar juntos la invasión a la Central —dijo el hombre —, cuando Franz sufrió el accidente y murió.

—¿Qué le pasó?

Él suspiró. Era obvio que le generaba muchísimo dolor tener que

recordar esos acontecimientos.

—Tocó el mineral cuántico en Bosonia cuando aún estaba conectado a Letradia. Eso hizo que se rompiera el contacto y tu padre, desde allí, lo vio caer muerto en sus brazos. Alva tocó la piedra allí y apareció aquí, solo para ver a Franz muerto acá también. Fue tal su desesperación, que empezó a gritar y a romper cosas. Tuvimos que sujetarlo entre seis para lograr tranquilizarlo antes de que él mismo tocara el material aquí y muriera también.

Hizo una pausa y luego agregó:

—Aquí, en este lugar, fue donde Franz murió.

El hombre hizo una pausa solemne, mirando la estatua. La luz intermitente del sol le daba de lleno en el rostro y pude apreciar toda su angustia.

Me quedé atónita. Era demasiado para mí también. De pronto, el monumento había cobrado una gran importancia, sobre todo ahora que sabía que moriría si llegaba a tocarlo.

Tenía mil preguntas para hacerle a ese hombre. Las sentía agolparse en mi mente con ansiedad, violentadas por hacerse oír. Lo imaginaba sujetando a mi padre, salvándolo de su propia locura, y me hacía erizar la piel. Tenía que ir de a poco. Tenía que ordenar mis pensamientos. Todo lo que él estaba explicando, más las cosas que le había oído a Yem, me estaban torturando el cerebro. Lo primero que pensé fue en el peligro que estaba corriendo Yem, por desconocer lo que yo acababa de aprender: que, si tocaba este material acá, moriría. Él sabía muchísimas cosas acerca de Bosonia, pero en la desesperación que mostró dentro de la jaula, me había confirmado que, en lo referido a este tema, era tan ignorante como yo. De alguna manera iba a tener que encontrarlo. Iba a tener que decirle a este hombre que alguien había venido conmigo. No obstante, de pronto, al mirar la escultura, me vino a la mente otra cuestión. Él me había dicho que ya no quedaban bosonianos naturales; lo que significaba que él también tuvo que haber venido de Letradia y que también tenía que estar conectado a alguna piedra allá. Lo miré y se lo pregunté. Él asintió, aún perdido en sus dolorosos recuerdos.

—Los que estamos acá, estamos conectados al material cuántico. En

Letradia hay unos refugios que construyeron los exiliados, donde descansamos, por decirlo de alguna manera, los que estamos también acá. Y desde allí controlan que todo esté en orden.

—¿Y si pasa algo? ¿Y si necesitan volver? ¿Cómo avisan?

Me daba cuenta de que le estaba mostrando demasiada ansiedad. No podía controlarme.

—Hay mensajeros. Exiliados que van y vienen, manteniendo las comunicaciones. Se suponía que el último que vino tenía que volver a Letradia y avisar que rompieran mi conexión unos días antes de tu cumpleaños. Sin embargo, él todavía sigue acá y, por un error de cálculo, no pudimos prevenirte de nada. Lo lamento.

Levantó las cejas, como resignándose a sus propias palabras.

Yo miré la estatua y le dije:

—¿No es un poco peligroso que este material esté tan expuesto sabiendo que si cualquiera lo toca… muere?

—No cualquiera que lo toca muere. Esta escultura fue hecha en Letradia y doce de los nuestros vinieron a Bosonia tocándola —explicó —. El pedazo de material que uno toca para viajar se vuelve inofensivo para esa persona. Los demás exiliados que ahora están en Bosonia se mantienen alejados de aquí. En cierta forma, cuando hicimos la escultura, lo que queríamos era tener algo de privacidad en algún lugar de Bosonia.

—¿Por qué?

—Porque somos muchos. Los exiliados abundan en Letradia y, por supuesto, las diferencias ideológicas se vuelven más abruptas. Las máquinas de Letradia generan en ellos una violencia silenciosa, aumentada por la impotencia de tener que vivir escondidos. No les interesa la revolución que Alva y Franz querían llevar adelante. Ellos quieren encontrar la manera de venir a Bosonia sin quedar conectados desde allí.

»A raíz de eso se generaron distintas bandas, sectas, grupos, como quieras llamarlos. Y son bastante necios. No están abiertos al diálogo y enseguida se ponen violentos.

»Van y vienen de Letradia igual que nosotros, aunque tanto aquí como allí nos mantenemos alejados. Y no suelen venir para esta zona,

porque corren peligro. Cada tanto, los cruzamos; vemos que aparecen y desaparecen, como si estuvieran controlando vaya uno a saber qué. No nos metemos con ellos. Nosotros estamos más interesados en liberar a los pueblos letradianos del control que en irnos y dejar que se arreglen como puedan.

Se quedó en silencio por un rato, con la mirada perdida, como si se hubiese puesto a meditar. Comencé a analizar las cosas que me había dicho. Los libros que papá me había hecho leer acerca de las revoluciones hacían que me fuera más fácil asimilarlas. Él siempre decía que no importaba cuántos años pasaran en el mundo, ni cuántas veces la humanidad estuviera al borde de la extinción: en tanto la población creciera lo suficiente, las diferencias de ideología y pensamiento se harían visibles. Y, en tanto algún grupo se sintiera amenazado, haría lo que fuese por sobrevivir. Lo había leído en esos tomos incomprensibles y más de una vez me habían resultado absurdos, exagerados y míticos. No obstante, ahora que la especie humana había tenido oportunidad de reciclarse a sí misma, al igual que el planeta que la hospedó por milenios, otra vez volvían a aparecer aquellas condiciones instintivas que venimos acarreando desde el comienzo de los tiempos. Y en contra de mis deseos, otra vez me daba cuenta de que las cosas que mi padre me había enseñado no habían sido en vano. Tarde o temprano, iba a tener que tomar la posta y llevar a cabo esa revolución. Mis pensamientos parecían ridículos. Yo, llevando a cabo una revolución. Era imposible. Sin embargo, tampoco podía quedarme de brazos cruzados ahora que comprendía que la humanidad en Letradia estaba prisionera de los oráculos de la locura. Algo había que hacer. Y mi padre me había marcado el sendero en la sangre.

Comencé a pensar en Yem. Un hombre con tanta ascendencia bosoniana como cualquiera de los que hoy estábamos aquí, que trataba de vivir una vida que no era la suya y defendía a muerte las máquinas que yo ahora sabía que tendría que destruir. Iba a tener que decirle a este hombre que yo no había venido sola a Bosonia, que conmigo había viajado nada menos que el enemigo, aunque me costara tener que llamarlo así. Si yo tenía que escoger un bando, sin

lugar a duda sería el de mi padre, no el de Yem. Y, por más conexión que hubiera sentido, tarde o temprano, la iba a tener que romper y enfrentarme a él.

—Tengo que decirte algo.

El hombre me miró, expectante.

—No vine sola a Bosonia.

—¿Qué? —casi me gritó, sobresaltado.

—La persona que realizó los experimentos conmigo en la Central está acá también.

—Eso es imposible —definió—. No hay exiliados en la Central.

—La verdad es que… no creo que sea un exiliado. Me dio la sensación de que es más un jefe que otra cosa.

—No. Imposible —dijo el hombre, comenzando a caminar de un lado para otro—. El emperador jamás aceptaría que alguien con ascendencia bosoniana trabajara para él. Ni este emperador ni ninguno en la historia de Letradia.

—Mira —arriesgué—. No tengo mucha idea de lo que está pasando. Hace tan solo un par de días que vengo lidiando con esto. Sin embargo… si tú dices que hay exiliados a los que no les importa lo que pase con Letradia, con tal de no vivir una vida a escondidas, si yo fuera una de ellos… me iría a tocarle la puerta personalmente al emperador.

—No, no entiendes. Los letradianos no pueden darse el lujo de "usar" gente con ascendencia bosoniana, porque somos mucho más poderosos que ellos; más fuertes, más inteligentes.

—Sin embargo, son la minoría —le interrumpí.

—Eso es porque ya no es tan fácil transmitir los genes. La genética bosoniana se está extinguiendo. Los hijos de exiliados que no tienen los poderes suelen ir solos a pedir que los inserten en el sistema. Y cada vez son más.

»El emperador sabe que, a pesar de ser aún bastantes, quedamos pocos, y las máquinas lo confirman todo el tiempo. Sabe que no falta demasiado para que los genes bosonianos se extingan por completo y ahí va a tener el dominio total. No necesita a un exiliado trabajando para él. La naturaleza está jugando a su favor. Es un riesgo demasiado

alto que permita un cambio así en lugar de sentarse a esperar.

—Bueno. No importa. Yo te digo lo que vi y lo que viví. Ese hombre está al servicio del emperador y defiende el sistema a como dé lugar.

»Sin embargo, lo vi aparecer y desaparecer varias veces como a ti, e intentó forzarme a que solo yo tocara la piedra que nos trajo hasta acá, pero terminamos los dos conectados. Créeme que ese hombre es tan bosoniano como tú y yo.

—¿Dónde está?

—No lo sé. Estábamos escondidos porque… bueno… en realidad fue él quien me contó lo de la guerra biológica y me dijo que yo estaba en peligro y que quería protegerme.

—No entiendo. Primero te capturó y realizó experimentos contigo, te mantuvo encerrada en una jaula y después… ¿intentó protegerte?

—Creo que no era su intención viajar conmigo para acá. Me parece que estaba tratando de ver qué efecto tenía la piedra en mí, porque él la tocó y vio a su mujer muerta. —Hice una pausa y luego agregué—: Cada vez entiendo menos.

—¿Dices que vio a su mujer muerta?

—Eso fue lo que dijo. Y creo que no mentía. La desesperación que mostró no se la vi jamás a nadie. Estaba angustiado, fuera de sí. Quería hacerme tocar la piedra a toda costa y no dejaba de preguntarme qué había visto yo cuando la toqué por primera vez.

—Espera. ¿Ya habías tocado la piedra antes?

—Cuando los hombres de la Central me fueron a buscar a casa, al llegar a Bélgora intenté escaparme y la vi en un callejón. Sin embargo, yo no vi gente muerta. Solo… una señora que me ofrecía ayuda, o algo así.

—Probablemente era tu abuela —dijo el hombre, sin prestarme atención. Seguía caminando y pensando.

—¿Mi abuela? —pregunté sin comprender—. No conocí a ninguna de mis abuelas.

—La madre de Alva murió cuando tú tenías dos años —continuó explicando—. Su imagen debe haber quedado guardada en tu inconsciente.

Abrí grandes los ojos y lo miré, anonadada. Lo agarré del brazo y lo

frené.

—Espera —le dije—. Me pones nerviosa con tanta caminata. Por favor. Explícame eso de mi abuela.

Me miró y suspiró, asintiendo.

—Perdóname. Son cosas cotidianas para nosotros. Todavía me olvido de que no las conoces. Y, siendo la hija de Alva, más me cuesta.

»Yo siempre le dije a tu papá que tenía que enseñarte todo. Él no quería. Nunca quiso. Decía que cuanto menos supieras, menos riesgo ibas a correr.

Cerré los ojos y me los tapé con las manos. Otra vez estaba reviviendo esos recuerdos y me volvía a sentir invadida por la indignación. No quería reprocharle cosas a mi papá. Lo adoraba demasiado; él había sido mi ejemplo. Sin embargo, no podía dejar de preguntarme por qué me había mentido, por qué no había confiado en mí.

El hombre se quedó callado y, cuando lo volví a mirar, otra vez le vi esa expresión de absurda timidez.

—Vamos despacio, por favor. Es demasiada información —le dije.

Él asintió.

—Me decías… ¿mi abuela…?

—Cuando alguien toca la piedra por primera vez… —comenzó a decir, pero se arrepintió—. No. Tengo que ir más atrás.

»Nuestra memoria está conectada a sentimientos y pensamientos que generan diversos estímulos eléctricos en el cerebro. Lo que posibilita que podamos tener infinita cantidad de recuerdos, o sea, que podamos ocupar infinitamente el espacio cerebral, es el tiempo. ¿Entiendes?

—Más o menos —le contesté. Y era cierto. Me estaba perdiendo otra vez, como me había pasado con las explicaciones de Yem.

—Imagina que tienes un vaso —me dijo—. Imagina que vas llenando ese vaso de recuerdos. Vas ocupando el espacio hasta que se completa.

Asentí. Hasta ahí íbamos bien.

—Bueno… tú sabes que hay tres dimensiones espaciales. Las ves, convives con ellas todo el tiempo, las puedes tocar, dibujar,

ejemplificar con la perspectiva, etc. El tiempo es más difícil de comprender. Sabemos que existe. El segundero da la vuelta al reloj y entendemos que está ahí. Sin embargo, su justificación es más… abstracta.

»Volviendo al ejemplo del vaso, si uno llenara ese vaso, no tendría la posibilidad de seguir metiéndole cosas, ¿verdad? Ahora, el tiempo me permite tener infinitos vasos. Puedo colocar un vaso detrás del otro e ir llenándolos progresivamente. Porque el primer vaso está en un espacio determinado. Y en la práctica, uno mira un objeto sobre una mesa y pasa el tiempo y sigue estando ahí. Parece que está en el mismo espacio y en el mismo tiempo, aunque eso no es verdad. Está en el mismo espacio, pero el tiempo va pasando. De alguna manera, podríamos decir que ese objeto que estoy mirando no es siempre el mismo, sino que es un objeto nuevo con cada instante que pasa, que reemplaza al anterior.

—¿Como una sucesión de fotografías?

—Exacto. Algo así.

—¿Y cómo se relaciona eso con mi abuela?

—Bueno… lo que te quería explicar es que el tiempo está conectado con los objetos, por supuesto. Sin embargo, también está conectado con la memoria y con la forma en que los pensamientos, sentimientos y experiencias la van formando. Digamos que es el que permite el llenado de los vasos de la memoria.

»El material cuántico afecta a ese sector del cerebro. Se mete con la memoria y nos genera esa especie de hipnosis que se relaciona con las emociones.

—Sí, es verdad. Tengo la sensación de que quiere que lo toque. Pensé que estaba loca.

Él sonrió.

—No. No tiene poder sobre nuestra voluntad, en realidad. Eso es muy importante que lo sepas. No es que una piedra te pide que la toques, sino que emite una radiación que estimula tu cerebro en el área de la memoria que se relaciona con el placer.

»El placer es lo que previene el estrés y también funciona como su cura.

»El material cuántico reduce las ondas cerebrales por medio de la radiación que emite. Cuanto más uno se acerca, más la siente. Y al contacto directo, anula las ondas, congelándolas.

»Al no tener ningún "vaso que llenar", la dimensión temporal se ve modificada y se abre esa especie de portal que habilita el viaje entre los dos planetas.

»Cuando tocamos la piedra por primera vez, nuestro instinto de supervivencia hace que nos conectemos con un recuerdo de intenso placer y bienestar.

—Qué extraño… que yo haya aparecido frente a una persona de que la que no tengo ningún recuerdo.

—El inconsciente es poderoso. Las cosas que vivimos en los primeros años de vida suelen pasar derecho al olvido, y se fijan en lo que después construye nuestra manera de ser.

»Fue un acto reflejo, igual. A todos nos pasó algo diferente. Yo me encontré en un campo verde con mi perro de la infancia.

Levantó los hombros, como restándole importancia.

—Lo que me sorprende —continuó—, es que este hombre que vino contigo haya tocado el material cuántico recién ahora. Me dijiste que te quiso obligar a tocar la piedra justo después de que la había tocado él, ¿no?

Asentí.

—Si es un bosoniano que está trabajando para la Central, tiene que ser uno muy inteligente y muy bien informado.

Volví a asentir.

Él negó con la cabeza y frunció las cejas.

—No entiendo entonces cómo nunca antes había tocado la piedra. Si vio a su mujer muerta, sin lugar a dudas era la primera vez.

Me quedé en silencio. En realidad, no sabía nada de Yem. Ni de su vida, ni de su trabajo en la Central, ni de su relación con el emperador. Todo lo había deducido por sus actos y sus palabras. No tenía respuesta para las preguntas que ahora se formulaba este hombre.

—Tendríamos que ir a buscarlo, ¿no? —pregunté.

Él hombre pensó un instante y luego dijo:

—No lo sé. Tengo que hablar con mis compañeros. Hay que analizar esto con mucho cuidado. Un bosoniano trabajando para la Central no es algo que habíamos previsto.

»Tenemos que actuar rápido. Si alguien llega a encontrarte en Letradia, las cosas se van a poner feas.

Lo miré asustada.

—Vamos a hablar con el mensajero —dijo, poniéndose en marcha —. Tenemos que hallarte antes de que lo haga el emperador.

Capítulo 12
El silencio fuera del tiempo

Cuando me dispuse a seguirlo, el hombre desapareció. Otra vez volví a quedarme sola. Miré para todos lados a ver si lo veía. Nada. No había una sola alma a cien metros a la redonda. Miré el monumento de mi padre y pude sentir cómo influía en mi voluntad, rogándome que lo tocase. Sin embargo, no tuve tiempo de hacer nada, ya que un instante después, el hombre volvió a aparecer a mi lado.

—¿Qué pasó? —me preguntó.

—¿Qué pasó con qué?

—Vamos —me respondió.

—¿Adónde? —pregunté sin comprender.

—El refugio está al otro lado de Bosonia —explicó—. Tenemos que salir del tiempo para llegar.

—¿Y el lugar en el que estábamos recién?

—Es un refugio transitorio. No te podía sacar del tiempo mientras estuvieras inconsciente.

—No entiendo nada de lo que estás diciendo —confesé.

Y vi en su rostro cómo de nuevo se dibujaba la expresión de vergüenza.

—Lo siento —dijo—. Me sigue resultando extraño que no sepas utilizar ninguna de las habilidades bosonianas. Te voy a enseñar. No te preocupes, que al haber tocado ya el material cuántico dos veces, no te va a resultar difícil aprender. Es bastante fácil, en realidad.

Me quedé en silencio, esperando.

—Recién te expliqué cómo funciona el material en relación con la mente, las emociones y los recuerdos. El secreto para poder salir del tiempo es relacionarlos en un orden específico. Nada más complicado que una receta.

Asentí, aunque no tenía la menor idea de lo que estaba diciendo el

hombre.

—Para poder entrar y salir del tiempo por primera vez, cualquier bosoniano necesita estar tocando a otro.

Extendió su mano con timidez y se quedó esperando. Llevé mi mano hacia la suya y el contacto me produjo una pequeña descarga eléctrica.

—Necesito que cierres los ojos y respires, vaciando tu mente de cuantas distracciones puedas.

Hice lo que me ordenó y comencé a relajarme. Sentía la electricidad de su mano crecer en intensidad.

—Ahora, necesito que pienses en algo que te relaje, que te produzca la mayor sensación de paz que puedas.

Escuchaba sus palabras lentas y suaves y podía sentir cómo me guiaban hacia los recuerdos de mis adorables caballos, galopando por la playa en esa libertad que tanto amaba.

—Así está bien —le oí decir al hombre, aunque sus palabras sonaban cada vez más lejanas—. Sigue respirando.

El sonido de los cascos que dejaban huellas en la arena húmeda siempre lograba relajarme. Tres tiempos. Ta ca tán… ta ca tán… ta ca tán… El maravilloso galope y la más extrema comunión entre el fiel animal y yo.

De pronto, sentí que algo recorría mi cerebro como saltando de un lugar a otro de la memoria. El hombre tenía razón. Era un recorrido específico. Primero el recuerdo, luego la sensación placentera y por último la síntesis entre las dos cosas, que generaba una sensación extraña en mi cuerpo. Todos los sonidos que estaba escuchando se desvanecieron. No era la plaza un lugar que se pudiera llamar ruidoso, pero los pequeños sonidos del ambiente, a los que me había acostumbrado, comenzaron a resaltar en mi mente por su ausencia. Y, no solo ellos, sino cualquier otro. Nunca antes había sentido tanto la falta total de sonido.

Abrí los ojos y la plaza había dejado de brillar con la luz intermitente del sol. Solo podía apreciar destellos que salían del monumento, como por arte de magia. Vi gente que aparecía y desaparecía. Todavía podía sentir la electricidad del contacto con la

mano del hombre y llevé mis ojos allí. Él me miró y asintió. Con un gesto de su otra mano me indicó que volviera a cerrar los ojos, y sentí cómo el placer y el recuerdo de los caballos se separaban en mi cerebro y otra vez volvían a llegar a mis oídos los ruidos cotidianos de Bosonia. Abrí los ojos y estábamos de nuevo en la plaza. Me sentí mareada. Respiré agitadamente, sin comprender qué había ocurrido, por más explicaciones que este hombre me hubiera anticipado.

—¿Estás bien? —me preguntó, sin soltar mi mano.

—Sí… creo —respondí—. Me mareé un poco.

—Es normal. Ven, siéntate un momento. A partir de ahora, entrar y salir del tiempo va a ser cada vez más fácil. Igual, te recomiendo que las primeras veces lo sigas haciendo de la mano de algún otro, para que no caigas en cualquier parte.

—¿Cómo haces para saber adónde vas?

—Tiene que ser un lugar que ya hayas visto antes. El cerebro tiene un sentido de orientación muy preciso, guiado por coordenadas que va construyendo solo en relación con los espacios que ya conoce. ¿Te acuerdas del lugar en el que estabas cuando llegaste a Bosonia con el hombre de la Central?

—Era como una habitación u oficina. Un lugar cerrado, con una sola salida.

—Vamos a hacer la prueba. Llévame hasta ahí.

Abrí los ojos sorprendida y suspiré. Estaba yendo demasiado rápido.

—No te preocupes —me dijo—, que, si no aparecemos ahí, volvemos a salir del tiempo y venimos a la plaza. Creo que es importante que practiques un poco. Y lo más importante —agregó, mirándome a los ojos—: Jamás subestimes el poder de tu mente.

Asentí. Nos tomamos de la mano y repetí el procedimiento de cerrar los ojos, respirar para relajarme y recordar a los caballos.

—Cuando estemos fuera del tiempo, concéntrate en ese lugar antes de revertir el proceso mental.

Esto era increíble e insólito. Casi me dio ganas de reír el solo hecho de pensar en las cosas que estaba viviendo. Me sentía dentro de uno de los libros de ciencia ficción que mi padre tanto amaba. Todos aquellos años en los que me había sentido partida y desfasada en una

realidad que no terminaba de cerrarme, ahora se desmoronaban y los reemplazaba por esta secuencia veloz de cosas tan inexplicables como mágicas.

Sin abrir los ojos, una vez más me di cuenta de que habíamos salido del tiempo por el absoluto silencio que reinaba. Pensé que, después de todo, era lógico que, sin tiempo, el sonido no pudiera expresarse. Me concentré en esa oficina, como me había dicho el hombre y, antes de abrir los ojos, ya estaba escuchando de nuevo los sonidos de este mundo fantástico. Solo que, ahora, se agudizaban por el eco sutil del espacio cerrado. Abrí los ojos y, a pesar de que las cosas habían ocurrido tal como el hombre había dicho que sucederían, no lo podía creer. Sonreí triunfal y salté de alegría, como solía hacer cuando me salían bien las cosas difíciles. El hombre me miró y asintió, aunque ya mucho más acostumbrado a la experiencia.

—¡Qué bueno estuvo eso! —le dije—. ¡Quiero más!

Él sonrió.

—Está bien —dijo—, aunque no tenemos mucho tiempo. —Hizo una pausa y agregó—: Resulta paradójico, ¿verdad? Que en el lugar en el que podemos hacer todo el uso de tiempo que queramos, se nos esté acabando.

—Sí —le dije, de pronto seria. Entendía a qué se refería.

Recordé el peligro que correría si alguien llegase a entrar en la sala blanca de Letradia y me sacara la piedra de la mano. No sabía qué explicación daría Yem en ese caso, aunque seguro iba a encontrar la manera de salirse con la suya y entregarme al emperador. Qué horror. Se me ponía la piel de gallina de solo pensarlo.

—Tienes razón —le dije al hombre—. Mejor vamos al refugio. Ya voy a tener tiempo de practicar.

Él asintió y me acercó su mano.

—Gracias —le dije, antes de volver a cerrar los ojos.

Lo último que pensé antes de que todo volviera a quedar en silencio fue que ahora *sí*, con esta nueva herramienta, me gustaría ver de vuelta a Yem. Y jugar de igual a igual en el terreno de sus fórmulas de hechicería.

Capítulo 13
Los museos de Alva y Franz

A pesar de que mi cerebro lo entendía velozmente y más rápido lo incorporaba como lo más normal del mundo, aún no podía creer lo que estaba viviendo. Uno tras otro, comenzaron a agolparse en mi cabeza los recuerdos de mi infancia; mi padre, mis hermanos, el colegio y esa eterna sensación de que algo más existía, de que algo más era posible, algo… diferente. Ahora me encontraba viviendo una realidad fantástica, embelesada por sus paisajes, sus colores y por esta incongruente manera de lidiar de forma tan natural con las propiedades de un mundo cuántico. Sin embargo, estaba perturbada. Seguía indignada con mi padre y su manera de actuar conmigo. Tantas veces le había confesado mi disconformidad con la realidad que me circundaba, tantas lágrimas había vertido por tener que encajar en donde no me correspondía. Todavía me dolía recordar aquellos momentos y verlo a él dando consejos sabios, pero inútiles a la hora de aplicarlos en Letradia. No solo me sentía diferente, yo *era* diferente. Era bosoniana. Sin embargo, quizás él tenía razón. Pensar en cuentos de hadas como situaciones posibles a la edad de diez años puede ser muy peligroso; enfrentarse con una posibilidad de realidad alternativa así de extrema quizás pueda conducir a la locura. Tal vez, eso pensó él en aquel momento. Después de todo, yo era tan solo una niña pequeña. Él me estaba protegiendo, mientras hacía lo que creía mejor.

Qué difícil habría sido ser él. Qué difícil habría sido tener que ver morir a su mejor amigo no una, sino dos veces. Me hubiera encantado que me contase de él. Me hubiese quedado horas escuchando lo que un verdadero amigo significaba. Ahora, no solo desconocía la mayor parte de su vida, sino que de pronto me veía obligada a seguir adelante con una misión que él comenzó y que no pudo concluir. Las cosas cada vez estaban más claras. No había forma de que yo pudiera

volver a casa y continuar con la vida mentirosa e ignorante que venía viviendo. No podría hacerlo por el simple hecho de que jamás podría mirar a los gemelos a los ojos y transmitirles verdades en las que no creo.

No había vuelta atrás, luego de esta experiencia. Todos mis años de aprendizaje habían llegado a su verdadero fin. El gran maestro, mi padre, había hecho un excelente trabajo al mantenerme en la ignorancia sobre la revolución que intentaba llevar a cabo. Y solo hoy puedo comprender desde el fondo de mi alma lo que tantas veces me repitió: *Aquello por lo que estamos dispuestos a morir nos define como personas*. No era que no amaba a su familia; simplemente, no podía dejar de escuchar sus propios ideales. En su interior ardía una llama que no podía ser apagada y que cuanto más se la ignorase, más quemaba. Si no hubiera muerto por la causa, igual habría terminado matándolo.

Y yo todavía no acababa de entender qué estaba pasando en Letradia, cuál era la guerra silenciosa que se estaba llevando a cabo ni sus detalles. No obstante, hay algo que siempre supe y que jamás logró dejarme en paz: los oráculos de la locura no regulan la vida, como intentó venderme Yem, sino que la controlan, y no hacen otra cosa que atentar contra la voluntad de la gente. Eso tenía que dejar de existir. Por más comodidad que sienta una persona al no tener que hacerse cargo de su propia vida y estar siempre a merced de una máquina, los antiguos filósofos y pensadores tenían razón: sin libre albedrío, la vida es una cárcel; una de las peores cárceles, un encierro de la mente y del corazón.

Y quizás ocurra que, cuando le mostremos a la gente que tiene opciones, que puede elegir hacer lo que quiera o hacer lo que le dice otro, quizás algunos sigan eligiendo el encierro. Y será válido, porque será justo. Nadie puede juzgar a otro por querer ser mediocre toda su vida, No obstante, si decide serlo, que al menos sea consciente de ello.

Me pregunté: ¿Cuántos elegirán la mediocridad luego de conocer el camino hacia la realización de los propios sueños? Y también, ¿a qué le temían tanto los que gobernaban Letradia? Una persona que lucha por alcanzar sus sueños es alguien que conoce la felicidad. Y quien

conoce la felicidad no puede ser jamás una amenaza.

Llegamos al refugio en un abrir y cerrar de ojos. Recordé la habitación en la que había recobrado la consciencia y su cercanía con la plaza, y me pregunté cuántos refugios tendría esta gente desparramados por Bosonia.

—¿Qué era ese lugar en donde estábamos cuando desperté? —le pregunté.

—Una estación de tránsito —respondió el hombre—. Este es el lugar más seguro, aunque aquel nos quedaba más cerca. Sacar a una persona inconsciente fuera del tiempo puede hacer que pierda la razón. Un riesgo que por supuesto no iba a correr contigo.

Suspiré y miré el lugar. Y si tres lunas y un cielo caleidoscópico me habían hecho estremecer, lo que ahora tenía delante de mis ojos podría ser lo último que viese en mi vida, y moriría tranquila. Este era el paraíso del que hablaba la Biblia de los antiguos, solo que aún mejor, porque no había riesgo de cometer ningún pecado absurdo. La llanura verdosa y limpia se extendía más allá de los límites de la vista en cualquier dirección. Y la mezcla de colores que mostraba el cielo hacía del horizonte algo mágico, como acercándolo y alejándolo en una sucesión de misterios y encantos que solo podían existir en este espacio y en este tiempo. Había árboles, cabañas, sombrillas al aire libre y otras construcciones extrañas para las que no tenía nombre, que parecían cambiar de forma por los efectos lumínicos.

—Ahora comprendo por qué los exiliados quieren encontrar la forma de quedarse para siempre en Bosonia —dije, mientras caminaba, girando para no perderme nada del paisaje majestuoso que me rodeaba—. ¿Cómo puede ser este lugar, tan abierto y espléndido, un refugio? Me suena como una contradicción.

—Está protegido por un domo magnético —me respondió él—. No se puede acceder a él a menos que lo hagas por primera vez de la mano de alguien.

Lo miré, sin comprender demasiado lo que decía.

Él explicó un poco más:

—El recorrido sináptico que el cerebro hace para ir a un lugar que ya conoce está grabado en la memoria y por eso resulta tan fácil de

llevar a la práctica, aunque en teoría parezca tan complejo. Ese recorrido se produce por impulsos electromagnéticos. Sobre ellos actúa el campo que protege este lugar. Del otro lado del campo, se ve un holograma abstracto que el cerebro interpreta y relaciona con algún lugar conocido y, cuando uno sale del tiempo, termina en ese lugar y no aquí. A menos que el cerebro haga ese recorrido por primera vez. Entonces, pasa al archivo de la memoria y el campo deja de ser funcional.

—¿Por eso todos me están mirando como si fuera un bicho raro? —pregunté, algo angustiada de pronto, sintiéndome igual que en el colegio.

El hombre soltó una risa que me sorprendió. Lo miré mientras negaba, aunque no entendí la obviedad.

—No —me dijo—, no es por eso. Ven conmigo.

Al igual que cuando me pidió que lo acompañase a la plaza, el hombre venía caminando a paso lento y decidido, con las manos en la espalda, y su cerebro vagando vaya-uno-a-saber-por-dónde. Me inspiraba paz andar a su lado, aunque notaba que él no estaba mentalmente conmigo. Había algo en su mirada que expresaba una enorme sabiduría, a la vez que parecía pelearse con la angustia que las experiencias le habían hecho vivir. De pronto caí en la cuenta de que, luego de este tiempo juntos, en el que me había revelado tantas cosas, había olvidado preguntarle el nombre.

—¿Cómo te llamas?

—Mi nombre real es BM3627/7/12-1. Aunque va a ser más fácil que me llames Bárlok. Así me dicen todos.

Me quedé un instante callada, pensando en ese código extraño que me había dicho, relacionándolo con el que había visto en mi casa como una opción posible de emparejamiento. Lo había memorizado y, aunque no era el mismo, ahora me azotaba la memoria la intrínseca relación.

—¿Qué significa ese código? —le pregunté.

—A los que tenemos ascendencia bosoniana nos asignan un código cuando nacemos. Es simple, en realidad. “B” es de “Bosonia”, “M” en mi caso, o lo que sería “F” en el tuyo, es “Masculino” o “Femenino”. El

número que sigue es el año de nacimiento, barra el mes, barra el día, guion, el orden de llegada. Yo, por ejemplo, fui el primero con ascendencia bosoniana que nació el 12 de julio de 3627. El código hace que se mantenga un registro más fiel de la cantidad de descendientes de bosonianos que van quedando. Aunque también nos asignan un nombre nuestros padres, algo más… humano.

—A mí no me asignaron ningún código —repliqué—. Fue para que no me marcaran como exiliada, ¿verdad?

—En realidad sí tienes un código. Ahora lo vamos a ver en la máquina.

—¿Acá también tienen máquinas? —pregunté, entrando en pánico.

Sonrió.

—Es necesario —dijo—. Si vamos a retomar algún día la revolución que tu padre dejó inconclusa, tenemos que saber manejar las armas de nuestros enemigos.

"Nuestros enemigos". Esas últimas palabras quedaron resonando en el aire y se repetían en mi memoria. Por algún motivo que desconocía, no podía meter a Yem dentro de esa categoría.

—La razón por la que nunca te reconocieron como bosoniana fue el virus Aquiles —dijo Bárlok.

—¿El virus… Aquiles?

—Sí. Es un virus que inventó tu padre para que las máquinas de Letradia no pudieran reconocernos. Para que los exiliados que estábamos en la causa no corriéramos riesgo de ser capturados.

—Es irónico —dije, más para mis recuerdos que para el hombre.

—¿Qué cosa?

—Aquiles era uno de los guerreros míticos favoritos de papá. —De reojo pude ver cómo Bárlok asentía—. Siempre que me contaba acerca de él y la famosa Guerra de Troya, los ojos le brillaban y actuaba y bailaba y gritaba… Hacía grandes gestos con sus brazos como si llevara una espada inmensa; a mis hermanos y a mí nos hacía llorar de la risa.

—¿Y por qué es irónico?

Miré al hombre a los ojos, poniéndome de pronto seria.

—Porque, así como fue algo de lo más insólito lo que terminó con la

vida de Aquiles, así también de insólito fue lo que me puso en la mira de los radares letradianos.

Bárlok asintió y se quedó pensativo un instante. Luego dijo:

—Tu padre sabía que entre tus opciones de emparejamiento iba a aparecer sin lugar a dudas alguien con ascendencia bosoniana. Era algo que no podía terminar de resolver, un lugar por el que la máquina seguía escapando del virus. No obstante, eras una niña. Él sabía que tenía bastante tiempo aún antes de resolver ese misterio; unos cuantos años. Se mantuvo ocupado con cosas más urgente hasta el día que lo mataron. Y nadie conocía ese virus tan bien como Alva y Franz.

»Al fallecer los dos, todos nos pusimos en marcha para averiguar la manera de que siguieras manteniéndote debajo del radar. Al no obtener respuestas satisfactorias, decidimos que lo mejor iba a ser ir a buscarte y traerte acá para que estuvieras a salvo.

—¿Cuánto tiempo? —pregunté, mientras sentía la indignación apoderarse de mí.

—¿Perdón?

—¿Cuánto tiempo más me iban a tener escondida de los radares? ¿Cuánto tiempo más iba a seguir viviendo una mentira? ¿Cuál iba a ser la edad suficiente para que, de una vez por todas, alguien me dijera la verdad?

Bárlok se quedó en silencio.

—¿Y mi madre? ¿Qué sabía ella?

No podía contener mi rabia.

—Todo… —dijo, aunque su tono de voz no era ni la mitad de fuerte que el mío.

Y esa simple palabra me hizo bajar algunos decibeles, aunque seguía sin comprender. Quería ponerme a llorar. Toda esta situación me estaba desesperando. Tenía que asimilar mucho más de lo que era capaz y mi cerebro iba a estallar en cualquier momento. Decidí dejar de caminar y sentarme en uno de los asientos al aire libre. Ese paisaje me relajaba al menos lo necesario para poder pensar. Me tomé la cabeza entre las manos y me quedé así un buen rato. La verdadera identidad de mi padre, su lucha, el virus Aquiles, la revolución, su

muerte. Todo había ocurrido demasiado rápido y, para mí, era un proceso imposible. Y mi madre… Ya no sabía qué pensar de ella, en qué lugar de mi mente y de mi corazón colocarla.

—¿Cómo pudo saber siempre todo y actuar ante nosotros como una ignorante?

—Eran los deseos de tu padre. Y ella sabía que, cuanto menos supieran ustedes, más a salvo iban a estar.

—¿Cómo puede ser que no lo haya cuestionado nunca, o que no se le ocurriera agarrarnos un día y desaparecer, o traernos a Bosonia? ¿Por qué no nos trajeron a Bosonia? ¡Hubiéramos estado mil veces mejor en este refugio que en la absurda y mentirosa realidad de Letradia!

—No, Lily. No entiendes. Este refugio es nuevo. Acá pasaron cientos de años entre la guerra biológica y la extinción de la especie, pero en tiempo letradiano solo fueron unos cuantos años. Para el momento en el que tu padre aún vivía, este lugar era un caos. Él no hubiera permitido nunca que te trajeran a Bosonia, y tu madre no te hubiese entregado jamás y, por ser letradiana natural, no podía venir contigo, aunque así lo quisiera.

—Sin embargo, no tuvo ningún inconveniente en dejarme a merced de esos hombres temerarios que vinieron a buscarme a casa. “Tienes que hacer lo que dice la máquina. No la desobedezcas. La máquina. La máquina”.

Bárlok suspiró, se sentó a mi lado y bajó la mirada al suelo, más avergonzado que todas las veces anteriores.

—Seguro pensó que éramos nosotros los que te estábamos yendo a buscar. Eso fue lo último que le dije y era también mi intención. Sin embargo, esta maldita distancia temporal, imposible de acertar…

Y mostró la misma expresión de impotencia que la primera vez que lo vi en la estación de tránsito.

Nos quedamos los dos en silencio un instante. Luego, él levantó la vista hacia el horizonte y dijo:

—Tu madre es una gran mujer, con un corazón de hierro. Siempre supo que jamás iba a terminar de comprender las cosas que su marido hacía en su casa. Esas fórmulas matemáticas, esos libros de historia.

Ella no podía acceder al nivel de conocimientos al que puede un bosoniano, mucho menos uno tan sobresaliente como tu padre. Tampoco podía venir a Bosonia. Sin embargo, sabía que él estaba luchando por la libertad de las almas de Letradia y eso le alcanzaba para hacer suya una causa sobre la que no tenía ningún control. La única manera en la que podía ayudar a Alva era acompañándolo y cuidando de ustedes sin hacer preguntas.

»Hasta donde pudo comprender, lo hizo; y en lo demás, confió. No es fácil sostener tantos años una manera de ser, teniendo solo como aliada a la fe. Eso hizo ella. Por más errores que haya cometido y por más equivocada que pueda ser su postura a los ojos de los demás, la realidad es que aquí estás, sana y salva, en compañía de las personas que siempre te cuidaron.

Bárlok hizo un gesto con las manos señalando a su alrededor. Yo lo miré confundida, al tiempo que veía cómo las veinte o treinta personas que estaban también en el refugio me seguían mirando.

—¿Qué quieres decir con eso? —le pregunté.

—Todos los que estamos acá hemos seguido siempre de cerca tus pasos. Nos fuimos turnando para viajar a Letradia y cuidar tanto de ti como de tus hermanos y tu madre. Supongo que más de una vez nos habrás visto. Algunas de las mujeres a veces pasaban horas en tu casa hablando con tu madre. Es más, no creo que Sibella haya recibido jamás a alguien que no fuese alguno de nosotros.

Me quedé atónita con lo que estaba escuchando. Al igual que había ocurrido con mi padre, de pronto me estaba enterando de que había compartido durante toda mi vida la casa con una mujer a la que desconocía. Era imposible no ver ahora las cosas desde el punto de vista de Bárlok. Era otra mujer. Alguien con quien la palabra “madre” no tenía en mi cerebro ninguna relación. Ni ella ni él habían sido quienes yo pensaba. Y creyendo que él era un héroe y ella una ignorante, me dediqué a juzgarlos erróneamente a los dos toda la vida.

¿Qué estarían pensando y sintiendo los gemelos? ¿Qué imagen tendrían de nuestros padres? Solo el hecho de recordarlos me llenó los ojos de lágrimas. Estaba desesperada por volver a verlos. Tenía que decirles toda la verdad. Tenía que explicarles quiénes son, cómo usar

sus poderes especiales y, sobre todo, lo más importante: que es normal que no se sientan letradianos, porque no lo son.

—¿Qué va a pasar con mis hermanos? —le pregunté a Bárlok.

—Por ahora, están bien. Tu madre también. Ya sabe que estás acá con nosotros y que estás a salvo.

—¿Ya lo sabe? ¿Tan rápido?

—La intención era ir a buscarlos a todos, el día de tu cumpleaños. Cuando llegaron y tú te habías ido, los llevaron a ellos tres a un refugio en Letradia, por protección.

—¿Qué va a pasar con Nabuk y Dórbot? Quiero decir… cuando alcancen la mayoría de edad, a ellos también quizás les aparezca algún error en la máquina, algo que los ponga en el radar. Ahora que las cosas están más calmadas acá, ¿no podrían ir a buscarlos y traerlos?

—No lo sé… por ahora están protegidos. Y, de todas formas, los años que faltan para que algo pueda ocurrir con ellos son más de los que va a tardar en llegar la inminente revolución.

Tragué saliva y suspiré. Miré a los ojos a Bárlok y le pregunté lo que no quería:

—Voy a ser yo quien siga los pasos de mi padre, ¿verdad?

—¿Qué dice tu corazón?

Me quedé en silencio. Los dos sabíamos la respuesta.

Luego, él agregó:

—¿Podrías dedicarte a vivir en este paraíso sabiendo que en alguna parte del universo hay humanos sometidos en contra de su propia voluntad? No uno, ni dos. Cientos. Millones. ¿Podrías?

No. No podría. Lo sabía él, lo sabía yo y lo había sabido siempre mi padre. Que tenía un espíritu de eterna lucha y que jamás viviría tranquila en donde no existiese la libertad. La pasión por la Historia y los conocimientos necesarios para llevar adelante una revolución me los había inculcado él, pero la devoción por la libertad venía con los genes; no solo en los genes de mi familia, sino en la matriz misma de la construcción humana, desde el comienzo de los tiempos.

En cualquier planeta en el que existan humanos, siempre va a haber opresores, gente oprimida, gente libre que haga oídos sordos y gente

libre que luche en contra de los opresores por liberar a los oprimidos. Y era en este preciso lugar y en este preciso tiempo que yo estaba descubriendo la verdadera razón de mi existencia. La razón… por la que iba a estar dispuesta a dar mi vida.

Llevé mis ojos al suelo un instante y luego levanté mi cabeza hacia el horizonte. Asentí varias veces para adentro. Era real. No había vuelta atrás.

Bárlok me estudiaba con atención. Sus ojos brillaban y casi pude verle una sonrisa dibujada en el rostro. Una sonrisa de satisfacción, como diciendo: "Tenemos un nuevo líder. ¿Cuándo arrancamos?". Un nuevo líder… qué absurdo sonaba, qué extraño.

—Ven, quiero mostrarte algo —dijo Bárlok, y se puso de pie.

Me levanté con él, sintiendo de pronto una fuerza interior que no terminé de comprender de dónde venía. Continuamos caminando hasta que a unos cien metros quizás —era difícil calcular distancias con una luz que todo el tiempo parecía acercar y alejar las cosas— vi una construcción imponente aparecer frente a nosotros. Era como un espejismo, un holograma. Estaba hecho de un material traslúcido que solo se veía nítido desde cierto ángulo. Me agarré la cabeza, algo mareada.

—Ya te vas a acostumbrar —dijo Bárlok.

—Espero que no se me acabe el tiempo antes y desaparezca —le dije. Era una verdad ineludible que yo en Bosonia tenía los segundos contados.

Entramos en el edificio y enseguida comprendí que se trataba de un museo. Solo había estado presente en uno la vez que fuimos de excursión al Museo Histórico de Baiser. Quedaba a diez cuadras del colegio, así que no era una "excursión". Y además, no era ni la mitad de grande de lo que era este lugar. Sin embargo, no fue eso lo que más llamó mi atención, sino las fotos y los cuadros que había colgados en las paredes y las esculturas apoyadas en el suelo. Miles de fotos de mi padre en diversas situaciones se agolparon delante de mis ojos y me sentí tan abrumada que no pude frenar las lágrimas que vinieron a continuación. Y no eran solo las fotos, sino esos dibujos que veía enmarcados y ubicados en la gran sala. Dibujos que yo misma había

visto hacer a mi padre y también otros que yo misma había hecho. Cosas que creí que se habían perdido en el tiempo al pasar los años. Pequeñas obras, en su mayoría de caballos, que cada tanto le regalaba a mi padre y que pensaba que él guardaba o extraviaba, estaban exhibidas acá como arte. Y otros dibujos de mis hermanos, y fotos, muchas más fotos de nosotros. Parecía como si alguien me hubiera puesto un arma en la cabeza y hubiese disparado, desparramando mi cerebro, mis experiencias y mis recuerdos en las paredes de este lugar. Hasta las cosas que solía escribir en mi diario estaban plasmadas en las paredes, réplicas exactas a gran tamaño de mi propia caligrafía. Este lugar me había desnudado en cuerpo y alma y cada vez me resultaba más difícil respirar.

Me dejé caer en el suelo y seguí llorando. Por todas las cosas que habían sido, por las que habían marcado mi vida, mi persona y me habían forjado el alma. Ver esas fotos me hizo extrañar a mi padre y a mis hermanos como nunca. Incluso ahora, luego de las palabras de Bárlok acerca de mi madre, también comencé a extrañarla a ella. Todo lo especial que había querido sentirme en el colegio y en mis dieciocho años de vida, me llegó de golpe en ese instante avasallador. Todo estaba en ese museo. Incluso una línea de tiempo que marcaba cada uno de los acontecimientos importantes de la vida de mi padre.

Me levanté del suelo y me acerqué a leerla. Lo primero que hice fue buscar las fechas en las que, en teoría, había estado de viaje. De alguna manera, siempre supe que las palabras de Yem habían sido ciertas, más allá de su crueldad al decirlas. Aun así, necesitaba corroborarlo. Y sí. Ahí estaban. Todas las veces que mi padre fue arrestado y mantenido prisionero en la cárcel de la Central. Todas, hasta la última que, por intento de escape, acabó con su vida. Después, volví hacia atrás, hasta el día de mi nacimiento. Había una pequeña línea que asomaba hacia afuera con una foto mía de bebé y, a su lado, dos inscripciones. Mi nombre completo, Lily Fénix Brick, y mi código bosoniano, BF3644/4/3-1. Qué inmensa alegría me provocó de pronto ver mi propio código bosoniano. Era la confirmación de mis orígenes. No era que no los viniera sintiendo o que no creyera las palabras de Bárlok o las de Yem. Sin embargo, esa pequeña

corroboración fue lo que terminó de hacerme clic en la cabeza y completar mi ser en la seguridad de mi pertenencia a Bosonia. Luego, miré la fecha de nacimiento de mis hermanos y sus códigos, aunque me detuve más en sus fotos. Había olvidado lo hermosos que eran de pequeños. En algún lugar de mi interior, ese instinto maternal que siempre tuve con ellos me había hecho verlos siempre como bebés, pero, en mi memoria, se mezclaban sus rostros y cuerpos en las distintas edades, como si fuesen uno solo los bebés y los niños de doce años y todos los momentos en el medio. Ahora los veía congelados en cada etapa y eso le brindaba un orden a mi memoria que me tranquilizaba. Cuánto los amaba. Si no por el mundo entero, igual solo por ellos dos hubiera abrazado la causa de mi padre.

Luego de un largo rato en el que me di cuenta de que me había quedado sola dentro del museo, salí y vi a Bárlok sentado en el suelo, con las piernas cruzadas, la espalda recta y los ojos cerrados. Me acerqué y él abrió los ojos y me sonrió.

—Gracias —le dije—. Creo que ahora entiendo muchas cosas.

—¿Quieres ver el salón de Franz?

—¿El amigo de papá? Sí, claro. ¡Por supuesto! —le respondí, emocionada.

Quería saberlo todo acerca del hombre que había acompañado tan de cerca a mi padre. Ese hombre que él había considerado su mejor amigo.

Bárlok se levantó y juntos caminamos hacia el otro lado del museo. Las dos entradas estaban en lados opuestos de la construcción y eran iguales. Y, adentro, la distribución de cuadros, fotos y esculturas era muy similar a la de mi padre. También tenía Franz una línea de tiempo que marcaba los acontecimientos importantes de su vida. Comencé a recorrer las paredes, deteniéndome en las fotos en las que lo veía junto a mi padre. Luego, seguí avanzando por sus fotos personales. Había muchas con una mujer y en algunas otras se los veía con un niño en brazos. Seguí avanzando y recorriendo. La cara de Franz era siempre alegre y sus ojos y los de su mujer parecían brillar en todas las fotos. El niño, sin embargo, tenía una mirada seria y lejana, como si fuera un anciano en el cuerpo de una criatura. A

medida que lo veía crecer en las fotos, algo dentro de mí comenzó a hacer ruido. La forma en que su rostro iba cambiando del bebé al niño, luego al adolescente y al joven adulto me hicieron entrar en pánico. En la última foto quedé petrificada.

—¿Cómo se llama el hijo de Franz? —pregunté, sin poder sacar la vista de la imagen.

—Yem —dijo Bárlok—. Yem Rodz.

No lo podía creer. No podía lograr que esa información fuera más allá de lo que mis ojos veían y de lo que mis oídos acababan de escuchar. Seguí mirando la foto anonadada, sin reaccionar. Todos y cada uno de los instantes que había vivido en presencia de Yem se me aparecieron de repente como hologramas desquiciados. Comencé a hiperventilar. Yem… era el hijo… del mejor amigo… de mi padre. Yem era el hijo… de un hombre… tan revolucionario como mi padre. Yem estaba viviendo… para mantener en Letradia… lo que su padre… murió por destruir.

—Él… él… —intentaba hacer salir las palabras de mi boca, mientras señalaba la foto con el dedo, sin animarme a tocarla—. Él… está acá.

—¿Acá dónde? —preguntó Bárlok, levantando de pronto la voz.

—Acá en Bosonia… —dije, aún sin poder reaccionar—. Él es… el bosoniano… que está trabajando para la Central. Él es… el que me capturó y me quiso obligar a tocar la piedra.

Bárlok me tomó de los hombros y me dio vuelta para que lo mirase. Solo entonces logré salir un poco de ese estado idiota en el que había quedado. No podía hablar. Respiraba rítmicamente. Me mantenía en pie solo por los brazos de Bárlok que me sostenían, mientras en mi cerebro se repetían las palabras revolución, hijo, padre, Letradia, amigo, Central, exiliados, Bosonia…

Bárlok seguía mirándome, aunque noté que estaba tan estupefacto como yo y que nos estábamos enterando de la misma noticia. Luego, llevó su mirada a la pared y clavó los ojos en la misma foto en que me había fijado yo. Bajó los brazos y se quedó inerte, con una expresión de tristeza en el rostro que superaba a la mía de sorpresa. Supuse que por su mente estaba pasando la misma conclusión que por la mía; el hecho de que Yem fuera el hijo *traidor* de la revolución que Franz y mi

padre habían intentado llevar a cabo. Y supuse también que, al igual que a mí y a mis hermanos, a Yem estas personas debían sentirlo como un hijo.

Comencé a caminar en sentido inverso a la progresión fotográfica, viéndolo cada vez más pequeño sin poder creer que él fuera el enemigo de su padre y del mío. Ese adolescente, ese niño, ese inocente bebé… Sin embargo, si la última información me había dejado en shock, lo que vi ahí, en la línea de tiempo, en el día de su nacimiento, alcanzó para anular por completo mi cerebro y mis sentidos. Un agotamiento extremo, provocado por la más insólita de las vivencias, me cayó como balde de agua helada. Y fue suficiente. Sabía que tan solo me quedaban unos pocos instantes de consciencia antes de desmayarme. Los suficientes como para enfocar mis ojos por última vez en los datos que estaban al lado de esa primera foto de la vida de Yem. Su nombre completo: Yem Fermio Rodz. Y su código bosoniano: BM3627/5/20-1. Sí. El mismo que había impreso mi máquina algunos días atrás.

Capítulo 14
La Central de Bosonia

La luz intermitente que entraba por la ventana me estaba descolocando. Era algo nuevo. ¿Qué era lo último que recordaba? La plaza, el monumento, la nefasta verdad acerca de mi padre. Y esos hombres que habían evitado que me suicidara. ¿Por qué no me habían dejado morir?

Abrí los ojos y sentí las últimas dos lágrimas caer hacia los costados de mi rostro y terminar sobre la almohada. Cuando quise acercar la mano para limpiarlas, me di cuenta de que las tenía inmovilizadas. Me invadió la adrenalina. En una de ellas tenía pegada, con una sustancia gomosa extraña, la piedra con la que Lily y yo habíamos venido a Bosonia. Forcejeé para liberarme y, al no conseguirlo, intenté inútilmente salir del tiempo. No. No iba a tener éxito. Mi teoría se confirmaba. No podía haber más que dos realidades paralelas y, al estar en contacto con la piedra que había causado la conexión entre ambas, tampoco podía entrar y salir del tiempo aquí. Estaba más que claro que esa era la razón por la que me la habían pegado a la mano. Se estaban asegurando de que no escapase. ¿Quiénes eran? ¿Por qué me habían tomado prisionero? ¿Por qué habían actuado en contra de mi voluntad de morir?

Estaba en una habitación precaria, sin otro mueble que la cama a la que estaba atado. La luz bosoniana llenaba de frenéticos arcoíris el lugar. Recordé a mi padre y a esa terrible escultura. Todos los recuerdos de mi vida se vieron atravesados por una mentira. Una flecha disparada en la dirección del tiempo, apuntada a mi memoria. Suspiré. Ya no quedaba en mí la posibilidad de sentir aquella bronca y aquel fastidio que siempre me habían acompañado. No valía la pena. Qué gran mentira. No sabía quién era. No me quedaban fuerzas para pelearme con mi mente, con mi corazón o con el mundo. No quedaba

de mí nada rescatable. Un presente violento se había hecho de pronto cargo no solo del ahora, sino de mi pasado, demasiado obtuso como para dejar ir siquiera al incierto futuro. Y me azotaba como latigazos desgarradores, haciéndole deducir a mi consciencia que yo había colaborado con la muerte de mi padre. Una paradoja inhumana y desquiciada. Por seguir el ejemplo de letradiano modelo que me enseñó a vivir, por querer complacerlo a él viviendo una mentira, ni él ni yo supimos hasta dónde fue capaz de llegar mi perseverancia. Ideales. Sueños. Certezas. Todo fue a parar al campo de la incertidumbre. ¿Y yo? Vacío. La verdad se lo había llevado todo. Me dejó seco, indefenso y apático. Todo había sido una mentira. No podía confiar ni en las cosas que alguna vez había llegado a sentir. Ni siquiera sabía si el amor que sentí por Adhara había sido auténtico. Me daba asco todo. La vida, el mundo, los mundos, el tiempo, la memoria, mis aprendizajes. Ya no había preguntas en mí que fueran dignas de respuestas. Ya no existía un "¿para qué?" viable. Ya no importaba nada. Letradia, tal como la conocía, iba a dejar de existir. Y por primera vez en mi vida… ni siquiera eso me importó.

Escuché unos pasos al otro lado de la puerta y varias voces. Sonaba como si estuvieran discutiendo acerca de algo. Las sombras iban y venían. Vi que alguien abría la puerta y llevé mi mirada al techo. Un hombre muy corpulento, flanqueado por otros dos, ingresó en la habitación y se acercó a mí. Me quedé con la vista fija hacia arriba. De reojo pude ver que estaban vestidos con ropas viejas. Los tres me miraron en silencio.

—Así que este es nada más y nada menos que el hijo del famoso Franz Rodz —dijo el primer hombre, con una voz calma y soberbia, completamente pagado de sí mismo.

No le contesté. No lo miré. No tenía intención alguna de dejarme llevar por sus palabras. Estaba, sin lugar a duda, en inferioridad de condiciones. Aun así, me mantuve alerta, esperando.

—¿Quién hubiera dicho —siguió— que nos íbamos a encontrar con este golpe de suerte?

Los otros dos asintieron como idiotas, sonriendo.

—Tantos años buscándote, siempre escondido de las máquinas…

Viniste a caernos en las manos.

¿Escondido de las máquinas? ¿Qué estaba diciendo? Si ellas funcionaban a la perfección gracias a mis eternas noches en vela trabajando.

—Tu papito hizo un buen trabajo… mientras vivió.

La voz del hombre sonaba cada vez más perversa. Lo que él no sabía era que yo ya estaba más allá del bien y del mal, que ya no tenía ningún interés en mi padre, su revolución o su amistad con Alva Brick. Este hombre estaba intentando provocarme sin saber que, si él estaba a favor del sistema, tenía en mí un aliado, no un enemigo. Entonces lo miré, aunque sin emoción alguna. Nuestros ojos se encontraron en silencio.

—Quizás ahora sí podamos terminar con esto de una vez por todas —agregó.

No le respondí. No me generaba ningún temor que me obligasen a trabajar en pos de la paz de Letradia o en contra de la revolución de mi padre. No sería nada diferente de lo que venía haciendo hasta ahora. Aunque, de pronto, sentí a mi consciencia llamarme asesino. Otra vez. Asesino de un hombre que me había entrenado para ese fin.

—¿Dónde encontraste esa piedra? —dijo, mirando mi mano.

Me quedé en silencio y su puño se disparó derecho a mi mejilla. Me hizo vibrar el cráneo.

—No tenemos tiempo para que te hagas el ofendido —me advirtió —. Te recomiendo que colabores.

Me dio un poco de risa escuchar esas palabras. Este hombre era un jefe vaya uno a saber de qué o quién. Estaba actuando igual que lo hacía yo en la Central. Mantenía una postura jerárquica delante de los otros dos, aunque no tenía idea de nada. Y no creí que supiera que la hija de Alva Brick también estaba acá.

Volvió a prepararse para darme otro golpe, pero me adelanté.

—En un callejón —dije rápido, haciéndome cargo de las palabras de Lily.

El hombre se enderezó y esbozó una sonrisa con un solo lado de su boca, triunfante.

—¿En dónde? —preguntó.

—En Bélgora —respondí.

Los dos hombres de atrás se miraron entre ellos, confundidos. El jefe se mantuvo impávido. No podía asegurar si había creído mis palabras. De hecho, estaba casi seguro de que no se las había tragado. Yo no le había creído a ella tampoco. Una piedra bosoniana nada menos que en Bélgora, donde estaba ubicada la Central de mando del mundo entero, era algo más que peligroso. Me quedé en silencio, tratando de leer sus expresiones, algo temeroso de que volviera a golpearme. Quizás, lo mejor iba a ser confesarle que estaba de su lado, que no era necesario que me tuviera prisionero si lo que quería era mantener las máquinas funcionando. Aunque, todavía me generaba intriga eso de "terminar con esto de una vez por todas". Estaba acostumbrado al interrogatorio con exiliados, aunque en condiciones opuestas a esta.

—¿Vas a empezar a decirme la verdad en algún momento? —preguntó el hombre—. De una manera u otra, la voy a terminar sabiendo.

—Esa es la verdad —le dije, mirándolo a los ojos.

—Creo que sabes tan bien como yo que, si una piedra bosoniana apareciera en Bélgora, sería detectada por cualquier máquina.

Era cierto. Yo mismo me había encargado de colocarles a todas ellas un sensor de radiación bosoniana. No obstante, esa información, al igual que los datos que no era conveniente que la gente común supiera, iba a parar derecho a la Central. Y hasta donde este hombre sabía, yo era un exiliado más. Tal vez sería conveniente explicarle que yo trabajaba en la Central.

—Así es —arriesgué—. Yo fui quien obtuvo el dato y la fui a buscar.

Antes de que pudiera seguir explicándome, escuché las risas incrédulas de los hombres de atrás y el jefe volvió a golpearme. Sentí la sangre correr por la comisura del labio y me la limpié con la lengua. Era la primera vez en mi vida que un golpe me hacía sangrar. Como descendiente bosoniano, la vida en Letradia es como andar entre algodones. El fortalecimiento físico es solo una de las varias mutaciones genéticas que nos había provisto este planeta. Y como todo niño que va a la escuela, había tenido mis riñas. Sin embargo, siempre salía victorioso de ellas, porque un letradiano natural no

puede competir con esta fuerza o este intelecto. Otra de las razones que me habían hecho sentir siempre diferente. Recordé aquella vez en que le pregunté a mi padre por qué era yo tanto más fuerte que mis compañeros. Él me había esquivado la pregunta. Solo me dijo que siempre hubo niños más fuertes que otros y que yo había tenido la suerte de ser uno de ellos. Que no buscara pleitos y listo. No había sido necesario seguir sus instrucciones. Luego de dos veces que algún niño intentó pegarme y quedó sangrando en el suelo, me gané cierto respeto entre mis pares y fueron ellos quienes dejaron de molestarme. El hombre que ahora tenía enfrente era tan fuerte como yo y, por primera vez, sentí el dolor de un verdadero golpe.

Lo miré con una furia inconveniente, considerando mi situación, y le dije:

—Quizás para un insolente imbécil como tú, que se hace el duro mientras me mantiene atado, sea difícil mantener una conversación diplomática. ¿Por qué no me sueltas y te muestro yo también las cosas que sé?

Y el golpe vino ahora con la otra mano. Se ve que él también estaba acostumbrado a golpear nubes, porque pude ver en su expresión que le dolía tanto su mano como a mí el rostro. Giré la cabeza y le escupí sangre en el zapato gastado. No. No sabía nada. Este hombre no tenía la menor idea de lo que estaba pasando en Letradia ni en la Central. Iba a tener que cuidar mucho mis palabras. Si llegaba a decirle que era la mano derecha del emperador, iba a terminar desmayado a causa de un nuevo golpe. Curiosamente, el descalabro que había sentido mi cráneo me estaba ayudando a acomodar mejor las ideas. Seguir insultándonos no iba a conducir a nada. Tenía que decirle la verdad de alguna manera que fuese creíble. Yo estaba acostumbrado a ser como él, a actuar desde un pedestal en el que la única verdad que vale es la mía. Así que, sí, me estaba enfrentando con un hombre que no daría el brazo a torcer. Lo mejor que podía hacer, por lo pronto, era ponerme de su lado. No sabía bien si él estaba a favor del sistema o si era un anarquista común y corriente que lo único que quería era resguardar su propio pescuezo. De cualquier manera, estaba claro que no formaba parte del grupo revolucionario de Alva Brick y… de mi

padre.

—Creo que empezamos mal —le dije, en un tono más bajo—. Las cosas que pueda decirte, no vas a creérmelas hasta que las verifique en la práctica. Y para eso, vamos a necesitar una máquina.

El hombre me miró, aún sosteniéndose la mano dolorida con la otra. Luego miró a los otros dos, quienes le devolvieron una expresión temerosa. Me recordaron a los incompetentes de Dukstor y Moravian, y entonces noté que iba a llevarme bien con el hombre que me había golpeado. Que él estaba tan acostumbrado como yo a tener que ser paciente con gente a la que el cambio le generaba inconmensurables dosis de pánico. Y también, que ya estaba harto de tener que hacerlo.

El hombre asintió y los otros dos se acercaron a mí y me desataron.

—No hagas nada estúpido —dijo el jefe. Su tono era definitivo.

Era obvio que no iban a liberarme de la piedra, así que lo único que podría haber hecho, que era salir del tiempo, dejaba de ser una alternativa. Estaba claro que no iba a enfrentarme con tres personas tan fuertes como yo, pero mucho mejor entrenadas en combate. Yo no era bueno para eso y tampoco era tan idiota como para no comprender mis desventajas. Esa era la solución. Tenía que hacerme amigo del jefe. Y para eso, iba a tener que ponerlo en contra de sus propios súbditos. Divide y reinarás. Viejas enseñanzas. Siempre útiles. Me puse de pie y los dos lacayos dieron un paso hacia atrás, al ver que yo era tan alto como su líder. El otro se quedó quieto y nos miramos a los ojos.

—Yem Rodz —le dije, extendiendo mi mano libre.

Él la observó de reojo, sin moverse.

—Ya sé quién eres —me escupió.

Dio media vuelta y salió caminando de la habitación. Los otros dos me empujaron para que me pusiera en marcha y no perdiera el paso. La luz intermitente del sol me dio de lleno en el rostro y tardé en acostumbrar la vista. Cuando lo hice, el nuevo espacio verde me hizo estremecer. Bosonia era un planeta demasiado hermoso como para albergar a parásitos como nosotros, la especie humana. Era imposible acostumbrarse a tanta cantidad de belleza; sin embargo, éramos animales de costumbre. Los tres hombres que caminaban conmigo ya

no veían nada asombroso en Bosonia e imaginé que yo tampoco tardaría mucho en dejar de admirarla. Así habíamos hecho con la Tierra al punto de conducirla casi hasta su exterminio. Y ahora que un nuevo planeta había aparecido, sus habitantes también lo concebían como una propiedad privada que puede ser ultrajada de puro gusto. Humanos. Eso éramos. Más fuertes e inteligentes gracias a Bosonia, e igual de inservibles que nuestros antepasados. Y este jefecito que ahora caminaba delante de mí era de la misma calaña que yo. Estaba acostumbrado a hacer cualquier cosa por mantener en pie su propia verdad. Seguro iba a terminar cometiendo algún error. Si algo había aprendido yo era que, rodeado de incompetentes, tarde o temprano las cosas se van de las manos.

Recordé el monumento de mi padre con Alva Brick y confirmé la necesidad de asociarme con este hombre. Pero tenía que ser cauteloso; muy cauteloso. El más mínimo error, y más temprano que tarde, iba a terminar golpeado de nuevo. Además, ellos contaban con una ventaja que yo no tenía: sabían mucho más acerca de mi padre. Y el hecho de que fuera su hijo, lejos de entregarme un arma, me ponía en peores condiciones. Siempre iba a tener ojos observando cada uno de mis movimientos. Maldita fama. Aproveché la caminata para tramar una estrategia. Tenía que cuidar mucho mis palabras. No iba a poder jugarla de ignorante. Era obvio que no iban a creer la verdadera versión de los hechos. Incluso a mí, aún me costaba trabajo creerla. Sí, claro. Yo, un inocente letradiano más, viviendo una vida de ignorante mientras mi padre se dedicaba a idear planes para destruir el sistema. O peor: yo, trabajando en contra de mi propio padre. No sabía qué decirle al hombre que ahora caminaba decidido delante de mí. Quizás, lo mejor iba a ser esperar a ver qué hacían ellos.

Caminamos por esa llanura verde hasta que llegamos a una construcción gigante y extraña. Las paredes parecían holográficas y solo se veían nítidas desde un ángulo particular. En la puerta, el jefe salió del tiempo y enseguida nos abrió del otro lado. Uno de los hombres me empujó para que avanzara y entramos. El lugar era amplio, con techos muy altos y máquinas letradianas por todos lados. Se escuchaba el murmullo constante de los motores y comprendí que

estaban queriendo reproducir de alguna manera la Central. Me sentí como en casa. Estos hombres no tenían ninguna necesidad de mantenerme prisionero. Llegamos frente a una máquina que era un poco más grande que las demás. El jefe introdujo algunos códigos en ella y luego se hizo a un lado. Los otros dos hombres me empujaron y me colocaron enfrente. El cursor esperaba intermitente sobre la pantalla negra. Dentro de mí se dispararon unas ganas voraces de explorarla, investigar qué tan fiel era al resto en Letradia, qué tipo de conexión tenía con el otro planeta. No obstante, me mantuve quieto y en silencio. Asociarme con el jefe era una buena idea, pero tener libre acceso a las máquinas era aún mejor. Aunque sabía que eso estaba lejos de ocurrir. Estos hombres no iban a dejarme de ninguna manera solo con una.

—¿Y bien? —dijo el jefe, mirándome.

—Y bien, ¿qué? —repregunté.

—Muéstranos lo que dices que sabes.

Demasiado rápido. No sabía qué hacer. No sabía qué mostrarle y qué no. Preguntas. Sí. Eso me iba a ganar un poco de tiempo.

—¿Estas máquinas están conectadas con las de Letradia?

El hombre me miró en silencio un instante. Estaba cuidando sus palabras tanto como yo.

—Dímelo tú —dijo.

Levanté las manos. Iba a ser bastante tosco trabajar con una sola libre. Lo miré con un gesto suplicante.

—Ni lo sueñes —dijo, casi soltando una sonrisa.

En mi mente no paraba de hacerme preguntas. No sabía si era mejor decirle que yo no era un enemigo, qué revelarle, qué no. No estaba acostumbrado a lidiar con estas situaciones sobre las que no tenía control alguno. Suspiré y con mi única mano libre, la más inútil de las dos, en mi caso la derecha, empecé a investigar la máquina. Me fui directo al área de comunicaciones, para ver si, en efecto, tenía alguna relación con las de la Central en Letradia. Coloqué unos cuántos códigos que me fueron dando acceso cada vez mayor a sectores cada vez más privados. De reojo, podía ver la cara del jefe, entre sorprendido y temeroso por la rapidez con la que yo me iba abriendo

camino en el laberinto intransitable de su procesador. Debo admitir que cuanto más adentro iba, más adrenalina me corría por las venas. Sería fantástico que estuviesen conectadas en ambos planetas. Sin embargo, en un momento determinado, cuando intenté establecer comunicación con la Central de Letradia, se colgó un instante y la oí hacer el mismo odioso ruidito que había hecho la de mi oficina cuando coloqué el código de Lily. Ese chirrido insolente que había acabado con mi vida tal y como la conocía. Ese sonido perverso que, con su tenue voz, gritaba que los días de Letradia bajo este sistema de funcionamiento estaban contados, estuvieran con vida o no, tanto Alva Brick como mi padre. El sutil rugir… del virus Aquiles. Y por supuesto, detrás, la palabra "error" dibujándose letra por letra en la pantalla. Me resultaba increíble ver en un aparato que no había tocado en mi vida, en un planeta al que jamás había accedido, el núcleo de procesamiento que yo mismo había diseñado en Letradia. No había ningún error. Esas máquinas no se equivocaban. Yo no me equivocaba. Sin embargo, acá estaba, a millones de años luz de casa, viendo cómo Alva Brick seguía adelantándose a mis ilusiones y haciéndolas pedazos. Cada vez que estoy a punto de tocar el cielo con las manos, se aparece delante de mí como un fantasma, me pega una cachetada y se va. Y no es siquiera un golpe. No necesita ninguna fuerza. Es una brisa. Insolente. Desubicada. Imbatible. Me sopla y me derrumba como a un castillo de naipes.

Me alejé un paso hacia atrás negando y sonriendo. Y, sí. ¿Qué más podía hacer que sonreír? Tengo que darle crédito a Alva Brick. Al menos, jamás deja de sorprenderme. Miré al hombre, haciéndome el desentendido. Yo había jugado una carta que le había revelado que sabía, si no lo suficiente, al menos bastante. Era su turno de jugar. *Quid pro quo*. Sin embargo, se quedó mirándome, sin intención alguna de bajarse de su pedestal de poder.

—Hasta ahí llegamos todos —dijo.

Negué con la cabeza, dándole a entender que, si estaba esperando algo más de mí, en especial relacionado con el virus Aquiles, no iba a poder obtener demasiada información. Y me asusté. Porque su incredulidad iba a terminar convertida en golpe y dándome en el

rostro una vez más. Claro… mi padre, artista del virus y yo, su propio hijo, un ignorante de su funcionamiento. Era bastante inverosímil. Me puse en guardia. No sabía qué pretendían estos hombres, y no quería que me golpearan de vuelta.

—¿A esto te referías con "ponerle un fin a todo esto"? ¿Tú crees que yo puedo anular de alguna manera el virus Aquiles? Están perdiendo el tiempo.

—¿No puedes o no quieres? —amenazó.

Hubieran sido tan diferentes las cosas si yo pudiera entender ese maldito virus.

—¿Tú crees que si yo supiera algo sobre el virus Aquiles estaría en este momento acá con ustedes, prisionero? —le dije, mostrándole la piedra pegada a mi mano.

Se quedó callado. No me creía. Su rostro expresaba que cualquier cosa era posible.

—Tampoco me parece necesario que me tengan prisionero —arriesgué. Esta situación me estaba tensionando demasiado como para no retomar el control—. No sé qué clase de información tienen acerca de mí, de mi padre o de la revolución, pero pueden quedarse tranquilos, que yo no estoy intentando seguir sus pasos.

Se miraron entre ellos. Si bien no iba a ser fácil convencerlos, al menos estaba implantando algo de duda.

—Por más irreal que parezca, mis padres me criaron como un letradiano más —agregué.

Me acerqué y puse mi código bosoniano en el motor de búsqueda. Acto seguido, se imprimieron los resultados que ya conocía de memoria acerca de mi vida. Nada extraño. Corté el papel y se lo entregué. Curiosa fue la risa repentina de los tres que vino a continuación.

—¿Me estás tomando por idiota? —dijo el jefe.

—No entiendo —respondí. Era la verdad.

—¿En serio piensas que si fuimos capaces de construir todo esto no vamos a saber algo tan elemental como tu verdadero código?

Me quedé en silencio, anonadado. Ahora sí que estaba perdido. ¿Qué habrá querido decir con "tu verdadero código"? Negué en

silencio, sin saber qué decir. Sentí que toda mi capacidad para elaborar una estrategia se había esfumado. Ya no sabía qué hacer. Ahora más que nunca me daba cuenta de que no sabía nada. No tenía idea de nada que se relacionara con mi vida o con mi padre. Nada. Un nuevo vacío me invadió. Un vacío igual al que sentí cuando abrí los ojos en esa habitación y me di cuenta de que estaba prisionero. Era ese mismo vacío el que ahora amarraba mis cadenas, no estos hombres. Mi jaula era la ignorancia. Supe entonces que lo mejor iba a ser bajar la guardia y aceptar cualquier cosa que quisieran hacer conmigo. Tenía que decirles todo lo que sabía y de qué manera había vivido esta mentira. Ya no me importaba si me creían o no. No era dueño ni de mi fecha de nacimiento. No era nadie. No era nada.

Me encogí de hombros y comencé a decirles lo que sabía.

—Te dije que mis padres me criaron como un letradiano más. Y, al igual que todos ellos, viví una vida de ignorante.

Las palabras comenzaron a salir de mi boca, mas no era yo quien las pronunciaba. El vacío que paradójicamente había llenado mi ser manejaba ahora la situación.

—Cuando me casé y me fui de casa, empecé a trabajar para mejorar las máquinas, siempre creyendo que lo hacía por el beneficio de la Humanidad. Me criaron, me educaron y me alimentaron en una vida letradiana y me convencieron de que eso era lo mejor que podía pasarle al mundo. No sabía que mi padre, en secreto, planeaba su destrucción. Ni siquiera lo escuché alguna vez hablar de Alva Brick como algo más que un mito. Había en su tono, cada vez que lo mencionaba, un cierto dejo de admiración, sí, aunque, en nada diferente a la manera en que los ojos le brillaban cuando se refería a los exiliados. Siempre me había resultado extraño que hablara de ellos con tanto énfasis, mientras seguía las instrucciones habituales de alimentación y rutina que le indicaba la máquina.

Hice un silencio. Recordé el monumento. Cerré los ojos y sonreí con tristeza. Estaba ahora tan claro. Aún me costaba entender que esa fantochada de vida letradiana que vivíamos tenía que ver con mi protección. A la vez, no encontraba otro motivo por el que él obrara de esa forma.

—No sabía nada —continué, notando la vibración de la angustia en mi voz—. No tenía la menor idea de que mi padre formaba parte activa de la revolución.

Los tres hombres se miraron en silencio. Miré al jefe a los ojos y los noté inquietos, llenos de dudas. Ninguno habló.

—Fue recién cuando llegué a Bosonia y me encontré con el monumento de la plaza que la verdad me azotó un duro golpe. Ustedes me vieron. No puedo verificar mis palabras para conseguir que las crean, pero puedo asegurarles que la desesperación con la que estaba lidiando era genuina.

»La primera vez que toqué esta piedra me encontré con mi mujer. Ella falleció hace tres años. ¿Cómo es eso posible?

Hice silencio y tragué saliva. Si seguía hablando, iba a terminar llorando. Aunque, a decir verdad, ya ni siquiera eso me importaba. Ellos volvieron a mirarse. Los dos lacayos estaban incómodos. Una situación fuera de lo previsto. Pánico inminente. Incompetentes. El jefe, por su parte, si bien era lógico que encontrase mis palabras ridículas, mostró en su expresión que las creía, o, al menos, que estaba dispuesto a considerarlas.

Asintió y me miró.

—No me sorprende —dijo, en un tono radicalmente más amable—. Alva Brick hizo lo mismo con sus hijos.

Me aproveché de la guardia baja del hombre y le solté una mentira que fortaleciese mi nivel de ignorancia. El plan era perfecto. Recién ahora me daba cuenta de ello. Convencerlos de que era ignorante me iba a dar ventaja. Él iba a terminar confesándome algunas cosas valiosas.

—Alva Brick no tuvo hijos —dije, seguro de mis palabras falaces.

El jefe levantó las cejas y negó. Lo miré con una cara de hipócrita incomprensión y esperé.

—No lo puedo creer —dijo.

—¿Qué cosa?

—Es imposible y la vez… tan… coherente.

Nuevo silencio de mi parte. Estaba funcionando. El hombre me miró. Pude leer en su mirada que estaba cayendo en la trampa de mi

ignorancia. Bien. Al menos para algo me servía.

Se acercó al aparato y me hice a un lado para dejarlo trabajar. Vi cómo colocaba el código bosoniano de Lily y la máquina empezaba a trabajar. Arrojó los mismos datos que había visto yo en mi oficina y una vez más oímos el tenue rugir del virus Aquiles. Cortó el papel que imprimió y me lo entregó bajando la mirada, como si me estuviera revelando verdades imposibles que yo no podría creer jamás. Exactamente esa fue la expresión que mostré al leerlo.

—No —dije, actuando con mi mejor cara de desconcierto—. No puede ser.

Leí el papel varias veces, negando con mi cabeza.

—Tiene que haber un error —agregué.

Miré la pantalla con los datos aún activos en ella y los comparé con el papel.

—Es imposible —insistí. Y recordando la primera impresión que tuve cuando vi la carpeta con sus datos frente al emperador, agregué —: No puede ser que nunca haya salido en las máquinas.

—El virus Aquiles —dijo el hombre. Y casi pude notar en su tono de voz la repentina compasión que estaba sintiendo hacia mí.

Lo miré y tragué saliva.

—Actuaron de la misma forma —dijo el hombre.

—¿Qué quieres decir?

—A ella y a sus hermanos también los mantuvieron en la ignorancia de su verdadera existencia. No tienen la menor idea de quién fue su padre en realidad.

Me quedé en silencio. Imaginaba a mi padre junto a Alva Brick tramando estrategias en privado, organizando boicots, creando y mejorando el virus Aquiles, y luego… volviendo a sus hogares disfrazados de inocentes ovejas, viviendo una vida letradiana de lo más normal. No me costaba tanto trabajo mantenerme en el rol de ignorante que tan bien estaba convenciendo a este hombre; después de todo, las cosas se habían dado demasiado rápido.

—Incluso ahora, que te tengo enfrente —siguió diciendo—, y puedo ver hasta dónde fueron capaces de llegar en su estrategia, comienzo a creer que el virus está actuando mucho más de lo que pensamos. Que

las opciones de emparejamiento de Lily fueron programadas por el virus para que tarde o temprano ustedes dos se conocieran.

Ahí sí que me perdí. La expresión de desconcierto era ahora más real que nunca. El hombre señaló la pantalla en la parte donde estaban las opciones de emparejamiento de Lily y dijo:

—Ese es tu verdadero código bosoniano.

Capítulo 15
Los troyanos

No. Imposible. No puede ser. No es cierto. Es demasiado. Una tras otras, aparecieron de golpe en mi cerebro las negaciones y, una tras otra, mi lógica las iba exterminando. Porque muchas cosas imposibles habían ocurrido desde esa mañana en la que comenzó el caos. Una tras otra, mis teorías se fueron machacando, mis esfuerzos se fueron volviendo obsoletos y mi tiempo se convirtió en perdido. Comencé a caer en la cuenta de que, si Alva Brick se me había adelantado en todo, ¿cómo iba a sorprenderme que continuara haciéndolo aun después de muerto, ahora que sabía que había tenido de aliado a un hombre no solo tan inteligente como él, sino, además, mi propio padre? Por eso habían logrado hacer siempre lo que quisieron. Al mantenernos en la ignorancia tanto a Lily como a mí, nos obligaban a ser siempre auténticos y a tener siempre a la vista nuestras virtudes y nuestras debilidades.

Obraron en consecuencia. Mi padre sabía mucho más acerca de mi naturaleza que yo mismo. Y estoy muy seguro de que lo mismo ocurría con Alva Brick y su hija. Ella tenía un espíritu revolucionario indomable, no cabía duda de eso. Y él se encargó de transmitirle los conocimientos pertinentes de las experiencias de los antiguos, mientras la mantenía dentro de una cajita de cristal que alimentase, junto con su fortaleza, también toda su delicada inocencia. Había hecho un trabajo perfecto. Ella iba a tomar las riendas de la revolución algún día y ¿qué mejor que un líder tan fuerte como compasivo? No era solo la destrucción de un mundo lo que estaban planeando, sino la construcción de uno nuevo en manos de gente justa. ¿Y yo? ¿Qué habrá visto en mí? ¿Para qué me habrá incitado mi padre a estudiar las mismas cosas que su gran amigo, a interesarme por los mismos temas? ¿Qué clase de virtudes y debilidades habrán

visto en mí? Me gustaría tenerlo enfrente ahora y hacerle esa pregunta. Quizás, me hubiera ayudado a descubrir mi destino. ¿Para qué me hizo amar tanto Letradia? ¿Por qué, si tarde o temprano esperaba que lo sucediera en la revolución? Y Lily... Ahora no puedo sacarla de mi mente. Programados por un maldito virus para conocernos tarde o temprano. ¿Cómo iba a hacer para encontrarla, para descubrirla, a ella y a toda la verdad, si no tenía el más mínimo dato acerca de mi vida? ¿Hasta qué punto fueron capaces de programar nuestros destinos? ¿Habrán organizado esto también, que estemos los dos acá, ahora, en este espacio y en este tiempo, conectados por la misma piedra? Era imposible. Y a la vez, con cada situación nueva que vivía, me daba cuenta de que no había límites para mi capacidad de subestimar a estos hombres. En mi mente no dejaban de formularse mil teorías, mil posibilidades de acción. A la vez que tenía la violenta necesidad de ponerme en marcha, algo adentro también me mantenía estático, impávido, anonadado. Por fortuna, no necesitaba mentir demasiado delante de estos hombres el desconcierto que me había invadido al escuchar la última declaración del jefe. Los tres seguían mirándome en silencio. Yo no me podía mover. Mi cerebro estaba al borde de estallar. De pronto, lo único que podía pensar era que estuve a punto de entregarles en bandeja a los líderes de la Central de Letradia a la hija de uno de los dos responsables de la revolución. Yo. Yo iba a entregarla, en mi ignorancia. Yo. Nada menos que el hijo del otro revolucionario. Empecé a atar cabos. Comencé a imaginar las reuniones entre los dos amigos, hablando de nosotros y de la mejor estrategia para sucederlos en la revolución; contándose las mutuas anécdotas de nuestros aprendizajes. Satisfechos, seguro, con la facilidad y rapidez que tanto ella como yo demostrábamos. Recién ahora me doy cuenta de la verdad. Recién ahora entiendo que este caos fue gracias a la más simple de las razones: ninguno de ellos pensaba estar muerto a esta altura.

—Creo que la situación se les fue un poco de las manos —le dije al jefe, esta vez con honestidad.

El hombre me miró. Pude notar que también en su mente se habían

desatado unas cuantas dudas. Agregué:

—Creo que contaban con seguir vivos cuando este momento llegara, para explicarnos cómo eran en verdad las cosas, tanto a ella como a mí.

Él levantó las cejas, entre resignado y sorprendido. Nos mantuvimos en silencio un instante mirando la pantalla. Al ver mi verdadero código, no hacía más que seguir confirmando lo poco que yo sabía acerca de la revolución, de mi padre y de mí mismo. Por lo pronto, ahora que habíamos llegado con este hombre a una tregua, tenía que aprovechar para sacarles información. Tenía que saber si ellos sabían que Lily también estaba acá. Y lo más importante: tenía que encontrarla y explicarle todo esto. Tenía que decirle que yo había vivido una mentira tan grande como la suya. Sí, y tenía que pedirle disculpas una vez más.

—¿Hay más gente en Bosonia? —arriesgué. Parecía una buena primera pregunta para llegar a las respuestas que estaba buscando.

—Sí. Bueno… no como nosotros. Aunque hay otros grupos.

—¿Quiénes vendrían a ser "ustedes"?

—Los que estamos hartos de que nos rompan las pelotas.

Claro. Con eso quería decir que eran los que deseaban destruir las máquinas para que dejaran de regularlos. No estaban interesados en levantarse en insurrección. Eran del grupo que buscaba la manera de poder quedarse para siempre en Bosonia, sin necesidad de estar conectados a una piedra.

—¿Qué pasó con la guerra?

—Se agotó —me respondió.

—¿Cómo que se agotó?

—Fue mayor la desesperación individual de las personas por seguir viviendo una vida larga que el pánico generalizado, y la mayoría terminó quitándose la vida. Otros tantos murieron de causas naturales hasta la extinción.

El hombre hablaba con una tranquilidad terrible. Se ve que, para ellos, era historia vieja y conocida, de la misma forma en que yo miles de veces leía en los libros de Historia de los Antiguos las masacres, las guerras, los holocaustos y exterminios, como si fueran una ficción, por

el tiempo que había transcurrido en el medio. Al menos, podía quedarme tranquilo de que Lily no estaba en peligro; al menos, no de que la obligaran a procrear. De cualquier otro peligro, no tenía la menor idea. Solo agradecí que no hubiera corrido con mi misma suerte, porque no sabía qué le harían estos hombres si llegaran a secuestrarla. ¿Dónde estaría? Quizás vagando por las calles de la ciudad. Si no sabía cómo entrar y salir del tiempo, muy lejos no iba a llegar. Tenía que ir a buscarla. Tenía que librarme de estos hombres y encontrarla donde fuera que estuviese. Sí, tenía que seguir indagando. En algún momento, iban a darme la respuesta que necesitaba.

—¿Y los otros grupos que están aquí? ¿Quiénes son?

—Los sucesores de Alva y Franz.

Todavía me golpeaba el alma y el cuerpo oírlos hablar con tanta naturalidad de mi padre y Alva Brick como hermanos, como entidad.

—Y ellos, ¿qué hacen aquí?

—Lo mismo que nosotros, por razones diferentes. Evitan que les rompan las pelotas, mientras encuentran la forma de destruir las máquinas de Letradia.

—¿Y por qué no trabajan juntos?

—Tenemos diferencias de criterio en los… métodos… para alcanzar el fin —dijo, con orgullo. Miró a sus compañeros y ellos sonrieron asintiendo.

No les importaba nada más que hacer mierda todo. Si llegaban a la Central antes de que alguien de adentro se diera cuenta de lo que estaba pasando en la sala blanca, tanto Lily como yo terminaríamos aplastados por el derrumbe. Ahora que sabía de la existencia de esta otra gente, la respuesta que estaba buscando había llegado. Ellos me ayudarían a encontrar a Lily, sin lugar a duda. Si estaban siguiendo los pasos de mi padre, estarían al tanto también de mi ignorancia respecto de mi propia vida en Letradia y me perdonarían.

—¿Saben dónde están? —pregunté, con la misma cara de inocente que antes.

El jefe me miró y se quedó estudiándome. Estaba haciendo demasiadas preguntas. Tenía que tener cuidado. No estaba lidiando con los limitados coeficientes intelectuales de Letradia. Este hombre

era inteligente y estaba entrenado para reconocer mentiras. Cambié de tema.

—Me pregunto qué hace ese monumento gigante aquí en Bosonia, si presenta tanto peligro para ustedes.

El hombre me miró un instante más. Luego, pestañeó y volvió a bajar la guardia.

—No es peligroso para todos. Los troyanos construyeron el monumento en Letradia y algunos llegaron acá a través de él.

—¿Los "troyanos"? ¿En serio les dicen troyanos? ¿Y qué van a hacer, invadir la Central en un caballo de madera?

Ya me imaginaba a Alva planeando su estrategia en relación con la Historia de los Antiguos… los verdaderos antiguos. Miré al hombre con una sonrisa, aunque él me devolvió desconcierto. Dejé de sonreír. Claro que no me iba a entender. No todos sentíamos pasión por la Historia. Menos, un grupo de anarquistas de mierda. En mi interior sentí la satisfacción recorrerme el cuerpo. Este hombre me acababa de decir lo único que necesitaba saber. Si los troyanos habían venido a Bosonia tocando ese monumento, no iban a estar lejos de ahí. Ya sabía lo que tenía que hacer. Ahora, solo restaba despegarme esta piedra de la mano, escaparme fuera del tiempo y encontrarlos. Tenía que planear una estrategia y tenía que hacerlo pronto.

Capítulo 16
Maldito espía

—¿En qué parte de Letradia estás conectado? —me preguntó el jefe.

Menos mal que él empezó a hacer las preguntas porque, con una meta de pronto tan clara, yo ya no quería estar más ahí; no tenía un segundo que perder. Me estaba impacientando y, en cualquier momento, ese hombre se daría cuenta.

—En mi casa —mentí—. La máquina de mi oficina en la Central me informó que estaba captando radiación bosoniana y salí a ver de qué se trataba. Cuando la encontré, la llevé a mi casa. Pensé en estudiarla yo primero antes de entregársela al emperador. Así que acá estoy.

Bueno, una parte era mentira y otra parte era verdad. Eso mismo habría hecho de haber encontrado la piedra por casualidad.

El hombre asintió con una leve sonrisa.

—Todavía no puedo creer que trabajes para la Central. ¿Cómo has hecho para que el emperador no sospeche nada?

—Es fácil engañar a otros si, en el proceso, te estás engañando a ti mismo también.

—Muy cierto —afirmó, y levantó las cejas, aún sorprendido—. ¿Qué diría tu padre si se enterara? ¡Ja! ¡Qué vuelta de tuerca!

A mí no me causó ninguna gracia. Me quedé en silencio, sin saber qué decir.

—¿Sabe alguien que estás en tu casa? ¿Esperabas a alguien?

—No. Tengo una vida bastante solitaria fuera de la Central.

Lo que decía era cierto. Y me había dado cuenta de que cuando me autocompadecía, este hombre bajaba la guardia un poco. Tenía que usar a mi favor todas las herramientas que pudiera para escapar de ahí.

—Ok. Eso nos va a dar un poco de tiempo.

—¿Un poco de tiempo para qué?

—Para que me enseñes lo que sabes de estos artefactos, para poder destruirlos.

Me quedé en silencio y tragué saliva. Estaba clarísimo que yo no podía, de ninguna manera, decirle a este hombre lo que sabía. Si él aprendía lo suficiente e intentaba destruir las máquinas de Letradia, el emperador no iba a tardar demasiado en tirar abajo la sala blanca para encontrarme. El hecho de que tanto Lily como yo saliéramos con vida de esa sala era una cuestión de quién llegara primero.

—Ya lo has comprobado con tus propios ojos. No puedo ir más allá del virus Aquiles —dije, para escapar por la tangente—. Créeme que tratamos de averiguarlo, pero Alva Brick siempre estaba un paso delante de nosotros.

Si tan solo él supiera lo que yo sufría día a día por eso.

—Y tu padre —agregó, con una sonrisa cínica. Víbora ponzoñosa.

—Sí, y mi padre.

—No importa. De todas maneras, puedes brindarnos mucha información acerca del funcionamiento general de la Central. Tener a alguien que la conozca tan bien por dentro es una ventaja con la que no contábamos.

Mierda. Las cosas estaban pasando demasiado rápido. No podía terminar de definir qué me convenía contarle y qué no. Tenía que empezar a descartar las cosas que NO le iba a decir, como la existencia de la sala blanca o la absurda teleportadora. Tampoco le iba a contar acerca del laboratorio central y que su excelente funcionamiento había sido gracias a mi colaboración; eso implicaría también brindar la información de que sé cómo hacer para destruir el sistema. Si sabía cómo perfeccionarlo era porque conocía sus debilidades. Tenía que mantener un perfil bajo.

—Bueno, el emperador no me sacaba demasiado los ojos de encima. Siempre me asignaba gente para “asistirme” en mis tareas, aunque yo sabía que eran espías para controlarme. Así que tampoco era tanto lo que conocía de la Central.

Una mentira, por supuesto. Tenía en mi mente los planos de cada uno de los diecisiete pisos que integraban ese edificio, de cada sala, de cada rincón. Yo mismo me había encargado de perfeccionar el sistema

de seguridad.

—Todavía no entiendo cómo fue que el emperador te dejó trabajar ahí en primer lugar.

—A pesar de ser un letradiano, no es ningún idiota. Y sabía que yo podía ofrecerle conocimientos que sus empleados no. Por supuesto que nunca pude hacer demasiado, ya que, en el momento en que dejaba de entender mis ideas, se cerraba como un necio y me decía que no. Su paranoia se calmó un poco cuando me emparejé con una letradiana, cuando fueron las máquinas las que le demostraron que yo no presentaba ningún peligro.

El hombre asintió. Me estaba creyendo, aunque todavía faltaba mucho para que me despegara la piedra de la mano. Aún no entendía qué era esta especie de pegamento encintado que me rodeaba la mano; cada vez que intentaba tocarlo, se abría hacia los lados como mercurio, como una especie de metal líquido que rechazase el contacto físico. Algo fehacientemente bosoniano. No. No iba a poder deshacer el contacto con la piedra por mis propios medios. Tenía que seguir colaborando para ganarme su confianza.

—¿Qué haces ahí dentro?

—Análisis de datos, más que nada. Yo soy más rápido que los demás para comprender la gran cantidad de información que las máquinas manejan. Chequeo que las cosas estén en orden y envío informes detallados al emperador al final de cada día en donde resumo lo más importante.

Sonaba aburridísimo. Tenía que sonar aburridísimo para que este hombre perdiera el interés. Sin embargo, vi cómo fruncía el ceño. Algo no le convencía.

—¿Qué ganas tú con eso? —preguntó, incrédulo.

—Lo mismo que ustedes acá. Que me dejen un poco en paz. Tiene sus beneficios. En vez de ser un exiliado más, escapando de las persecuciones, tengo acceso a una vida más lujosa y tranquila, por hacer un trabajo que, para mí, es bastante simple. Todos salimos ganando.

El hombre asintió. Pude ver que, en otras condiciones, quizás él hubiera hecho lo mismo.

—Cuéntame cómo funciona la Central. ¿Cómo es la vida cotidiana ahí? ¿Cómo funciona el sistema de seguridad?

Eso era lo único que le importaba. El sistema de seguridad. Y yo no iba a ser quien le brindara la información para burlarlo, mucho menos sabiendo que, si lo hacía, cavaría mi propia tumba.

—Yo llego en mi auto todas las mañan…

—Espera, espera un segundo. ¿Llegas en auto, dices?

Sabía a qué se estaba refiriendo.

—Al emperador lo ponía nervioso que yo pudiera entrar y salir del tiempo como me viniera en gana. Y, como era el único exiliado con el que alguna vez había tenido oportunidad de conversar, él no tenía idea de cómo se hacía. Así que, bueno, le mentí que no es tan fácil y que se necesita una máquina para lograrlo.

—Él vio aparecer y desaparecer exiliados miles de veces. Incluso, yo desaparecí una vez delante de sus narices.

—Sí, pero siempre se trataba de escapes. Yo también los vi. El emperador cree que se trata de un efecto reflejo llevado por la extrema adrenalina. Y yo nunca se lo desmentí. La verdad era que no quería que me molestaran. Lo dejé que me hiciera miles de estudios para verificar lo que yo decía. Sabía que no encontraría nada ahí. Las cosas que dependen de la voluntad no salen en un análisis de sangre. Yo le dije que, ante situaciones de pánico, la mutación genética lleva a estos resultados, aunque le aclaré que eran aleatorios y que, en verdad, el que lo vivía no sabía adónde iba a parar. Tenía que convencerlo de que no era peligroso para que dejara de respirarme en la nuca.

—¿O sea que él no sabe que podemos entrar y salir del tiempo a voluntad? Eso puede ser una ventaja.

—Él no lo sabe, pero la máquina se lo anticipa. Además, el emperador casi no sale de la Central y, cuando lo hace, está siempre protegido por unos cuantos guardaespaldas.

El hombre se quedó un instante desconcertado.

—¿Cómo que la máquina se lo anticipa?

No le gustó nada escuchar eso. Estaba discriminando la información relevante y la descartable con una velocidad asombrosa. Iba a tener

que darle datos que no quería. Información que siempre habíamos utilizado a nuestro favor dentro de la Central porque nos daba ventajas por motivos que ellos desconocían. Sin embargo, no presentaba peligro para mí, ya que se trataba de un obstáculo más que ellos tendrían que sortear si alguna vez intentaban acercarse al emperador o a la Central.

—Luego de varias veces en las que los exiliados se escapaban de la Central saliendo del tiempo, las máquinas encontraron un patrón en las vibraciones justo en el momento en que sucedía. Nosotros entramos y salimos del tiempo como queremos, sin tener en cuenta el proceso físico que implica. Sin embargo, al hacerlo, emitimos una vibración muy similar a la que emite el material cuántico. Y, dado que las máquinas estaban preparadas para percibir esa vibración, comenzaron a registrarla también en los momentos previos y posteriores a la salida del tiempo de un bosoniano.

—¡Maldita sea! —gritó el hombre de golpe, y pateó un tacho que tenía delante suyo.

Estaba clarísimo que esta información era un balde de agua helada. Y en realidad, no me gustaba tener que confesárselo, porque eso haría que comenzaran a planear una nueva estrategia de invasión, teniendo en cuenta este obstáculo.

—¡Me cago en estos putos oráculos y su eterna anticipación! ¡La reputísima madre! —siguió profanando el hombre—. ¿Habrá algo que no sepan? Nunca nos van a dejar en paz.

De pronto, algo extraño ocurrió. El hombre se acercó a mí como si hubiera tenido una epifanía. Me clavó la mirada y luego cerró los ojos y sonrió. Me quedé en silencio, aguardando una explicación. Entonces me volvió a mirar y dijo:

—¿Sabes que creo? Que hasta esto tenían planeado tu padre y Alva. ¡Qué bien que lo hicieron!

—No entiendo —dije. Era cierto. Me había perdido.

—Te crían en la ignorancia, te hacen amar Letradia, de alguna manera consiguen que trabajes para la Central y, en tu inocencia, te conviertes en el mejor espía.

Me recorrió de golpe tal adrenalina por el cuerpo que, si hubiera

sido cierto que eso me haría salir del tiempo, ya estaría afuera de él. Adrenalina por la bronca. Por la bronca de sentir una vez más la traición y la vergüenza. Vergüenza por haber sido criado estratégicamente para ser un topo. La verdad era que no sabía con seguridad cuáles eran los fines de mi padre respecto de mi crianza. Lo que ahora escuchaba era tan viable como cualquier otra cosa. Sin embargo, me daba bronca porque *encajaba*. Porque, si mi padre aún estuviera vivo y cinco minutos antes de intentar invadir la Central me hubiera confesado toda la verdad, sí, yo me habría ofendido, y mucho. Pero, luego, quizás, habría vuelto a él. Y sí. Yo tenía mucha información valiosa acerca de la Central. Era nada menos que lógico que se la entregase.

—No lo sé —dije. Y sentí la bronca recorriéndome con furia las venas—. Ni lo vamos a saber. Ahora está muerto.

No quería revelarle mis sentimientos a este hombre. No quería porque no sabía hasta qué punto me jugarían en contra. Sin embargo, una vez más, comenzaba a sentir el cansancio apoderarse de mí. Ese cansancio que genera tener que lidiar con una gran verdad de golpe. Cada vez que imaginaba a mi padre tramando estrategias con Alva Brick, algo nuevo me venía a la mente; algo de lo que no quería formar parte y en lo que me daba cuenta, cada vez estaba más y más inmerso. En contra de mi voluntad. En contra de mi forma de ser, de lo que quería ser, de lo que me criaron para ser. Todas las costumbres y los propósitos, tirados al tacho. Comenzaba a sentir pánico. Ya no sabía qué paso dar, para dónde correr. Ya no sabía qué consecuencias acarrearían las cosas que dijera o hiciera. Pensé que era un hombre más. Cada paso que di en favor de Letradia, cada noche en vela haciendo ecuaciones, cada perfeccionamiento de las máquinas, no tenía otra finalidad que la de adquirir la información más valiosa, guardarla y usarla en contra de lo que había construido. Cada pie delante del otro en mi camino era un progreso que eventualmente terminaría destruyendo.

Miro hacia atrás y lo veo, de pronto, muy claro. Qué coincidencia. Justo yo, el único bosoniano trabajando para la Central. Justo yo, el hijo del hombre que estaba gestando la revolución. Un topo. Un

maldito topo. Interrogando y torturando exiliados con el fin de saber más y más acerca de ellos y seguir agregándole información a las máquinas para permitirles adelantarse cada vez más a ellos. Y ¿para qué? Para ser el único capaz de romper los circuitos justos, el único capaz de tirar abajo un sistema entero utilizando un simple destornillador en el punto exacto.

No obstante, esto no era lo que yo quería. Quizás, mi padre y Alva habían llevado adelante con éxito demasiadas estrategias. Quizás, de continuar con vida al menos uno de los dos, me habrían convencido de ayudarlos. No. Ahora me había convertido en otro hombre. No en ese que ellos querían que fuera, no en el sucesor de un revolucionario. Hoy, estoy acostumbrado a vivir esta vida y a ser una persona importante para este mundo. No necesito más laureles ni tengo intención de llevar adelante revolución alguna.

En eso fallaron mi padre y su gran amigo. No soy ningún topo ni pienso convertirme en uno ahora. No voy a brindarle a este hombre ni a nadie el secreto para destruir Letradia tal como la conocemos. Porque esta es mi Letradia; la que yo mismo ayudé a perfeccionar durante años.

—Como te dije —continué—, tampoco tengo tanto acceso dentro de la Central. Quizás, si mi padre aún viviera y me dijera hoy toda la verdad y yo, consciente de mi verdadero rol adentro comenzara a indagar más, a prestar atención a los detalles de su funcionamiento, quizás, podría serles útil. —Hice una pausa y negué mirando al suelo, tratando de actuar lo mejor posible—. Mi padre murió y durante demasiados años viví una vida lejos de su influencia o la de Alva Brick. También creo que, si ahora quisiera comenzar a infiltrarme como un topo para ustedes o para los troyanos o para quien sea, igual sería un trabajo de años que ustedes ya no están dispuestos a esperar.

El hombre me miró un instante. Me estaba estudiando. No le gustaban mis palabras porque no eran las que quería escuchar, y le convenía no creerlas. Yo estaba cada vez más lejos de salir de ahí.

—Entonces… —retomó él—. Llegas en tu auto a la Central y…

—En la puerta hay dos guardias de seguridad que van armados, aunque no tienen la menor idea de cómo usar esas armas. La gente

confía tanto en las máquinas que consideran los entrenamientos absurdos y los hacen forzadamente y sin prestar atención.

El hombre asintió. La primera buena noticia.

—Para cruzar la barrera, tienes que poner el dedo en una máquina que, por supuesto, te saca sangre. Creo que no tengo que decirte que cualquier sangre bosoniana salta en los controles. Recién ahí, se baja el muro que permite el ingreso de los vehículos. O sea, que habría que descartar ese camino.

—A menos que usemos tu sangre —arriesgó, mirándome a los ojos.

Le extendí mi muñeca para que hiciera lo que quisiera.

—¿Crees que me importa, a esta altura, lo que hagas con mi sangre?

Volvió a bajar la guardia. Había sido una prueba y yo la había superado. Pero no sabía cuántas más me haría antes de que ocurriera una de dos cosas: o pisaba el palito o me escapaba de ahí.

—Al pasar esa primera barrera —continué—, otra máquina te escanea la retina y el auto entero. Cualquiera escondido en un baúl salta en la pantalla.

Él asintió una vez más. Miró para abajo, analizando la información.

—Recién ahí, se puede acceder al estacionamiento. Una vez que…

De golpe, vi que otro hombre entraba corriendo y le decía algo al oído a uno que estaba más allá. Los dos empezaron a correr hacia donde estábamos nosotros y le susurraron algo al jefe. Él se puso en guardia y empezó a dar instrucciones, señalando en distintas direcciones. Yo los miraba sin entender qué demonios estaba pasando.

—¿Pasó algo? —pregunté.

—La hija de Alva está en Bosonia —dijo el jefe.

—¿Qué? ¿Cómo? —pregunté.

Un poco quería actuar, pero también estaba preocupado por lo que estos hombres pudieran hacerle.

—No sabemos. Está con los troyanos.

Al menos, una buena noticia. Los troyanos no iban a hacerle daño y, por lo pronto, estaba protegida.

A continuación, el jefe dio la última orden que quería oír:

—Tú, llévalo al cuarto. Tenemos que salir ahora.

—¡No! —grité, y revelé con una sola palabra todo lo que había

estado escondiendo tan bien.

El jefe me miró un instante a los ojos sin hablar.

—Por favor —mentí, para disimular, aunque sabía que me habían descubierto—. Tengo que verla. Tengo que saber quién es.

Escuché las risas cínicas del jefe y los otros dos idiotas que lo acompañaban rieron con él.

—¿Piensas que soy estúpido? ¿Que te voy a entregar en bandeja a los troyanos?

—No me importan los troyanos. No sé qué hacen ni cuáles son sus planes. Hasta hace dos días atrás ni siquiera sabía quién era mi padre. Solo… —y me costó encontrar otra mentira rápido—. Quiero saber quién es ella. Verle la cara a la hija del hombre contra el que siempre luché.

Un nuevo golpe me desacomodó la mandíbula, el cerebro y el alma. Me tiró al suelo con tanta velocidad que me costó mantener la cordura. Me levanté y, con la misma violencia, le crucé el puño a él. Se fue al piso y, antes de que pudiera seguir, los otros dos me agarraron y me tiraron para atrás. El jefe se levantó y se tocó la boca con la mano. Me escupió su sangre en la cara y definió:

—Enciérrenlo.

Acto seguido, se esfumó en el aire.

Capítulo 17
Entrenamiento bosoniano

—Hay que hablar con los mensajeros urgente.

—Igual, no es garantía de que lleguemos a tiempo a Letradia.

—No importa. Despiértala. Tenemos que movernos.

Escuchaba la conversación lejana. Se mezclaba con mis recuerdos, con los gemelos, los caballos, mi padre, Yem. No podía comprender nada. Estaba en un limbo entre la irremediable realidad y la necesidad imperiosa de seguir protegida en el mundo inconsciente del sueño.

Abrí los ojos y me concentré en los destellos coloridos del cielo de Bosonia que se filtraban por la ventana. Otra vez estaba en una habitación sencilla, amoblada solo con una cama. Sentí la piel seca y endurecida por las recientes lágrimas. No podía creer que Yem fuera un traidor, que hubiera colaborado para destruir a mi padre y al suyo. ¿Quién hace eso? ¿Qué clase de perversión existencial es capaz de ocurrir en la mente de un humano para llevar adelante semejantes actos?

A un costado, vi que varios hombres seguían discutiendo en voz baja. Me senté en la cama y traté de recordar cómo había llegado hasta ahí. No obstante, lo único que recordaba era haber quedado en estado de shock frente a la línea de tiempo de Yem. Debí de haberme desmayado.

Bárlok se acercó.

—¿Cómo te sientes? —preguntó.

Lo miré en silencio. Frustración, bronca, angustia, ira, tristeza y desilusión me golpeaban el pecho como hachazos.

—Todavía no puedo creerlo. No puedo creer que Yem sea un traidor —dije.

—Aún no sabemos si era consciente de lo que hacía.

—¿En serio? ¿Secuestrar exiliados, experimentar con ellos,

torturarlos, trabajar día a día para mejorar los oráculos de la locura? ¿Todo eso, inconscientemente?

Bárlok cerró los ojos y apretó los labios. Estaba tan angustiado como yo.

—A los dos los mantuvieron en la ignorancia —dijo, aún con los ojos cerrados.

—¿Qué?

—Él tampoco sabe quién era en verdad su padre.

—¡Pero no puede ser! —grité, levantándome de la cama de un salto. Estaba indignada. Ahora, más con mi padre y con Franz que con Yem —. ¿Cómo demonios nos pudieron hacer esto? ¿Cómo le puedes mentir a tanta gente, mantener una mentira así durante tanto tiempo? ¿Cómo puedes permitir que tu propio hijo trabaje en tu contra tantos años? No lo creo. No es verdad.

—Se les fue de las manos —dijo Bárlok, como si eso justificara tanta mierda.

—Claro que se les fue de las manos. Desde el momento en que pensaron que podían decidir por la vida de otros, nada menos que de sus propios hijos, se fueron al carajo.

Bárlok me miraba y negaba con la cabeza en silencio, como resignado.

Me senté en la cama y sentí las lágrimas correr por mis mejillas. Nos quedamos un instante en silencio. Los otros hombres miraban la situación sin moverse. Recordé el último momento que pasé con Yem antes de separarnos. La angustia que él sentía por la muerte de su mujer, la necesidad de ser un letradiano más, el odio hacia mi padre y hacia la revolución. Criado para vivir una mentira, educado para sostenerla y recibido de asesino de las mismas manos que habían alimentado semejantes falacias. Si le hubieran dicho la verdad, quizás nos conoceríamos de toda la vida, quizás habríamos aprendido juntos a andar a caballo. ¿Quién sabe? ¿Quién sabe lo que habría ocurrido si nos hubieran dicho siempre la verdad? ¿Y qué hará cuando se entere? Cuando descubra que la sangre que corrió por sus manos fue la sangre de su padre y de su mejor amigo. Si nos hubieran dicho la verdad, no habrían tenido que esperar a que una máquina nos obligara a

encontrarnos. No sé qué habría ocurrido… si nos hubieran dicho siempre la verdad.

—Pobre Yem —dije.

—¿Qué? —preguntó Bárlok, desconcertado.

—Pobre hombre…

Me levanté de golpe, decidida.

—Tenemos que encontrarlo —dije.

Se miraron entre ellos, dudando.

—Él está acá, y acá se va a quedar hasta que yo también desaparezca. Tenemos que encontrarlo y decirle la verdad.

Silencio. Los hombres no se movían.

—No voy a ser yo la que siga sosteniendo una mentira semejante.

—No sabemos cómo puede reaccionar —dijo Bárlok—. Ahora que sabemos que trabaja para el emperador, no sabemos qué armas puede usar en contra nuestra.

—Ese es un riesgo que tendremos que correr por culpa de los más grandiosos imbéciles que dejaron que las cosas se les fueran de las manos.

Mi insulto hizo que los hombres se pusieran en guardia. No les gustaba lo que estaban oyendo, pero a mí no me importaba. Era mi padre y yo había sido la principal víctima de esa gran mentira. Miré a los hombres a los ojos, a pesar de que tenía que levantar bastante la cabeza para hacerlo, y los provoqué:

—¿Tienen algo para decir? ¿Algún mensaje que mi padre les haya dado para mí antes de morirse y dejar toda la responsabilidad de una revolución en los hombros de una niña de diez años? ¿Mis palabras les parecen hirientes, poco oportunas? ¿Que llame a mi padre im-bé-cil?

La mitad de los hombres que estaban presentes le clavaron a Bárlok una mirada fulminante y se retiraron sin emitir palabra, ofendidos. Los demás se quedaron, aunque tampoco se los veía muy contentos. Bárlok miró al suelo. Ese hombre era la paz encarnada. No se le movía un pelo, no importaba qué escuchara. Recordé el momento en el que se sacó de quicio la primera vez que lo vi y ahora me parecían dos hombres diferentes. No había forma de mantenerme exasperada a su lado. No devolvía nada a mis agresiones ni a mis actitudes violentas.

Nada. Suspiré y me senté.

Él esperó un instante más y luego dijo:

—Puede ser que tengas razón. Entiendo cómo te sientes. Más de una vez les imploré a Franz y a Alva que les dijeran la verdad. Sabía que este momento de desilusión llegaría tarde o temprano. Eran demasiados años. Más allá de sus muertes, aun si hoy estuvieran vivos, iba a ser una verdad terrible para ustedes. Uno no va y le dice a otro que toda su vida está basada en mentiras, fachadas y antifaces. Y ahora no hacemos más que vivenciar los resultados de algo que estaba casi tan claro como una fórmula matemática.

—Tenemos que encontrar a Yem —insistí.

Bárlok asintió y agregó:

—Tienes razón. Hay que decirle la verdad. No queda ya decisión alguna de autoridad que respetar. En todo caso, será la tuya. —Hizo una pausa y continuó—: Pero Yem es un adulto, que sabe cómo moverse. Y, si bien no tiene experiencia en Bosonia, su padre se encargó de que siempre tuviera interés por este lugar y lo mantuvo actualizado acerca de su historia, sus cualidades cuánticas y de cómo aprovechar la modificación genética. Él va a saber qué hacer. En este momento, me preocupa mucho más lo que ocurra una vez que te encuentres de vuelta en Letradia. —Hizo una pausa y agregó—: No quiero mentirte, Lily. No son favorables las chances de que sea uno de nosotros el que entre y te saque la piedra de la mano.

Tragué saliva.

—Necesito que sepas defenderte —definió.

Tenía razón. De nada iba a servir recorrer toda Bosonia, dentro o fuera del tiempo, para encontrar a Yem, si terminábamos los dos en las manos del emperador sin saber defendernos.

Asentí.

—Ven conmigo —dijo, levantándose.

Comenzó a caminar lentamente otra vez. Me ponía nerviosa. Si no había tiempo que perder, ¿por qué caminaba tan despacio? O mejor, ¿por qué no salíamos del tiempo y listo?

—¿Cómo haces para estar tan tranquilo? —le pregunté, sin poder contenerme más.

Él sonrió sutilmente, como un Sensei a su discípulo ignorante e impaciente.

—Me toma el mismo esfuerzo enojarme que mantenerme tranquilo. ¿Para qué voy a perder la calma?

—Bueno, a veces ayuda para reaccionar rápido.

—¿En serio? —dijo. Me extendió su mano y agregó—: Vamos a ver si eso es cierto.

Le tomé la mano, salimos del tiempo y entramos en una sala enorme, llena de artefactos extraños que parecían de tortura. Mi cara habrá sido de pánico, porque él soltó una carcajada.

—No te preocupes. No te va a pasar nada malo… espero.

—¿Cómo que "espero"? —le pregunté, preocupada.

Él empezó a caminar hacia uno de los aparatos sin responder. Lo seguí de cerca, mirando para todos lados. Era impresionante, como un gran sistema de mecánica, movido por engranajes perfectamente distribuidos. Había botones, palancas y protuberancias que salían de grandes muros verticales. Cada artefacto estaba bañado por la luz intermitente de Bosonia y, por momentos, parecía que algunas cosas aparecían y desaparecían.

Había dos hombres y una mujer realizando actividades por distintos sectores. Cuando nos vieron aparecer, se acercaron a nosotros. No me sacaban la vista de encima.

—Ellos son Talbo, Lena y Maurik —dijo Bárlok, presentándomelos.

—Hola —asentí.

—Hola, ¿qué tal? —dijo uno de ellos, sonriendo, y extendiéndome la mano.

Lo saludé y me quedé en silencio, mirando los aparatos alrededor.

—Ellos tres son los entrenadores en Bosonia —comenzó a explicar Bárlok—. Como puedes ver, todo acá está conectado. Si muevo esta palanca, al otro lado de la sala, se mueven aquellas cosas.

Me quedé anonadada. Las cosas estaban más sincronizadas de lo que había imaginado.

—Lo más importante que te enseña este circuito es que en una situación de enfrentamiento, siempre van a pasar cosas a tu alrededor que no vas a poder controlar. Es importante estar atento al entorno,

sobre todo, porque puede llegar a ocurrir que tengas que enfrentarte a alguien que también pueda entrar y salir del tiempo.

Bárlok hizo una pausa y me miró. Yo no quería admitirlo, pero sabía que se estaba refiriendo a Yem.

—No solo Yem —dijo, leyendo mis pensamientos—, sino los otros exiliados que andan por acá.

—¿Qué otros?

—Los que quieren destruir la Central.

—No entiendo. ¿No es también lo que quería mi padre?

—Tu padre y Franz tenían una visión de futuro. No les interesaba tanto destruir la Central como construir un nuevo sistema más…

—Democrático —le terminé la frase.

—Claro. Bueno, estos otros estarían muy contentos si pudieran, por ejemplo, tirar una bomba, destruir todo y retirarse a descansar. No analizan las consecuencias. Al igual que nosotros, están buscando la forma de invadir la Central y no quisiera que llegaran primero.

Miré al suelo. Yem y yo estábamos corriendo un peligro terrible. De tres opciones, dos eran malas. Ahora entendía a qué se refería Bárlok cuando dijo que las chances no estaban a nuestro favor. Asentí, decidida, y dije:

—¿Empezamos?

Los tres entrenadores sonrieron. De reojo, pude ver que Bárlok también lo hacía.

—Vamos a probar primero tus reflejos —dijo Lena, la mujer.

Desapareció y apareció detrás de mí. Trató de sujetarme, pero la vi y me agaché. Volvió a desaparecer, apareció por delante y trató de agarrarme otra vez. Me moví para el costado y la esquivé. Entonces, ella volvió a desaparecer y apareció por otro lado. Me frenó el puño a un centímetro del rostro y miró a Bárlok. Él asintió. Yo me quedé petrificada, pensando en lo que me hubiera dolido ese golpe.

—Practiquemos un poco entrar y salir del tiempo —dijo ahora Talbo —. Trata de seguirme.

Desapareció y apareció del otro lado de la sala, arriba de uno de los muros más altos. Yo cerré los ojos, como me había enseñado Bárlok, y me relajé, pensando en los caballos. Visualicé el lugar, salí del tiempo

y aparecí sentada a su lado. Le sonreí, casi extasiada. ¡Esto era genial!

Él me sonrió, volvió a desaparecer y apareció en otro lugar de la sala. Lo seguí. Continuamos así durante un rato. Podía notar la forma en que cada vez se me iba haciendo más fácil y rápido seguirlo. Era una locura. Tan extraño y natural. La primera vez que había visto a Yem hacer esto, lo había considerado un hechicero. Ahora, podía notar cómo mi cuerpo se acostumbraba a hacerlo casi tan naturalmente como respirar. Talbo desapareció y apareció de vuelta al lado de los demás. Yo hice lo mismo. Lo más grandioso era que no sentía cansancio. Cómo me hubiera gustado conocer esta técnica para escapar de las aburridas clases del colegio.

—Perfecto —dijo Bárlok—. Ahora… trata de tocarme.

Vi cómo sonreía de forma provocativa y me extendía su mano. Me quedé quieta un momento y, luego, tratando de agarrarlo desprevenido, estiré mi mano para tocarlo. Él desapareció y volvió a aparecer en otro lado. Sonreí y me fui hasta allá, pero cuando llegué, él ya estaba en otra parte de la sala. Continuamos así por un rato, hasta que noté que no estaba haciendo un camino errático, sino que iba y venía a los mismos cinco lugares, en el mismo orden. Así que, en la siguiente oportunidad, me adelanté y, cuando salí del tiempo, aparecí en el siguiente lugar y lo toqué. Quedamos mucho más cerca de lo que había proyectado. Por un momento, Bárlok me miró a los ojos con una intensidad inesperada. Jamás había estado tan cerca de un hombre. Excepto Yem. Aunque en aquella jaula él me estaba amenazando. Esto era diferente. Había creído que las miradas profundas de Bárlok eran iguales a las de los demás, por la involuntaria fama que yo acarreaba. Ahora me daba cuenta de que había algo más ahí. Algo más que una figura protectora. Algo…

Bajé la vista y me moví un paso hacia atrás, incómoda. No sabía cómo reaccionar ante estas situaciones. Lo volví a mirar y sonreí con timidez. Pude ver en su mirada otra vez esa perenne expresión de paz. Desaparecimos y volvimos a donde estaban los otros.

—Excelente —dijo Bárlok—. Aunque no vas a tener la suerte de encontrar un patrón en medio de una batalla.

Me quedé un instante en silencio. La sonrisa de satisfacción se me

desdibujó del rostro. Primero, porque había pensado que era muy astuta al encontrar un patrón y en realidad estaba planeado. Además, comenzaba a darme cuenta de que iba a necesitar mucho entrenamiento si alguna vez iba a pensar en atacar la Central. Sin embargo, para eso, primero tenía que ver la forma de salir de esa sala con vida.

Pasé las siguientes horas fortaleciendo la técnica. No sé cuánto tiempo pasó, ya que la mitad de los ejercicios los hacíamos fuera del tiempo. La física de Letradia podía estar suspendida; la cuántica de Bosonia podía funcionar de una manera ajena a la conocida, pero, aun así, mi cuerpo comenzaba a notar el cansancio del entrenamiento. Esto era solo comparable a lo que sentía luego de pasar horas arriba del caballo. Mis células con ascendencia bosoniana eran más fuertes, sí. No obstante, alcanzaban también ese punto de fatiga que pedía basta. Bárlok me dejó con Talbo, Maurik y Lena y se fue a hacer otras cosas. Estos tres eran grandes entrenadores y me marcaban las cosas que más necesitaba tener en cuenta si me llegaban a capturar dentro de la sala. Este entrenamiento era más de escape que de ataque y solo estaba diseñado para sortear ese único obstáculo. Un obstáculo que todavía no sabíamos qué tan complejo sería.

Después de una serie indefinida de moretones y algunos dolores en músculos que no sabía que tenía, me vi obligada a frenar. Necesitaba un descanso. Ellos se sentaron a mi lado y pude ver que también necesitaban parar un poco. Los tres me miraban de reojo como a un bicho raro. Se les notaba que no querían parecer descorteses, aunque la curiosidad les ganaba.

—¿Hace cuánto que están acá? —pregunté, para iniciar alguna conversación.

—En años letradianos, serían… unos seis —dijo Maurik.

—Y cuando vuelven, ¿es como si no hubiera pasado el tiempo?

—No es *como si*. No pasa el tiempo allá para el que está conectado —aclaró Talbo.

—Está bueno —dijo Lena, con una sonrisa—. Puedes vivir muchos años, aprender y hacer muchas cosas, y después volver y seguir siendo joven.

Yo sonreí, aunque todavía me costaba ver eso como algo positivo. Me acordé de las explicaciones de Yem y de la pseudo vida eterna y no lo veía como algo tan genial.

—Y ¿qué pasa con el cuerpo? Es decir… ustedes acá entrenan durante horas todos los días y, cuando vuelvan allá, van a tener un cuerpo diferente del que se acostumbraron acá.

—Claro —dijo Talbo, como si fuera lo más normal del mundo—. Sin embargo, va a ser un cuerpo joven, que se puede trabajar y educar igual que acá. Es cuestión de costumbre.

—¿Y cómo saben cuándo se van a ir de acá?

—Supongo que va a ser cuando la revolución se lleve a cabo —dijo Lena, y me miró.

Los otros dos asintieron, con caras de guerreros listos para la batalla.

Bajé la mirada, avergonzada. No me sentía preparada para llevar adelante algo de semejante magnitud. No podía poner en mis manos la vida de tanta gente por una causa que hace días ni siquiera sabía que existía. Sentí cómo el pánico se apoderaba de mi cuerpo y mi respiración se agitaba. Me levanté y los miré. Tenía que explicarles lo que sentía. Estaban en su derecho de saberlo. Ya no habría más mentiras ni engaños; al menos, no de mi parte.

—Mi padre trató de enseñarme todo lo que pudo. Supongo que habrá tenido intención de que tanto yo como mis hermanos lucháramos a su lado para liberar a Letradia. Podrán imaginar lo que puede entender o incorporar una niña de diez años.

»Hace ocho años que vivo sin mi padre y hace tan solo días que esta verdad me fue revelada. Entiendo lo que ustedes están esperando. Sin embargo, no sé si pueda ser yo la que continúe lo que él y Franz dejaron a medias, mucho menos tratándose de algo así. No sé si tengo la fuerza o el valor o la voluntad de cargar con tanta responsabilidad.

Los tres se miraron entre sí con decepción. Pensé en los años de entrenamiento que ya habían vivido.

—Lo lamento. No quiero ser la persona que arruine sus planes, pero tampoco voy a mentirles. En eso, mi padre y yo somos diferentes.

Los miré un instante más. Ninguno de ellos habló.

—Gracias por el entrenamiento y por la paciencia —dije—. Permiso. Y desaparecí.

Capítulo 18
Una luz de esperanza

Como una cobarde, sí. Como una persona que sabe lo que tiene que hacer y no se anima a dar ni un solo paso. Así me alejé de los entrenadores. Sentía que había un gran destino adelante, pero tan solo una niña parada frente a él.

Me fui al museo. Necesitaba pensar. Envuelta en esas paredes que me contaban mi vida entera, me sentía en paz. Llegué a la pared de mis hermanos y comencé a observar sus fotos. Los había cuidado tanto. Los amaba más que a nada. Solo esperaba volver a verlos. Luego, me dirigí hacia la pared de mi padre. Observaba las fotos en las que estaba con mi mamá, los dos sonriendo como si la vida no fuera más que alegría. Todavía no podía entender cómo era posible que mi madre hubiera aguantado eso durante tanto tiempo. La había herido con mis palabras. Temerosa como estaba por mi destino incierto cuando esos hombres vinieron a buscarme, le dije cosas que no sentía.

Salí del tiempo y aparecí en el pabellón de Franz. Me fui directo a la pared de Yem y la recorrí, tal como había hecho la vez anterior. Ahora, tenía otra perspectiva. Había digerido un poco más esta nueva verdad y podía observarla con más detalle. Me invadían muchos sentimientos encontrados respecto de su vida y de la manera en que a él también le habían escondido la verdad. Me pregunté dónde estaría y qué estaría haciendo. ¿Qué ocurriría cuando nos volviéramos a ver dentro de la jaula? ¿Qué pasaría con nuestros destinos? Todavía no sabía si él iba a tratar de matarme o si me entregaría al emperador. No sabía cómo iba a reaccionar cuando se enterase de toda esta verdad. ¿Sería capaz de perdonarse a sí mismo?

No entendía por qué, pero al ver esas fotos, me invadía la compasión. Nadie podría entender jamás la angustia que le iba a implicar tener que hacerse cargo de una verdad ajena, adoptarla como

propia. Nadie, excepto yo. Porque a mí me habían mentido de la misma forma, con la única diferencia de unos años. Si yo terminaba el colegio y estudiaba en la universidad y comenzaba una vida tan letradiana como cualquier otra, ¿cómo haría para aceptar una nueva verdad, tantos años después?

Tenía que encontrarlo. Tenía que ser yo quien le dijera toda la verdad. Tenía que venir de los labios de la única otra persona que había atravesado el mismo infierno. Ya no era más importante mi entrenamiento que encontrar a Yem. Tenía que ir a buscarlo, aunque esta gente no estuviera de acuerdo.

Salí del museo y, a lo lejos, vi a Bárlok conversando con otras personas, dando instrucciones. Entraban y salían del tiempo. Parecían distraídos en sus actividades, así que cerré los ojos, respiré y pensé en mi nuevo destino: el lugar donde caímos cuando llegamos a Bosonia. Si iba a tratar de encontrar a Yem sin saber dónde estaría, tenía que comenzar por el lugar donde lo vi por última vez.

Abrí los ojos y estaba en la pequeña oficina cerca de la plaza del monumento. Recordé lo que había pasado desde entonces y el tiempo pareció mostrar una nueva forma de percibirlo. No era como años. Tampoco era un instante. Pero no podía decir que habían sido solo un par de días. Parecía mucho más. Las emociones y los recuerdos se amontonaban, sin saber adónde irían a parar. Ahora sentía que esos vasos ordenados en el tiempo que se van llenando progresivamente eran miles, colocados juntos y llenados a baldazos, salpicando para todos lados.

La habitación estaba vacía. No esperaba otra cosa, en realidad. Sin embargo, no tenía otro lugar por donde empezar. Me asomé por donde había salido y miré para los costados. Era cierto que éramos animales de costumbre. La intermitencia de la luz y los eternos arcoíris no me generaban ahora ningún misterio. Miré una vez más hacia adentro antes de caminar hasta el monumento de la plaza y, debajo de un escombro, vi que asomaba algo extraño. Me acerqué y, cuando vi lo que era, sentí una alegría que ya no recordaba. Una alegría que había quedado sepultada debajo de tanta angustia. Era, nada menos, que la Biblia de mi padre. De alguna forma había viajado con nosotros a

Bosonia y, cuando caímos los dos desmayados aquí, quedó aplastada por estos escombros. Qué irónica habilidad tenía este libro de sobrevivir a todos los derrumbes de la Historia. Siempre alguien terminaba hallándolo. Sabía que tenía que encontrar a Yem, pero quería disfrutar de esta alegría un poco. No sabía cuándo la iba a volver a sentir.

Me senté y recorrí las letras en relieve de la tapa, tal como hacía antes. La abrí en cualquier parte y volví a ver todas las anotaciones que mi padre le había hecho con la caligrafía de los Antiguos. De pronto, me di cuenta de que esos garabatos y diseños que siempre pensé que eran meras abstracciones, no lo eran en absoluto. Levanté la vista, tratando de recordar dónde los había visto también. ¡Claro! ¡En el museo de mi padre! Solo ahora que los tenía enfrente una vez más pude asociarlos. Todavía no sabía qué significaban. Seguramente Bárlok iba a tener una respuesta.

Sin pensarlo dos veces, cerré los ojos y volví al refugio. Aparecí en el mismo lugar donde había visto a Bárlok unos instantes atrás. Seguía hablando con las personas y discutiendo cosas. Me acerqué a él.

—¡Bárlok! —grité, emocionada.

Él se dio vuelta y me miró con una sonrisa.

—¡Mira! —le dije, mostrándole la Biblia.

Se quedó en silencio, anonadado, con los ojos clavados en el libro.

—Esto… cómo… dónde… —comenzó a decir, aunque no podía terminar ninguna frase—. Pensé que se había perdido para siempre.

Yo estaba entusiasmada de volver a ver mi Biblia, pero su reacción era diferente, era algo más. Le extendí el libro y él lo tomó con manos temblorosas. Lo abrió por el medio y de sus ojos comenzaron a caer lágrimas. Se dejó caer al suelo de rodillas, mientras pasaba las páginas con una delicadeza extrema. Miré a las demás personas que estaban ahí, sin comprender. Sin embargo, ellos mostraban la misma expresión que yo. Bárlok estaba fuera de sí y, por lo visto, yo no era la única que lo veía en ese estado por primera vez.

Acerqué mi mano a su hombro.

—Bárlok… ¿estás bien?

Él me miró. Comenzó a sonreír primero y, luego, a reír cada vez con

más fuerza. Al principio sonreí también, un poco contagiada. Después, me preocupé. Este hombre había perdido la cordura. Se levantó de golpe, me levantó en el aire y me hizo girar, mientras gritaba de alegría. Luego, me dejó en el suelo, se calmó y me acarició el rostro con una de sus manos. No sabía qué hacer ni cómo reaccionar. Los demás, tampoco.

—¿Sabes qué es esto? —dijo. Miró a las otras personas y agregó—: ¿Saben qué es esto? El camino de vuelta.

Los presentes abrieron los ojos como platos y comenzaron a sonreír también, algo incrédulos todavía. Uno soltó otra carcajada y entre todos comenzaron a abrazarse. Me quedé quieta, estática. No terminaba de comprender qué estaba pasando.

—¡Nos vamos a casa, Lily! —dijo—. ¡Cuando queramos!

—¿Qué?

—Acá está la fórmula. El camino de vuelta.

—Pero, ¿no es que ya van y vienen?

—No, no entiendes. Esto hace que no tengamos que mantenernos escondidos en Letradia. Hace que no hagan falta mensajeros ni gente dedicada exclusivamente a despertarnos en períodos específicos. ¡Hace que no tengamos que ir a rescatarte a la Central! Esta es la razón por la que tu padre murió, ¿entiendes? Esta es la razón por la que entró a la Central la última vez, sabiendo que muy posiblemente no volvería jamás de allí. Sin saberlo entonces, tu padre murió para salvar tu vida.

Todos continuaron celebrando. Yo me quedé helada, aturdida. No podía sumarme al festín de esta gente. Mi padre había muerto *otra vez*. Me vi de diez años, sentada frente a mi madre deshecha en lágrimas, mientras trataba de explicarme que ya no lo volvería a ver. Otra vez me enfrentaba a la más cruda verdad. Mi madre me había entregado la Biblia en ese momento, diciéndome que había sido el último deseo de mi padre que yo la tuviera y la cuidara siempre. Ahora comprendía por qué. Sin embargo, no podía dejar de pensar que, al final, un libro había sido más importante en su vida que su familia. Podía entender la alegría de Bárlok y de toda esta gente. Podía entender que se trataba de algo esperado por demasiados años. Podía entender que estaban viendo una pequeña luz al final del camino a poco tiempo de

perder la cordura con tantas idas y venidas aleatorias entre Letradia y Bosonia. Podía entender que esto les daba la herramienta que necesitaban para pensar en atacar la Central con una estrategia decente. Podía entender muchas cosas… si fuera otra persona. Mi padre amaba la revolución por sobre todas las cosas y le había entregado a ella mucho más que a nosotros, los que compartíamos su cotidianeidad. Ahora recuerdo esa frase que una vez me dijo: *Los que aman la revolución no tienen derecho al amor humano*. La había leído en un libro y me había dicho que algún día la comprendería. Hoy era ese día. Hoy estaba comprendiendo esas palabras. Hoy mi padre había muerto una vez más. Hoy me enteraba de que yo cada vez estaba más abajo en su escala de prioridades. O en todo caso, que era tan importante como cualquier otro ser humano. Y es probable que, para cualquier otro ser humano, eso hubiera sido suficiente. Sin embargo, yo era su hija, su sangre, su herencia. Me dolía demasiado no ser más que una más.

Miré a Bárlok y su rostro se transformó, volvió a ser el de siempre.

—¿Pueden dejarnos solos, por favor? —preguntó a los demás.

Todos a nuestro alrededor desaparecieron en el aire.

—Lo lamento —dijo, una vez que nos quedamos solos.

Suspiró y me entregó la Biblia. Me tocó el rostro.

—Tu padre te amaba profundamente, Lily.

Sentí las lágrimas una vez más y bajé la cabeza.

—Ya no estoy tan segura —dije, con la voz quebrada.

—Entiendo que en este contexto no puedas creerlo, pero yo lo sé.

—¿Cómo creer en el amor de un hombre que entrega su vida a algo más que a su familia?

—Lo hizo por ustedes. Cada paso que dio en su vida.

—Hubiera preferido el "con". Mientras él estaba *con* nosotros, yo era la niña más feliz del mundo. Las cosas que compartíamos eran las únicas que le daban sentido a mi vida. Lo demás era ajeno. —Hice una pausa y lo miré—. Pero luego, pienso en esos largos períodos de tiempo que pasaba lejos de casa. Cuánto lo extrañaba. ¿Vale la pena luchar por algo que no te permite vivir para compartirlo con tus seres amados? ¿Y mi madre? Tú me dices que iban a visitarla y que la

contenían y eso. Pero yo era la que tenía que lidiar con su angustia y su preocupación cada día. Yo era la que tenía que enfrentarme a ella en sus ataques de histeria para proteger a mis hermanos de sus gritos. Y claro, cómo podría una sola mujer tolerar tanto estrés, sin saber si cada vez que le daba un beso de despedida al hombre que amaba, no sería la última vez.

Miré hacia el suelo y negué. Todo se había ido a la mierda. Y ahora más que nunca, si no tomaba las riendas de la revolución, sería fehaciente que mi padre habría muerto en vano. Porque solo creyendo las palabras de Bárlok sentía que podía respirar. Solo comprendiendo que éramos, en efecto, lo que mi padre más amaba, podía aceptar su muerte. Aunque una niña de diez años jamás pudiera estar de acuerdo con su forma de obrar.

Volví a mirar a Bárlok y su expresión comprensiva logró brindarme un poco de paz. Sabía que no teníamos más tiempo que perder; que, con la fórmula exacta, ya no íbamos a correr peligro.

Capítulo 19
Travis

—¿Vamos a casa? —le dije.

Él asintió, me miró y preguntó:

—¿Dónde tienes la piedra que te trajo a Bosonia?

Entonces me acordé. Un pequeñísimo detalle que no había considerado. Una piedra que había olvidado en el preciso instante en el que llegué aquí.

—La tiene Yem…

Se quedó en silencio, pensando. Luego, dijo:

—Vamos a ver cuál es la fórmula. Y no te preocupes —me tranquilizó—. No me voy a ninguna parte hasta que no estés a salvo.

Asentí. Lo tomé del brazo y desaparecimos.

Aparecimos dentro de un espacio grande y muy blanco. Me estremecí al notar la similitud que tenía con la sala blanca de la Central.

—Para poder invadir la Central, tenemos que conocerla —me explicó Bárlok—. El virus Aquiles que tu padre y Franz lograron meter en las máquinas de la Central nos da acceso a mucha información que ni ellos mismos saben que tienen.

—¿Como qué?

—Bueno, los que tenemos ascendencia bosoniana emitimos una radiación particular que las máquinas captan, lo que hace que sea bastante difícil penetrar en la Central sin que ellas den aviso. Sin embargo, lo que ellos no saben es que los letradianos también emiten una radiación que ellas captan. Y gracias al virus, esa información va directo a nosotros. De esa manera, podemos saber cuánta gente hay en cada lugar en cada momento, los turnos de los guardias y demás.

—Entiendo.

—Además, bueno, de la obvia parte de que lograron mantenerte a

ti, a tus hermanos y a Yem por debajo del radar, brindando acerca de ustedes solo la información que quisiéramos.

Eso ya no me gustaba tanto. Esa era la prueba concluyente de que habían hecho con mi vida lo que se les dio la gana. Y mientras tanto, yo me la pasaba odiando al oráculo de la locura, pensando de qué manera burlarlo y fracasando cada una de las veces. Era una maldita cárcel en la que me habían encerrado, no los que gobernaban, sino mi propio padre y su gran amigo.

—Con estas fórmulas que tu padre logró rescatar la última vez que se infiltró en la Central, vamos a poder no solo establecer la conexión neuronal necesaria para realizar el camino de vuelta, sino, también, terminar de propagar el virus y generar el caos que necesitamos. Tenemos la suerte de que la gente confía tanto en las máquinas que, en el momento en que dejen de funcionar, se va a desatar una hecatombe que hará muy fácil nuestro ingreso a la Central.

Lo miré con el ceño fruncido.

—¿Fui demasiado rápido? —me preguntó.

Miré la Biblia que tenía en mis manos y, luego a él.

—¿Cómo llegó esto a mis manos si me dijiste que logró acceder a las fórmulas justo antes de que lo mataran?

Bárlok tragó saliva.

—Tenemos que apurarnos —dijo, cambiando de tema.

—Bárlok… —insistí.

Él me miró en silencio y respondió:

—Yo estaba con él ese día.

—¿Qué?

—Nos infiltramos juntos. Yo estaba en la puerta haciendo guardia mientras él recopilaba información en el laboratorio. Las alarmas estaban sonando hacía rato y sabíamos que teníamos el tiempo contado.

—No entiendo. ¿No podían entrar y salir del tiempo?

—No tan cerca de esas máquinas. Así como perciben la radiación que emitimos, pueden neutralizarla. Una sola no basta, pero varias interconectadas generan un campo magnético que nos imposibilita salir del tiempo. Una idea brillante…

—¿Brillante?

—Demasiado brillante para una mente letradiana promedio.

—¿Quieres decir que…?

Pero no me animé a completar la pregunta. Ninguno de los dos se animó a hacerlo. Quedó en el aire la idea de que había sido Yem el creador de semejante idea. Y al mirar a Bárlok, noté que a él le dolía mucho más que a mí.

Luego de un instante de silencio, dijo:

—Antes de que Alva pudiera terminar de anotar cosas en la Biblia, los guardias de la Central llegaron y empezaron a disparar. Yo esquivaba las balas entrando y saliendo del tiempo, golpeándolos para darle tiempo a Alva a que terminara. Pero, en un momento, eran demasiados y ya no los podía retener.

Bárlok hizo una pausa y cerró los ojos, lleno de dolor.

—Entraron en la sala y le apuntaron. Eran más de veinte. Él se quedó quieto, con la Biblia cerrada en su mano. Desde la puerta, yo miraba toda la situación mientras entraba y salía del tiempo. Sin embargo, cuando vi que lo habían acorralado y que él no podía salir del tiempo, quise entrar en la sala. Alva me gritó que me quedara ahí. Por un momento que pareció eterno, nos miramos. Pude ver en su expresión todo lo que quiso decirme. Era el fin. Él no iba a salir de ahí, pero yo, del lado de afuera del laboratorio, todavía tenía una chance. No me podía mover. No podía concebir salir del tiempo y dejarlo ahí. Tenía que haber otra alternativa. Sin pensarlo dos veces, Alva me arrojó la Biblia y lo último que escuché antes de que le dispararan fue “dásela a Lily”.

Nos quedamos los dos en silencio. Bárlok bajó la mirada y pude ver las lágrimas en sus ojos.

—Lograron dispararme tres veces más antes de que saliera del tiempo con la Biblia en mi mano. Aparecí en el refugio y caí desmayado. Me atendieron rápido, aunque tardé varios días en recuperarme. No quería seguir viviendo. La impotencia de no haber podido hacer nada para salvarlo me generó tanta culpa que perdí el interés. Incluso, cuando me recuperé, no sabía cómo iría a enfrentar a tu madre. Cómo le explicaría tanto dolor. Durante días me quedé

encerrado, llorando junto a esta misma Biblia, por tener que enfrentar un destino por el que ya no quería seguir viviendo. No comprendía entonces todas las cosas que él había escrito en la Biblia. Sabía que eran para esto, pero faltaban más datos que fuimos recopilando con los años. De haberme quedado ahí sin hacer nada, tu padre habría muerto en vano. Así que, finalmente, me levanté y fui a tu casa, a decirle a tu madre que había roto mi promesa, que no había logrado cuidar a Alva como le había jurado. Y le entregué la Biblia para que te la diera.

Lloraba. Escuchaba las palabras de Bárlok e imaginaba cada momento como una sucesión de holografías macabras. Cuánta injusticia. Cuánto daño provocado a tanta gente inocente. Por una revolución que hasta hoy no sabía si sería viable.

—En fin —dijo Bárlok, rompiendo el prolongado silencio—. Vamos a ver qué pasa con estas fórmulas.

Tomó la Biblia y comenzó a escribir en la máquina. Cuando terminó de colocar toda la información, vimos que empezó a emitir unos ruidos agudos y, luego, otros más graves. De pronto, se quedó en silencio. Nos miramos sin comprender. Él acercó su mano, pero antes de que pudiera hacer nada, el aparato hizo un ruido tan agudo que tuvimos que taparnos los oídos. Acto seguido, comenzó a imprimir cosas desquiciadamente. Bárlok sonrió y fue agarrando la lista mientras salía. Su rostro se transfiguraba más y más de la incomprensión a la alegría y luego al éxtasis.

—¡Es increíble! —gritó—. ¡Tan fácil! ¡Tan fácil ahora que lo tengo enfrente!

Me quedé en silencio, sonriendo, esperando.

—Es como esas ecuaciones que se vuelven fáciles una vez que uno tiene la respuesta —me explicó—. El camino inverso se vuelve lógico.

Me volvió a mirar, con lágrimas en los ojos.

—No fue en vano, Lily. No fue en vano.

—¿Y ahora qué hacemos?

Bárlok pensó un instante.

—Hay que verificarlo prácticamente. Con esto en el cerebro, uno tendría que tocar la piedra que lo trajo a Bosonia y lo llevaría de

vuelta a casa.

—¿Así de fácil?

—Si lo piensas, no es tan increíble. Si es tan simple llegar acá tocando la piedra, igual de simple tiene que ser volver. Solo que no sabíamos cómo. El cerebro no lo entendía.

Asentí. Sonaba lógico. Solo esperaba que la parte práctica fuera también así de fácil.

—Tengo que ir a mostrarle a los demás y luego…

No terminó de decir la frase porque una alarma comenzó a sonar.

—¿Qué es eso? —pregunté, asustada.

—Son los otros. La alarma suena cuando están cerca.

—¿Qué quieren?

—No lo sé. Si se animan a venir hasta acá, debe ser algo importante. Quédate acá.

—De ninguna manera —dije, obstinada—. Voy contigo.

—No. Eres demasiado importante, Lily. Y esta gente es peligrosa.

—No te estaba preguntando —concluí.

Él me miró en silencio y luego sonrió.

—Tienes tanto de tu padre… Está bien. Vamos.

Salimos del tiempo y entramos en el jardín central del refugio. Bárlok empezó a llamar a los demás y les pasó el papel con la fórmula. Uno a uno, se iban sorprendiendo y alegrando. Comenzaron a festejar y a abrazarse.

—Por favor, escuchen —dijo Bárlok, con una autoridad que obligaba a un gran respeto—. No podemos dejar que los otros vean esta información. Al menos hasta tanto Lily esté segura en Letradia.

Todos se miraron y asintieron, mirándome de reojo.

—Hay una muy buena probabilidad de que Yem esté entre esos hombres —agregó. Se me heló la sangre—. Y no sabemos qué puede llegar a hacer. También existe la posibilidad de que aún no esté con ellos, sino en algún lugar de Bosonia. En cualquier caso, él es la única alternativa que tenemos para sacar a Lily de la Central con vida. Él tiene la piedra con la que los dos viajaron. Así que, de una forma u otra, tenemos que encontrarlo.

Los presentes volvieron a asentir, ya en guardia para cualquier

batalla.

—Talbo, Maurik, Lena. Vengan con nosotros.

Los tres se acercaron.

—El resto, por favor, destruyan ese papel una vez que lo hayan memorizado, escondan la Biblia y cuiden el laboratorio. No veo manera de que logren o quieran ingresar acá, pero debemos estar atentos.

Todos obedecieron y desaparecieron.

—Vamos a salir los cinco. Por favor, Lily, quédate unos pasos atrás con Talbo. Quiero saber primero cuántos son y qué quieren. ¿Es mucho pedir?

—Está bien —asentí.

Talbo me tomó de la mano y salimos del tiempo.

Del lado de afuera, Talbo y yo nos quedamos un poco atrás, como dijo Bárlok, mientras él, junto con Maurik y Lena, aparecieron enfrente de seis hombres que estaban vestidos igual que nosotros. Tragué saliva y me aferré a la mano de Talbo.

—No te preocupes —me tranquilizó él—. Saben quiénes somos y de lo que somos capaces. No van a hacer nada estúpido.

Asentí y, a lo lejos, pude ver que el hombre que estaba parado más cerca de Bárlok levantó la vista por encima de su hombro y me miró fijamente. Me invadió el pánico, pero igual le sostuve la mirada.

Él volvió su atención a Bárlok. No podía escuchar lo que estaban hablando y tuve unas ganas desesperadas de ir hacia allá. No tuve que esperar demasiado. Enseguida, Bárlok nos hizo una seña y Talbo y yo caminamos a su encuentro.

—¿Por qué estamos caminando? —dije, impaciente.

—Porque afuera del tiempo estamos en igualdad de condiciones. Escúchame bien lo que te voy a decir —me advirtió, aunque sin mirarme—. Ante la más mínima señal de peligro, sales del tiempo y vuelves al refugio, ¿me entendiste? No pueden hacerte daño ahí.

Yo asentí un poco asustada. De pronto, no había sido tan buena idea mi obstinación.

—Ese que está ahí delante de Bárlok es Travis, el líder del grupo —me explicó Talbo, mientras caminábamos—. Muy inteligente y

sumamente hábil en combate. Seguro tiene algún plan entre manos, así que no te confíes.

Llegamos al encuentro y escondí mi miedo debajo de un manto de indiferencia.

—Bueno, bueno, bueno. ¿Qué tenemos acá? —dijo Travis, con una sonrisa falsa.

Lo miré a los ojos y empecé a estudiarlo como me había enseñado mi padre. Además de lo que me había adelantado Talbo, podía ver que era arrogante y que estaba muy acostumbrado a que las cosas salieran como él quería.

Los otros hombres, por su parte, eran más temerosos y estaban acostumbrados a recibir órdenes.

—Un honor conocerte, Lily Brick.

—Travis… —le respondí.

Bárlok miró de reojo a Talbo y asintió.

—Ah, bueno, veo que unos cuantos gozamos de cierta fama aquí.

Me quedé en silencio, sin dejar de mirarlo. Él sonrió.

—¿Qué quieres, Travis? —dijo Bárlok. Directo al grano.

Travis llevó su mirada penetrante de mis ojos a los de Bárlok.

—Lo primero que quería saber, ya lo estoy viendo con mis propios ojos.

Volvió su mirada hacia mí y me estudió de arriba abajo.

Ni Bárlok ni los otros tres le quitaban los ojos de encima.

—Tenía que verificarlo —agregó Travis—. Me parecía increíble. Tanto tiempo buscándola en Letradia, y vino a aparecer justo acá. Así que esta es la heredera de la revolución de Alva y Franz.

Bajé la mirada al suelo. Me resultaba inevitable hacerlo cada vez que escuchaba el nombre de mi padre.

—Ups —dijo Travis—. Me parece que hablé de más…

Lo hizo sonar como una pregunta hacia el final y supe exactamente adónde quería llegar. Me estaba probando.

—Lily está al tanto de la verdad —dijo Bárlok.

—Qué difícil habrá sido, ¿no? Tantos años viviendo una mentira, sin saber quién era tu papito…

Y fue suficiente. Avancé para atacarlo antes de que Talbo pudiera

frenarme. Escuché la risa perversa del hombre, mientras se movía unos pasos hacia atrás.

—Epa, ¡qué carácter tiene la niña! —agregó entre risas.

—Me estás haciendo perder el tiempo, Travis —dijo Bárlok, aunque sin inmutarse—. No creo que haga falta que te recuerde lo que pasó la última vez que me hiciste perder el tiempo.

Bárlok era un hombre lleno de máscaras, mucho más profundo de lo que parecía a simple vista. Recién ahora estaba descubriendo una nueva versión de sí mismo. Y qué poderosa era, ya que Travis se puso serio de inmediato y lo miró con odio. Por fin alguien lo estaba poniendo en su lugar.

—Vengo a ofrecerte un… trato —dijo Travis.

—No me interesa —definió Bárlok.

—Escúchame, primero.

—No tienes nada que pueda interesarme o que no pueda conseguir por mis propios medios.

—¿Estás seguro? Porque a mí me parece que yo tengo algo que tú quieres, pero que no puedes conseguir por tus propios medios.

De pronto, lo supe. Era Yem. Era obvio. ¿Qué otra cosa podría ser? No obstante, tenía que mantener la calma. No podía confiarme. No podía asegurarlo. Mi instinto galopaba a los gritos, y comenzaba a impacientarme.

—Aun así, no confío en tu capacidad para mantener algún tipo de palabra. Así que no, gracias.

Bárlok se dio vuelta para retirarse y le clavó su mirada a Talbo. Sin embargo, antes de que pudiera hacer nada, Travis volvió a hablar.

—Yem Rodz está en Bosonia.

Bárlok le sonrió a Talbo antes de darse vuelta.

—Ya lo sé —le dijo, con una tranquilidad asombrosa.

Travis abrió un instante los ojos más de lo normal y enseguida volvió a adoptar su postura desafiante. No estaba esperando la respuesta de Bárlok.

—Supongo que también sabrás que lo tengo prisionero —escupió.

Bárlok se acercó tanto a Travis que el otro se vio obligado a dar un paso hacia atrás.

—¿Qué te hace pensar que no puedo conseguirlo por mis propios medios? —amenazó.

—Te invito a que lo intentes —desafió Travis.

Bárlok giró la cabeza, miró a Talbo, a Lena y a Maurik y, antes de que pasara nada más, Talbo tomó mi mano y todos desaparecimos y volvimos a aparecer dentro del refugio.

—Vamos a buscarlo —dije.

—No es tan fácil —dijo Bárlok—. Ese infeliz no vino a buscar ningún trato. Vino a jactarse.

—¿De qué le sirve tener prisionero a Yem?

—No lo sé. No sé qué tanto le habrá dicho acerca de su propia vida. No sé en qué estado estará.

—Entonces, vamos a buscarlo —insistí.

Bárlok me miró a los ojos y, con la más calma de sus expresiones de autoridad, me dijo:

—De ninguna manera vas a venir con nosotros.

—Pero…

—Pero, nada —dijo, terminante—. No estás preparada para esto y yo no voy a ser testigo de la muerte de otro Brick sin poder hacer nada.

Me quedé en silencio. Tenía razón. Iba a ser una carga para ellos. Asentí y me quedé ahí parada mientras los veía desaparecer. Llena de impotencia. Asustada. Bárlok se quedó un instante más a mi lado. Me acarició el rostro con ternura y me miró. Sin poder contenerme, llevé mi mano también a su rostro y lo besé. No sabía qué estaba haciendo. No sabía cómo se hacían esas cosas. Él me abrazó con fuerza y continuó besándome.

Cuando nos separamos, vi la preocupación en su rostro. Así que le dije:

—No es una despedida.

—Esperemos —dijo, con una sonrisa.

Y desapareció.

Capítulo 20
El fantasma

Soy un idiota. Tenía todo bajo control. Estaba pasando una a una las pruebas que ese hombre me estaba poniendo. Y gracias a una simple palabrita terminé golpeado y encerrado otra vez. Tenía que pensar. Sabía más de Bosonia que de cualquier otra cosa. Pasé los últimos años de mi vida indagando acerca de este lugar. Tenía que encontrar una salida.

El cuarto estaba oscuro y no tenía idea de qué tan grande era. Comencé a recorrerlo con mi única mano libre y sentí una textura similar a la del lugar en el que habíamos aparecido con Lily. Ya había comprobado su dureza entonces, así que golpearlo no era una opción. Continué la recorrida por el cuarto, a ver si encontraba algún clavo o algo punzante. Nada. Estaba perdido. De pronto, me iluminé. La piedra. La piedra estaba hecha del material más duro en toda Bosonia. Si iba a lograr romper los ladrillos, sería con eso. Comencé a golpear la pared con la mano en la que tenía pegada la piedra. Las primeras vibraciones ofrecían resistencia, pero, poco a poco, el ladrillo se fue rompiendo. Sentí el aroma característico del polvillo y continué. Por suerte, la pared no era gruesa y enseguida pude hacer un agujero. La luz bosoniana invadió el lugar, rebotando contra todos lados y llenando la habitación de arcoíris intermitentes. Antes de continuar rompiendo, me asomé por el agujero y, a lo lejos, pude ver a tres hombres conversando, entre risas. Estaban haciendo guardia, pero, claro, yo no iba a ir a ningún lado con esta piedra pegada a mi mano, así que se los veía relajados y más bien aburridos. Un punto a favor para tomarlos por sorpresa. Comencé a agrandar el agujero de la pared, haciendo el menor ruido posible. De repente, los hombres se pusieron en guardia. El jefe y sus dos acompañantes aparecieron y miraron en dirección a mi celda. Me agaché rápido y esperé.

Comenzaron a acercarse y pude rescatar algunas palabras. Por lo visto, el jefe les estaba diciendo algo acerca de otro hombre y que se prepararan porque estaban por llegar. ¿De quiénes estaría hablando? ¿Serían los troyanos? Me invadió la adrenalina y, en este cuartito minúsculo, me sentía aún más impotente. Escuché la llave del otro lado de la puerta y me mantuve alerta. Sabía que recibirlos a los golpes no era la mejor idea, aunque la adrenalina estaba de mi lado y tenía que aprovechar la fuerza extra. Sin embargo, no tuve tiempo de hacer nada. Un hombre abrió la puerta, entró el jefe y me volvió a dar un golpe que me hizo caer al suelo y escupir más sangre.

—Qué bien la vamos a pasar ahora —dijo.

Lo miré un instante, sin comprender. Me agarró del brazo para sacarme de allí, pero antes de dar un solo paso, el otro hombre salió volando por el aire y desapareció. El jefe me soltó y se dio vuelta para ver qué estaba ocurriendo. Otro hombre apareció de la nada, tomó al jefe por el brazo y juntos salieron del tiempo. Me quedé petrificado. Salí de la habitación y vi que varios hombres aparecían y desaparecían mientras se molían a golpes. Presa del instinto, quise salir del tiempo y, por supuesto, no pude. Continué observando lo que pasaba. Todos estaban vestidos de la misma forma, así que no sabía quién era quién ni para qué bando peleaba cada uno. Lo poco que veía en este plano, sabía que se estaba multiplicando fuera del tiempo. Volví a entrar en el cuartito y me agaché para seguir mirando por el pequeño agujero que había hecho. Cobarde. Sí, eso era. No tenía la menor noción de lo que estaba pasando y ninguna idea me parecía más adecuada que mantenerme al margen.

De pronto, escuché mi nombre. Alguien lo gritó. Me paré desesperado y volví a salir del cuartito. No obstante, entre tanto caos de cuerpos que aparecían y desaparecían, llegué a pensar que había alucinado.

—¡Yem!

Otra vez. Miré en la dirección de donde venía el sonido y vi al hombre que me había llamado desaparecer otra vez. Me quedé con la vista clavada en ese ángulo y volvió a aparecer, esta vez, mucho más cerca.

—¡Sal del tiempo! —gritó.

—No pued… —empecé a explicarle, pero desapareció otra vez, arrastrado fuera del tiempo por otro de los hombres.

Volvió a aparecer. Me tomó del brazo y miró para otro lado, aunque enseguida me volvió a mirar, sin comprender.

—No puedo salir del tiempo —le dije, mostrándole la piedra sujeta a mi mano.

El otro que se lo había llevado la vez anterior reapareció, lo agarró y trató de salir del tiempo: tampoco pudo. Ante su desconcierto, el que me estaba sujetando aprovechó y le pegó una trompada que lo durmió en el suelo. Luego, me miró a los ojos, a su brazo, a la piedra en mi mano y sonrió sorprendido.

—Interesante —dijo.

Se quedó parado al lado mío, sin soltarme el brazo y, cada vez que aparecía un nuevo hombre a querer sacarlo del tiempo, él lo tomaba por sorpresa para dormirlo de un golpe.

Me volvió a sonreír, divertido. Yo lo miré y comprendí lo que estaba pasando. Al tener la mano conectada a la piedra, la imposibilidad de salir del tiempo se transfería a otra persona, en tanto los cuerpos se tocaran.

—Vámonos —dijo—. Quédate pegado a mí y por nada del mundo me sueltes.

Lo único que me importaba era salir de ahí, así que obedecí.

Sin querer, acerqué la mano en la que tenía la piedra a él mientras me acomodaba, y él dio un salto hacia atrás.

—¡Cuidado con eso! —me advirtió.

Y recordé las palabras del jefe frente al monumento de la plaza. Si cualquiera tocaba otro material cuántico en Bosonia que no fuera el que lo había traído, moría al instante.

—Lo siento —dije. Luego sonreí.

Apareció otro hombre y el que estaba conmigo lo durmió también.

—Espera —le dije.

Él me miró.

—Espera a que aparezca otro —le aclaré, mostrándole mi piedra.

Él asintió y los dos esperamos. En el momento en que otro apareció,

lo toqué con la piedra y cayó seco.

Los dos nos quedamos estupefactos por un instante y, cuando levantamos la vista del cuerpo, otros cinco hombres estaban parados delante de nosotros a una distancia prudencial, sin hacer nada.

Yo los amenacé con la piedra y ellos se corrieron hacia atrás. Comenzamos a caminar hacia la salida, pero de pronto apareció un hombre por detrás y cuando el que me sujetaba quiso golpearlo, el otro le ganó y lo tiró al suelo. Acto seguido, vi cómo se lo llevaba afuera del tiempo. Volví a mirar hacia adelante a los otros hombres. Estaban en guardia, esperando. A riesgo de que alguno volviera a aparecer por atrás, me volví hacia la habitación y continué mirando por el agujero. Todos nos quedamos quietos. Y entonces, algo imposible ocurrió. A lo lejos, peleando con una horda de hombres desquiciados, lo vi. Era él. Era indefectible e imposiblemente él. Bárlok. Mi gran amigo Bárlok. El único amigo que había tenido en mi infancia. Solo que había un problema: Bárlok había muerto.

Luego de haber visto a mi mujer muerta gracias al material cuántico, llegué a la conclusión de que algo similar estaba ocurriendo. En un momento de desesperación o debido a la adrenalina o algo por estilo, este material pegado a mi mano me estaba haciendo alucinar. Sí. Tenía que ser eso. ¿Qué otra explicación habría para estar viendo a mi buen amigo con vida en este lugar, a miles de años luz de casa? Estaba alucinando, sí.

Sin poderme contener, salí del cuarto y me quedé parado como un idiota. Y entonces, me vio. Él a mí. Sostuvo un instante al hombre al que estaba por golpear y nuestras miradas se encontraron. Ya no entendía nada. Me quedé estupefacto. De reojo, pude ver cómo los hombres que estaban cerca de mí se aproximaban más y más. Ya no sabía qué hacer. Bajé la guardia y vi cómo Bárlok desaparecía y aparecía a mi lado. Me miró, me sonrió y se dispuso a pegarles a los hombres que estaban por atacarme.

—Bárlok… —susurré, temiendo ahuyentar al fantasma.

De pronto, me vinieron a la mente los recuerdos de lo que habíamos vivido juntos. Las horas que pasábamos resolviendo juegos mentales, de lógica, de ingenio. Las construcciones basadas en planos de los

Antiguos. Las luchas amistosas. Él era el único niño de mi edad que yo había conocido tan fuerte como yo, tan inteligente como yo. Ahora entendía por qué. Él era tan bosoniano como yo. El único que me entendía y me apoyaba y me daba el coraje que necesitaba para poder vivir en un mundo al que sentía que no pertenecía. Mi padrino de bodas. Eso había sido Bárlok. Tantas cosas. Había sufrido su muerte como la de mi mujer y soñaba con volver a ver a mi amigo alguna vez. Ahora estaba acá, parado a mi lado, de alguna manera inexplicable.

—¡Basta! —escuché que alguien gritó y me trajo de vuelta a este plano.

Pestañeé un par de veces antes de darme cuenta de que la voz provenía del jefe. Tenía agarrado del cuello al hombre que me había estado protegiendo y lo estaba amenazando con la misma estrategia que habíamos usado antes para matar al otro hombre. Tenía una piedra bosoniana muy cerca de su cara y el otro hombre estaba estupefacto.

—Basta —volvió a decir.

Los que estaban peleando dejaron de hacerlo y unos cuantos más volvieron al tiempo. Bárlok y el hombre amenazado por el jefe se estaban mirando. El jefe miraba a los dos alternadamente, divertido, con aires de victoria.

Todos miraban la situación, esperando.

—¿Así que te hago perder el tiempo? —le preguntó el jefe a Bárlok.

Pude ver cómo Bárlok y la víctima seguían mirándose. El otro hombre negaba y asentía con su cabeza, como si se estuvieran comunicando por telepatía y estuviera respondiendo a sus preguntas. Bárlok entonces me miró, luego a mi mano, y luego volvió a mirar al jefe. Antes de que pudiera pestañear, Bárlok había desaparecido y reaparecido al lado del jefe. Le pegó una trompada que lo obligó a soltar al otro. Ese desapareció y apareció a mi lado. Los demás miraban como idiotas, sin saber qué hacer.

Bárlok y el jefe empezaron a pegarse. Por nada del mundo el jefe soltaba su piedra, así que obligaba a Bárlok a mantener la lucha en este plano. Sin embargo, esa también era su debilidad. Con dos manos, Bárlok peleaba mucho mejor que el jefe con una. El otro trataba de

tocar a Bárlok con su piedra, pero él lo eludía con habilidad.

De pronto, una mujer apareció al lado de Bárlok para asistirlo. Entre los dos redujeron al jefe y lo arrastraron hasta donde estaba yo. Bárlok lo sujetó de los pelos a un centímetro de la piedra que yo tenía en mi mano.

—Despégala —le dijo. Un milímetro más y el jefe caería muerto.

El hombre trató de resistirse, aunque Bárlok y la mujer eran mucho más fuertes que él. Creo que llegó a la conclusión de que su vida era más importante que su prisionero, porque acercó su mano temblando a la mía y tocó esa cosa pegajosa que sujetaba la piedra. Automáticamente, vi cómo ese material extraño se hacía polvillo y la piedra cayó al suelo. Antes de que pudiera hacer alguna pregunta, Bárlok había agarrado mi piedra con su manga y me había sacado del tiempo.

Capítulo 21
Recuerdos de una amistad

Llegamos a una sala blanca en la que había una mesa y unas cuantas sillas alrededor. Sentí una mano agarrando mi brazo y me solté con violencia.

—Está bien, estás seguro acá —dijo Bárlok.

Lo miré, aún sin comprender cómo era posible que él estuviera allí. Tenía la mano envuelta en su manga y, sobre ella, estaba mi piedra. Me la estaba ofreciendo. La tomé y la guardé en mi bolsillo. Continué mirando para todos lados, alternando mi vista entre las paredes, los objetos y la mirada de Bárlok. No estaba seguro de nada. No podía creer que estuviera viendo a mi amigo muerto, mucho menos iba a considerar sus palabras.

—Yem… —dijo.

Le clavé una mirada incrédula.

—Soy yo, Bárlok.

—No. No puede ser. Bárlok está muerto.

—Tenemos mucho de qué hablar —dijo, con la misma serenidad que recordaba en su voz.

Continué negando con la cabeza, estático, desconfiado.

—¿Cómo? ¿Cómo es posible que estés vivo?

Bárlok caminó unos pasos hacia mí.

—No te me acerques —dije. Y se detuvo—. ¿Cómo es posible?

—Estoy en Bosonia hace ocho años letradianos.

—¿Qué pasó?

—Cuando tu padre murió… todo se complicó. Tuvimos que replantear muchas cosas, muchas estrategias. Alva estaba…

—¿Qué? ¿Conocías a Alva Brick?

Bárlok se quedó en silencio. Y entonces lo supe. Que él había estado siempre al tanto de lo que mi padre y Alva Brick estaban tramando.

Peor: no solo sabía. Formaba parte de esa mentira.

—Me mentiste. Todos esos años… —comencé. Pero no pude continuar. Mi cabeza daba vueltas. Estaba a punto de estallar.

Nada era mío. Ni mis recuerdos, ni mi vida, ni mis amigos. Nada.

—Yem… déjame que te…

Cuando sentí su mano en mi hombro me di vuelta y le pegué. Cayó al suelo y me fui encima de él. Le di otro golpe y luego otro más.

No se defendía. No hacía nada.

—¡Defiéndete! ¡Maldito!

Le pegué dos trompadas más y empecé a ver la sangre brotando de su boca. Lo había visto luchar recién. Era experto en combate. Siempre había sido mejor que yo y hacía instantes había podido confirmarlo mientras lo veía sacarse de encima a cinco, diez, quince hombres que trataban de atacarlo, como si fueran moscas. Ahora no se defendía. Me dejaba golpearlo sin parar. Por supuesto, no pude continuar. Le grité en la cara con furia y luego me hice a un costado. Las manos me dolían, pero no era nada comparado con los golpes que la realidad me seguía dando sin tregua. Comencé a sentir una vez más las lágrimas. Mi mujer, mi padre, su amigo, la revolución. Y ahora esto. Mi amigo. Cada recuerdo que venía a mi mente se convertía en un artefacto de tortura. Me senté contra la pared y me quedé en silencio. Él se sentó también y ni siquiera intentó limpiarse la sangre del rostro.

—Lo lamento —dijo.

Cerré los ojos. Al escuchar su voz, sentí la misma calma que sentía antes. Se mezclaba con la ira actual y me confundía. Me confundía y me generaba un dolor irreproducible.

—¿Por qué? —le pregunté, aún con los ojos cerrados—. ¿Por qué me mentiste durante tantos años?

Él hizo una pausa y luego dijo:

—Era necesario.

Esperé a que continuara.

—Eres la persona más importante del mundo.

Entonces abrí los ojos y lo miré. Él continuó mirando hacia adelante mientras decía:

—Luché demasiado contra todos para decirte la verdad. Primero, me convencían, pero a medida que fue pasando el tiempo supe que aun si te lo revelaba entonces, ya te iba a perder. Quise convencerme de que lo hacía por el bien del plan y por una fuerza altruista mayor. No pude. Sabía que no quería perderte. No podía perderte. Eras mi único amigo y pensaba que tal vez, más adelante, lo descubrirías por tus propios medios y entonces el destino diría.

Me quedé en silencio. No sabía qué decirle. Su sinceridad me hacía imposible juzgarlo, a pesar de la bronca que todavía sentía.

—Éramos muy chicos —continuó—. Y yo ya estaba al tanto de cosas terribles. Ya veía el sufrimiento de los exiliados y la apatía de la gente gobernada por las máquinas. Tantas verdades me habían obligado a crecer de golpe y tu padre no quería que sintieras todas esas cosas. Quería mantenerte puro.

Apreté los labios con furia. Sentía cómo me temblaban el mentón y las manos.

—Sin embargo, por tu inocencia, pagamos un precio muy alto: la ignorancia. Te subestimamos. El dolor por ser diferente fue mucho más endurecedor que cualquier dolor por la realidad. Todo se salió de control. Tu padre te veía sufrir. Yo te veía sufrir. Él decía que en cuanto fueras lo suficientemente grande para entender la verdad, las cosas cambiarían. Pero yo veía en tu mirada que no iba a ser así. Y luego de tantos años, asumí toda la responsabilidad y me alejé. Ya estabas casado y encarando una vida nueva. Supuse que podría hacer mucho más desde acá.

—Cobarde —dije, casi susurrando.

Bárlok me miró.

—Sí. Demasiado cobarde. No alcanza con decir que lo siento. No serán nunca suficientes tus golpes. Jamás podrás hacerme el daño que yo te hice a ti.

¿Qué responderle? Ya era tarde. Para las disculpas, los golpes. La realidad nos había atropellado a los dos. Ya no valía la pena mirar hacia el pasado. Los responsables de todas esas geniales ideas estaban muertos, y quedaba en manos de la nueva generación la responsabilidad del mundo. Si mi padre me había arruinado la vida

con sus errores, yo le había pagado con mi habilidad para destruirlo. Aunque no supiera que era él contra quien obraba. Y Alva Brick… Alva Brick era un tema aparte. De alguna manera, su brillante plan sí había funcionado con su hija. Ella era inocente, bondadosa y justa. Y estaba… ¿dónde estaba?

Me paré de pronto. El jefe había dicho que Lily estaba con los troyanos, pero no podía confiar en sus palabras. Sobre los planes de estos hombres no tenía demasiada idea y sabía que los que me habían tomado prisionero no estaban muy lejos de invadir la Central.

—¿Qué pasó? —me preguntó Bárlok.

—Tengo que… tengo que encontrar a alguien.

No quería revelar demasiado, a pesar de que quizás era mejor contar con su colaboración para encontrarla, antes de que los otros lo hicieran.

—¿Lily? —preguntó Bárlok.

Lo miré un instante en silencio. Luego:

—Sí. ¿Sabes dónde está?

—Está acá. Protegida.

Eso me tranquilizó.

—¿Le dijeron?

Bárlok asintió. Su mirada estaba llena de dolor.

—¿Cómo se lo tomó?

—Un poco mejor que tú —dijo él, tocándose la sangre de la comisura.

—¿Y qué piensa hacer? ¿Llevar adelante la revolución que quedó a mitad de camino?

—No lo sé —dijo Bárlok, luego de un silencio—. En realidad, lo que importa es qué vas a hacer tú.

Yo mismo me había hecho esa pregunta antes. Y, al igual que ahora, no tenía una respuesta. Miré a Bárlok y vi que me estudiaba, expectante. Y no era para menos. Las chances eran, en caso de sobrevivir, que siguiera trabajando para la Central en pos de la paz de Letradia o que me uniera a la revolución y los ayudara a destruir aquello que habían enseñado a amar. En cualquier caso, mucha gente iba a sufrir, muchos iban a morir. No obstante, ahora solo había una

persona que no merecía morir, y esa era Lily. Porque ella había vivido en la misma ignorancia que yo. Porque era la única que comprendería mis pensamientos y mis actos y, dado que estaba en este lugar por mi culpa, la única que tenía autorización para juzgarme. No sabía qué haría con mi vida de aquí en adelante. Necesitaba hablar con ella al menos una vez más, frente a frente, ahora que ambos sabíamos la verdad.

—Necesito verla —le dije.

Bárlok asintió, como si hubiera estado siguiendo la línea de mis pensamientos. Me ofreció su mano para salir del tiempo y desaparecimos.

Capítulo 22
Reencuentro

Aparecimos en una sala gigante, muy similar a los museos de Letradia. En las paredes había cuadros y fotos y líneas de tiempo. Estábamos parados en el medio de la sala y no distinguía bien las cosas que estaban colgadas.

—¿Qué es este lugar? —pregunté.

—Es el museo de tu padre, de su vida y de… la tuya —explicó Bárlok.

Cerré los ojos. No quería ver esto. Ya no quería ver nada que tuviera que ver con mi pasado.

—¿Por qué me trajiste acá? —dije, enojado, sin abrir los ojos.

—Porque esta es la verdad. Porque ya no hay razón para ocultártela y, aunque así fuera, no volveré a ser yo el responsable.

Abrí los ojos y lo miré. Esa maldita expresión de paz me obligaba a mantener la calma.

—Esta es tu verdad —continuó—. Esta fue la vida de la que fuimos testigos. Sé que va a ser dura, pero, por primera vez, será algo a lo que puedas aferrarte. —Hizo una pausa y luego siguió—: Tómate tu tiempo. Voy a buscar a Lily y vuelvo en un rato.

Lo miré angustiado. Él me sonrió, aunque su rostro expresaba mucha más tristeza que el mío, y, acto seguido, desapareció.

Me quedé un instante quieto, sin animarme a dar un paso en ninguna dirección. Qué irónico era todo esto. Era la viva expresión de lo que estaba sintiendo. Cada pared a la que me acercara iba a mostrarme algo distinto de lo que conocía. Igual que mi vida, sin rumbo, sin destino. Giré y, detrás de mí, lo primero que vi fue un mural gigante de mi padre y de Alva Brick, agitando banderas al frente de un batallón, a punto de iniciar una guerra. No. Definitivamente, no sería ese el lugar por el que arrancaría. Hacia el

otro lado, vi una línea de tiempo. Me acerqué y pude ver que no era la de mi padre sino la mía. La primera foto era del día que nací. La misma foto que había estado en un portarretratos sobre la mesa de luz de mi madre toda la vida. Era indescriptible lo que significaba. Al lado de esa foto, una de mi padre sujetándome en brazos al lado de mi madre; los dos sonriendo. Y debajo de esa foto, mi código bosoniano. Mi *verdadero* código bosoniano. El mismo que me había mostrado el jefe. El mismo que había aparecido entre las opciones de emparejamiento de Lily. Sabía ahora que todo había sido parte de este majestuoso y nefasto plan que nuestros padres tenían para nosotros: obligarnos a encontrarnos, para llevar adelante juntos la revolución. Lo único que me daba cierta tranquilidad era saber que Lily estaba fuera de peligro, al menos, por ahora.

Continué avanzando por mis fotos y mi vida y encontré una en la que estaba con Bárlok. Teníamos cinco años y esa expresión inocente y pícara de dos mejores amigos listos para hacer travesuras. Sonreí. Saber que estaba vivo era mucho más gratificante que todas las mentiras que me hubiera dicho. Era lo único de mi pasado a lo que ahora podía aferrarme. Era lo único de mi niñez que había quedado intacto, inalcanzado por esta terrible tintura de realidad. Lo único que no había perdido para siempre. El resto de las fotos mostraban un Yem que no era yo. Un niño que iba creciendo, convirtiéndose en adolescente y en adulto, sonriendo por fuera y muriendo por dentro. Y cuando llegué a las fotos de mi boda, todas las emociones me invadieron. El amor, la tragedia, la esperanza, la muerte, la felicidad y el dolor. El dolor más extremo que una persona puede vivir. El que, día a día, llenaba mi mente y mis recuerdos. Lágrimas. Incomprensión. Las máquinas se lo habían anticipado y, sin embargo, ella aparecía en todas las fotos con una sonrisa. ¿Hubiera sido igual? De no haber contado con el noticiero matutino de tragedias, de no haber existido una máquina que le recordase a cada instante que iba a morir, ¿hubiera sido lo mismo? ¿Habríamos valorado cada momento, cada segundo? Tanto las critican, pero el recordatorio constante de los días contados nos hacía valorarlos mucho más. La gente vive sus aburridas vidas en Letradia, sin sobresaltos ni imprevistos. Sin embargo, cuando

se enteran de que algo malo está por pasar, aprovechan mejor el tiempo que les queda. Esa es una oportunidad que una vida sin máquinas no ofrece. Eso fue lo que siempre me hizo seguir adelante.

Miré hacia la siguiente pared y vi que toda la vida de mi padre estaba ahí plasmada. No quería acercarme. No quería enterarme de que mi padre tampoco se iba de viaje seguido y por largos períodos de tiempo. No quería saber qué hacía fuera de casa. No estaba preparado para conocer su otra cara. No obstante, tenía que hacerlo. Era imperativo. Vivir una mentira ya no es posible, aunque se quiera, una vez que se conoce la verdad. No está loco quien quiere, sino quien puede.

Me acerqué y comencé a ver sus fotos y su línea de tiempo. Mis ojos lo veían, mi cerebro lo interpretaba, pero mi alma lo negaba. Tantas fotos con Alva Brick, su gran amigo. Muchas más fotos de las que tenía conmigo o con mi madre. Trabajando, estudiando, planeando. Fotos en las que se miraban sonriendo como si, entre ellos, sobraran las palabras. Sentía de todo. Celos, más que nada. Celos por tener de padre a un hombre que no conocía, pero que estos de acá y de allá adoraban como a un líder. Celos por entender ahora que esta vida era más importante para él que su familia. Y bronca. Mucha bronca por haber sido víctima de sus planes. Bronca por haberme depositado en bandeja frente a la Central como al Moisés de los Antiguos para que creciera ahí dentro y me sintiera digno de ser parte de un gran plan, de llevar adelante las riendas de una sociedad entera que consideraba justa. Y, ¿para qué? Para que él mismo cayera en las trampas de mi habilidad. Él y su gran amigo Alva Brick. Una tragedia griega de los Antiguos. Un hijo alejado de su padre, que, en su adultez, vuelve para matarlo sin saber quién era en realidad.

—¡Yem! —escuché. La única voz que quería oír en ese momento. La única voz que podía alejarme de esa realidad infame.

Me di vuelta y la vi, corriendo hacia mí. Me abrazó con tanta fuerza que casi me hace perder el equilibrio. Un abrazo como hacía tiempo no sentía. El calor humano de la única persona que podía entenderme. La abracé con todo mi ser. Con los ojos cerrados. Sintiendo por primera vez en mi vida un atisbo de esperanza a mil años de luz de

casa.

—Lily… —susurré.

No sé cuánto tiempo permanecimos abrazados. Sentí que la veía por primera vez, que la tocaba por primera vez. Ella era otra persona y yo… yo me aferraba a ella como si fuera lo único capaz de mantenerme vivo.

Nos separamos y vi las lágrimas en sus ojos.

—Lo siento tanto —dijo.

Ella estaba ahí por mi culpa. Yo había sido la primera persona que le había escupido la verdad en el rostro de la peor manera. Yo la había secuestrado y ella casi había muerto. No obstante, me miraba con toda su inocencia y me decía que lo sentía. Negué y bajé la mirada al suelo, avergonzado por lo que había hecho.

—Perdóname, Lily —le dije, mirándola a los ojos, como me había prometido que haría si alguna vez volvía a verla—. Lo que tuviste que sufrir por mi culpa, yo…

—No hay nada que disculpar —se apuró a decir—. Nos mintieron, a los dos, y lo que hayamos hecho en la ignorancia ya no tiene vuelta atrás.

—No sabes las cosas que dices. Las cosas que hice. Los crímenes que…

Y no pude continuar. Mi padre. Su padre. Los años…

Me volvió a abrazar.

—No tiene importancia, ya —me dijo.

Sí la tenía. Uno no puede matar a las personas y hacer de cuenta como que no pasó nada. Si bien no fueron mis manos, fueron mis órdenes, mi habilidad para manipular a las máquinas, mis años de estudio para perfeccionarlas. No se puede hacer borrón y cuenta nueva.

Me solté de su abrazo y le di la espalda.

—No puedo borrar mi pasado —dije, y ahora miraba el mural de mi padre junto a Alva—. No puedo pretender que me entiendas.

—Sí te entiendo —dijo ella, dando la vuelta y parándose frente a mí. No me sacaba la mirada de encima. Una mirada bondadosa y sin juicio, completamente diferente a la expresión que tenía dentro de la

jaula—. ¿Quién mejor que yo podría entenderte? Tal vez era demasiado joven para hacer algo. Pero, seguro, de haber tenido la oportunidad, hubiera obrado de la misma forma.

—No sabes lo que dices —le dije, otra vez.

Le acaricié el rostro. Ella lo recostó sobre mi mano y cerró los ojos. Sus lágrimas caían y se depositaban una a una sobre mi palma. La abracé. Era tan pequeña.

—Nos enseñaron a construir al enemigo, Yem —dijo—. Fueron muy eficaces. Nos enseñaron tantas cosas… mientras nos hacían vivir una mentira. Ellos son los culpables. Ellos son los responsables. Por sus actos. Por los tuyos y por los míos.

Hizo silencio y miró a su alrededor.

—Yo estuve acá —dijo, caminando hacia una de las paredes—. ¿Sabías que mi padre tiene un museo igual a este? A los dos los adoraron y alabaron, y todos y cada uno de los que están acá los siguen adorando, no como líderes, sino como dioses.

Se detuvo y me miró.

—Nadie más que tú y yo sabemos que eran humanos. Ni siquiera tu madre o la mía o mis adorados hermanos.

Caminó hasta la pared en donde estaba toda mi vida y se detuvo frente a mi código bosoniano. La seguí en silencio.

—Yo tampoco sabía cuál era el mío —dijo, acariciándolo—. Estuve acá y vi toda tu vida. Y estuve en el museo de mi padre y vi toda la mía.

Hizo una pausa.

—Ni los códigos, ni las fotos, ni estas absurdas líneas de tiempo pueden decirnos quiénes somos. Yo sé que no soy esa. O quizás, que no soy solo esa. Y sé que tú sientes lo mismo.

Volví a mirar mi línea de tiempo y sabía que tenía razón.

—Mi padre solía decirme —continuó— que cuanto más humanos nos mantuviéramos, cuanto más contacto entre nosotros existiera y cuanto más aprendiéramos a seguir nuestro instinto, más nos alejaríamos de las máquinas. Que ellas no podrían decirnos quiénes somos. ¿Y mientras tanto? ¿Qué hacían ellos? Se alejaban de nosotros. Nos mentían. Nos mantenían en secreto… Hicieron todo mal.

Nos quedamos en silencio. Ya no había más que decir acerca del pasado. Ahora solo restaba mirar hacia el futuro, aunque no sabía qué haría de ahora en adelante.

—¿Qué piensas hacer? —le pregunté. Quizás, ella sí tendría alguna idea.

—No lo sé —dijo—. Acá están esperando que tome las riendas de una revolución que no siento propia, pero que, de abandonar, significaría la muerte de muchos en vano.

—Yo no quiero que muera más gente bajo mi responsabilidad —le dije. Era la verdad—. Trabajando para la Central fui el responsable de más muertes de las que tu padre y el mío jamás lo serán. Y todo por defender una vida falaz e hipócrita.

—Inventada por ellos —agregó Lily.

—No importa ya quién fue el causante. Murieron soldados y murieron exiliados, quién sabe hoy si inocentes o culpables. Cuántos habrá como tú y yo, que no tienen la menor idea de las verdaderas causas por las que están luchando.

Hice un silencio para acomodar mejor mis ideas.

—Yo amaba Letradia, Lily —confesé—. Me gustaba lo que hacía porque creía que contribuía a una vida en paz. Y ahora, llego acá y me doy cuenta de que la otra cara de la moneda es tan nefasta como la que me invitaron a creer. Ya no quiero ser parte de algo en lo que no creo, pero tampoco quiero ser el líder de algo que genere más muertes.

—Sí, te entiendo —dijo ella—. Pienso y siento igual. Aunque también es cierto que estos aparatos me hacen ruido. Y esto es algo que no tiene nada que ver con mi crianza. O, quizás, sí. Quizás sí, porque me enseñaron que mi decisión vale, que importa. Que mi vida tiene que depender de mí, no de lo que digan otros.

La miré. Ella frunció el ceño. Era asombrosa la capacidad que tenía para leerme.

—Por favor, no me malinterpretes —explicó—. Yo tampoco quiero que muera más gente. Solo quisiera… encontrar un equilibrio.

—¿Cómo?

—No lo sé. Haciendo que las máquinas sean optativas, o algo así.

—El emperador jamás lo permitiría —le dije.

—Entonces, ¿te das cuenta de que el sistema vigente favorece a algunos a costa de otros?

—Siempre va a ser así, Lily. Es inherente al ser humano buscar líderes que tomen las decisiones por uno.

—¿Por uno… quién?

Me quedé en silencio. Sabía a qué se refería. Y su tono sonaba mucho a revolución.

—Lo que estás pidiendo es una utopía. Tienes que considerar que quizás haya personas a las que les gusta que otro tome las decisiones por ellas.

—No, no estoy de acuerdo.

—Por favor, ¿por qué piensas que las religiones encajaron tan bien a lo largo de la Historia de los Antiguos? El ser humano promedio es mediocre. No quiere tener que decidir. Prefiere la comodidad.

—Seguro. Por eso los exiliados están tan contentos de no poder vivir una vida normal.

—Eso es diferente. Los exiliados quieren la revolución.

—No, no todos. Acá mismo, en grupos muy reducidos de humanos, lo puedes ver con tus propios ojos. Algunos quieren destruir. Otros queremos construir un mundo más justo.

Me quedé en silencio. El hecho de haberse incluido de manera tan inconsciente dentro del segundo grupo me hacía dar cuenta cada vez más de que ella estaba mucho más cerca de la revolución de lo que decía o creía. Sinceramente, a mí ya no me importaba la revolución, ni la vida en Letradia. Mucho menos, lo que estaba ocurriendo acá en Bosonia. Estaba cansado. Quería irme a casa y dormir hasta morir. Sin embargo, por un motivo que desconocía, lo único que me frenaba era la seguridad de esta persona que estaba parada delante de mí. Para bien o para mal, las revoluciones no se logran sin que muchos pierdan la vida. Y que Lily perdiera la suya no era algo que yo iba a permitir.

—¿A costa de cuántas vidas? —le pregunté, aunque la única que me importaba era la suya.

—Tú mismo lo dijiste. Ya hubo más muertes de las que hubieras querido. Y si nos quedamos de brazos cruzados, de alguna manera van

a llegar a la Central los otros y ahí sí que no les va a importar nada.

Pánico. Me generaba pánico que alguien llegara a la Central antes de que Lily pudiera volver y estar a salvo. Era lo único que me importaba. Después sí, que volaran la Central y las máquinas y lo que les diera la maldita gana.

—Tenemos que encontrar una manera de volver —le dije—. No estás segura acá y si hay algo que jamás podría perdonarme es que tú también perdieras tu vida por mi culpa.

Se quedó callada y me estudió. No sabía qué quería saber. Ya no tenía razón para ocultarle nada.

—Supongamos que conseguimos la manera de volver —me dijo—. Supongamos que llego a casa y me aseguro de estar a salvo. Supongamos que tú le dices cualquier cosa al emperador y lo convences de que está todo bien. Después, ¿qué?

—¿Después qué?

—Es lo que te estoy preguntando. Nada va a volver a ser como antes, jamás. Ahora eres otra persona, Yem. No vas a poder retomar la normalidad, cualquiera que sea.

Me acerqué a ella. Me di cuenta de que estaba tratando de averiguar algo. Estaba dando vueltas. Ya conocía esa estrategia. Había interrogado a demasiados exiliados. Se paró derecha y me sostuvo la mirada. No obstante, ahora estábamos del mismo lado de la jaula los dos. Con las mismas verdades escupidas en la cara. No sabía por qué no me preguntaba lo que quería saber. Me acerqué aún más y le dije:

—Tú entiendes que eres la única persona en el mundo a la que no podría juzgar jamás, ¿no? Así como sé que soy la única persona a la que tú ya no puedes juzgar. ¿Sabes qué significa eso?

Se quedó en silencio, en guardia.

—Que no tengo razón alguna para mentirte —le aseguré. Nuestros rostros estaban a centímetros de distancia—. ¿Por qué no me preguntas lo que quieres saber?

Silencio. Inmóviles. Casi podía escuchar su corazón agitado. Pestañeó y miró al suelo.

—Tengo miedo —dijo, al fin.

—¿De qué?

Me volvió a mirar.

—De lo que pueda pasarte.

—¿A mí?

Asintió y sus ojos se llenaron de lágrimas. Me quedé en silencio, esperando. Vi cómo cerraba los ojos y apretaba los labios. Definitivamente, había algo que quería decirme. Esperé.

—Sé cómo volver a casa —dijo.

—¿Qué? ¡¿Cómo?!

—Pero tengo miedo, Yem.

—¿De qué?

—Están pasando demasiadas cosas. Esta gente está decidida a acabar con la Central y con la vida actual de Letradia. Tengo miedo por ti y por mis hermanos. No sé qué va a pasar.

Me quedé en silencio. Estaba diciendo la verdad. Y era cierto. No sabíamos qué iba a pasar, tomáramos cartas en el asunto o no. Los dos éramos demasiado importantes en esta revolución como para que se olvidaran de nosotros, fuera ese nuestro deseo o no. Volví a abrazarla. La veía cada vez más pequeña, más inocente. Y temía más por su vida que por la mía.

—Te entiendo.

Fue lo único que pude decirle.

No podíamos hacer nada que no tuviera que ver con lo que estaba por ocurrir. Aun si nos escapáramos y escondiésemos a sus hermanos, ningún lugar era seguro. Ni dentro, ni fuera del tiempo. Ni allá, ni acá. Si Bárlok y los suyos decidían no hacer nada, igual estaban los otros, dispuestos a todo. Y tarde o temprano, también encontrarían la manera de entrar en la Central y destruirla. Quisiéramos o no, íbamos a tener que participar. Sin embargo, yo conocía la manera de destruir las máquinas sin que más vidas tuvieran que perecer por ello. Había pasado muchos años perfeccionándolas y ocultando sus errores. Sabía cómo acabar con ellas. La volví a mirar. Quizás, con su ayuda y la de Bárlok, podríamos llegar a orquestar algún plan.

—Creo que tengo una idea —le dije.

La revolución iba a llegar, con o sin nuestra participación, así que por qué no hacerlo y evitar el mayor daño colateral posible.

—¿Cuál? —me preguntó.

—Trabajé demasiados años perfeccionando esas máquinas. Soy el que mejor sabe dónde están sus defectos.

Y de pronto, de nuevo me invadió una gran tristeza.

—¿Qué pasó? —preguntó Lily.

—Cada vez entiendo mejor los planes de nuestros padres.

—¿Qué planes?

—Que hayan esperado hasta este momento para que nos conozcamos. Que haya saltado en tu máquina mi código y no antes. ¿No te preguntaste por qué nunca nos conocimos? Nuestros padres eran mejores amigos.

—Sí, me lo pregunté. Pero sigo sin entender.

—Quizás, si nos conociéramos de toda la vida, si hubiéramos sabido siempre la verdad, habríamos tomado caminos diferentes. Quizás, habríamos elegido otras cosas. Sin embargo, de esta forma, lograron conectarnos desde un lugar tan extremo que ahora lo único que nos importa es el bienestar del otro.

Le acaricié el rostro. Estaba todo tan claro. Estábamos tan conectados que éramos como familia aun sin serlo. Ella misma lo había dicho. Temía por mí tanto como por sus hermanos. Nos habían asfaltado el camino para que llegáramos a este lugar. Quizás, el hecho de que estuviéramos en Bosonia era circunstancial. No obstante, acá o en casa, cuando nos revelaran la verdad, íbamos a terminar en esta misma situación. Unidos por la traición, por la mentira y por el dolor, pero unidos al fin.

Ella asintió.

—Es verdad —dijo—. Ya no puedo imaginar una vida en la que no estés. No puedo ocultarte nada.

Hizo una pausa y continuó.

—Bárlok me dijo que no te dijera cómo volver a casa hasta tanto estuviera segura de que no ibas a tratar de salvar la Central. Él y yo… Bueno, él… creo que está enamorado de mí. Aunque creo que… al igual que mi padre… está más enamorado de la revolución.

—¿Y tú?

—No lo sé. No sé lo que siento. Pasaron tantas cosas en tan poco

tiempo… tantas mentiras, tantas verdades… no lo sé.

Asentí. Si había alguien en este mundo que podía entenderla, ese era yo.

—Quiero ir a casa contigo, Yem —dijo—. Ahora.

—Pero… ¿cómo?

—Estaba en la Biblia. Las fórmulas. Los datos. En la Biblia que me dejó papá.

—¿La Biblia que yo te devolví dentro de la jaula?

—Sí —dijo Lily, casi sonriendo—. Mira si te la quedabas.

—¿Cómo sabes? Pensé que había quedado en la jaula cuando nosotros…

Recordé la violencia con la que la había tratado y no pude continuar.

—Yo también —dijo ella—. Sin embargo, después de que Bárlok me contó toda la verdad y me dijo que a ti también te habían mentido, salí a buscarte.

—¿Que hiciste qué? ¡Por favor, Lily! ¿Sabes el peligro que pudiste haber corrido?

—Sí, lo sé. Pero no podía tolerar más la idea de no verte, de no saber si estabas bien.

La volví a abrazar. Era abrumador saber que contaba con ella de esta forma tan incondicional.

—Está bien. Te entiendo —le dije—. Yo hubiera hecho lo mismo. De hecho, te estaba buscando cuando me agarraron.

Lily cerró los ojos con bronca. Luego, suspiró y dijo:

—No tenía idea de dónde empezar a buscar. Sabía que podías entrar y salir del tiempo, así que podías estar en cualquier parte. Salí del tiempo y fui al lugar al que habíamos llegado. Sabía que no te iba a encontrar ahí, aunque, quizás, alguna pista… Y entonces, la vi. Debajo de unos escombros. Estaba feliz de verla porque me recuerda mucho a mi padre, pero no tenía idea de lo que significaban esos símbolos que tenía escritos. Se la traje a Bárlok y él me explicó lo que eran. Colocó todos los datos en la máquina y esta empezó a imprimir cosas desquiciadamente. Entre ellas, la fórmula del camino de vuelta.

Una mezcla de emociones me arrancó de mi cuerpo. Adrenalina,

emoción y, sobre todo, esperanza. Agarré la piedra de mi bolsillo y se la mostré. Ella la miró con nostalgia y sonrió.

—Es extraño volver a ver esa piedra. Me alegra saber que nuestro pasaje a casa está en tus manos.

—¿Qué hacemos? —le dije.

Ella negó con la cabeza. Me miró y dijo:

—No sé cómo funciona.

—Vamos a buscar a Bárlok —concluí, decidido.

—Espera —me frenó. De pronto, vi su rostro lleno de temor—. ¿Qué vamos a hacer una vez que estemos allá?

La miré un instante en silencio. No tenía la menor idea. No obstante, sabía que podíamos idear un plan junto a Bárlok para hacer de la revolución algo un poco menos desquiciado.

—No lo sé —le dije—. Vamos a ver a Bárlok.

Guardé la piedra en mi bolsillo. Me ofreció su mano y, cuando la tomé, dijo:

—Por favor, nunca la sueltes.

Capítulo 23
Un atisbo de estrategia

Llegamos al jardín central del refugio y a lo lejos pude ver a Bárlok hablando con otros hombres. Yem miraba a su alrededor, asombrado. Le apreté más fuerte la mano y él me miró.

—Es increíble la belleza de Bosonia, ¿no? —le dije.

—Demasiado. Parece mentira que hasta a esto se pueda acostumbrar el hombre al punto de llegar a odiarlo —me respondió.

Volví mi atención al frente y vi que Bárlok nos miraba. Incluso a esta distancia, pude apreciar cómo intercalaba su mirada entre nuestros ojos y nuestras manos juntas. Desapareció y apareció al lado nuestro. Volvió a mirar nuestras manos, aunque su rostro conservaba su acostumbrada paz. Sonrió y dijo:

—Me alegra que se hayan reencontrado.

Silencio incómodo.

—Bárlok, Yem dice que tiene un plan —le dije.

Bárlok lo miró y Yem asintió:

—Me dijo Lily que encontraron la fórmula de vuelta.

Bárlok me miró y por un momento noté algo de preocupación en su rostro. Yem se me adelantó.

—No te preocupes. No voy a defender la Central —lo tranquilizó, como leyendo sus pensamientos.

Bárlok asintió y sonrió.

—Espera —aclaró Yem—, tampoco sé si voy a llevar adelante la revolución. La verdad es que nada de lo que hagamos va a evitar que la Central sea atacada. Lo único que quiero es que Lily esté a salvo. Y ahora que me dices que podemos volver voluntariamente, mucho más que eso no pretendo hacer.

—Entiendo —dijo Bárlok. Y volvió a mirar nuestras manos entrelazadas—. ¿Y tú?

Esa pregunta era para mí. Me tomó desprevenida.

—¿Yo? Yo quiero proteger a mis hermanos.

—Tus hermanos ya están a salvo —dijo él.

—Nadie está a salvo, Bárlok. Y lo cierto es que, como dice Yem, si no lo hacen ustedes, el desquiciado de Travis va a ir a atacar la Central.

Miré a Yem.

—Dile.

—No sé si era parte del grandioso plan de mi padre —comenzó Yem —. La verdad es que yo conozco las máquinas de la Central mejor que nadie. Dediqué demasiados años a perfeccionarlas y sé cómo destruirlas.

Bárlok sonrió. Había orgullo en su expresión.

—Ya deja de mirarme así, Bárlok —lo criticó Yem. Había percibido lo mismo que yo—. No quiero formar parte de tu revolución. No quiero ser el culpable de más muertes.

Bárlok se volvió a poner serio y asintió, comprensivo.

—Pero haga lo que haga, estamos involucrados. Quiero planear la mejor estrategia posible para evitar más muertes.

—¿Pensaste en algo? —le preguntó Bárlok.

Yem asintió.

—Primero déjame ver esa bendita fórmula. Es desesperante saber que existe.

Bárlok sonrió, le ofreció su brazo y los tres salimos del tiempo. Llegamos al laboratorio y Bárlok le mostró la máquina a Yem. Él me soltó y se acercó a ella. Pasó su mano sobre el teclado y se quedó quieto, sin tocarlo. Giró la cabeza y acercó un poco más su oreja. Cerró los ojos y se quedó así, inmóvil.

—Si hay algo de toda esta mentira —comenzó a decir Yem, aún con los ojos cerrados— que realmente lamento, fue no haber podido nunca descifrar este maldito virus.

—No te sientas mal —dijo Bárlok—. Una de sus cualidades era mandar informes de todo lo que pasaba adentro de la Central.

—¿Qué? —preguntó Yem.

Se volvió a enderezar y lo miró, primero con bronca, y enseguida,

con resignación. Levantó las cejas y negó.

—Todo lo que hacían servía para mejorarlo —explicó Bárlok—. Sabía que Alva tenía infiltrados dentro de la Central. Jamás imaginé que esa persona serías tú.

—Qué basuras —dijo Yem. Aunque no había odio ni emoción en sus palabras. Miró a Bárlok a los ojos, se tocó su propia sien con un dedo y agregó—: Me quemaron el cerebro. Eran unos enfermos.

Bárlok miró al suelo, avergonzado. Yo me quedé en silencio, sin palabras. El sufrimiento de Yem me dolía en el alma. Lo habían traicionado mucho peor que a mí. Más años. Más tortura. No podía ni imaginar lo profundo que llegaba su desilusión. Me acerqué a él y le acaricié la espalda.

Yem me miró con toda una vida de cansancio encima. Se seguía desayunando malas noticias. Suspiró y empezó a trabajar. Me sorprendió su habilidad. Sus manos iban a mayor velocidad de la que permitía entender la vista. Estaba concentradísimo. Asentía y negaba mientras leía los códigos incomprensibles que mostraba el aparato. En un momento, apareció una fórmula y se quedó quieto. Comenzó a asentir con una leve sonrisa.

—No puedo creer lo fácil que es —dijo.

—¿Viste? —acompañó Bárlok—. Tan fácil y lógico a la vez.

—Cómo no se me ocurrió integrar la derivada.

—Sí, pensé lo mismo. Fíjate acá —señaló Bárlok en la pantalla—. Esta parte de la fórmula es capciosa. Recién ahora con la integral lo puedo ver.

—Sí, sí. Justo eso estaba viendo. Como si estuviera para distraer. Como si… algo… se asegurara de que solo una mente bosoniana la pudiera entender.

Se quedaron un instante en silencio, maravillados.

—¿Lo comprobaron prácticamente? —preguntó Yem.

—Estábamos por hacerlo, cuando el imbécil de Travis vino a jactarse de tenerte prisionero y salimos a rescatarte.

Yem sacó de su bolsillo la piedra y la miró. Luego intercaló su mirada entre Bárlok y yo.

—¿Probamos? —dijo.

—Pensemos qué vamos a hacer primero —advirtió Bárlok—. No sabemos qué está pasando allá. Hace varios días que están conectados a la piedra.

—Si alguien hubiera entrado a la sala, nos habríamos enterado.

Bárlok asintió, aunque no estaba convencido, y preguntó:

—¿Cómo puede ser que nadie haya entrado todavía?

Yem sonrió, con una expresión pícara.

—Esa sala está construida con los materiales más fuertes del mundo y sus paredes tienen un espesor de más de un metro. No tiene puertas y está protegida por un domo magnético. Solo puede entrar ahí un bosoniano y solo puede hacerlo una vez que entró conmigo la primera vez. Fue una inversión millonaria. El emperador va a pensarlo varias veces antes de destruirla.

Bárlok sonrió, incrédulo.

—¿Cómo lograste algo así?

—Los beneficios de ser el único bosoniano en la Central. Al menos, podía darme algunos gustos.

Bárlok asintió.

—De todas formas, el tiempo sigue corriendo allá —dijo Yem.

—Tenemos que pensar una estrategia —agregó Bárlok.

—Sí —confirmó Yem—. Lo mejor que se me ocurre es volver y decirle al emperador que todo está bien. Lily puede salir del tiempo y volver a su casa, mientras yo le digo que sigue ahí adentro y que hay que hacerle más estudios.

Me gustaba la idea. Me gustaba pensar que estaba cerca de volver a ver a mis hermanos. Aunque Bárlok me había dicho que estaban protegidos en algún lugar.

—¿Dónde están mis hermanos? —le pregunté.

—En un refugio —respondió él—. Podemos encontrarnos en tu casa y vamos juntos desde ahí.

Yem asintió.

—Mientras tanto, voy a entrar en el laboratorio y desconecto la máquina central. Eso va a hacer que se pierda la conexión mundial.

—Sí, el caos nos va a dar tiempo para entrar y llevarnos al emperador.

—Esperen —dije. Los dos me miraron—. ¿Qué va a pasar con los ciudadanos?

Se quedaron en silencio.

—En cuanto las máquinas dejen de funcionar, los exiliados van a entrar en acción. Y no creo que Travis y los otros se queden atrás. Hay que proteger a los habitantes.

Asintieron, aunque se quedaron en silencio.

—Podríamos enviar algunas instrucciones, o algo así, a todas las máquinas, antes de desconectarlas —sugirió Bárlok—. Alguna advertencia.

—¿Y después qué? —pregunté. La idea no era mala, pero no era suficiente—. ¿Qué va a pasar con toda esa gente cuando los exiliados como Travis empiecen a hacer desastres?

—Es que va a ser inevitable —dijo Yem—. ¿Qué esperabas? ¿Que los gobernantes entreguen el mando mientras los oprimidos dicen gracias?

—No lo sé. No sé lo que espero. Solo estoy tratando de que las cosas se den de la forma más organizada posible. Los exiliados de Letradia no tienen bronca contra los habitantes. ¿Qué culpa tienen ellos de estar conectados?

—Algunos, sí —dijeron Yem y Bárlok, a la misma vez.

—Hay mucha gente con altas dosis de desesperación en Letradia —agregó Bárlok—. Gente que no va a detenerse hasta estar seguros de que las cosas no se van a repetir.

—Podríamos reunirnos con ellos, hablarles —dije, con algo de esperanza.

—No seas ingenua, Lily —dijo Yem—. Hay cosas que no se pueden resolver hablando. Y hay demasiada gente que no quiere escuchar.

—Para eso estamos nosotros, tú y yo. La misma fama que nos precede y que nos obliga a formar parte de esto, puede ser algo que usemos a nuestro favor. A nosotros sí nos van a escuchar. Los exiliados saben quiénes somos.

Yem seguía negando con su cabeza. Y me preocupó que Bárlok también lo hacía. Suspiré y me quedé en silencio. No soportaba la idea de imaginar semejante caos.

—No se trata solo de explicarle las cosas a la gente —dijo Bárlok—. Hay que ofrecerles una solución.

—Bueno, diseñémosla —dije.

—No tenemos tanto tiempo como para construir un nuevo modelo de sociedad de la noche a la mañana —continuó Bárlok.

—¿¡Qué demonios estuvieron haciendo acá todo este tiempo!? —pregunté.

Yem soltó una carcajada y Bárlok me devolvió una sonrisa. Me miraba como a una nena que se frustra porque le robaron su juguete.

—¡No te rías! —le grité a Yem.

—Perdón, es que es una muy buena pregunta —respondió él sin dejar de reír. Miró a Bárlok y agregó: —¿Qué estaban haciendo?

—Tenemos algunos planos y algunas ideas sobre papel. Nada definitivo.

Yo suspiré otra vez. Me estaba impacientando. Comencé a pensar en esos pesados e interminables libros de la *Historia de las Revoluciones Antiguas* que mi padre me había obligado a leer. Era cierto. Ninguna revolución se había llevado a cabo sin involucrar infinidad de muertes y heridos. Todo cambio de paradigma implicaba también altísimas dosis de temor que la mayoría de las veces terminaba en pánico desenfrenado. Quizás no sea cierto que la gente desee que otro tome las decisiones por ellos, como Yem decía. Pero sí buscan líderes. No podemos tirarlos al medio del caos y dejar que se vuelvan a organizar como mejor les parezca, porque ahí lo único que va a cambiar será la figurita del emperador.

—Tal vez no sea tan buena idea destruir las máquinas —dije.

—¡¿Qué?! —gritó Bárlok, ofendidísimo.

De reojo pude ver cómo Yem sonreía.

—Digo… que no sé si sea tan buena idea sacarles de golpe a las personas algo a lo que están tan acostumbradas. Podríamos dejar algunas para el que las quiera seguir usando. No todo lo que ofrecen es malo.

Bárlok suspiró con furia y negó violentamente con la cabeza, mirándome como si estuviera parado frente a la peor traidora.

Me quedé en silencio. No sabía si lo que decía era la mejor idea. No

tenía tanta experiencia en el tema como ellos. Sin embargo, era lo que me sonaba más lógico. Un cambio progresivo.

—Tiene razón, Bárlok —defendió Yem—. Sabes que tiene razón.

—Mira a quiénes tengo que escuchar —dijo Bárlok, intercalando su mirada entre nosotros dos—. Un hombre con el cerebro lavado por las máquinas y una niña que no tiene la menor idea de nada.

—¡Eh! —dije. Pero las palabras de Yem taparon mi voz:

—Púdrete, Barlok —dijo. Y lo empujó—. Si alguien me lavó el cerebro no fue una máquina. Fueron dos miserables que pensaron que sería una gran idea hacernos vivir una vida de mentira, una vida infame. A ti te lavaron el cerebro diciéndote que el único camino posible era destruir todo y que quede en manos del maldito Dios decidir después.

Bárlok se quedó parado, sin decir palabra. Yem me apuntó con el dedo, lleno de bronca, aunque le seguía hablando a Bárlok a un centímetro de su rostro.

—Ella tiene razón —continuó—. Explícame cuál es la diferencia entre ustedes y el canalla de Travis, si al final lo único que les importa es destruir, sin pensar quién queda en el medio. Tenemos el conocimiento, la experiencia y los medios para planear esto de alguna manera mejor que las armas y las malditas arengas de guerra.

Los tres nos quedamos en silencio un instante. Había que hacer algo y el tiempo no estaba de nuestro lado.

—Tenemos que usar las máquinas para comunicarnos con la gente —dije. Había que empezar por algún lado—. Por supuesto que las reglas van a cambiar. Y el emperador va a ser el primero en ofrecer resistencia. Pero, cuando lo saquen, ¿qué?

—El siguiente problema van a ser los soldados —explicó Yem—. En cuanto dejen de recibir órdenes del emperador, los exiliados van a ir contra ellos primero y nos vamos a arrepentir.

—Sí —dijo Bárlok, un poco más calmado—. Además, no tenemos manera de comunicarnos con los exiliados a través de las máquinas. Con ellos vamos a tener que reunirnos en persona.

—Es un buen lugar para arrancar —señaló Yem—. Dejo tranquilo al emperador, me encuentro con ustedes en tu casa, Lily, y de ahí vamos

al refugio y empezamos a reunir a la gente.

—Voy a empezar a reunir a la gente acá primero —agregó Bárlok—. Veamos si esta bendita fórmula funciona.

Yem agarró la piedra con una mano y me ofreció la otra. Había un aire generalizado de adrenalina que comenzaba a crecer. Un aire muy parecido a las descripciones que leía en los libros de papá. Miré a Bárlok. Quería decirle muchas cosas. El tiempo se nos había escapado. Quizás, en otro contexto, las cosas hubieran sido diferentes.

—Gracias —fue lo único que pude decirle.

Él asintió. Nos miró a los dos con una amplia sonrisa y dijo:

—Nos vemos en Letradia.

Sin poder evitar el temblor de mi mano, la acerqué a la de Yem. Estábamos a unos meros segundos de saber si mi padre había o no muerto en vano. Suspiré. Tomé su mano y el contacto con la piedra fue lo único que me generó una mínima sensación de temperatura. La última vez que la habíamos tocado juntos, la situación había sido opuesta, llena de temor, violencia y mentira. Parecía increíble que todo hubiera comenzado tan solo unos días atrás. Yem me miró, luego a Bárlok, y luego cerró los ojos y suspiró, concentrándose.

Capítulo 24
Recuerdos de nunca más

Fue una sensación bastante rápida. Aunque tan extraña la primera vez que a mi cerebro le costaba llenar los vasos de su tiempo con explicaciones de los millones de emociones que vivenció en ese pequeño instante. Todo se congeló. Las paredes parecieron derretirse y los objetos se convirtieron en ondas y desaparecieron. Igual que el viaje de ida. Automáticamente estábamos de vuelta en la sala blanca de Letradia. De alguna manera, sabía que estábamos ahí. Los olores, la temperatura. Sin embargo, no me animaba a abrir los ojos. La otra opción era tan inaceptable que aun cuando los otros sentidos ya me avisaban que estaba de nuevo en casa, tenía pánico de abrirlos. Poco a poco, fui soltando los párpados y lo primero que hice fue llevar mi mirada a la piedra. Continué el recorrido desde la mano de Yem hacia su rostro y vi que tenía la misma expresión que yo. Confusión, temor a abrazar lo que nuestros sentidos nos ofrecían como realidad, en caso de que solo fuera una de esas falsas ilusiones que ocurren cuando uno toca la piedra por primera vez. Yem abrió los ojos, soltó un montón de aire de golpe y comenzó a respirar agitado. En su rostro se fue dibujando una sonrisa que crecía cada vez más y más. Estábamos en casa.

Gritó tan fuerte que por un momento me asusté.

—¡Sssshhh! —dije, con temor de que pudieran oírnos.

Él se empezó a reír a carcajadas desquiciadas. Pensé que había perdido la cordura.

—Esta sala… inútil… —dijo, entre risas violentas. Le costaba hablar —. Está insonorizada.

Y se siguió riendo. Levantó los brazos y gritó:

—¡En tu cara, hijo de puta!

No sabía a quién le gritaba. Seguro había unos cuantos que

encajaban en la descripción. Acto seguido, me abrazó. Con más fuerza de la que mis huesos soportaban, debo aclarar. Me sacó todo el aire. Enseguida me soltó. Se quedó con la mirada clavada en la mía y se puso serio. Me tomó el rostro con las dos manos y sentí el calor de su piel. Cerré los ojos.

—Tenemos que movernos rápido —dijo. Pensé que iba a besarme. No. Directo a la acción.

—Sí, por supuesto —dije, pestañeando.

—No podemos perder tiempo. A tu casa, Lily. Por favor. No hagas nada estúpido.

Asentí, todavía un poco descolocada, como una niña buena.

—Sé que quieres ver a tus hermanos —agregó—, pero, por favor, espera a Bárlok. Va a tardar un poco en llegar. No sé cuánto tiempo le llevará reunir a todos allá y, cuando llegue acá, más de uno va a tener preguntas que lo van a demorar.

Volví a asentir. Dios, qué ganas tenía de ver a mis hermanos.

—Yo me voy a reunir con el emperador y voy para tu casa. Quizás hasta llego antes que Bárlok.

Me volvió a acariciar el rostro y concluyó:

—Nos vemos en… un rato.

No desapareció. Se quedó esperando a que yo lo hiciera primero. Así que cerré los ojos y pensé en mi habitación. Cuando los abrí, todas las emociones llegaron juntas. Eran emociones felices. Todas. Era mi cueva. Mi nave. Mi lugar feliz. Este cuarto me remitía siempre a un espacio seguro, de confianza. Los aromas tan característicos a los que me había acostumbrado toda mi vida, ahora se conectaban con mi memoria, como si no hubiera estado allí por años. La verdad era que todo había quedado intacto, tal como lo había dejado unos días atrás. Unos días atrás… Sin embargo, no eran unos días. Eran meses, años. Una vida entera. Las cosas que había tenido que vivir en tan poco tiempo habían hecho un berenjenal con los vasos de mi memoria. Incluso, mi habitación. Ahora parecía más pequeña. Como si yo hubiera crecido de tamaño o algo así. Todas mis percepciones habían cambiado. Miraba mis libros, mis dibujos, mi cama y… mi máquina. Estaba apagada, en silencio, como todo en la casa.

Salí de la habitación y fui al cuarto de mis hermanos. Era increíble. Sentía a la vez que el sueño de volver a casa se hacía realidad y que todavía no se concretaba. Hasta que no viera a mis hermanos. Hasta que no pudiera volver a abrazar a mi madre. Mi vida tal como la conocía había terminado. Y esta nueva era demasiado frágil para aferrarme a ella. Recorrí las paredes del cuarto de Nabuk y Dórbot y me resultaba irónico ahora saber que todas esas mismas fotos estaban junto a cientos de otras en el museo de papá en Bosonia.

Tenía que salir de ahí. Volver a pisar esa habitación me hacía extrañarlos más que nunca y comenzaba a sentir la ansiedad apoderándose de mi cuerpo. Lo único que me frenaba eran las palabras de Yem. Maldita advertencia directo al blanco.

Era tan increíble estar de nuevo en casa. Comencé a recorrerla en silencio. De pronto, las cosas más insólitas se tornaban mágicas. Detalles que jamás había considerado. Aquellas cosas que pasé toda mi vida viendo como normales, ahora cobraban una nueva vida. Las manchas en la pared del uso cotidiano, la marca de la mesa de la cocina, los dibujos que la madera formaba en el techo, y hasta las dimensiones de toda la casa. Todo era diferente. Imaginaba a mi madre reunida en el comedor con los exiliados, me preguntaba cómo serían y moría de ganas de conocerlos alguna vez. Me asombraba la ironía y el capricho con los que el destino a veces marca nuestros caminos.

Salí del tiempo y aparecí en los establos. Le di un buen susto al primero de los caballos, que me vio materializarme en el aire. Sonreí y me acerqué para acariciarlo. Entrar y salir del tiempo era divertidísimo. Solo esto me tendría que haber enseñado papá. Solo esto y ya habría sido un poco más feliz. Al menos, habría entendido que era diferente y habría dejado de tratar de encajar en un lugar al que no pertenecía. Estos caballos eran los únicos que me habían entendido siempre. Los únicos que no hablaban mi idioma eran los que mejor me explicaban las cosas. Me obligaban a conectarme con mis sentidos, con mi intuición. Me ayudaban a comprender que la realidad podía mostrarme cualquier cosa, pero que mi reacción a ella era lo que importaba y, además, que era mía. Mi percepción era mía.

Comencé a pensar en los habitantes de Letradia. Iba a ser muy difícil pedirles paciencia a los exiliados luego de haber sido excluidos y atacados durante tantos años. Iba a ser, también, sumamente complejo contarles a los que estaban conectados que otra realidad era posible: una en la que ellos fueran responsables de sus propios actos. Yem tenía razón. Todo iba a ser destruido, sin importar qué hiciéramos. Aun así, algo teníamos que hacer.

—¡Lily! —escuché que alguien gritó, y me invadió la adrenalina.

Me escondí al lado del caballo y esperé.

Volví a escuchar mi nombre y me di cuenta de que era la voz de Bárlok. Desaparecí y aparecí en el comedor de casa.

—¡Bárlok! —grité—. ¡Estoy acá!

Bárlok apareció a mi lado junto a Talbo. Nos abrazamos como si no nos hubiéramos visto en años.

—No fue en vano —me dijo, sonriendo. Sabía que se refería a la muerte de mi padre.

—No, no fue en vano —asentí.

—¿Y Yem?

—Sigue en la Central, supongo.

Bárlok asintió.

—Talbo —dijo—, quédate acá. Espera a que aparezca Yem y vénganse al refugio.

Talbo asintió. Yo le tomé la mano a Bárlok y desaparecimos.

Capítulo 25
Más mentiras. Más verdades

Aparecí en mi oficina y vi que las cosas estaban diferentes de como las había dejado unos días atrás. Alguien había entrado allí. No tenía dudas de que el emperador estaba intranquilo, sin saber qué estaba pasando dentro de la sala blanca. Agarré la carpeta con los datos de Alva Brick y de Lily y me fui directo a la absurda teleportadora. Abrí la puerta y, del otro lado, me encontré a los inútiles de Dukstor y Moravian. Se pusieron en guardia.

—Señor —dijo Moravian—. Me alegra verlo de vuelta. El emperador estaba preocupado.

—Gracias —dije, tratando de no perder la calma—. Voy a verlo ahora mismo.

Coloqué un pie delante del otro y cada paso que daba me generaba más impaciencia, más ansiedad. Quería salir del tiempo. Mi cuerpo lo pedía a gritos. No obstante, si llegaba a hacerlo ahí, correría un gran peligro. Los dos inútiles me seguían como una escolta. No sabía si era porque no sabían hacer otra que seguir órdenes o si estaban preparándose para meterme en prisión. Llegué a la oficina del emperador. Golpeé la puerta y esperé un instante antes de entrar. No tenía la menor idea de qué me iba a encontrar del otro lado. Tenía que estudiar la expresión de ese hombre que, como cualquier letradiano ignorante con poder, estaba acostumbrado a atacar primero y hacer preguntas después.

—¡Yem! —dijo el emperador, levantándose de su silla, cuando entré.

—Señor, lamento tanto no haber venido antes.

Tenía que adularlo bastante si pretendía que bajara la guardia. Él miró por encima de mi hombro y dijo:

—Déjennos solos, por favor.

Los otros dos se dieron vuelta y, con una pequeña y absurda sincronización militar, saludaron y cerraron la puerta al salir. Él se volvió a sentar y me invitó a hacer lo mismo.

—Estuve realizándole experimentos a la chica que resultaron muy fructíferos —comencé a mentir—. Las drogas que le apliqué nos brindaron muchos datos que fui colocando en las máquinas para efectivizarlas.

El emperador asentía como un idiota.

—Perdí la noción del tiempo, señor. Le pido mil disculpas —concluí.

—Está bien, Yem. No es la primera vez que te focalizas en un proyecto y desapareces por días. Espero que hayas descansado, aunque… veo que no lo suficiente.

—No se preocupe, señor. Ya me tomé un Complexus.

Más mentiras. Me costaba trabajo hilar las palabras.

—Cuéntame más de la chica. ¿Ya está lista para eliminación? —dijo, sencillamente, sin sacarle la vista a los papeles en los que estaba trabajando.

Por un momento me invadió el pánico, pensando el peligro que había estado corriendo Lily estos días por mi culpa. Agradecí que este hombre que ahora se sentaba a mi lado siguiera concentrado en su trabajo como si esto fuera algo más de la rutina. Me costó trabajo esconder la tristeza que ahora comenzaba a sentir. Pensaba en los exiliados que había mandado a eliminar, luego de haberlos examinado, drogado y torturado, durante tanto tiempo.

El emperador levantó la vista y me miró, al no obtener una respuesta inmediata de mi parte.

—No… —tosí—. Lo siento —dije, acomodándome en la silla—. Me gustaría mantenerla en observación unos días más, si no es mucha molestia. Es la hija de Alva Brick y su sangre nos reveló muchas cosas útiles para combatir el virus Aquiles. Temo que perdamos la oportunidad de obtener más, si la eliminamos.

—Entiendo —dijo él, casi aburrido, como si esto fuera un accesorio más de su trabajo.

Con un solo movimiento de su mano, una sola palabra de su boca, las vidas de miles de personas estaban en juego. Así había sido

durante años y a eso también había contribuido yo con mis propias manos. Ahora las cosas habían cambiado y tenía que valerme de la confianza que este hombre me tenía para averiguar todo lo que pudiera antes de salir de ahí.

—¿Pudieron averiguar algo de los hermanos? —pregunté, temiendo que un tono, un decibel o una nota distinta en mi voz me dejara al descubierto.

—Están en un viaje escolar a la Reserva de Ámadir —dijo—. Moravian y Dukstor fueron a revisar la casa y ya se habían ido.

Era una mentira. Una grandiosa mentira que, por primera vez en mi vida, me hacía apreciar mucho al virus Aquiles. Este hombre se adelantaba a todo. Alva no había podido proteger a su hija, pero Bárlok había hecho las modificaciones necesarias para protegerlos a ellos dos.

—¿Te parece que vayamos a buscarlos? —me preguntó. Y otra vez, me agarró con la guardia baja.

Autos. Matones. Desastre. Niños asustados. Golpes. Exiliados heridos. Eso se vino a mi mente como una sucesión de hologramas desquiciados.

—No, me parece que sería contraproducente habiendo tantos otros niños cerca. Temo que las máquinas den a los docentes un aviso erróneo y perturben la paz.

—Sí, puede ser. Tienes razón —dijo el emperador. Un breve oasis de tranquilidad—. Vamos a esperar a que vuelvan.

Y siguió con la cabeza metida en sus papeles.

—Con su permiso, señor. Quisiera retirarme a mi casa a descansar un poco. La chica está segura en la sala blanca, dormida, demasiado drogada como para despertar. No presenta ningún peligro.

—Sí, por supuesto, Yem. Un gran trabajo, como siempre.

De repente, recordé que la última vez que había venido a la Central, lo había hecho a través de la teleportadora. Maldita sea. No había muchas chances de que el emperador me dejara usarla de vuelta si no había una emergencia de por medio. Gastaba una cantidad de dinero insólita. Igual, tenía que arriesgar.

—Señor, la última vez que vine, lo hice a través de la teleportadora

y…

—Ah, sí, claro. Despreocúpate. Voy a decirle a Moravian que te lleve de vuelta.

Esa idea era aún peor que no poder salir del tiempo. Con los nervios que estaba sintiendo, terminaría golpeando a ese inútil o cometiendo algún error.

—No, señor, por favor, no se preocupe. No quiero molestarlos. Solo quería pedirle permiso para usar uno de los autos de servicio.

—¿Estás seguro, Yem? Te ves bastante cansado.

Sonreí con cara de idiota y dije:

—Gajes del oficio. Nada grave. Con su permiso, señor.

Quería salir corriendo. Me levanté y cada paso parecía eterno.

—Espera, Yem —dijo él, justo antes de que yo tocara la manija de la puerta.

Cerré los ojos. Luego los abrí y giré con la que esperaba que fuera la mejor cara de inocente que tenía. Él tomó la carpeta de los Brick y me la extendió. Sonreí y volví a buscarla, lamentando cada paso que me alejaba de la puerta. La tomé y hui.

Entré en mi oficina y toda la adrenalina, la tristeza, la culpa y el pánico que había escondido frente al emperador me invadió de golpe. Sentí las palpitaciones violentas. Estaba a punto de escupir el corazón por la boca. Me senté temblando y apoyé la carpeta sobre la mesa. El nombre de Lily quedó arriba de todo y la palabrita “eliminación” pronunciada por el emperador alcanzó lugares de mi alma que no sabía que tenía.

Desaparecí y aparecí en su casa.

—¡Lily! —grité, desesperado.

El que me respondió fue el hombre que me había ayudado a escapar de las manos de Travis.

—¡Yem! —dijo, al verme, y me abrazó.

Me generó un poco de incomodidad tanta confianza, pero sabía que toda esta gente me conocía mejor que nadie. Maldita fama.

—Mi nombre es Talbo —se presentó—. Lily ya está en el refugio con los demás. Te estaba esperando para ir.

—Tengo que salir de la Central en auto —le dije.

Me miró confundido.

—El emperador no sabe que podemos entrar y salir del tiempo cuando se nos dé la gana. Le dije que es una reacción provocada por la adrenalina en casos de mucho estrés.

Talbo rio, incrédulo.

—¿De verdad creyó eso?

Enseguida se puso serio y se quedó pensando.

—Esa es una carta muy alta a nuestro favor.

—Sí —afirmé—. Pero Travis también sabe que cuenta con esa ventaja.

—¿Cómo sabe?

—Cuando me tomó prisionero, algunas cosas tuve que decirle para que dejara de golpearme.

—Entiendo —dijo—. Vamos para el refugio y de ahí te vas directo a la Central de vuelta, así después ya sabes cómo volver.

—Déjame en algún lugar donde no haya nadie, por favor. No tengo tiempo para ponerme a dar explicaciones.

—Sí, por supuesto.

Lo tomé del brazo y llegamos al refugio. Una sala grande de reuniones. Había máquinas y monitores y, sobre la mesa del centro, se veía un holograma con una gran cúpula.

—¿Eso es acá?

—Sí —dijo Talbo—, estamos protegidos por un domo magnético.

—Excelente.

Lo palmeé en el hombro y le dije:

—En un rato nos vemos. Avísale a los demás que ya le compré un poco de tiempo al emperador.

Él asintió y desaparecí.

La cantidad de tiempo que estaba perdiendo me ponía los pelos de punta. Jamás, como en este instante, me había molestado tanto tener que moverme por el espacio como un letradiano más. Había demasiadas cosas que hacer. No sabía si Travis contaba con la fórmula para volver de Bosonia. Supuse que Bárlok se había encargado de esconderla bien. Aun así, ese tipo era impredecible y, peor, muy inteligente como para confiarnos.

Mil años hasta el ascensor. Otros mil hasta el departamento de servicios. El hombre que completaba la planilla para retirar el auto lo hacía con una tranquilidad pasmosa. Levantaba la vista y me sonreía nervioso. Este maldito momento de paz no era para nada lo que necesitaba. La adrenalina me estaba matando. Comencé a sentir el sudor en la frente y el temblor en mis manos. Finalmente, firmé el papel y me entregó el auto. Cuarenta minutos hasta casa era demasiado tiempo. Ya me sentía viejo. La ansiedad me estaba matando. Todo tenía que salir de la manera más normal posible. Dibujé una sonrisa falsa en mi rostro y tuve que concentrarme para mantenerla, mientras me cruzaba con los distintos guardias de seguridad. Llegué a la barrera de salida y puse mi dedo en el lector. Pensaba que cualquier cosa podría ponerme en evidencia. Que la máquina iba a empezar a hacer un escándalo. Que los guardias de seguridad me frenarían el paso para llevarme de vuelta frente al emperador a dar explicaciones. Que todo se destruiría antes de que pudiera reaccionar.

Uno de los guardias frunció el ceño y me miró. Me descubrieron. Listo. Tranquilo, Yem. Tranquilo. Se acercó a mi auto con una mirada seria. Yo me aferré al volante para no salir del tiempo involuntariamente. Bajé la ventanilla y escuché.

—Señor Rodz, disculpe que lo moleste. La máquina indica que sus glóbulos blancos están bajos y su presión podría no ser la adecuada para manejar.

Por supuesto que iba a indicar esas cosas. Mi vida era un desastre. Estaba más estresado que nunca y era lógico que saltara en el análisis.

—Le tengo que pedir que se tome un Complexus —siguió diciendo y me extendió la pastillita—. Lo siento mucho, señor.

—Desde luego —le dije, tomándola—. Me alegra saber que contamos con gente que hace tan bien su trabajo. Se lo elevaré al emperador.

Vi cómo se le agrandaban los ojos y sonreía lleno de orgullo.

—Gracias, señor. Muchas gracias.

Me tomé el Complexus delante de su cara para que se quedara tranquilo y me abriera la barrera de una vez. Salí de la Central y volví

a respirar. Durante los primeros kilómetros, miré por el retrovisor más que para adelante. Los nervios me hacían imaginar cualquier cosa, cualquier situación de peligro. A cada instante, sentía que mi teléfono iba a sonar, que iban a aparecer otros autos delante del mío y me iban a detener. No es que fueran a lograrlo, pero salir del tiempo delante de sus caras iba a disparar todas las alarmas y la revolución comenzaría antes de que pudiéramos definir un plan de acción.

Cuando me alejé lo suficiente y tuve oportunidad de relajarme un poco, un hombre apareció de repente sentado al lado mío. El susto me hizo pegar un volantazo que casi me hace volcar.

—Bárlok, ¡por Dios! —dije.

Él estaba fascinado, mirando para todos lados, tratando de seguir con su mirada el paisaje que se modificaba por el movimiento del auto.

—Nunca estuve en uno de estos —dijo, divertido.

—Ni vas a volver a estar en uno si te sigues apareciendo así al lado del conductor —le advertí, todavía asustado—. ¿Sabes la adrenalina que acabo de gastar ahí dentro? Casi me matas del susto.

—Pensé que podríamos aprovechar este momento para adelantar un poco del plan —dijo.

—Sí, está bien.

No era mala la idea. Ya estaba cansado de pensar en las mil maneras en las que me iban a descubrir. Tenía que despejar la mente.

—¿Qué dijo el emperador?

—Nada. Es un estúpido. Cree que Lily sigue en la sala blanca y que… —lo miré, para corroborar si había sido él—. Sus hermanos, ¿están de viaje…?

—Ah, sí. El virus. Metimos la información en las máquinas antes de llevarlos al refugio. No podíamos darnos el lujo de cometer el error casi fatal que cometimos con Lily.

—¿Qué fue lo que pasó con Lily? ¿Cómo se equivocaron?

—Llegamos tarde —dijo Bárlok, entristecido por el recuerdo—. Habíamos dejado instrucciones para que nos despertaran dos días antes de su cumpleaños, pero salieron mal los cálculos. Habían pasado ocho años desde la muerte de Alva y se fueron pasando la

responsabilidad entre unos y otros. Cuando llegó el día, un error de cálculo hizo que todo saliera mal.

—Entiendo.

—Es cierto que también estábamos relajados, tengo que admitir. Depositamos demasiada fe en el virus, ya que siempre había funcionado bien. Además, no sabíamos que Alva había elegido ese día para que ustedes se conocieran. Más de una vez le pregunté. Él decía que el día iba a llegar cuando tuviera que llegar. Pensaba que lo decía retóricamente, como filosofando, pero hablaba muy en serio. Lo había dejado programado mucho antes de morir.

Me quedé en silencio. Cada pieza nueva que encajaba en el rompecabezas era un azote directo al alma. Me hacía rever las cosas todo el tiempo, analizarlas como si una detrás de otra ocurrieran por primera vez.

—¿Qué sabe el emperador? —preguntó Bárlok, cambiando de tema —. Talbo me comentó algo recién.

Recién… Recién había sido del otro lado del mundo. Recién era una palabra que se resignificaba a cada instante.

—Sí. Le comenté a Talbo que el emperador no sabe que podemos entrar y salir del tiempo a voluntad. Y por suerte, no tiene idea de lo que está pasando ni lo que va a pasar.

—Perfecto.

—Pero le tuve que decir esto mismo a Travis y, además, le expliqué unas cosas básicas de la seguridad de la Central. En realidad, lo único que sabe es que va a tener muchos más obstáculos de los que cree cuando quiera invadirla, así que eso nos va a dar algo de tiempo.

Bárlok asentía. Estaba tomando notas mentales.

—Lo otro que también le tuve que decir a Travis… —No quería decirle esto a Bárlok. No sabía si él sabía, y no era nada bueno—, es que las máquinas están preparadas para captar la radiación bosoniana. Dan aviso cuando nos acercamos.

De reojo, pude ver la forma en la que Bárlok giraba su rostro y miraba hacia afuera, lleno de tristeza. Me dolió a mí también. Sabía que era una mala noticia. Y tenía que decirle también que no solo la perciben, sino que la anulan.

—Bárlok…

Él me volvió a mirar. No sabía por dónde comenzar.

—Me criaron para perfeccionar esas máquinas y yo… hice muy bien mi trabajo.

Él asentía, aún triste.

—Es importante que sepas que no solo perciben la radiación, sino que…

—La anulan —completó él, con los ojos cerrados.

Tristeza. Dolor. Angustia. Odio. Todo eso pasó por su rostro. Negó con la cabeza.

—Tenía la sensación de que había sido una idea tuya —dijo.

—Pero ¿cómo…?

—Fue eso lo que mató a Alva. Cuando nos dimos cuenta, ya era demasiado tarde.

—No… Alva… él estaba solo cuando murió.

No entendía nada. No sabía cómo era que él sabía. Levantó la cabeza y me miró. Y podían haber pasado muchos años, pero yo conocía muy bien a mi amigo. Nunca habían sido necesarias las palabras entre nosotros. Y comprendí. Si me habían mentido que Bárlok había muerto, ¿cómo iba a ser posible que figurara entre las víctimas el día de la muerte de Alva Brick? Lo habían borrado, de ese día y de cada día de mi vida. Había estado a punto de matar a mi mejor amigo con mis geniales y eficaces ideas. Y ya no me importaban los “y si…”, ni los “qué hubiera pasado…”. Todo. Era. Una. Mierda.

Miré hacia el frente, aferrado al volante, concentrado en la carretera como nunca.

—Yem… —dijo.

No quería escuchar más del tema. No quería que me siguieran echando en cara lo canalla que había sido y que nunca iba a poder dejar de ser. Me temblaba el labio y sentí la humedad en los ojos. Seguía negando. Bárlok decidió quedarse en silencio. Era lo menos que podía darme. Ya no había palabras que explicaran tanta mierda.

Continuamos un par de kilómetros más en silencio, hasta que suspiré y retomé lo urgente:

—¿Qué vamos a hacer?

Él me miró y asintió. Era momento de dejar lo demás atrás.

—Lo bueno de que las máquinas perciban la radiación bosoniana es que, gracias al virus, logramos que también percibieran la radiación letradiana.

—¿Qué? —pregunté, incrédulo.

Esta noticia era mucho mejor que la anterior. Si bien me dolía un poco en el orgullo el no haberme dado cuenta, significaba un gran paso para idear nuestro plan.

—Sí. Hace años que venimos estudiando a los letradianos de la Central. Horarios, turnos, cuántos, quiénes.

—Perfecto —dije, asintiendo—. Eso nos va a dar una gran ventaja. Podría ver los archivos que ya tienen y agregar lo que pueda. Creo que podría también encontrar la manera de anular la percepción de la radiación bosoniana o, al menos, anular el aviso. Tendría que hacerlo desde adentro. No creo que el virus nos dé tanto acceso, ¿no?

—No —dijo Bárlok—. Tiene sus limitaciones. Aunque sí creo que podríamos usarlo para comunicarnos con la gente. Mandar distintos mensajes.

—Y los exiliados, ¿qué dicen?

—Logré reunir a unos pocos en Bosonia y nos vinimos para acá. Lena y Maurik se quedaron allá para cuidar las máquinas y la fórmula en caso de que Travis aparezca. Se debe haber dado cuenta de que la mayoría nos fuimos, porque dentro del refugio no nos ven, pero fuera del tiempo estamos en igualdad de condiciones. Y tienen gente que vigila lo que pasa fuera del tiempo también. Van a notar una baja importante y algo empezarán a sospechar.

—No podemos dejar que vean la fórmula.

—No, no te preocupes. Lena y Maurik son grandes expertos en combate y ellos lo saben. Más de uno lo vivió en carne propia. Además, cuando Lily apareció con la Biblia fue tan increíble para mí, que no creo que Travis siquiera se imagine que existe. Aun si lograra entrar en el refugio, no sabría qué buscar.

Asentí. Teníamos cierta ventaja sobre ese desquiciado, aunque no podíamos asegurar cuánta.

—De todas formas, no podemos confiarnos —agregó Bárlok, como

leyendo mis pensamientos—. Ellos se mantienen conectados por turnos bastante estrictos. Nunca están más de un día o dos conectados. Así que, ante la sospecha, calculo que Travis va a quedarse acá la próxima vez que lo despierten.

Asentí. No era mala su estrategia tampoco.

—Talbo y los demás —continuó—, están reuniendo exiliados alrededor del mundo, para tratar de juntar la mayor cantidad posible y decidir entre todos. Lo que favorezca a la mayoría va a ser lo menos dañino. A partir de ahí, no sé.

—Quizás podríamos enviarles mensajes a los letradianos para tratar de sumarlos a las reuniones.

Bárlok frunció el ceño.

—No lo sé —dijo—. Los letradianos se criaron rechazando a los exiliados. Y los exiliados fueron criados para odiarlos.

—Podemos contar con algunos letradianos de confianza que sirvan como ejemplos. La madre de Lily podría reunir a los primeros. Ella es letradiana. Y, como ella, debe haber algunos más.

—Sibella tuvo que tomarse tres aviones y viajar más de cincuenta horas para llegar al refugio. Sus conocidos quedaron acá.

Sí, era un gran problema que los letradianos no pudieran salir del tiempo y era, además, lo primero que hacían los exiliados para asustarlos. Estaba complicadísimo. Unir a los letradianos y a los bosonianos era mucho más utópico de lo que podíamos imaginar.

—Necesitamos tiempo —dije—. Tiempo que no tenemos.

—Podríamos ofrecerles máquinas a los exiliados —sugirió Bárlok.

—Los exiliados saben cómo usarlas. La mayoría ya tiene una.

—Sí, aunque no están conectadas a las otras. Podríamos interconectarlas.

—Podría ser —afirmé—. Mantenerlas debajo del radar de la Central, pero permitir que las personas comiencen a comunicarse entre ellas. Formar quizás nuevas amistades. Si no saben que del otro lado hay un bosoniano, cuando se enteren quizás ya serán amigos.

—O se peleen y los exiliados empiecen a molestarlos entrando y saliendo del tiempo —advirtió Bárlok.

—Puede ser. La verdad es que nunca vamos a lograr que las cosas

salgan perfectas. Los letradianos ya se molestan entre ellos, a veces. Y lo mismo ocurre con los distintos grupos de exiliados. Podemos tratar de prevenir muchas cosas, aunque el miedo a lo diferente es inherente a la especie.

—Bueno, pero si todos tienen máquinas, si todos están conectados, si todos tienen los mismos derechos, los exiliados van a dejar de ser tales y su lucha se va a volver obsoleta.

Sí. Nos estábamos acercando a un ideal de plan. Nos quedamos un instante en silencio y unos minutos después, llegamos a mi casa. Entramos al garaje y nos bajamos del auto. Bárlok miraba para todos lados, sonriendo.

Ya dentro de casa, al pasar por al lado de la teleportadora, se detuvo.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Más de las mentiras que tuve que venderle al emperador para que dejara de fastidiarme.

Bárlok sonrió divertido.

—Y, ¿qué es?

Me daba vergüenza decirlo. No me salían las palabras.

—Se llama teleportadora. Es para salir y entrar del tiempo. Mandé a hacer una acá y otra en la Central.

Bárlok se puso rojo de la risa que estaba tratando de esconder. Negué con la cabeza y seguí caminando.

—Me voy a dar una ducha —dije.

Salí del tiempo y aparecí en mi habitación. Era la primera vez en mi vida que sin motivo alguno usaba esta habilidad para moverme dentro de mi casa. Sentía las cosas diferentes. Qué gran costumbre tenemos los humanos de poner afuera lo que en realidad está adentro. Me saqué la ropa y me metí en la ducha. Sentía el agua caliente recorrerme el cuerpo y no recordaba cuándo había sido la última vez que me había permitido relajarme tanto. Mucho menos quería pensar ahora si esta no sería la última vez que podría darme este lujo. Todo había cambiado y las cosas ni siquiera habían comenzado a suceder.

Cuando terminé, me vestí y me fui a la habitación que usaba de oficina. Ese lugar en donde había pasado tantas horas investigando,

analizando, peleándome con los matemáticos antiguos. Agarré los papeles que tenía desordenados arriba de la mesa y los puse en una carpeta. Quizás podrían servirnos para algo en el refugio. Sabía que podía entrar y salir del tiempo como si mi casa y todos los lugares del mundo fueran espacios contiguos. Sin embargo, una vez que lleváramos adelante un plan, una de las primeras cosas que el emperador mandaría a destruir sería mi casa. Tenía que llevarme lo importante cuanto antes. Volví a la sala de estar y encontré a Bárlok mirando los portarretratos. Fotos que él ya conocía. Fotos que estaban en el museo de mi padre junto con todas las otras que representaban una vida que no había sido jamás la mía. Me miró con nostalgia y una vez más sobraban las palabras. Todo esto le generaba a él tanta tristeza como a mí.

—¿Vamos? —pregunté, aunque no estaba seguro de querer hacerlo.

Bárlok asintió. Lo tomé del brazo y juntos nos fuimos al otro lado del mundo.

Capítulo 26
Bárlok

Llegamos a un lugar que tenía una construcción gigante, hecha de materiales que jamás había visto. Era amplia, de varios pisos, con balcones internos que daban a un gran hall central. Había mucha gente que iba y venía, haciendo distintas cosas. Miré para todos lados y a lo lejos los vi. Estaban juntos, seguros y alegres. Practicaban unas tomas de combate con otros hombres.

—¡Nabuk! ¡Dórbot! —grité.

Me vieron, desaparecieron y aparecieron a mi lado. Los abracé con toda mi fuerza, mi alma y mi vida. No podía creer que, por fin, estaba otra vez con ellos. Y lo que más me tranquilizaba era que ya hubieran aprendido a entrar y salir del tiempo. Significaba que estaban al tanto, al menos, de las cosas más importantes.

Los solté y los miré, con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Cómo están? ¿Están bien?

—Mejor que nunca —dijo Nabuk.

—Esto está buenísimo —agregó Dórbot, entrando y saliendo del tiempo, divertido.

—¿Y mamá?

—Ah, está del otro lado del refugio, durmiendo —dijo Nabuk—. El viaje la agotó.

Y los dos rieron.

Estaban tan iguales y tan diferentes. No podía explicar la emoción que me generaba saber que estaban a salvo. Recordaba ahora lo rápido que se habían dado las cosas, cómo me habían sacado de mi casa sin dar explicaciones. Qué habrían pensado ellos entonces.

Los volví a abrazar.

—Basta, nos estás haciendo quedar mal —dijo Dórbot.

Sonreí y los solté.

—¿Estuvieron entrenando?

—Con los mejores —afirmó Nabuk, mientras hacía unas tomas de arte marcial en el aire.

Y se empezaron a pelear, jugando.

—Voy a ir a ver a mamá —les dije—. Pórtense bien.

—Aburrida —dijo Dórbot, por lo bajo.

Miré a Bárlok y le ofrecí mi brazo para que me llevara junto a ella. Aún recordaba la última vez que la había visto. Las cosas horribles que le había dicho. La infinita incomprensión que había entre nosotras, tantos años bajo el mismo techo.

Llegamos a otro lugar. Un pasillo lleno de puertas. Bárlok me señaló una de ellas.

—Te espero acá —me dijo.

Asentí y llevé mi mano a la manija, temerosa. La abrí suavemente y entré. Estaba durmiendo. No sabía cuántas horas había viajado, pero imaginé que, de tener que buscar yo un refugio para toda esta gente, también lo habría elegido lo más alejado posible de la Central. Era asombroso que pudiéramos ir y venir en un abrir y cerrar de ojos, mientras que ella tuviera que viajar tantos kilómetros. Era asombroso y bastante injusto.

Me acerqué a ella y le acaricié el rostro.

Abrió los ojos y, cuando me vio, se incorporó en la cama y me abrazó.

—Lily… —dijo, con la voz entrecortada.

—Mamá… lo lamento tanto.

Estos últimos días, no hacía otra cosa que pedir disculpas. La realidad nos había superado. Se separó y me miró de arriba abajo, analizando mi cuerpo, como lo hacía cada vez que me caía del caballo.

—¿Cómo estás?

—No lo sé —confesé—. Pasaron demasiadas cosas. Tengo la cabeza hecha un desastre.

—Perdóname por lo que pasó. Te juro que siempre quise decirte la verdad. Alva… él no quería, y yo… los años…

Se quebró nuevamente.

—Lo único que lamento fueron las oportunidades perdidas, nada más —la tranquilicé—. Y aun ellas pertenecen al pasado. Mucha gente sufrió en el medio. Tú, como nadie. Y te entiendo, te juro que te entiendo. Me costó, pero tuve tiempo para analizar mucho las cosas en Bosonia.

Ella sonrió al escuchar esa palabra. Una sonrisa dolida, lejana.

—Me hubiera encantado conocer Bosonia algún día. Tu padre hablaba maravillas de ese lugar.

—Es mágico. Tiene propiedades únicas que lo hacen brillar de mil maneras. El museo de papá es impresionante.

—¿Qué museo?

—Un museo enorme que Bárlok y algunos otros construyeron después de que murió. Y también hicieron uno para Franz.

—Debe haber sido muy duro enterarte de todo de esta forma.

—De alguna manera me iba a enterar. Creo que así, viendo el museo, estando en Bosonia, fue un poco más… digerible.

—Mi chiquita… —dijo mamá, acariciándome—. Eras tan pequeña. —Hizo una pausa y sonrió—. Desarrollaste un gran carácter, igual que tu padre. Era muy difícil guiarte y enseñarte a vivir, teniendo que esconder tantas cosas.

—No puedo ni siquiera imaginar el nivel de frustración con el que habrás tenido que lidiar. Aun así, creo que has hecho lo mejor posible.

Ella se quedó en silencio. Mis palabras no la convencían.

—Estamos acá, ¿no? Juntas. Eso es lo que importa.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó. En su mirada había un gran temor.

Me quedé en silencio. Cualquier respuesta significaba peligro. Peligro para una madre que ya había visto cómo le arrancaban a su hija sin poder hacer nada. Peligro porque, quizás, lo tendría que volver a vivir.

—En Bosonia hay unos cuantos exiliados que no están de acuerdo con lo que papá quería hacer y quieren destruir la Central a como dé lugar. Estamos tratando de encontrar la mejor manera de llevar adelante un plan de acción que implique la menor cantidad de daño posible. Pero está complicado. No podemos saber cómo va a

reaccionar la gente. Ni los ciudadanos ni los exiliados.

Ella asintió y pensó por un instante.

—No voy a decirte que no lo hagas, que me da miedo, y todas esas cosas, aunque quiero que sepas que es lo que siento. Tienes la determinación de tu padre y no puedo hacer nada contra eso. Así que lo mejor que se me ocurre es decirte que pueden contar conmigo para lo que necesiten.

—Eres la mejor prueba de que una vida en paz entre letradianos y bosonianos es posible. Tal vez, tu ejemplo pueda servirles a otros.

—Lo que necesiten —concluyó.

La abracé una vez más. Me besó en la mejilla. Yo me levanté y salí.

Bárlok estaba del otro lado, esperando.

—¿Y? ¿Cómo salió todo?

—Bien. Gracias por tomarte el trabajo de traerla hasta acá y por cuidarla.

Bárlok me miró. Asintió. No me sacaba los ojos de encima. Teníamos que resolver lo que había quedado pendiente entre nosotros antes de poder continuar. Tenía que escuchar de mí lo que quisiera saber.

—Bárlok... tenemos que hablar.

—No es necesario —respondió rápido.

—Sí, lo es.

Y ahora fui yo quien lo miró directo al alma. Él asintió, me ofreció su mano y salimos del tiempo.

Si Bosonia me había parecido lo más hermoso que jamás había visto, este lugar tenía poco que envidiarle. Aquí también podía apreciarse el horizonte en todas las direcciones, solo que, en vez de una llanura verde, esta era de un celeste brillante que en el límite con el cielo igualaba la perfección de color. El océano estaba calmo y, desde la orilla, el sonido de las olas interminables obligaba a cerrar los ojos y sentirlo todo a través de los oídos.

—No tenía idea de que este planeta también podía ser tan bello —le dije a Bárlok.

Él miraba al horizonte, sumido en sus propios pensamientos.

—Me cuesta imaginar que este planeta haya estado superpoblado

alguna vez —agregué—. Parece interminable. Perfecto.

—Los humanos tenemos esa tendencia a destruir las cosas que más amamos —dijo. Aunque no lo hizo con un tono de crítica. Lo mencionaba como algo más a lo que estaba resignado.

—Bárlok… —le dije, mirándolo a los ojos—. Yo… Siento mucho cómo se dieron las cosas.

Él sonrió con tristeza.

—No hay nada que lamentar —dijo, volviendo a mirar hacia adelante. Era obvio que esto le generaba dolor, aunque tratara de esconderlo.

—Sé que estabas esperando algo más —continué. No iba a dejar las cosas a medias—. Desde que llegué a Bosonia que me cuidas, me proteges, y me explicas las cosas con toda la paciencia del mundo.

—Desde antes —corrigió.

—¿Qué? —pregunté, sin comprender.

—Te cuidé y te protegí desde el día que naciste. Te vi crecer y convertirte en la mujer que ahora eres. Aun en Bosonia, los últimos años que no podía volver, recibía informes casi a diario.

—¿Por qué no podías volver?

Bárlok miró al horizonte. Hizo una pausa antes de continuar.

—Yem y yo… nos conocemos de toda la vida.

—¿Qué? —pregunté, sin poderlo creer—. ¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Había demasiadas cosas que hablar entre nosotros una vez que nos volviéramos a ver. Yo fui uno de los principales responsables de que Yem no supiera nunca la verdad acerca de su vida.

—¿Qué? ¿Cómo pudiste…?

No pude terminar la pregunta. Eran cuentas entre ellos que estaban saldando a su manera. Negué en silencio.

—Cuando Franz murió, las cosas empezaron a salirse de control. Tu padre estaba enojado, obsesionado con hacer valer la muerte de su amigo. Y a mí, cada vez me pesaba más haber engañado a Yem durante tantos años y, poco a poco, me empecé a alejar. Tomé el lugar de Franz en los procesos operativos y mantuve mi mente ocupada. Sin embargo, cada vez que volvía a ver a Yem temía más y más decir algo

indebido, hacer algo incorrecto. Así que…

Hizo una pausa. Lo miré en silencio. Sus pensamientos eran más lejanos que el horizonte.

—Me di por muerto y me fui a Bosonia para siempre.

Qué, cómo, por qué, dónde… todo eso me vino a la mente para preguntarle, aunque no había palabras para explicar las mil maneras en las que las cosas se habían arruinado. Durante años, los planes extremos de dos hombres revolucionarios habían desatado una cadena de consecuencias que había afectado a todos los que estaban cerca. Quizás, para algunos, la actitud de Bárlok podía ser juzgada como la de un cobarde. Yo solo podía pensar en la desesperación que la culpa puede generar en una persona.

Luego de un largo silencio, Bárlok me miró. Le devolví la única expresión que podía: compasión.

—No puedo juzgarte, Bárlok. Nadie puede.

—Mi conciencia me basta —aseveró.

—No. Tampoco puedes valerte de tu juicio.

Él me miró, sorprendido.

—Me dices que se conocían con Yem de toda la vida. ¿En qué momento uno va y le dice a un niño que no puede contarle determinadas cosas a su mejor amigo? Un niño que no tiene la menor idea del bien y del mal, que aprende por los ejemplos de los que lo rodean. Ofrecer algo a un inocente y luego juzgarlo por haberlo tomado es una de las actitudes más enfermas de la historia de la Humanidad.

Bárlok se quedó en silencio, pensando. Yo también había tenido que rever muchas cosas de mi vida, luego de haberme enterado de que me habían criado para vivirla así. Qué era mío. Qué era aprendido. Qué era aceptado. No había sido necesario estar conectada a una máquina. Las mentiras habían hecho un trabajo altamente superior para suprimir mi voluntad.

—Cuando te volví a ver en Bosonia —dijo Bárlok, volviendo al tema anterior—, lo que había seguido por fotos, informes y estudios, estaba de pronto delante de mí. Te convertiste en una mujer… hermosa. Y el miedo que sentí cuando me contaste que te habían secuestrado… lo

que pudiste haber sufrido… se convirtió en esperanza, alegría, felicidad. —Hizo una pausa y continuó—: No sé qué me pasó. Quizás, estaba abrumado. Todo había sucedido demasiado rápido. Y con el pasar de los días, los sentimientos se fueron asentando.

Se quedó en silencio. Tenía claras sus emociones. Mucho más que yo las mías.

—Para mí también fue todo demasiado rápido —le dije. Y tenía que explicarle toda la verdad—. Me generaste sentimientos que jamás había sentido por una persona que no fuera parte de mi familia. Con Yem había vivido unos días nefastos. Había conocido su lado más oscuro antes que cualquier otra cosa. La mayoría de las cosas que ocurrieron dentro de esa sala, aún hoy trato de comprenderlas. Sin embargo, después… cuando llegamos acá y… cuando me enteré de toda la verdad, tuve que dejar de juzgarlo. Comprendí todo. Y no sabía aún el nivel de conexión que teníamos. Solo sé que me importa tanto como mi familia y que además nos necesitamos mutuamente más que a nada.

—Sí, a él le pasa igual —dijo Bárlok, asintiendo—. Lo vi en su mirada cuando lo rescaté y lo confirmé cuando los vi juntos.

Yo no estaba tan segura de los sentimientos de Yem. Para mí, era un hombre demasiado perturbado por su pasado. Lo amaba, aunque todavía estuviera tratando de entender qué significaba eso. Pero su dolor, su angustia y, lo peor, su propia conciencia, lo perturbaban sin tregua. Y aún no sabía qué ocurriría de ahora en adelante. Con una revolución en puerta, el futuro de todos nosotros pendía de un hilo demasiado fino.

Miré a Bárlok y asentí, un poco más tranquila de haber aclarado las cosas, aunque triste también porque él era en verdad un gran hombre y en otro contexto, quizás… quién sabe.

Talbo apareció de repente.

—Perdón por interrumpir —dijo—. Yem ya está en camino de la Central a su casa… en auto.

Hizo sonar esas últimas palabras con un tono pícaro.

Bárlok lo miró sin comprender.

—Le dijo al emperador que no podemos salir y entrar en el tiempo

voluntariamente —explicó, riendo—. Va al trabajo en auto.

Bárlok sonrió, incrédulo.

—Habrá tenido sus motivos —dijo—. Vayan para la sala de reuniones.

—¿Y tú? —le pregunté.

—Me voy a dar un paseo en auto —respondió, sonriendo.

Le guiñó un ojo a Talbo y desapareció.

Capítulo 27
El plan

Llegamos con Talbo a una sala de reuniones muy amplia y tecnológica. Tenía máquinas y pantallas y, en el medio, había una gran mesa con sillas alrededor. Muchas de las personas que había visto en Bosonia estaban allí. Conversaban entre ellas sobre distintas cosas. Cuando nos vieron llegar, se quedaron en silencio y me miraron. Ya había visto esas miradas antes. Mostraban un dejo de esperanza que me colocaba en un pedestal revolucionario que me hacía sentir bastante incómoda.

—Estamos esperando que Bárlok llegue con Yem —explicó Talbo a los demás—. De un momento a otro, estarán acá.

Todos volvieron a hablar entre ellos.

—¿Dónde están Maurik y Lena? —pregunté.

—Se quedaron en Bosonia, cuidando la fórmula y el refugio.

—¿Van a venir para acá en algún momento? Los vamos a necesitar.

—Sí. No te preocupes que, en cuanto empecemos, yo mismo me voy a buscarlos.

Asentí. No quería pensar que las cosas se iban a ir de las manos, pero había una gran chance de que salieran mal. Sobre todo, porque esta gente estaba depositando su esperanza en dos personas que jamás habían formado parte de nada que tuviera que ver con una revolución. Para mí, los libros de papá eran más ficción que otra cosa. Nos separaban más de mil quinientos años de aquellos tiempos borrosos, y no sabía cuánto seguiría vigente hoy, aunque había podido comprobar que algunas características de la especie humana se mantienen más allá de cualquier tiempo y espacio.

Observé el holograma que se proyectaba sobre la mesa. Veía que distintos puntos aparecían y desaparecían dentro de él.

—¿Qué es eso? —le pregunté.

—Es el domo magnético que protege al refugio. Cada uno de esos puntos es uno de nosotros. Ningún bosoniano puede entrar acá sin ayuda de otro por primera vez. Y los letradianos ni siquiera pueden verlo.

Luego de un rato, al otro lado de la sala vi cómo Bárlok y Yem aparecían. Bárlok se chocó con un tipo que estaba parado muy cerca y casi pierde el equilibrio. El otro lo agarró y juntos rieron y se dieron la mano. Yem observó la situación y enseguida sus ojos comenzaron a recorrer el lugar y se detuvieron en los míos. Nos miramos un instante y me sonrió. Los que estaban en la sala se acercaron a él para saludarlo. Su fama lo precedía y, uno por uno, Yem fue estrechando sus manos mientras Bárlok los presentaba. Me quedé parada del otro lado, disfrutando un poco que por fin los ojos se posaran sobre alguien más. Veía que Yem se ponía cada vez más nervioso, avasallado por las personas.

—Estimados —dijo Bárlok, por fin. Los presentes hicieron silencio y lo miraron—. Muchísimas gracias por estar acá hoy. Siguen llegando más a cada instante, pero tenemos que comenzar. Retransmitiremos los planes una vez que… bueno, que tengamos alguno.

Todos en la sala se rieron.

—Quiero agradecer a Lily —dijo. Ay, no. Qué vergüenza—, por habernos brindado la fórmula que hoy hace posible que estemos acá.

Escuché la lluvia de aplausos y vítores y sentí la sangre estallarme en las mejillas. Sonreí tímida y volvieron a mirar a Bárlok.

—Y a Yem, por haber decidido unirse a nuestra causa, muy a pesar de los errores que hemos cometido.

De reojo vi cómo Yem fruncía el ceño y le entregaba a Bárlok una mirada fulminante. Enseguida se ruborizó cuando escuchó los aplausos para él.

—Estamos frente a un momento clave en este proceso —continuó Bárlok—. Tantos años de práctica y de lucha, por fin rendirán sus frutos.

La gente volvió a aplaudir, pero a mí no me gustaba el tono revolucionario con el que Bárlok hablaba. Miré a Yem y lo estaba escuchando con la misma expresión que yo.

—Gracias a la posibilidad de poder entrar y salir de Bosonia, hoy podemos reunirnos, luego de tantos años —siguió Bárlok—. Estuvimos pensando algunas ideas y planes de acción. Consideramos que lo mejor va a ser debatirlo entre todos.

Vi cómo asentían los presentes. Las palabras de Bárlok me asustaban. La mayoría de estas personas estaba lista para la revolución y no estaban analizando para nada los daños colaterales. Y él no parecía considerarlos tampoco.

—La primera idea que se barajó durante años, la destrucción de las máquinas… —Hizo una pausa y nos miró a los dos, a cada lado de la sala—, tendremos que replantearla.

—¡¿Qué?! —gritó uno.

—¡¿Por qué?! —exclamó otro más.

El aire se cortaba con navaja. Era la misma reacción que habíamos visto en Bárlok la primera vez que lo consideramos. Al murmullo de la sala ahora se sumaban las cabezas que negaban, entre frustradas y enojadas.

—Por favor —dije. Y no sé de dónde saqué el coraje para que esas palabras salieran en voz alta. Todos hicieron silencio—. Por favor… Si me permiten, quisiera hacerme cargo de esas palabras.

Nuevo silencio. Bárlok suspiró, expectante.

—Fue una idea mía, en principio, la de esperar antes de destruirlas —continué—. No tengo la experiencia que tienen ustedes en esto. Mucho menos, los años de angustia y ansiedad acumulada. Y por eso, pido disculpas de antemano. Me gustaría que consideremos todas las alternativas posibles, porque un acto impulsivo puede desencadenar demasiadas consecuencias… negativas, para todos.

Miré a los presentes, tratando de estudiar sus expresiones. Estaban impávidos. Sentía esa calma silenciosa que antecede a una tormenta violenta. En cualquier momento, podría pasar cualquier cosa. Tenía que cuidar mucho mis palabras.

—Los habitantes de Letradia llevan demasiados años conectados y desconectarlos de repente sería, en mi opinión, un grave error por dos motivos. El primero es que no me parece una buena idea desatar el pánico entre personas inocentes. El segundo, que podemos usar la

conexión de todas las máquinas a nuestro favor. Para enviar mensajes, para transmitirles diferentes cosas.

—No son todos inocentes —escupió uno, del otro lado de la sala.

Me di vuelta y lo miré. Ese hombre tenía unas ganas de revolución que me helaron la sangre.

—Por supuesto que no son todos inocentes —afirmé—. Pero yo misma era una de ellos.

El hombre se quedó en silencio. Por ahora, la fama estaba de mi lado.

—Y como yo hay cientos más. Miles. La mayoría. No es nuevo en el mundo que el poder esté en manos de unos pocos, mientras los demás sufren, no importa quién ni dónde.

Las personas hicieron silencio. Aproveché ese momento para devolverle la palabra a Bárlok con una mirada implorante, antes de morirme de la vergüenza acá mismo.

—Algunas cosas están claras —dijo Bárlok.

Cerré por un momento los ojos y respiré. Sentí que alguien me tomaba de la cintura con suavidad y miré hacia el costado. Era Yem. Había cruzado toda la sala y se había parado al lado mío. Suspiré aliviada. Su contacto era lo único lo que necesitaba.

—Que el emperador tiene los días contados —siguió Bárlok, enumerando—. Que la gente, tarde o temprano, se va a enterar de lo que está pasando. Y que tenemos que planear las cosas con suficiente inteligencia para evitar más muertes.

Los presentes volvieron a asentir, un poco más calmados.

Bárlok me miró y sonrió. Yo asentí y formé un “gracias” silencioso con mis labios.

—Esto es lo que tenemos hasta ahora —dijo Bárlok, apretando un pulsador que tenía en su mano.

El holograma que estaba proyectado sobre la mesa desapareció y, en su lugar, apareció un edificio enorme, de casi veinte pisos. Había puntitos de color rojo que se movían por el lugar.

—Esta es la Central —continuó—. El virus Aquiles nos brinda datos precisos y actualizados sobre el funcionamiento general y la gente adentro. Yem, por favor.

Miré a Yem a mi lado. Él asintió. Comenzó a caminar hacia Bárlok. Llegó a su lado y Bárlok le entregó el aparatito. Yem hizo un círculo en el aire apuntando al holograma y los primeros pisos cambiaron de color.

—Estos son los pisos de recepción y oficinas administrativas. En general, como pueden ver, no hay demasiado movimiento. Los ascensores —volvió a resaltarlos con un botón— son los mismos para todos los pisos, por lo que en la planta baja siempre hay seguridad. Esta es la oficina del emperador —agregó, resaltando un cuadradito en uno de los últimos pisos.

—No tiene sentido —dijo uno—. Casi no hay gente ahí.

—En realidad, sí lo tiene —contradijo Yem—. Para llegar a esa oficina hay que pasar por al menos siete medidas de seguridad diferentes, entre las que se incluyen huellas digitales, lectura de retina, reconocimiento de voz y, por supuesto, análisis de sangre. Además, es el único piso que tiene un ascensor independiente.

Yem miró a Bárlok y dijo:

—No veo otra manera de agarrar al emperador que no sea con mis propias manos. —Hizo una pausa—. Solo.

De ninguna manera. No me gustaba la idea para nada. Todos en la sala se quedaron callados. Cobardes. Que el trabajo difícil lo haga otro, ¿no?

—Si te encargas primero de anular la percepción de la radiación bosoniana, no veo por qué tendrías que hacerlo solo —dijo Bárlok.

—Estoy de acuerdo —agregó Talbo, acercándose—. Me gustaría poder ir contigo.

Suspiré y bajé un centímetro la guardia. Talbo podía protegerlo. Él, Maurik y Lena. No iba a dejar que Yem hiciera eso solo.

Yem asintió.

—Creo que es importante tratar de mantener la operación en secreto —dijo Yem—. Por eso, también es una buena estrategia mantener las máquinas conectadas. Si todos siguen pensando que el emperador está bien y que las cosas están en orden, no va a haber ninguna necesidad de caos.

—¿Cómo hacemos para que ellas no avisen que hay algo raro? —

pregunté—. Siempre me generó temor la capacidad que tienen para adelantarse a todo.

—No —me tranquilizó Yem—. Eso no va a ser problema. Las conozco mejor que nadie. Puedo reprogramarlas.

—Lo siguiente que podríamos hacer es conectar las máquinas de los exiliados a las de los ciudadanos —dijo Bárlok.

—¿Y eso para qué? —dijo ahora otro, prepotente, con una expresión rebelde bastante similar a la del anterior—. No queremos tener contacto con ellos.

Varios de los que estaban en la sala se sumaron a la opinión de ese hombre con más aplausos. Bárlok, Yem y yo nos miramos, preocupados. Actitudes como esa eran lo que iba a hacer que ningún plan diplomático funcionara. Pensé en mi madre. Era el mejor ejemplo que podría dar.

—¿Y si fuera tu madre? —le dije, acercándome a él—. ¿O tu padre? ¿O tu amigo?

El hombre se quedó en silencio. En su mirada seguía viendo demasiada obstinación.

—Mi madre es letradiana. Y sus compañeros de trabajo. Y los docentes que educan a los niños y los médicos que acompañan a los pacientes cuando las máquinas ya nada pueden hacer.

Comencé a caminar entre las personas.

—Todos los que estamos hoy acá queremos lo mismo. Queremos justicia, queremos ser oídos, queremos tener la oportunidad de decidir qué hacer con nuestras vidas sin que nos juzguen por ello. Lamentablemente, estas cosas tan sencillas, en este mundo son imposibles. Y vale la pena luchar por ellas. Sin embargo, yo les pregunto, ¿a costa de qué? ¿De quién? ¿De cuántas vidas? Es fácil tomar decisiones cuando es la existencia de otro la que está en juego. Pero, ¿quién de ustedes está dispuesto a dar su vida por el que tiene al lado? ¿A morir bajo el fuego de soldados ignorantes? Sacrificarse por otros es muy poético y muy noble, aunque bastante irreal. Cada uno quiere salvar su propio cuello y me parece perfecto. ¿Quién soy yo o cualquiera para juzgarlos por querer vivir en paz?

Se quedaron en silencio.

—Así como todos piensan “primero yo y después los demás”, así también es como piensan los letradianos. No es una postura egoísta. Es una postura basada en el temor. Y lo que una persona haga movida por el temor no se puede juzgar. Tratemos de pensar la mejor manera de hacer justicia sin que por ello paguen los que ni siquiera saben que otra posibilidad existe.

El silencio se apoderó de la sala. El hombre que había hablado estaba mirando al suelo, avergonzado. Me acerqué a él.

—No te avergüences de tus palabras —le dije—. Has sido el único que se animó a decir en voz alta lo que todos estaban pensando.

Miré a Bárlok y él continuó.

—Si conectamos todas las máquinas después de anular las advertencias de las de la Central, podremos enviar mensajes al mundo entero, tanto letradianos como bosonianos. Es lo único que se me ocurre para empezar el camino hacia la igualdad.

—¿Mensajes de qué? —preguntó otro de los presentes.

—De paz —explicó Bárlok—. De esperanza. Testimonios de bosonianos y letradianos por igual. Que el mundo entero entienda que no somos tan diferentes unos de otros.

—¿Y la reacción de la gente? ¿Y los desquiciados como Travis y su grupo de omnipotentes? —preguntó uno al que había visto algunas veces en el refugio de Bosonia.

Esa era la pregunta que nos hacíamos todos. La parte “colateral” de cualquier plan que uno le ofreciera a un necio.

—No lo sé —dijo Bárlok—. No podemos pretender que se nos ocurra un plan lo suficientemente perfecto para que el mundo entero esté de acuerdo. Pero si Travis viene a romper todo y nadie le ofrece resistencia, ¿contra qué va a pelear? Si actuamos rápido, cuando llegue a la Central a matar al emperador, ya no va a estar ahí. Cuando quiera destruir las cosas, ya nos las habremos llevado. Y cuando salga a buscar bosonianos que se sumen a su causa, la mayoría ya va a haber encontrado un camino más directo y seguro hacia la paz.

Veía los rostros de la gente asintiendo y comencé a percibir un dejo de esperanza. Por primera vez, en todo este tiempo, sentí que un camino se abría ante nosotros.

Capítulo 28
Lo que nos debíamos

Las palabras de Lily y de Bárlok me habían dejado pensando. La idea no era mala. Si actuábamos con rapidez, bien sincronizados, podríamos llevar adelante un plan que ahorrara mucho daño. Era simple. Ahora tenía que ir, decirle al emperador que su vida había terminado, llevarnos todas las máquinas del laboratorio al refugio y listo. Sencillísimo. Sarcasmo, sí. La primera actitud del cobarde. De otra manera, agarraría mi linda piedra y me iría a esconder a Bosonia, al mismo lugar al que habíamos llegado con Lily. Pero no. Nada de eso iba a ser posible. Porque esta chiquilla desquiciada, con un espíritu mucho más revolucionario del que decía tener, iba a querer participar en todo. Y yo no iba a permitírselo, por supuesto.

—Tenemos que ponernos en acción —dije.

Bárlok y Talbo me miraron y asintieron.

—Tengo que volver a la Central y empezar a trabajar en esas máquinas. Dan aviso de cualquier cosa y quiero estar seguro de poder desactivarlas antes de que activen el sistema de emergencia.

—¿Cómo podemos ayudarte? —preguntó Talbo.

—En cuanto termine ahí, vengo y les aviso.

—¿Qué podemos hacer nosotros? —preguntó otro, un poco más lejos.

Miré a Bárlok. No tenía mucha idea de qué actividad darles, aunque sabía lo ansiosa que se puede poner una persona sin nada que hacer en un momento de tensión. Esas cosas solían derivar en problemas.

—Tenemos que darles una ocupación, Bárlok —le dije por lo bajo.

Él me miró y asintió. No hacía falta explicar más.

—Pueden empezar a grabar testimonios.

—¿Y qué decimos? —preguntó otro.

—Todo —respondió Bárlok—. Lo que haga falta. Lo que sientan, lo

que recuerden, anécdotas. Cuanta mayor cantidad de testimonios podamos enviar al mundo, mejor.

El otro asintió, listo para ponerse en marcha. La mayoría desapareció y solo quedaban en la sala unos pocos. Miré a Lily y en sus ojos estaba todo dicho. Pánico. Quería hacer algo y a ella también había que darle una ocupación. Sabía que no se detendría ante nada y que no estaría de acuerdo con lo que yo iba a hacer. A mí tampoco me gustaba la idea de imaginarla sola, corriendo peligro. Me costaba separarme de ella. Me ponía nervioso el hecho de no verla. Habíamos tenido tan poco tiempo para compartir, para hablar, para que pudiera explicarle lo que me generaba. Y no sabía si ese día llegaría alguna vez.

—Bárlok —dije, mirándolo un instante—. En mi casa hay mucha información valiosa para cualquier cosa que hagamos de ahora en adelante. No solo de la Central. Libros de historia, trabajos, investigaciones. Hay que traer todas esas cosas para acá. ¿Puedo encargarles esa tarea a ti y a Lily?

Sabía que ella no estaría de acuerdo y lo confirmé cuando la vi negar con la cabeza, asustada.

—Por supuesto —dijo Bárlok. Nos miró a los dos y agregó—: Por favor, los que quedan, vengan conmigo a la sala central.

Desaparecieron y él, antes de hacerlo, miró a Lily y dijo:

—Avísame cuando estés lista.

Lily asintió y se quedó con la vista clavada en el espacio de aire que ahora reemplazaba el cuerpo de Bárlok. Me acerqué a ella y le acaricié el rostro.

—Lily… —le dije.

Volvió a negar con la cabeza y su terquedad infantil me hizo sonreír. Me dolía todo lo que me hacía sentir. Me dolía la culpa de comprender en ese preciso instante que sí, que había querido mucho a Adhara, pero que no se comparaba en lo más mínimo con lo que estaba sintiendo ahora. Ni siquiera terminaba de comprender la enorme capacidad de amar que tenía adentro. Sosteniendo el rostro de esta mujer en mis manos, sentía que no tenía límites, que crecía a cada instante. Pensé en su máquina, en el momento en que apareció

mi código en ella y nuestras vidas cambiaron para siempre. Alva se había encargado de que eso ocurriera gracias al virus Aquiles, aunque no puedo dejar de pensar que quizás fue también algo destinado a pasar.

—Lily… —insistí.

—No… —dijo ella, abrazándome—. No quiero.

La abracé también y cerré mis ojos. No teníamos demasiado tiempo, pero tantos años de mentiras, de esperas, de incomprensiones, podían darnos una mínima tregua. Me separé y la miré. Tenía lágrimas en los ojos y su mirada estaba llena de compasión. No se iba a quedar tranquila, no importaba qué le dijera. Sin embargo, cuanto más le mintiera que iba a estar seguro, más tranquila se quedaría, al menos un poco. Yo ya no podía respirar, pensando que ella también iba a dejar el refugio. La conocía lo suficiente como para saber que no se iba a quedar de brazos cruzados. Y sabía que ella también sabía eso de mí.

—No te preocupes —le rogué—. No voy a hacer nada diferente de lo que hice durante años en la Central. No tienen motivos para sospechar.

—Dijiste que no tenías más razones para mentirme —me reprochó —. ¿Por qué me mientes?

Suspiré. Era transparente para esta mujer.

—Tengo miedo, sí. Sé que tú también tienes miedo. Cualquier cosa puede salir mal. Sin embargo, no tienen de qué preocuparse todavía. El emperador se quedó tranquilo con lo que le dije.

Se quedó en silencio. No estaba convencida.

—No se me ocurre otro camino, otra opción. Al menos de esta forma puedo pensar que… —pero me callé. Me costaba expresar la enorme cantidad de culpa que sentía.

—Que, ¿qué?

—Que puedo hacer algo para remediar las cosas que…

Nuevo silencio. No había forma de remediar nada. Por más que quisiera pensar que podía usar a favor de miles de personas los conocimientos que tenía y la vida que había llevado, el pasado me pisoteaba la memoria y la existencia.

Lily me volvió a abrazar. Y no sabía si me dolía más mi culpa o su compasión. Se chocaba con mi lucha interna y me hacía sentir peor.

—Vamos a ayudar a toda esta gente —dijo luego, mirándome a los ojos—. Vamos a mostrarles que otro camino es posible. Vamos a salvar a los exiliados y vamos a proteger a los letradianos. Eso es lo que va a pasar. Y tú vas a ser parte.

Yo no estaba convencido de que eso fuera a limpiar mi conciencia.

—Has vivido una vida en la mentira haciendo lo que creías mejor según esas reglas de juego —continuó ella—. Ahora las reglas cambiaron. Ahora sabes la verdad. Y ahora, con pleno conocimiento de cómo son las cosas, estás eligiendo lo que va a ser mejor.

—Nada en el mundo me importa más que tú, Lily. Si todo sale bien, pero te pierdo, nada más me va a importar. Si todo sale mal, pero tú te salvas, para mí será suficiente.

Me seguía sintiendo un canalla. No obstante, era la verdad. Y ella tenía que conocerla.

—Lo sé —dijo—. Y siento lo mismo. Sin embargo, nuestro bienestar está atado a esta revolución o cambio o como quieran llamarlo. Nunca nos van a dejar en paz.

—Por eso tengo que ir a la Central —dije. Y su mirada se oscureció una vez más.

—Lo sé. Pero tengo miedo. No tuvimos tiempo.

—Tenemos tiempo ahora —le dije.

Acerqué mis manos a su rostro y la besé. Se sentía tan bien, tan cálido. En medio de este desastre, de años de mentiras. Esto era verdad. Esta era la primera verdad que tenía en mi vida y la única que me importaba.

Sentí una descarga eléctrica y, cuando abrí los ojos, estábamos en otro lugar. Unos establos. Me separé de ella, un poco asustado, y vi que estaba tan sorprendida como yo. Se llevó las manos a la boca y sonrió avergonzada.

—Perdón —dijo—. Creo que fue mi culpa.

—¿Qué es este lugar?

—Mi casa. Mis caballos. Es el lugar donde más segura y tranquila me he sentido siempre. Se ve que con eso conectó mi cerebro

nuestro…

Sonreí. Me gustaba la idea de conocer más cosas de su vida. Quería conocerla entera. Quería escuchar sus historias, compartir su vida. Y eso hacía que me asustara más lo que estaba por venir.

—Los caballos —comenzó a decir, mientras acariciaba a uno— no entienden nada de orgullo, mentiras ni ambiciones. Son los dueños de la verdad, la verdad del alma. Ellos conocen mi verdad. Y esa verdad ahora te incluye.

Asentí. Me acerqué a ella y le rodeé el rostro con las manos.

—Somos la verdad del otro. Quizás fueron nuestros padres, quizás fue el destino. No lo sé. Lo único que me importa es que ya no quiero vivir en un mundo en el que no estés.

La volví a besar largamente. Sus dedos entre mis cabellos y el calor de su cuerpo contra el mío me estaban dando ideas para las que no teníamos tiempo. Me separé de ella y sentí su respiración agitada. Sonreí.

—Sí, tenemos que volver —dijo.

Le tomé la mano y volvimos al refugio.

—Voy a estar pensando en ti y en tu seguridad en todo momento —le dije—. Por favor, no hagas nada impulsivo. Lo que hagamos tiene que estar sincronizado. Tengo que saber dónde vas a estar y qué vas a estar haciendo, para quedarme tranquilo mientras yo hago lo que tengo que hacer.

Ella asintió. Me acerqué a la mesa en la que todavía se proyectaba el holograma de la Central. Con el pulsador le fui señalando lo que iba a hacer.

—Esta es la puerta de entrada —comencé, señalándola con el botón —. En un día común de trabajo, llego y me voy a mi oficina. Luego, hago la recorrida por el laboratorio. Estos puntitos rojos son guardias de seguridad que me conocen. Así que voy a entrar al laboratorio sin problemas. En cuanto desactive las alarmas, vengo para acá y nos vamos con Bárlok y Talbo a buscar al emperador. Vamos a tener que sacarlo caminando y, sí, eso puede ser más peligroso. Pero voy a programar su salida de antemano también en las máquinas, para que nadie sospeche.

—Entiendo —dijo—. Me gustaría poder hacer algo más. Es injusto que tú corras peligro y yo no.

Solté una carcajada. Sus palabras eran las más absurdas que había escuchado.

—Es injusto —agregó— porque no puedo soportar la idea de que estés en peligro.

—Lo sé —le dije, acariciándola—. Este primer paso va a ser rápido. Así que quizás vuelva antes de que ustedes terminen de sacar las cosas de mi casa.

La volví a besar. No quería que lo sintiera como un beso de despedida, pero de alguna manera sabía que el más mínimo error podía significar el final para cualquiera de los dos.

—En un rato nos vemos —dije, tratando de sonar todo lo seguro que pudiera. Y desaparecí.

Capítulo 29
El fin de la Central

En realidad, lo que tenía que hacer no era muy diferente de lo que habíamos hablado en el refugio tanto con Lily como con Bárlok. Llegué a casa en un instante, me subí al auto y me fui para la Central.

Cuando puse mi dedo en la máquina ante el guardia de seguridad, vi que era el mismo que me había visto irme antes. Menos de seis horas. Ese era el tiempo que había pasado. Me sonrió y pasé sin mayor problema. Con cada metro que avanzaba, podía sentir que lo estaba haciendo por última vez. En cuanto desactivara las alarmas en el laboratorio, podría entrar y salir del tiempo como me viniera en gana.

Subí al ascensor que conducía a la oficina del emperador. Había hecho este camino cientos de veces, pero tenía que recordarlo para cuando nos lo lleváramos por la fuerza. Llegué a su oficina y los dos guardias que estaban en la puerta me hicieron una pequeña reverencia. Ok. Dos personas más de las que nos tendríamos que ocupar. Golpeé la puerta y entré.

—¡Yem! ¿De vuelta tan pronto?

—Ya me conoce, señor. Me cuesta dormir sabiendo que todavía podemos seguir estudiando a la hija de Alva Brick. Quisiera pedirle permiso para colocar los datos en la máquina central.

El hombre levantó su vista y me miró un instante. El golpe de adrenalina que llegó hizo que me resultara bastante difícil mantenerme derecho.

—El virus Aquiles ha intervenido demasiado en lo que tiene que ver con esta chica. Cada vez que coloco muestras de su sangre, lo escucho vibrar.

—Entiendo —dijo él. Aunque vi en su rostro que no le gustaba para nada la idea.

—La única que no está afectada del todo por el virus es la central. Y

ya no puedo seguir avanzando.

—Sí, por supuesto —dijo, al fin, bajando un poco la guardia. Y, después, las únicas palabras que no quería oír—: Te acompaño.

Era el fin. Lo sabía. Solo se podía acceder a la máquina central si este maldito hombre que tenía enfrente le mostraba su retina y su sangre. Entre tanto estrés, me había olvidado de ese detalle.

—Desde luego, señor —dije, asintiendo como si fuera lo más evidente del mundo.

Salimos juntos de su oficina y caminamos hacia el laboratorio. El paso lento y casi rengo de este viejo decrépito me estaba volviendo loco.

—¿Qué más pudiste averiguar del virus Aquiles? —me preguntó.

—Con la sangre de la chica, pude comprobar que está diseñado en gran medida para protegerla a ella y a sus hermanos. Genera unos sonidos particulares que nunca escuché antes con la sangre de otros.

Por supuesto que no iba a decirle que era el mismo ruido que ahora podía identificar con mi sangre. Todos estos años estudiando el virus y actuaba más sobre mí que sobre cualquier otro. Y mientras tanto, yo pensaba que era porque era el único bosoniano aquí. Coloqué mi dedo y, ahora que sabía que era captado por el virus Aquiles, sentía que sonaba diferente. Tenía pánico de que el emperador se diera cuenta.

Luego, llegó la autorización y entramos. El científico de turno abrió los ojos como platos cuando vio al emperador.

—Señor emperador, es un… bienvenido… —dijo.

—¿Cómo le va, doctor? —respondió él con una sonrisa—. ¿Nos permite pasar?

—Sí, claro… por supuesto… —seguía temblando el hombre.

Escuché la señal de la puerta y la empujé, quedando del otro lado de todo, muy cerca de las máquinas que pronto nos íbamos a llevar. De repente, me daba pánico pensar en las palabras de Bárlok y en la forma en la que Alva Brick había muerto. Hasta que no eliminara la percepción de la radiación bosoniana, yo también me sentía de pronto inseguro ahí adentro, sin poder salir del tiempo, ahora que me había acostumbrado tanto a hacerlo.

Caminé entre las máquinas y vi cómo el emperador y el doctor me

venían siguiendo. Comencé a sudar porque de inmediato sentí que ya no podía salir del tiempo, que las máquinas estaban anulando los impulsos. Tragué saliva y continué caminando, temiendo a cada instante que hicieran algo imprevisto o dieran algún aviso, como yo las había programado para hacerlo.

Llegamos frente a la puerta que conducía a la máquina central. No sabía qué iba a hacer a continuación. De pronto, me acordé. No tenía la sangre de Lily conmigo. Ni en mi oficina, ni en la sala. La había gastado toda en los estudios frenéticos que le había hecho. Pero ahora, me llegaba la epifanía. Esa era la carta que tenía para jugar. Había sacado al emperador de su oficina, no estaba acompañado por los guardias de seguridad. No había armas allí dentro. Lo único que me frenaba de salir del tiempo y volver con Bárlok era la anulación de la percepción bosoniana. Si no lograba hacerlo, le diría que me había olvidado la sangre y huiría de ahí. De lo contrario, tenía que entrar, desbloquearla y listo.

Respiré, un poco más aliviado. Ingresamos al cuarto de cambio de ropa y nos colocamos el traje especial para acceder al cuarto central, que estaba no solo protegido bajo contraseña, sino que además era una sala hermética, libre de polvo. Nos paramos bajo las mangueras desinfectantes y luego un gran secador se encargó de librarnos de cualquier partícula que quedara. Ingresamos a la sala y sentí mi corazón palpitar con furia. Me acerqué a la máquina y ellos se colocaron uno a cada lado. El emperador no tenía tanta idea de cómo funcionaban, pero el científico parado al otro lado, sí. Yo mismo los había entrenado. El científico le recordó al emperador dónde tenía que posicionarse para la lectura de la retina y, luego, puso su dedo para la extracción. La máquina pensó un instante y yo sudaba cada vez más. Estaba aterrado. Todo iba a salir mal. Saltaría la alarma. Terminaría encerrado, atado a este tiempo sin poder hacer nada. Por suerte, en un instante, el aparato aprobó el código y listo: tenía toda la libertad para hacer lo que quisiera. Comencé a escribir los códigos que hicieran saltar el virus Aquiles. Introduje el de Lily y vi cómo la máquina pensaba antes de enviar cualquier dato.

—Ahí, ¿escuchan? —dije.

El emperador y el científico acercaron sus orejas y, sin pensarlo dos veces, con mis manos empujé sus cabezas una contra la otra y los dos cayeron al suelo, inmóviles. No sabía si los había matado. No estaba acostumbrado a medir mi destreza bosoniana en la fragilidad de estos hombres. Solo sabía que era mucho más fuerte y el golpe había sonado bastante estridente. Un poco de sangre comenzó a brotar de la cabeza del científico y, por un momento, pensé que había llegado demasiado lejos. No tenía tiempo para sacar conclusiones. Tenía que actuar rápido. Comencé a escribir datos frenéticamente y me fui abriendo paso por el intrincado procesador hasta llegar donde quería: la percepción de la radiación bosoniana. Continué programando, cambiando el valor de las constantes para el entorno, hasta que la máquina hizo un ruido grave y su rugido se volvió más agudo.

Probé salir del tiempo y aparecí en el refugio. Miré para todos lados y a lo lejos vi a Talbo, sosteniendo una caja y dejándola encima de otras.

—¡Talbo! —grité, casi desesperado—. ¡Lo logré! ¡Vamos! ¿Dónde está Bárlok?

—En tu casa, acomodando cosas con Lily.

—Ahora vuelvo —dije, y desaparecí.

Aparecí en casa y Lily gritó mi nombre desde atrás. Me di vuelta y la abracé.

—Lo logré —le dije.

—¡Yem! —gritó Bárlok.

Me volví a girar y también nos abrazamos.

—Las máquinas ya no anulan las salidas del tiempo —le dije—. El emperador está desmayado en la sala de la computadora central.

Él me miró sorprendido.

—Espero… que esté desmayado —agregué—. No tuve tiempo de medir mi fuerza.

—Llévame hasta allá —dijo él.

—Lily, por favor, vuelve al refugio y avísale a Talbo que vaya a buscar a Lena y a Maurik —le dijo Bárlok.

—Enseguida vamos para allá —agregué yo y la besé.

Volvimos a la sala central y vimos los dos cuerpos aún en el suelo.

Bárlok les tomó las pulsaciones a ambos.

—Están vivos. ¿Cómo desconectamos esto?

—Una vez por mes, pasamos las funciones más importantes de avisos y alertas a la máquina que está en la oficina del emperador, para hacer respaldo y tareas de mantenimiento.

Me acerqué y comencé a escribir datos.

—Pero lleva un poco de tiempo. Si la desconectamos de golpe, van a saltar alarmas.

—Perfecto —dijo Bárlok—. Ahora vuelvo.

Desapareció y no llegué a volver mis ojos para seguir trabajando que ya estaba de nuevo dentro de la sala con Talbo y los que suponía que tenían que ser Lena y Maurik. Se quedaron mirándome trabajar.

Al cabo de unos instantes, la pantalla mostró el mensaje: "Mantenimiento y Respaldo - 1%".

—Listo. Tenemos diez minutos. Saquemos al emperador de acá.

Maurik y Talbo agarraron al emperador, que aún seguía desmayado, y comenzaron a arrastrarlo.

—Acá afuera hay tres científicos más. Por favor, péguenles con cuidado. No tienen la culpa.

Bárlok y Lena salieron adelante, desaparecieron y aparecieron detrás de los científicos. Los golpearon tan rápido que ni yo me di cuenta de que ya podíamos avanzar. Al salir al pasillo, nos encontramos con dos guardias que, al ver la situación, sacaron sus armas. Lena y Bárlok volvieron a desaparecer y aparecer detrás de ellos y los redujeron. Lena tomó el arma de uno de ellos y le dio la otra a Bárlok. No me gustaban las armas. Nunca me habían gustado. Sin embargo, ahora lo único que importaba era salir de ahí.

—Para allá —dije, señalando al pasillo que se abría a la izquierda.

Cada persona con la que nos cruzábamos se convertía en un cuerpo desmayado en el suelo a manos de Lena. Esta mujer era muy habilidosa. De repente, una alarma comenzó a sonar tan fuerte que todos nos pusimos en guardia.

—¿Qué es eso? —preguntó Bárlok.

—Viene de la sala central —dije—. La debe haber activado el científico que golpeé.

—Voy por él —dijo Talbo.

—No. No hace falta —expliqué—. Esta alarma solo suena dentro de la Central. Me va a tomar más tiempo desactivarla que sacar al emperador. Vamos.

Con la misma estrategia de antes, Lena iba durmiendo a cada persona que se cruzaba en nuestro camino. En pocos minutos, llegamos a la oficina del emperador. Entramos y nos fuimos directo a su ascensor privado. Bárlok y Talbo lo levantaron y le abrieron el ojo para que el lector captara su retina. Colocaron el dedo en el lector de la huella y el ascensor se abrió. Nos metimos adentro y nos fuimos directo al garaje. Al abrirse las puertas, una horda de guardias de seguridad nos estaba esperando. Bárlok dejó al emperador desmayado dentro del ascensor y los cuatro comenzaron a defenderse de los guardias. Al escuchar tantas balas, salí del tiempo, pero ese silencio ensordecedor era peor que enterarme de lo que estaba pasando. Así que volví y me quedé adentro del ascensor, junto con el emperador. Estaba aterrado. Se escuchaban gritos y disparos y en un momento todo frenó de golpe y Bárlok apareció a mi lado.

—Vámonos —dijo—. ¿Cómo salimos de acá?

—El auto del emperador —señalé—. Es el único que no tiene rastreador.

Una vez más, la retina del emperador, su huella y su sangre abrieron la puerta del vehículo. Lena, Maurik y Talbo se subieron atrás y lo acostamos sobre ellos. Yo me senté al volante y Bárlok a mi lado.

—¿Adónde vamos? —le pregunté a Bárlok.

Se quedó en silencio. Sin poder salir del tiempo, ningún lugar nos parecía seguro.

—Honestamente, no pensé que fuéramos a llegar tan lejos. Salgamos de acá y después vemos —concluyó.

Arriba del auto nos fuimos abriendo camino, hasta que llegamos a la barrera.

—Espérenme acá —dije.

Desaparecí y aparecí dentro de la cabina en la que estaba el muchachito ese que había visto hace un rato.

—Señor Rodz… —comenzó a decir—. ¿Cómo es que…?

—Perdóname —le dije. Y golpeé su cabeza contra la pared. Lo deposité en el piso y le saqué su tarjeta de acceso.

La computadora me negó el código. Demonios. Ya habían advertido a todo el edificio. Comencé a escribir códigos en la computadora. Varias veces me tiró error, hasta que logré acceder y la barrera comenzó a levantarse. Volví al auto y salimos a toda velocidad. Una vez más, miraba por el espejo retrovisor más que para adelante. Cinco autos negros salieron en persecución.

—Yo me encargo de esto —dijo Bárlok.

Por el espejo retrovisor pude ver cómo se iba metiendo en cada uno de los autos y los hacía estrellarse contra los árboles.

En no más de dos minutos, estábamos solos en la carretera y Bárlok había vuelto al asiento del acompañante.

Me miró y me guiñó el ojo. Yo no pude evitar sonreír.

—Vamos para tu casa y ahí vemos qué hacemos —dijo.

Aceleré a fondo y nos fuimos.

Cuando doblé en mi casa para meter el auto en el garaje, de repente, me vi obligado a clavar los frenos con violencia.

Parado en la puerta, me encontré a Travis. Tenía un control remoto en una mano y la otra estaba metida dentro de un circuito de alambre por el que podía ver que circulaba corriente eléctrica.

Capítulo 30
Utopía

Detuve el auto a centímetros del cuerpo de Travis y nuestras miradas se encontraron.

—Este canalla, ahora va a ver.

Pero Bárlok me frenó.

—No, espera —me advirtió—. Tiene una jaula de Faraday.

Yo sabía lo que era una jaula de Faraday. Había estudiado a Faraday en la universidad, al igual que a todos los matemáticos y físicos antiguos. Sentía por él un enorme orgullo. Y sabía para qué servían sus jaulas. Lo que nunca me hubiera imaginado era qué efecto podían tener en los bosonianos.

—Funciona como la piedra en Bosonia —continuó Bárlok, sin sacarle los ojos de encima a Travis—. Hace que no puedas sacarlo del tiempo. Con la diferencia de que, además, si lo tocas, te da una descarga eléctrica.

—Estimados amigos —gritó Travis desde afuera—. Por favor, si son tan amables de acompañarme adentro…

Nos bajamos del auto y Travis sonrió como un psicópata cuando vio al emperador por la ventana.

—Bueno, bueno, bueno… estuvimos ocupados —dijo. Luego, se puso serio y agregó—: Tráiganlo adentro.

—¿Qué demonios te hace pensar que vamos a hacer lo que tú quieres? —preguntó Talbo.

—Mmmh… a ver… déjame pensar… quizás porque si yo aprieto este botoncito de acá…

Por la ventana del living pude ver que se disparaban unos rayos de luz azul y escuché un grito. El grito de la única persona que me importaba en el mundo.

—¡No! —grité, acercándome a Travis.

—Eh, eh, eh, pequeñito. Mucho cuidado —me amenazó, sonriendo.

Me quedé estático, con unas ganas de darle tanta cantidad de golpes que me dificultaba la respiración.

—Cuando te agarre, no te van a quedar dientes para sonreír —le dije.

—Eso ya lo veremos —contestó—. Todo el mundo adentro, por favor.

Y se corrió a un lado. Yo desaparecí y aparecí adentro de mi casa.

—No… por Dios, Lily —imploré, acercándome a ella.

Estaba cubierta por una jaula de Faraday. Temblaba y lloraba.

—Perdóname… —suplicó—. Vine a tu casa a seguir acomodando y él apareció…

Me di vuelta y miré a Travis con furia.

—¿Qué quieres? ¡¿Qué demonios quieres?!

—Ay, pero qué modales. ¿No me ofreces un café?

Desaparecí y aparecí enfrente de él. Le pegué un golpe que lo hizo caer al suelo y a mí me empujó para atrás una descarga eléctrica. Caí encima de una biblioteca y me fui al piso, haciéndola añicos.

—¡Nooooo! —gritó Lily.

Enseguida me levanté para que no se preocupara, aunque esa descarga me había desacomodado el cráneo. Escuché cómo Travis se reía a carcajadas.

—¿Qué quieres, Travis? —preguntó Bárlok, un poco más calmado.

Él chifló y dos hombres corpulentos aparecieron en el medio de la sala, transportando una bomba. También ellos tenían una de sus manos cubierta con una jaula de Faraday.

—Quiero que se lleven esta pequeña bomba y la pongan en la Central.

Nos quedamos en silencio. Si volábamos la Central, todas las máquinas del mundo quedarían desconectadas y nuestro plan de pacificación entre letradianos y bosonianos quedaría arruinado. En lo que a mí respectaba, no tenía ninguna intención de desobedecer a Travis. Iba a hacer cualquier cosa que me pidiera con tal de que liberara a Lily. Bárlok, Lena, Talbo y Maurik se miraban entre ellos en silencio. Luego, Bárlok me miró, suplicante. Él sabía que lo único que

me importaba era Lily. Y sabía también que destruir la Central iba a desatar el caos en el mundo. Para mí era facilísimo. Yo tocaba la bomba, desaparecía, aparecía en la Central y la dejaba ahí. Sin embargo, por suerte para Bárlok, yo no confiaba en Travis, y nada me aseguraba que fuera a devolverme a Lily, aun después de volar la Central. De pronto, me vino a la mente lo único que podría darle a Travis para que nos dejara en paz. Lo único que él había querido todo el tiempo y que, gracias a Alva Brick, nosotros habíamos conseguido primero: la fórmula para volver voluntariamente de Bosonia. Miré a Bárlok con una sonrisa imperceptible. Él frunció el ceño y se quedó pensando. Luego, me sonrió también. Teníamos un as bajo la manga.

—Travis… —comencé—. No te va a servir de nada que volemos la central. Puede ser que tengas un poco de paz durante algún tiempo, pero si algo llega a pasarle a Lily, te prometo que yo mismo te encuentro y te mato. Ni tiempo de disfrutar la victoria vas a tener.

—¿Quieres que probemos? —preguntó, divertido, amenazando con volver a apretar el botón de la jaula de Lily.

Lo miré en silencio. Empezaba a convencerme de que lo iba a matar de todos modos.

—No. Tengo una idea mejor —le respondí—. Tú me dijiste que lo único que te importaba era poder vivir tranquilo sin que te persiguieran. Puedo ofrecerte una solución para eso.

Travis se quedó en silencio, dudando.

—¿Qué tal si tú liberas a Lily y yo te doy la fórmula para que puedas volver de Bosonia voluntariamente?

Travis me miró, por un instante sorprendido, y luego volvió a ponerse en guardia.

—Mientes —acusó.

—Sí, seguro. Por eso siempre estás un paso detrás de nosotros. Acá y en Bosonia.

Apretó los labios y vi cómo agarraba con más fuerza el pulsador.

—Te doy la fórmula, te enseño a construir un domo magnético y desapareces de los radares del mundo. Acá y allá. Y dejas de interferir con los que queremos hacer un poco más por los demás.

Travis se quedó pensando. Luego, sonrió nervioso y gritó:

—¡Mientes! ¡Mienten todos!

—No mentimos —dijo Lena.

Travis giró la cabeza y le prestó atención.

Ella le mostró sus manos abiertas mientras se las llevaba al cuello. Se sacó un collar que tenía escondido debajo de la remera y mostró que de él colgaba un dije con la forma de un recipiente de vidrio y, dentro de ella, había una pequeñísima piedra bosoniana.

—Puedo mostrarte —agregó.

Travis y los otros dos hombres se miraron entre ellos, con un dejo de esperanza. Él alternaba su mirada entre ellos y nosotros, todavía bastante nervioso.

Lena se acostó en el sillón y desenroscó el frasquito. Cuando la piedra cayó en su mano, automáticamente quedó congelada y comenzó a brillar, como había visto hacer a Lily en el callejón de Bélgora. Rogaba que Lena volviera pronto, así terminábamos con esto de una maldita vez.

Travis se quedó con los ojos clavados en Lena por un instante que pareció eterno. Y a los pocos segundos, Lena abrió los ojos. Los tres soltaron el aire de golpe y sonrieron. Lena guardó su piedra en el frasquito, se levantó y se volvió a cerrar el collar alrededor del cuello.

—Está bien. ¡Está bien! —gritó Travis, visiblemente emocionado. Era un trato que no podía rechazar—. Dame la fórmula y la suelto.

—No —le dije—. La vas a soltar primero.

Si había algo que sabía era negociar con exiliados. Travis no iba a dejar pasar jamás esta oportunidad. Estaba demasiado emocionado. Él asintió. Apretó un botón y la jaula se apagó. Lily salió y apareció a mi lado.

—Gracias —le dije a Travis.

Fui hasta la mesa, agarré un papel, una lapicera y escribí la fórmula para Travis. Luego, me acerqué y se la entregué. Él me la arrebató de la mano y la leyó.

—Esto es demasiado fácil —dijo, incrédulo.

—Así es —le afirmé—. Llévatela, pruébala y, si ves que no funciona, te espero cuando quieras para corregirla.

Él miró a los otros dos, no demasiado convencido.

—Ah —recordé—. Espera. No te vayas todavía. Ahora vuelvo.

Me fui hasta el refugio, a la sala de reuniones, donde había dejado la carpeta con las anotaciones de mi escritorio. La abrí, busqué los dibujos del domo magnético y volví a casa.

—Acá tienes —le dije, dándole los diseños—. La segunda parte del trato.

Travis miró la carpeta y asintió.

—Gracias —dijo—. Me alegra que hayamos hecho un buen trato.

—De nada —respondí—. Ahora, agarra tus cosas y sal de mi casa. Búscate un pedazo de tierra y ruega que nunca te vuelva a ver.

Travis miró a los otros dos, les hizo un gesto con la cabeza para que agarraran la bomba y desaparecieron. Cerré los ojos y suspiré. Sentí que Lily me abrazaba y la abracé con toda mi fuerza.

—Tenemos que actuar rápido —dijo Bárlok.

—Sí —le respondí—. Hicieron sonar todas las alarmas, así que ya no importa si esperamos. Tenemos que sacar todas las máquinas de ahí y llevarlas al refugio. —Miré a Lily y agregué—: Por favor, ve directo al refugio. Hay que organizar mucho espacio ahí con todo lo que vamos a llevar.

Ella asintió y desapareció.

—Maurik, ayúdame —le dije.

Agarré al emperador y él me ayudó a moverlo. Lo colocamos dentro de la teleportadora y la cerré desde afuera.

—Me gustaría que intentara viajar, si llega a despertarse —dije, aunque Maurik no entendió mi chiste.

—Por favor, quédate haciendo guardia —le dije—. Volvemos cuanto antes.

Maurik afirmó y nos estrechamos las manos.

Junto a Bárlok, Lena y Talbo, me fui a la Central, directo a la sala principal. La alarma ya había dejado de sonar, pero, del lado de afuera, había varios guardias custodiando. Por supuesto, miraban para el otro lado. Esa era la única puerta de acceso.

Ingresé unos cuántos códigos y, antes de enviarlos, les señalé los cables y les hice una seña de que aguardaran. Lena y Talbo se acercaron a los enchufes y esperaron. Yo apreté la tecla, la máquina se

apagó y volvió a activar la alarma.

—Ahora —ordené.

Talbo y Lena tiraron de los cables. Los guardias miraron hacia adentro de la sala, pero, antes de que pudieran disparar, ya habíamos desaparecido. Hubiera dado el reino por verles las caras de sorpresa cuando vieron que semejante aparato y cuatro personas se desvanecían frente a sus narices.

Volvimos a la Central y, mientras Lena y Talbo reducían a los guardias que iban apareciendo, con Bárlok fuimos agarrando las computadoras del laboratorio y nos las llevamos al refugio. Veía cómo Lily iba dando rápidas instrucciones a los demás para ir acomodándolas, una al lado de la otra. Las cosas estaban ocurriendo rapidísimo. Aparecía en la Central y escuchaba disparos, ruidos y golpes. Salía del tiempo y, de repente, silencio. Volvía a entrar en el refugio y oía el bullicio de la gente trabajando sincronizada. Una y otra y otra vez.

Finalmente, el laboratorio quedó vacío y los guardias desmayados en el suelo. Bárlok, Lena y Talbo se fueron al refugio. Me quedé un instante dentro del laboratorio, recordando lo que había sido mi vida y lo que había dado por estos aparatos para perfeccionarlos. Todavía me costaba asimilar que no habían pasado más que unos cuántos días desde que todo había comenzado. Suspiré y agradecí que, al menos, iba a poder seguir trabajando en las máquinas y que no habían explotado a manos del desquiciado de Travis.

Llegué al refugio y conectamos todo. Ingresé las nuevas coordenadas en la principal y esta encontró los satélites. Acto seguido, se puso a enviar nuevos datos y a reconectarse a las distintas máquinas del mundo.

—Listo —dije—. Ya está enviando y recibiendo datos al mundo. La Central ya no tiene ningún control.

—¡Vamos! —gritó Bárlok. Y nos abrazamos como antes, como si los años no hubieran pasado. Como si fuéramos los niños de entonces que festejan el haber logrado una travesura en conjunto.

Volví a mi casa. Maurik y yo agarramos juntos al emperador, que ya no tenía imperio, y lo subimos a su auto. Manejé hasta su casa y lo

estacioné en la puerta.

—¿Así nomás? —preguntó Maurik.

—Este viejo hijo de puta no merece más de nuestro tiempo. Cuando se despierte, que se entere solo de cómo fue que un tren lo pasó por arriba.

Nos miramos, sonreímos y desaparecimos.

El mundo iba a cambiar. Los planes de dos grandes amigos revolucionarios habían quedado en manos de la nueva generación y nosotros habíamos logrado idear un plan que evitara poner en riesgo más vidas inocentes. No sabía ya si el pasado continuaría persiguiéndome o si, en cambio, lograría hacer las paces con mi propia conciencia. Las cosas que había hecho y para las que me habían educado no tenían perdón, pero también eran las que habían dado lugar a este cambio sin lucha, sin heridos, sin muertes. Lily y yo estábamos juntos y a salvo. Un nuevo horizonte se abría ante nosotros y teníamos la oportunidad de vivir, por primera vez, una vida honesta, sin mentiras ni engaños. Una vida real, libre y nuestra.

Ahora solo resta conectar a los letradianos y a los bosonianos y mostrarles que otra realidad es posible. Que pueden elegir. Que pueden ser responsables de su propia vida. Y que no hay peligro en la diferencia. Solo es cuestión de aceptarla como tal. Puede ser que la gente se resista y esto lleve a una guerra, o puede ser que, por medios pacíficos, se logre una nueva estabilidad. Solo el futuro dirá.

Quince siglos después de esta era, las máquinas gobiernan, controlan y predicen cada aspecto de la vida humana. En un mundo al borde del caos, no todos se entregan a la opresión que propone el tecnopoder. Lily y Yem, descendientes de un enigmático planeta, son enemigos. Y ambos se enfrentan al acoso de sus propios demonios del pasado.

Todo cambia cuando un código desconocido aparece, desencadenando una serie de eventos que ofrecen, por primera vez, una verdadera esperanza a los rebeldes para liberar al pueblo de la esclavitud de las máquinas. ¿Podrán Lily y Yem sobrevivir a la tormenta que se avecina y encontrar el amor en medio de la rebelión?

En *Bajo un cielo de tres lunas*, atrapante novela narrada a dos voces, aprendemos que no importa cuánto se modifique la existencia en la Tierra, siempre habrá una emoción humana que nos redima.

LAURA DE LOS SANTOS

Es licenciada en Cine con orientación en guion; magíster en Educación, lenguajes y medios, y está diplomada en Neurociencias y educación. Trabaja como guionista y asesora para clientes y empresas de todo el mundo y como docente en la Universidad de San Isidro Dr. Plácido Marín.

Es autora del largometraje galardonado *Un viaje entre pinos*, escrito para Estados Unidos y disponible en Amazon Prime. También del libro *La vuelta al guion en 80 secretos*, publicado en inglés y en español, y utilizado para la enseñanza de guion y cine en universidades de Iberoamérica. *Bajo un cielo de tres lunas* es su primera novela.

De los Santos, Laura
Bajo un cielo de tres lunas / Laura de los Santos. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ediciones B, 2024.
(Ficción)
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-780-495-9

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863

Penguin Random House Grupo Editorial

Foto de tapa: © Istockphoto
Diseño de tapa: Penguin Random House Grupo Editorial / Raquel Cané

© 2024, Laura de los Santos

Edición en formato digital: agosto de 2024
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo

está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-987-780-495-9

Conversión a formato digital: Estudio eBook

Facebook: **penguinlibrosar**
Twitter: **penguinlibrosar**
Instagram: **penguinlibrosar**

Índice

Bajo un cielo de tres lunas
Dedicatoria
Capítulo 1. Lily
Capítulo 2. La piedra
Capítulo 3. La sala blanca
Capítulo 4. Yem
Capítulo 5. El espectro enloquecedor
Capítulo 6. El encuentro
Capítulo 7. La perra suerte
Capítulo 8. Bosonia
Capítulo 9. El monumento de piedra
Capítulo 10. La desgarradora verdad
Capítulo 11. Los vasos llenos de tiempo
Capítulo 12. El silencio fuera del tiempo
Capítulo 13. Los museos de Alva y Franz
Capítulo 14. La Central de Bosonia
Capítulo 15. Los troyanos
Capítulo 16. Maldito espía
Capítulo 17. Entrenamiento bosoniano
Capítulo 18. Una luz de esperanza
Capítulo 19. Travis
Capítulo 20. El fantasma
Capítulo 21. Recuerdos de una amistad
Capítulo 22. Reencuentro
Capítulo 23. Un atisbo de estrategia
Capítulo 24. Recuerdos de nunca más

Capítulo 25. Más mentiras. Más verdades
Capítulo 26. Bárlok
Capítulo 27. El plan
Capítulo 28. Lo que nos debíamos
Capítulo 29. El fin de la Central
Capítulo 30. Utopía
Sobre este libro
Sobre la autora
Créditos

Landmarks

Cubierta
Portada
Créditos

Table of Contents

Bajo un cielo de tres lunas
Dedicatoria
Capítulo 1. Lily
Capítulo 2. La piedra
Capítulo 3. La sala blanca
Capítulo 4. Yem
Capítulo 5. El espectro enloquecedor
Capítulo 6. El encuentro
Capítulo 7. La perra suerte
Capítulo 8. Bosonia
Capítulo 9. El monumento de piedra
Capítulo 10. La desgarradora verdad
Capítulo 11. Los vasos llenos de tiempo
Capítulo 12. El silencio fuera del tiempo
Capítulo 13. Los museos de Alva y Franz
Capítulo 14. La Central de Bosonia
Capítulo 15. Los troyanos
Capítulo 16. Maldito espía
Capítulo 17. Entrenamiento bosoniano
Capítulo 18. Una luz de esperanza
Capítulo 19. Travis
Capítulo 20. El fantasma
Capítulo 21. Recuerdos de una amistad
Capítulo 22. Reencuentro
Capítulo 23. Un atisbo de estrategia
Capítulo 24. Recuerdos de nunca más
Capítulo 25. Más mentiras. Más verdades
Capítulo 26. Bárlok
Capítulo 27. El plan
Capítulo 28. Lo que nos debíamos
Capítulo 29. El fin de la Central
Capítulo 30. Utopía
Sobre este libro
Sobre la autora
Créditos